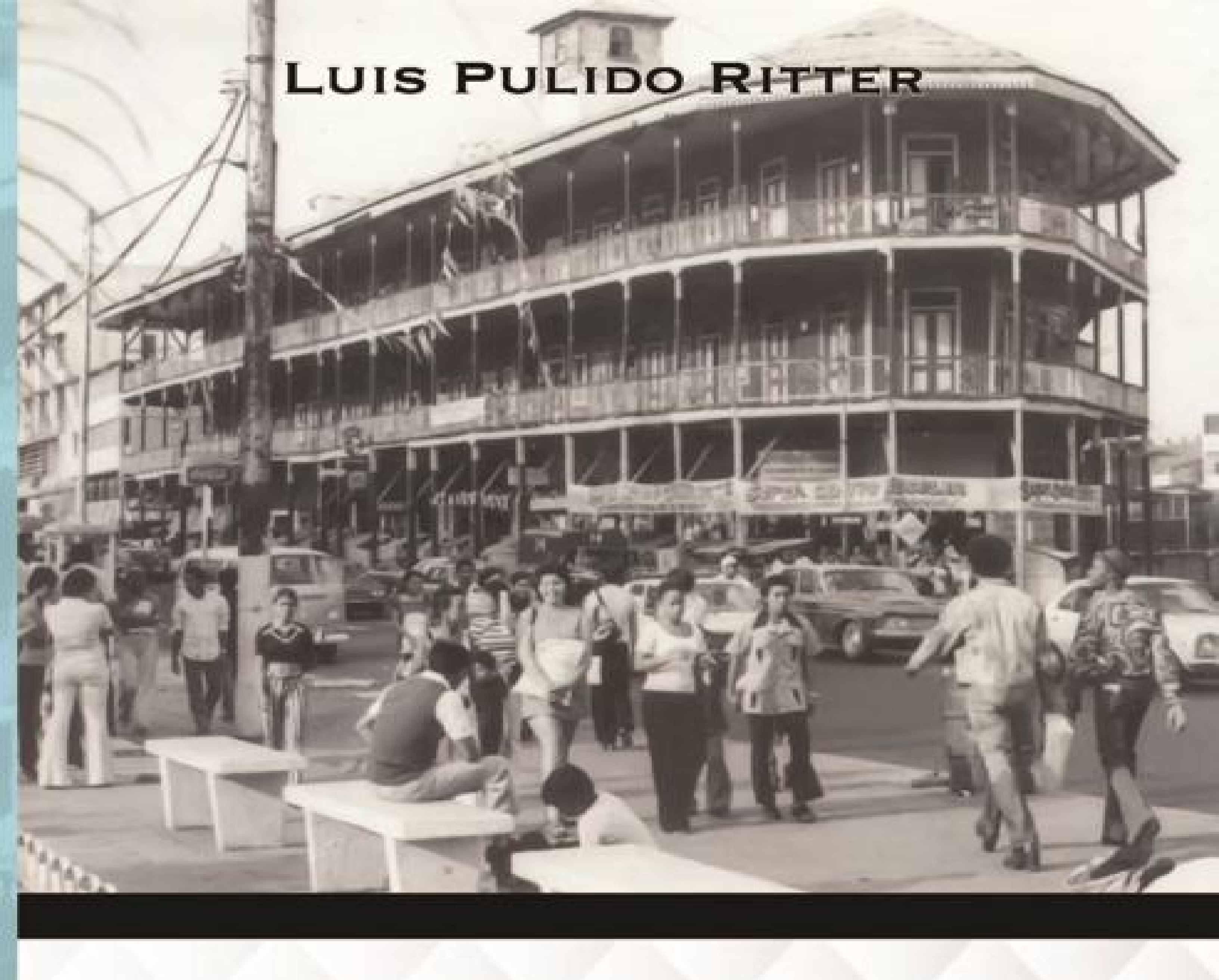
LUIS PULIDO RITTER



RECUERDO PANAMÁ

RECUERDO PANAMÁ

Luis Pulido Ritter

AMAZON EDITION

ISBN: 13:978-1547173631

Primera edición: Olalla ediciones, Madrid, 1988.
Segunda edición: Cultural Panameña, Panamá, 2007
Tercera edición: Amazon, 2017.

Portada: Kevin Reimer. .
Fotografía: Casa Miller de Justo Pardo Villalaz.

A mi mujer, Kirsten
y a mis hijos,
Clara Malena y Julián Ernesto

1

¡Ese chiquillo de mierda te va a matar! —dijo mi abuela. Todos me llamaban el destructor en mi familia. Tenían toda la razón. Entre los primeros seis años de mi vida destruía relojes, vasos, muebles, ventanas y los juguetes que Ernesto me regalaba para la navidad. Cuando iba con Berta a visitar a sus amigos, estos escondían todos los objetos de valor porque tenían miedo de mí. Decían que era un monstruo. Y aunque ya no destruyo no dejo de tener esa fama. Pero ahora ya no destruyo cosas o, mejor dicho, como dijo el Chivo Eléctrico antes de morirse, construyo sueños rotos con el sólo hecho de oirlos. Mi abuela, una mujer que se ha casado tres veces, teniendo con cada marido varios hijos, veía en mí al demonio en persona. Es supersticiosa y cree en brujos, pero tampoco deja de ir a la iglesia. Los brujos son para espantar el mal y los sacerdotes para atraer el bien. Nunca fue a la iglesia antes de que yo naciera. Le gustaba las fiestas y las parrandas y comenzó ir a la iglesia para pagarle a Dios de que mi madre se restableciera del derrame cerebral, después de estar cincuenta días en estado de coma, cuando me trajo al mundo.

—Exageras. Es sencillamente un chiquillo travieso —dijo Berta.

—Eso es Barrabás. Si sigues mimándolo va a ser un criminal. A los hijos hay que mostrarles el bien y el mal. Para eso están las madres. He criado siete hijos y ninguno de ustedes ha salido maleante o ladrón. Sé lo que te digo. Tienes que tener la mano dura con ese chiquillo o te va a matar. Mira a los hijos de tus hermanas. Se portan muy bien porque tus hermanas se quedan en la casa atendiendo a sus hijos y los maridos trabajan.

Berta escuchaba a mi abuela sin levantar la vista de la mesa. Movía nerviosamente un vaso entre las manos. Yo estaba sentado al lado de Berta y mi hermano, Salao, miraba la televisión en la sala.

—Pero tú misma has trabajado siempre. ¿Cuándo has tenido un marido que te mantenga? Me acuerdo que todos nosotros teníamos que trabajar en la talabartería. ¿Es que lo has olvidado?

—Tú lo has dicho. Ustedes trabajaban conmigo en la talabartería. Eso es muy diferente de lo que tú haces. Dejas solos a tus hijos.

—No los dejo solos. Sino con la empleada.

—Pero ella no es la madre. No puede reemplazarte. Tienes la culpa que tu matrimonio haya fracasado. Tu marido es un buen hombre. Trabajador.

Pero, ¡claro! No puedes quedarte en la casa porque quieres estar siempre en la calle.

—Me gano el dinero con mi propio trabajo.

—Pero lo que haces no es ningún trabajo. ¿Qué significa ser periodista? Todo el mundo dice que tus hijos son como unos huérfanos.

Mi abuela golpeó la mesa con la mano. Se levantó y buscó a mi hermano.

— ¿Crees que eso es atender a sus hijos? —dijo mostrando la ropa de mi hermano. Está muy sucio. ¿No te da pena que tu hijo esté en esas condiciones? ¿Sabes lo que dice la gente? Que te has separado de tu marido porque eres lesbiana. ¡No puede ser verdad!

—Eso lo ha inventado Ernesto. Y no me importa lo que diga la gente.

—Pero a mí sí me importa. Eres mi hija. Tienes que pensar seriamente en tu futuro y en tus hijos. No voy a estar todo el tiempo para ayudarte. Cuando te casaste todo parecía tan bien. Un buen apartamento y un marido con profesión. Él viene de una buena familia. Nunca me imaginé que podrías caer tan bajo.

—Es mi problema lo que haga con mi vida y con mis hijos.

Berta se levantó de la silla y cogió de la mano a mi hermano.

— ¡Vámonos! —dijo saliendo de la cocina.

—Espera un momento. ¿Sabes lo que dice la gente?

— ¿Qué dice la gente? —dijo Berta deteniéndose en la puerta.

—Que eres una fracasada. No te divorcies de tu marido

—Lo que diga la gente me vale una mierda —dijo tirando de la puerta.

Caminamos rápidamente hacia el automóvil, un Ford rojo del sesenta y siete, que mis amigos de One Way llamaban el barco rodante por lo grande que era y por el ruido del motor. Escuchábamos lo mismo cada vez que visitábamos a mi abuela. También lo oíamos en la familia de mi padre. Lo que pasaba entre mis padres le daba más razones a mi abuela paterna para afirmar lo que siempre había creído sospechar: Berta no podía ser una buena madre. Era perezosa y descuidada. Mi abuela paterna siempre nos trataba como los pobrecitos. Tenía también cinco hijos. Mi padre era el mayor de todos y mi abuelo se murió cuando yo era muy pequeño. Por las fotografías sé que era un señor muy elegante y que mi abuela lo había querido mucho y no quiso tener nada con otros hombres a pesar de no faltarle ofertas en su viudez.

Berta entró en la ducha al llegar en el apartamento. Estuvo mucho tiempo bajo el agua y al salir, dijo:

—Ustedes saben que no son huérfanos, ¿no es cierto?

Nos abrazó y se acostó en la cama. Abrió un libro que estaba sobre la mesa de noche. Si bien Salao y yo dormíamos en otro cuarto, escuchábamos el ruido de las páginas al doblarse, que tenía un efecto adormecedor sobre Salao, como si fuese su canción de noche. Mientras tanto yo ensayaba de escribir pequeños poemas. De repente, oímos el timbre de la puerta. Berta se levantó de la cama y miró a través del espía. Salao se despertó y caminó hacia la puerta.

—Es Ernesto —dijo bajamente. Es mejor que vayan a la cama.

Pero ya no tocaba el timbre sino que daba patadas a la puerta. Rompió la cerradura, entró violentamente, y comenzó a golpear a Berta. Mientras se golpeaban, él repetía que no le daría el divorcio. Los vecinos del edificio, por los gritos de Berta, vinieron al apartamento para ver curiosos qué pasaba. Yo trataba de separar a Ernesto, cosa que era imposible, por ser mucho más grande y pesado. Una de las vecinas, Aminta, agarró a mi padre por la espalda y también recibió unos cuantos golpes. Y como si cayera un milagro del cielo, Ernesto recibió en medio de la frente una botella de Coca Cola. Giró sobre sus talones y cayó desmayado. Nos miramos sorprendidos y nadie podía creer lo que había pasado.

—Para que no siga jodiendo —dijo Salao bajándose de la silla.

Mi hermano tenía el apodo de Salao en One Way. Porque si bien era pequeño no dejaba de ser vivo, pícaro y diestro. Con cinco años ya se montaba solo en los buses e iba a los almacenes para comprar sus propias zapatillas. No me resultó extraño entonces que encontrara a Ernesto con tanta precisión. Ya había hecho lo mismo al tirarle una piedra a un tipo mucho más grande que yo en una reyerta. Se la puso en la frente y fue necesario llevarlo al hospital por la herida que le había causado.

Cuando llegó la ambulancia y la policía, Ernesto, bastante maltratado, ya se había levantado del piso. Sangraba por una herida que tenía sobre la ceja derecha. Los policías lo sacaron del apartamento y Berta aseguró la puerta con unas sillas. Decía que nadie impediría el divorcio. Al acostarnos, entró a nuestro cuarto, se sentó sobre la cama de Salao, le dio un beso en la frente y lo abrazó. Se levantó de la cama y en la puerta giró sobre sus pies.

—Tienes un brazo mágico, Salao. Seguro de que los Yanquees de New York te contratarán como pitcher.

Ella era jefa de redacción de un periódico de la ciudad. Se levantaba temprano y preparaba el desayuno. Siempre se vestía muy coloridamente. Desde lejos la podía reconocer por las decenas de pulseras que llevaba en los brazos. Un amigo mío, Musculito, la llamaba la mujer de las maracas deambulantes. Además, tenía varios sombreros de colores y, de vez en cuando, iba al trabajo con un traje que decía en varios colores I Love You.

Como detestaba ir a la escuela caía siempre dormido sobre la tapa del baño, mientras la regadera de la ducha estaba abierta. Berta entraba al baño y me despertaba. No más interesado en la escuela, Salao comía lentamente el desayuno. Nos apuraba para terminar el desayuno y llegar a la escuela a las ocho de la mañana. La escuela quedaba a cinco cuadras de distancia. Unas veces ella nos llevaba en auto y caminábamos otras veces. Por voluntad de Ernesto, que había estudiado en esa escuela con sus hermanos, estábamos en ese aburrida escuela de hermanos católicos donde no había muchachas. Estudiar allí era como seguir la tradición de la familia. Pero ya Berta nos había dicho que apenas alcanzara el divorcio nos sacaría de esa escuela para meternos en la que ella había estudiado: el Instituto Nacional. Aquí había mujeres y hombres. Por lo tanto, tratar de verle los pantis a las maestras era el único atractivo que encontraba en la escuela. Tratando de ir con la moda de las minifaldas algunas se atrevían a llevar faldas que apenas les descubrían las rodillas. Pero eso no impedía que me las ingeniara para verle los pantis cuando subían las escaleras o tirarles una rápida mirada entre las piernas en el justo momento cuando iban a sentarse. En esa materia me consideraba un experto, el mejor alumno de toda la escuela y de todo el país.

Me gustaban casi todas las maestras. La que más me gustaba era justamente la que más me castigaba: la maestra de matemática y geografía. Tenía un parecido con Elvira, la mujer de Herman Monster, por su nariz casi aguileña, por sus largos ojos pintados, por sus largos dedos y por el cabello negro, cuyas puntas le tocaban la cintura. Mientras daba sus clases, apoyaba mi cabeza sobre la banca e imaginaba toda clase de aventuras. Por ejemplo, que tocaba el timbre de su puerta y me recibía con una bata transparente en un cuarto de espejos. Nos encremábamos, nos emperfumábamos y hacíamos el amor entre colchones y sábanas de seda púrpura. Así debería ser con las princesas aunque parecieran brujas.

Ella no podía imaginarse que visitaba su cama. Para despertarme en el salón de clases lanzaba tizas, borradores y gritaba. Me obligaba hacer

quinientas cuclillas delante de las clases y, por último, quiso que Berta firmara un ejercicio de matemática que no había aprobado. Por supuesto, falsifiqué la firma. Pero se dio cuenta porque escribí Berta con v y no con b. De todas maneras debí enseñarle el examen a Berta y, en contra de lo que había creído, se rió mucho y firmó el examen.

Después que terminaban las clases buscaba a Salao para ir a la casa.

— ¿Qué pasa contigo? —dije en el camino. ¿Por qué no hablas?

—No le vas a decir a nadie. ¿Lo prometes?

A veces Salao me sorprendía por su seriedad. Lo miré con cierta preocupación, y dije:

—Lo prometo. A nadie le voy a decir.

—Estoy aburrido de la escuela. Quiero ir a otra. Allí no hay muchachas.

Me detuve. Lo miré con atención. Me asombró que a sus diez años, cinco años menor que yo, tenía el mismo problema. Por un rato, seguimos caminando sin decir nada. Me detuve, y dije:

—Sé lo que dices. A mí también me pasa lo mismo. No me parece que esté bien que estemos en una escuela sin muchachas.

— ¿Por qué no le decimos a Berta que nos cambie de escuela?

—Tenemos que esperar que se divorcie. Sabes que Ernesto paga la escuela y no quiere dejar de hacerlo.

—Yo sé —dijo con fastidio.

El cielo se llenó de nubes espesas. Como era octubre, el mes que más llueve, caían tremendos aguaceros que inundaban las calles. Siempre imaginaba un diluvio que ahogara a todas las maestras de la escuela aunque estuviera enamorado de ellas. En la lluvia tirábamos las maletas loma abajo, zaszas, porque nos gustaba ver como las arrastraba la corriente de agua. Al llegar a One Way escuchamos unos gritos que venían de un apartamento vecino. Eran los gritos del padre de Metralleta. Este, un hombre corpulento, tenía la costumbre de golpearlo con saña a pesar de que algunos vecinos ya había llamado varias veces a la policía. Pero todo era inútil. Tampoco dejaba de golpear a la hermana, que era menor que Metralleta, y muchas veces ya la había visto con moretones en todo el cuerpo.

Pero Ernesto tampoco era tan diferente. Si bien a Salao y a mí nunca nos había golpeado, Berta debió defenderse contra sus golpes cuando exigió que se fuera de la casa. Según ella, había sido antes del matrimonio muy atento, galán y respetuoso. Que era muy sociable, que tenía una profesión, y que sabía bailar muy bien. Todo parecía que era correcto, venía de buena

familia, buena educación y buenas maneras. ¡Prometía mucho! Ella apenas había entrado a la universidad, cuando se casaron, y él ya se había graduado de ingeniero. Me dijo que él fue el primer hombre con que había dormido, entró en la cama, culió y se durmió. Se preguntó si eso era hacer el amor y que fue en la universidad donde se despertó de su tontería al caer en sus manos un libro de Simone de Beauvoir.

Berta se rio al ver que estábamos empapados en agua. Sacó los libros de las maletas y los colgó en el balcón como si fuera ropa. Las gotas de agua caían sobre el piso. Ella nunca nos torturó por la escuela. Sabía que la odiábamos y hacíamos solamente lo necesario para tratar de aprobar los exámenes. Nos cambiamos de ropa y salimos a la calle para encontrar a nuestros amigos. En One Way había muchos de nuestra edad. Lo que nos unía era el sentimiento común de rechazar la escuela y de jugar todo el día en la calle. Nos encontrábamos en la casa de Orejón, en la del Ñato, en la de Musculito y en la de Marimacha, la única joven entre nosotros. Yo tenía el apodo de Dientón Mentiroso pues tenía dientes grandes e inventaba historias. Aquella vez nos encontramos en la casa de Orejón y encontramos a su padre limpiando la camioneta Chevrolet verde. La gente lo llamaba el antillano por ser hijo de padres jamaiquinos que había venido para la construcción del canal. Su esposa nos preparaba a menudo deliciosos platos de pescado con patacones y ceviche. Aparte de limpiar su Chevrolet, lo que más le gustaba al padre de Orejón era seguir el desenvolvimiento de las ligas mayores americanas de béisbol. Y siempre nos pagaba la entrada para ver los partidos en el estadio del Marañón. Íbamos en su camioneta. Allí nos divertíamos con las destrezas de Maní Salao que tiraba los paquetes de manís a los clientes como un pitcher. Orejón tenía tres hermanas y a mí me gustaba la más grande que, según él, era la que ya tenía senos y la que compraba unos bonitos pantis.

—Orejón, ¿no te parece raro que tu papá limpie todos los días la camioneta? —dijo Musculito en el camino hacia la casa de Metralleta. Mi madre dijo que seguro acaricia mejor a la camioneta que a tu mamá.

A Orejón le crecieron más las orejas. Sobre Musculito cayó un puñetazo. Después que agarramos a Orejón para tranquilizarlo, seguimos el camino sin decir nada. Gritamos en coro tres veces Metralleta. Nunca bajaba por las escaleras sino por una cuerda que lanzaba desde el segundo piso. Metralleta era el más osado. Robaba alimentos y juguetes sin ser sorprendido. En las horas de más tráfico se acostaba en la calle y detenía la

circulación. Tenía también algo particular que lo hacía realmente un ser casi sobrenatural a nuestros ojos: su corazón golpeaba rápidamente en su pecho. Por eso One Way lo conocía como Metralleta.

Pero aquel día sucedió algo muy extraño. Metralleta no reía ni hablaba. Tampoco tenía ninguno de sus arranques para hacer alguna maldad. Caminaba delante de nosotros. Lo pellizcábamos, le tirábamos del pelo y lo pateábamos en el culo. En estado normal ya nos habría respondido con unos buenos ganchazos. Seguía caminando como si nada pasara. Nos detuvimos en la acera. La luz del semáforo era roja. Justo al cambiar a verde, se lanzó a la calle y si no hubiese sido por el taxista, que tiró rápidamente del timón hacia la derecha, habría quedado aplastado bajo las ruedas del auto. El taxista se bajó del auto y lo levantó del piso. Le gritó toda clase de improperios, hasta de lo que iba a morirse su madre. Allí comenzó a llorar para la sorpresa de todos. Apenas el taxista mencionó a la policía, él se zafó y corrió entre unos callejones. Lo seguimos y lo alcanzamos en una azotea. Lloraba. Repetía el nombre de su madre que se había muerto en un accidente automovilístico cuando él tenía ocho años. Desde entonces vivía con su hermana y su padre, que siempre llegaba embriagado a la casa.

Metralleta estaba todavía con quince años en tercer grado de escuela primaria. Frecuentemente no tenía qué comer y por eso se turnaba la semana en la casa de cada uno de nosotros para desayunar, almorzar y cenar. Berta lo quería mucho. A veces yo sentía que buscaba en ella a su madre. Unas veces le traía flores que se robaba del jardín de la vieja Rosalinda y otras veces venía con dulces que se robaba de la tienda del chino. Berta le daba dinero para que fuera al cine o que se comprara unas zapatillas. Pero un día el padre se dio cuenta y vino con Metralleta a nuestra casa para gritarle a Berta que podía mantener a sus hijos.

Tratábamos de convencer a Metralleta para ir a One Way. Pero no quería. No quería ir a su casa para ser golpeado. En ese momento se me ocurrió llamar a Berta por teléfono. Entré a una tienda y pedí prestado el aparato. Ella estaba en el Periódico y le conté todo lo que había sucedido: Metralleta quiso matarse. Subí a la azotea del edificio y Metralleta se enfureció cuando dije que Berta vendría en menos de quince minutos. Quería golpearme. No quería que Berta lo viera llorando. Nos gritamos y nos callamos al escuchar el motor del auto. Él se subió sobre la barandilla

de la azotea para tirarse en la calle, pero se quedó tranquilo al escuchar que Berta le dijo que se bajara de allí.

— ¡Déjenme sola con Metralleta! —dijo abrazándolo.

Comenzó nuevamente a llorar. Mientras ellos estaban en la azotea yo observaba a un tipo que nunca había visto anteriormente. Era muy joven. Podía ser mi hermano mayor. Estaba sentado sobre el maletero del carro de Berta y fumaba un cigarrillo. Una mecha ondulada le caía sobre la frente y llevaba pantalones basta elefante y camisa sicodélica. Como siempre: Salao estaba curioso. Era un colega de trabajo de Berta, que se llamaba Marcos y que tenía diecinueve años. Además, dijo que tenía que ver algo con teatro y yo pensé que era con la televisión y, especialmente, con las telenovelas venezolanas o mexicanas.

Berta salió del edificio con Metralleta. Como si le hubiesen enjuagado espiritualmente, sonreía con su manera mafiosa de levantar solamente la parte superior de su labio izquierdo. Nos dimos cuenta de que estaba totalmente repuesto al darle un pescozón a Orejón. Entramos en el auto. El timón lo llevaba Berta. Estaban sentados adelante Marco, Salao y Marimacha. El resto atrás. Entre las risas, los pellizcos y la jodedera, observaba a Berta con sus brazos llenos de pulseras y con su sombrero rojo de ala ancha. Guindaban en sus orejas dos grandes redondos aretes. Mi pecho estaba lleno de orgullo por ella, de que fuera mi madre, y le di un beso en la mejilla.

Cuando nos dejó en One Way para partir nuevamente hacia el Periódico, Salao me dijo que sospechaba que Marcos era el amante de ella. Volvía a sorprenderme. A mí no se me había ocurrido esa posibilidad, no porque estuviera dentro de lo imposible, sino porque Salao tenía siempre un pie delante para las sospechas. Para mí era como un pequeño sabio.

Después de haber dado vueltas por las calles de la ciudad nos sentábamos en la acera de One Way. A las seis de la tarde el chino cerraba su tienda, la vieja Dorita corría las cortinas de la farmacia y la vieja Rosalinda regaba las flores de su jardín. Con la noche entraba un cierto misterio en One Way. Los gatos deambulaban entre los potes de basura. En el día no se veía a ninguno. Y no sabíamos dónde se metían y dormían los gatos a pesar que conocíamos cada callejón, cada esquina, y cada recoveco de esa calle. Atrapar a una rata era fácil. Por ser el más rápido, Musculito las agarraba siempre por la cola. Las alcanzaba entre los callejones por donde también frecuentaban los gatos y a menudo hacíamos auténticas

porquerías. Pateábamos a las ratas como si fueran pelotas de futbol hasta mancharnos con su sangre, porque, según el Ñato, la sangre de la rata tiene efectos purificantes.

A One Way llegaba gente de calle primera y segunda. La nuestra era la tercera. Muchas cosas hacían de One Way una calle muy atractiva. No tenía lomas. Era plana. Y más importante aún: los carros podían pasar solamente en una dirección. Por esta razón la llamábamos One Way. No tenía más de trescientos metros de largo. Y a excepción de la casa de la vieja Rosalinda, que tenía un jardincillo frontal, había únicamente edificios que llegaban hasta tener siete plantas. No había edificio sin balcones y los fines de semana se llenaban de ropa recién lavada para que las secara el sol. One Way era nuestro parque. La cerrábamos con los potes de basura y, si un carro entraba sin nuestro permiso, le caía una lluvia de piedras hasta romperle los parabrisas.

Teníamos muchos juegos y el preferido era el boxeo. Edwin venía a las ocho de la noche con una cajeta llena de guantes. Trabajaba en el coliseo de boxeo y tenía guantes de diferentes pesos. En medio de la calle nos agarrábamos de los brazos para montar un ring humano y las categorías variaban entre los que tenían la edad de Salao hasta los que estaban por morirse de viejos. Efectivamente, algunos viejos se ponían los guantes y nos cagábamos de la carcajada cuando las chapas rodaban sobre el piso.

Muchas veces no dejó de correr sangre. En el tinglado de One Way la gente salvaba honores, cumplía venganzas, pagaba deudas y combatíamos como caballeros medievales para conquistar un corazón femenino. En mi categoría, entre los que tenían quince y dieciocho años, había un boxeador indiscutible. Nunca fue vencido. Tenía un gancho izquierdo temido, admirado y envidiado: Marimacha. Era de contextura delgada y era una cabeza más alta que yo. Sus brazos parecían pencas de una palma. Mismo Metralleta, que tenía una mano pesada, no dejó de besar muchas veces el concreto. Había noches que Marimacha no tenía contrincantes en nuestra categoría y los jueces, tres viejos viudos, que Edwin escogía, porque, según él, la viudez está más allá de las arbitrarias pasiones, decidían elevarla a la categoría de entre los diecinueve y veinticinco años. Aquí no dejaba de noquear con su maravilloso gancho izquierdo, que era bien famoso en todo el barrio, cosa que incluso a Berta se le ocurrió escribir una reseña en las páginas deportivas bajo el título: las mujeres también pegan duro.

Pero aquella noche no hubo función de boxeo. Edwin las suspendió por una semana para que los boxeadores descansaran. La verdad es que lo botaron del coliseo porque se había dado cuenta que se robaba los guantes. Entonces trabajaba en un night club como limpiabotas para ganar dinero. Estábamos sentados en la acera y yo miraba las nubes que pasaban bajo la luz de la luna. Aquel día teníamos suficiente con todo lo que había pasado con Metralleta.

—Mentiroso, ¿por qué no cuentas algo? —dijo Marimacha.

— ¿Pa' qué? La última vez no me creyeron.

—Yo te creí. Los que no te creyeron fue el Ñato y Musculito. Lo que no te creo es de esa maestra que se enamoró de ti y que hizo un estriptis montada sobre el escritorio del salón de clases.

— ¿Por qué no? Yo le creo a Mentiroso —dijo Salao levantándose del piso. Conozco a la maestra.

—Pero una cosa es que conozcas a la maestra —dijo Ñato tocándose la nariz. Y otra cosa es lo que dice Mentiroso.

—Ñato, no te toques la nariz —dijo Orejón. Te vas a quedar más ñato.

—Sé lo que digo —dijo Salao. Que una maestra haga un estriptis sobre el escritorio no tiene nada de malo. Eso es mejor que dar clases de matemáticas. Metralleta, ¿no es cierto?

—Es verdad. He tenido muy mala suerte, pana. Con maestras así ya tuviera graduado de la escuela.

—Con estriptis o sin estriptis no te vas a graduar nunca —dijo Musculito. Tú eres un brutón.

—No lo repitas de nuevo —dijo Metralleta poniéndole el puño en la quijada a Musculito. No te van a decir Musculito sino Mierdita, ¡me oyes!

— ¡Cállense, cállense! —dijo Marimacha levantándose de la acera. ¿No escuchan lo mismo?

Justo al levantarnos de la acera, entraron dos carros de policías en la calle. Tenían prendidas las sirenas. Era la batida. Nos separamos rápidamente y corrimos por los callejones de los edificios. Los policías se bajaron de los carros, pero ya Salao y yo habíamos saltado sobre el patio de nuestro edificio y entrado al apartamento por el balcón. Desde la ventana, veíamos a los policías que no había atrapado a ninguno. Estaba prohibido que menores de edad estuvieran en la calle a partir de las diez de la noche.

Berta llegaba a la casa antes de la medianoche. Muchas veces nos encontraba ya en la cama. Salao se dormía rápidamente pero yo no. Me

gustaba escuchar el sonido que despedían las hojas del libro al ser dobladas. Pero esa noche no escuchaba nada. Me pregunté si algo le había pasado y me levanté de la cama. La puerta estaba media abierta. Me asomé y la lamparita de noche alumbraba su rostro.

— ¿Por qué estás llorando? ¿Qué te pasa?

— ¿No estás durmiendo? Mañana tienes que ir a la escuela.

—Yo sé. Pero, ¿por qué lloras?

—Salvador Allende está muerto.

Apagó la lamparita y me dio un beso en la frente. Era la primera vez que escuchaba el nombre de ese señor.

Por diferentes razones me castigaban en la escuela. Especialmente por golpear a mis camaradas, a los mejores estudiantes que elegía la dirección de la escuela para controlar el orden y la disciplina; por dormirme en la banca; por no hacer las tareas de casa; por inventar mentiras sobre mis tardanzas; por mis malas notas en matemáticas. Desde que me acuerdo siempre tenía problemas en la escuela. Nunca olvidaré el primer día cuando entré a la escuela. La maestra me obligó a escribir con la mano derecha. No había ninguna banca para aquellos que escribían con la mano izquierda. Y después de perder la paciencia no tuvo más remedio que dejarme tranquilo. Sin embargo, Berta convenció a Ernesto para que hablara con el director de la escuela. Dos semanas más tarde éramos veinticinco niños los que recibimos nuevas bancas. No éramos muchos, pero sí un grupo significativo que, según Berta, había que respetar. Aparte de los pantalones cortos, que debía llevar para diferenciarnos de los más grandes, no me gustaba cantar el himno y saludar todos los lunes la bandera. Me preguntaba, sin llegar a ninguna respuesta, cómo era posible cantarle a un trapo coloreado, y al estar más grande, en el nivel secundario, encontré más estúpido saludar la bandera al comprender de qué se trataba.

En el nivel secundario me castigaban con sostener la regla contra la pared por una hora y media. Uno de los hermanos, que tenía como apodo Chivo Eléctrico, desde el tiempo que Ernesto era estudiante, vigilaba siempre los castigos con la amenaza de recibir cincuenta golpes de regla sobre la palma de la mano si dejaba que se cayera sobre el piso. Nunca la dejé caer ya sea bajo el sol o bajo el aguacero. Salao me esperaba hasta el final del castigo para ir juntos a la casa y un día la maestra de los cabellos negros, después que me había lanzado un borrador para despertarme, me amenazó no solamente con sacarme del salón de clases sino también con

expulsarme de la escuela. Llamó al Chivo Eléctrico. Entró con toda la masa de su gordura desproporcional, cubierta por la sotana negra, y tenía las mejillas rojas e hinchadas a causa del disgusto. Caminó hacia mí y cogió la maleta del piso y, al levantarla en el aire, cayeron decenas de papeles, pues la misma no estaba cerrada. Me lancé al piso para recoger los papeles y gritó que me detuviera. Comencé a temblar, no podía sostenerme sobre mis piernas, y dificultosamente él se acuclilló. Recogió varios papeles, se erguió y leyó uno, dos, tres, cuatro papeles, y gritó:

— ¡Fuera! Quiero estar a solas con él.

La confundida maestra salió con los otros estudiantes. Él caminó hacia la puerta y la cerró. Regresó lentamente hacia mí, y dijo:

—Quiero que digas la verdad. Si nunca las has dicho te pido que hoy la digas, por favor ¿Has escrito esto?

—Sí, hermano Gonzalo

—Sabes que Dios castiga la mentira. Voy a repetirlo otra vez. ¿Has escrito esto?

—Sí, hermano Gonzalo. Es mi letra.

Levantó los ojos hacia el techo, respiró profundamente, y los bajó lentamente.

—Eres un hijo de Dios —dijo abriendo los brazos. Un elegido para que escribas tan hermosos poemas.

Creo que esa fue la primera y última vez que dije la verdad en la escuela. Y también creo que fue la primera y última vez que recibí una verdadera consideración en la escuela. Salió del salón y dijo a la maestra que no tenía sentido castigarme o amenazarme. Que trataría de encontrar otra solución. Los días siguientes, él no dejaba de tratarme como un niño que había que disciplinar. Pero era diferente cuando estábamos solos. Sentía que entre nosotros había algo más fuerte, que nos unía, que nos hacía cómplices. Y en vez de castigarme, puesto que todavía seguía durmiéndome en el salón, íbamos a la capilla para que leyera los poemas en voz alta. El eco prolongaba mi voz y él decía de que esos versos eran divinos; en cambio, yo creía que exageraba y que los poemas no eran nada extraordinarios. Entre más los halagaba menos creía en su verdadero valor. Sin embargo, no sé por qué sentía la necesidad de leerle los poemas. Nadie sabía que escribía versos. Solamente él.

Después de las horas de clases, caminábamos frecuentemente bajo los árboles de la escuela. Escuchaba atentamente y por su asma daba fuertes

golpes de respiración. Su cuerpo transpiraba profusamente y dificultosamente se sentaba para apoyar su espalda contra el tronco de un árbol. No tenía un pañuelo sino muchísimos. En el bolsillo derecho tenía los húmedos y los secos en el izquierdo. Repetía que nunca se acostumbraría al calor tropical y que lo único que esperaba era que hubieran ventiladores en el paraíso. Algunas veces me permitía molestarlo, y respetuosamente, dije:

— ¿Cómo puede estar usted tan seguro de que va al paraíso?

—Después de haberte conocido ya no lo estoy. No sé si realmente eres hijo de Dios o del demonio. Pero, ¡qué carajo! Me gustan tus poemas. ¿Saben tus padres lo que haces?

— ¡No!

— ¿Por qué no? Seguro de que se alegrarían.

—Después se los muestro.

—Según tengo entendido tus padres no están juntos —dijo poniendo la palma de su mano sobre mi cabeza.

Me sentí invadido. Me pregunté cómo lo sabía. Temí que afirmarlo dañaría la relación entre nosotros, pues la vida en mi casa no correspondía con la imagen de la familia que profesaba la escuela católica.

—No tengas pena en decírmelo. No creas que tengo una cabeza de concreto.

—Sí, mi madre quiere divorciarse.

—Cuando el amor no existe la iglesia no puede obligar. Conozco a tu madre

— ¿La conoce usted?

—No personalmente. Pero sí por los artículos. Compro el Periódico porque me gusta lo que escribe. Con muchas cosas no estoy de acuerdo. Con eso del aborto, por ejemplo. No se puede matar lo que Dios nos ha dado con todo su amor. Pero es totalmente cierto que, mientras no se legalice el aborto, seguirán muriendo muchas mujeres con esos abortos brujos.

Yo estaba sorprendido. No porque leyera los artículos sino por la palabra “aborto”. No sabía de qué estaba hablando.

— ¿Qué edad tiene tu madre?

—Acaba de cumplir treinta y cinco años.

—Es muy joven. Nunca la he visto pero me la puedo imaginar. ¿Es bonita?

— ¡Claro! Es muy bonita.

Sonrió. Extendió las piernas y movió su masa.

— ¡Ayúdame a levantarme! Así que crees que tu madre es bonita.

—No lo creo —dije agarrándolo de la mano para levantarlo. Ella lo es.

Ya parado sobre sus dos piernas caminamos un poco más. Leía los poemas y él disfrutaba esa ligera brisa que pasaba entre las ramas de los árboles. Algunas veces se apoyaba sobre mi hombro y se detenía para abrir sus pulmones. Me gustaba leerle porque sabía que escuchaba atentamente, seguía cada verso con los ojos cerrados, y algunas veces caían lágrimas en sus pupilas. Al separarnos, caminé rápidamente hacia la casa. Quería que Berta me explicara qué significaba la palabra “aborto”. Subí de dos en dos los escalones y escuché los gritos de Ernesto que salían del apartamento. Amenazaba a Berta de quitarle los hijos en caso de divorcio. No escuchaba la voz de ella. En vez de entrar me senté en la escalera. Él seguía gritando cosas incomprensibles. Llevaba un trabalenguas por los nervios y, de vez en cuando, reconocía palabras como loca, sucia y lesbiana. Caminó hasta la puerta, la golpeó con el puño cerrado, y me reconoció. Me miró fijamente, y dijo:

— ¡No voy a dejar que esa loca los corrompa!

Partió y entré en el apartamento. Berta sonrió al verme. Estaba sentada en una silla y Salao sobre sus piernas. Dejé las maletas en el piso y me senté en una silla.

— ¿Qué te pasa? —dijo levantándose de la silla. ¿Por qué estás tan serio? ¿Por Ernesto? Ya sabemos cómo son las cosas, ¿no es cierto?

— ¡Yo sé!

—Entonces, ¿qué te pasa?

—Siempre nos has dicho todo.

—Eso es cierto.

—Pero sé que has escrito algo en el Periódico que nunca he escuchado.

— ¿Qué? Hay tantas cosas que he escrito.

— ¿Qué es el aborto?

—Cuando la mujer no quiere ser madre —dijo Salao. Llegas muy tarde a las fiestas, como siempre.

Me sentí ridiculizado por la risa de Berta. Me explicó todo. Algunas cosas no me quedaron claras porque trataba de explicar cómo en un país donde se decía por todas partes que se protegían a los niños, sólo se aceptaba el aborto en casos de violaciones y enfermedad, pero no en los

miles de casos en que la mujer, sola, no tiene medios económicos de mantener una familia ni recibe ayuda alguna del Estado.

—Traigo todos los días el periódico —dijo saliendo de la casa. Así que puedes leerlo.

Salao y yo fuimos hacia donde Marimacha. Vivía en el último piso de uno de los edificios más viejos y destartalados, aunque tenía los balcones más grandes y bonitos de todo One Way. Ya había llegado Ñato, Orejón y Musculito. Nos gustaba ir hacia ese edificio, pues teníamos desde la azotea una vista general sobre la ciudad y podíamos ver con toda claridad la Casa Miller y el Cerro Ancón. Ella era hija única y lo único que sabía de su padre era que había partido hacia Venezuela, atraído por el boom petrolero. Por Marimacha sabía que su madre llegaba en la madrugada a la casa y salía a trabajar a las ocho y nueve de la noche. Pensé que trabajaba en el aeropuerto o en un hotel. Pero un domingo que veníamos de la casa de mi abuela para ir a la casa, Berta se desvió del camino y manejó hacia la Avenida de los Mártires. Se detuvo en una esquina, donde había muchos night clubs que eran frecuentados por los soldados norteamericanos de la Zona del Canal. Pitó tres veces y vino hacia nosotros una mujer con peluca rubia. Entró en el auto y dijo a Berta que era verdad que una de las mujeres había sido asesinada por un soldado. La encontraron dentro del maletero de un auto en una playa. Berta apuntó el nombre del soldado. Aquélla se bajó inmediatamente del auto y Berta pisó el acelerador para partir.

—Ella es la madre de Marimacha —dijo cuando entramos a la casa.

El país se levantó dos días después con un escándalo. Se reveló lo que el gobierno militar había ocultado para evitar problemas con la administración norteamericana de la Zona del Canal. Y en contra de lo que creía la gente, el soldado fue condenado a cadena perpetua por un tribunal militar norteamericano. Sin embargo, esto no impidió que los militares del gobierno ordenaran el cierre del Periódico por un mes y que revisaran cada esquina de nuestra casa.

Desde aquel día, ya sabía qué hacía la madre de Marimacha. Y comprendí además por qué Berta decía que era una mujer de respetar. Salimos del edificio para buscar a Metralleta. Gritamos su nombre desde la calle y lo primero que vimos fue la cuerda que caía en el aire. Salió al balcón y se agarró de la cuerda. Parecía un escalador por los saltos que daba sobre la pared. En la calle recogió la cuerda y la metió en una maceta que guindaba en una ventana. Salimos de One Way. Entrando en Calidonia

venían un grupo de jóvenes en dirección contraria. El más grande de ellos le quitó la gorra de béisbol a Orejón de un manotazo. Y nos amenazaron con un puñal. Metralleta se rió y dijo que no había puñal que lo intimidara y al tipo se le cayó el arma antes de que Metralleta lo alcanzara con un puñetazo. Nos enfrascamos en una pelea. Mientras Marimacha golpeaba a diestra y siniestra con su gancho izquierdo, Salao tiraba piedras desde distancia. Sobre mí cayeron unos puñetazos que me marearon. Pero en poco tiempo los otros partieron en desbandada. Al final nos reímos y Orejón olvidó recuperar su gorra.

La gorra era la excusa para hacer una de las cosas que más nos gustaba: dar y recibir trompadas. En cada uno de nosotros había un pequeño héroe. No había día que no nos midiéramos los guantes en una reyerta. Cuando no era contra los otros entonces era contra nosotros mismos. También había una rivalidad porque deseábamos a Marimacha. Ella era quien frecuentemente imponía la tranquilidad con su gancho izquierdo y, como Salao veía las cosas desde afuera, se le ocurrió jugar un día a la botella. Nos sentamos en círculo y Musculito la hizo girar. Besaría a Marimacha a quien apuntara la boca de la botella. Así evitábamos muchas veces darnos unos cuantos puñetazos. Pero había momentos en que la botella quedaba en el medio de dos. Entonces era ella la que decidía quién la besaría con un >>tin marín de dos pingüé, cucara macara, titiri fue<<.

Por idea del Ñato fuimos a la bahía después de la pelea. Cruzamos la ciudad y nos sentamos sobre la baranda. Mirábamos hacia el mar. Musculito sacó de su bolsillo dos cigarrillos que circulaban de una esquina a la otra. El único que no fumaba era Salao porque se lo habíamos prohibido con el argumento de que todavía era muy pequeño. Nos gustaba ir a la bahía por la caída del sol y por el viento que venía del mar: refrescaba del calor. Nos quitábamos las zapatillas y las camisas. Pero era más que todo por el Ñato que la bahía estaba en la geografía de nuestros recorridos. Era el menor de siete hermanos y, según él, era el mimado de su madre. Su padre trabajaba en un restaurante como cocinero y estaba orgulloso que dos de sus hermanos y una hermana estudiaran en la universidad. Siempre nos hablaba de la isla como un lugar bonito.

—Ñato, pero no naciste en ninguna isla. Eres de aquí. De la ciudad.

—Yo sé. Pero no soy panameño.

— ¿Qué? ¿No eres panameño?

—Entonces, ¿qué eres? Si no eres panameño qué somos nosotros.

—Ustedes son panameños. Pero yo soy kuna.

—Aunque a mi padre lo llaman el antillano dice que es panameño. Más panameño que cualquier otro.

—Pero los kunas somos los kunas. ¡Somos diferentes!

— ¿Y por qué son diferentes?

—Porque somos kunas.

—No te entiendo.

—No hay nada que entender. ¡Somos los kunas!

Nos callamos. De repente, Metralleta dijo:

— ¡Déjate de ahuevasones!, Ñato. Orinamos juntos en las esquinas, cagamos juntos en los patios y vivimos en One Way. Tu mamá me trata como si fuera su hijo. Me da la misma comida que a ti. Ni más ni menos. No entiendo qué quieres decir. Eres my brother.

— ¡Brother! —dijo el Ñato sacando la lengua en señal de asco. Eres demasiado feo.

Orejón se metió entre ambos antes que comenzaran a golpearse.

—Ñato, es verdad lo que dice Metralleta —dijo Orejón. Somos brothers porque somos hijos de Dios.

— ¡Yo soy kuna!

—Pero somos brothers. Si no fuera así mi papá no te pagaría la entrada para ver los juegos de béisbol. Ni le pagaría la entrada al Dientón Mentiroso, a Musculito, a Marimacha, a Salao y a Metralleta. Todos somos brothers.

—Si el Ñato quiere ser kuna que sea kuna —dijo Salao levantándose sobre la baranda. Pero todo el mundo sabe que el Ñato es el Ñato de One Way. Y que se fuma los cigarrillos de Musculito. ¿No es cierto?, Ñato.

—La cosa es que un día iremos todos a las islas de San Blas —dijo el Ñato sentándose en la baranda. Allí tengo familia. Pero nadie debe lavar la ropa o bañarse en el mar.

—Entonces, ¿dónde?

—En el río

— ¿Y por qué no en el mar?

—Porque es para cagar

Estábamos emocionados con la idea de ir a San Blas.

—Que nadie forme alboroto —dijo el Ñato con un pescozón sobre Metralleta. Soy el brother de One Way. Pero también soy kuna.

Con el atardecer llegaban los enamorados a la bahía. Nos levantamos de la baranda y pasamos por la Casa Miller. Olimos el pescado frito y escuchamos el Calypso que salía de los cuartos y el patio de ese caserón de madera. Por intermedio de Ernesto sabía que la Casa Miller había sido construida de acuerdo al modelo de un barco. Cuando era un niño caminábamos frecuentemente por la ciudad y me mostraba los balcones. Contaba muchas historias de la muralla que había separado a la ciudad en el intramuros y en el arrabal hasta la segunda mitad del siglo XIX, del tranvía, del ferrocarril y de los modelos arquitectónicos. Sabía en que edificios se conservaban los azulejos andaluces; las escaleras circulares, construidas por albañiles italianos; los techos interiores, levantados por los chinos; las columnas, con motivos arabescos, dibujadas por los sirios. Y mientras hablaba, yo tenía la impresión que todo el mundo había dejado su huella en esa ciudad.

El gobierno militar destruía los barrios populares con sus planes de eliminar la pobreza. La Casa Miller estaba condenada a ser demolida y Ernesto no aceptaba que ese caserón fuese destruido.

—Ese caserón es el alma de esta ciudad —dijo una vez que nos sentamos en el restaurante La Puñalada.

Por mi parte tenía una fantasía con ese caserón. Que el mar había inundado al país y que la Casa Miller encalló sobre el techo de la casa del gobernador de la Zona del Canal. Ese caserón no estaba muy lejos de mi idea del Arca de Noé. Era la realización directa de la Biblia en el trópico.

Al entrar en One Way encontramos a Edwin que compraba un paquete de Marlboro en la tienda del chino. Dijo que había función de boxeo. Cada quien entró a su casa y Metralleta vino a la mía. Montado sobre una silla, Salao preparó el arroz y yo los huevos fritos con tocino. Metralleta hizo una ensalada de tomates. Nos sentamos en el balcón para comer y nos sentíamos muy bien porque todo lo hacíamos nosotros mismos: barrer, trapear el piso, lavar, cocer la ropa y planchar el uniforme de la escuela. Berta tampoco quería contratar a ninguna empleada, pues, según ella, ya éramos lo suficientemente grandes para nadar solos en la piscina.

Ella contrataba empleadas cuando éramos niños. Unas eran divertidas y otras hasta nos golpeaban al emputarse. Me amarraban en la silla y no me soltaban hasta cuando caía dormido. Como la mayoría venían de las provincias nos contaban historias de brujas y duendes. La cosa es que nunca duraban más de un mes ya que era insoportable vivir con nosotros. No

solamente tenían que lidiar con Salao y yo sino con todos los amigos que venían a la casa. Con una de ellas, Alma, tuve mi primer roce con el cuerpo de una mujer. Ya había visto el cuerpo de una mujer: el de Berta. Frecuentemente nos bañábamos juntos en la ducha y me gustaba ver como el agua se filtraba entre su monte de venus y su mano que sostenía la barra de jabón para enjuagarse.

Alma tenía dieciocho años. Era delgada y despedía siempre un aroma dulce. Durante el día trabajaba en la casa y durante la noche iba a una escuela para adultos. Era muy espontánea y le gustaba jugar con nosotros. Se ponía sus zapatillas y salía a la calle. Un día, al venir de la escuela, la encontré desnuda en mi cama. No se dio cuenta de que había entrado en la casa y movía las manos entre sus piernas y al verme saltó de la cama. Sin embargo, caminó hacia mí y besó mis labios. Me desnudó y tocó mi pequeño pene con suavidad. Dijo que me acostara e hice todo lo que ella quería: besarle las piernas, los brazos, los labios y los senos. Pero no llegamos a donde quería llegar por la pequeñez de mi pene. No estuvo mucho tiempo con nosotros. Se ganó una beca de estudios para estudiar leyes en la universidad, permitiéndole tener su propia habitación y dedicarse solamente a estudiar. Jamás la olvidé. No solamente por lo que había sucedido entre nosotros sino también porque una vez dijo que antes de salir de la casa había que preocuparse de cerrar las gavetas. Toda gaveta abierta podía convertirse en un ataúd y me cercioraba de que ninguna quedara abierta pues no quería que nadie se muriera.

El único inconveniente de no tener empleada eran las inundaciones. A menudo el agua se iba a las ocho de la mañana y olvidábamos cerrar los grifos antes de partir hacia la escuela. Cuando volvíamos, aproximadamente a las dos de la tarde, el agua salía por el balcón y por los marcos de las puertas. En una ocasión la inundación fue tan fuerte que los vecinos tuvieron que abrir la puerta a la fuerza y cuando llegué con Salao a la casa encontramos a Berta en el patio del edificio secando los libros, los muebles y la ropa. De la rabia casi nos mata y nos corrió por todo One Way gritando que no quería vivir más con nosotros porque éramos egoístas e irresponsables, descuidados y unos desgraciados. ¡Qué fuéramos al crematorio a vivir con los gallinazos! Lo cierto es que con los amigos metimos todos los muebles en la casa y Berta pegó papeles en cada pared del apartamento para acordarnos de cerrar el grifo cada vez que se fuera el agua.

Mientras comíamos Metralleta hablaba de su padre. Todos los días tomaba en la cantina, regresaba borracho, y miraba la foto de su esposa. Dormía en una habitación y Metralleta con su hermana en otra. Pero algunas veces Metralleta se levantaba en la mañana y la hermana no estaba en su cama sino en la de su padre. Amanecía con moretones en el cuerpo. Una noche el padre entró en el cuarto y levantó a la hermana de su cama. Metralleta esperó un rato para levantarse de la cama. Lentamente caminó hacia la habitación del padre y, como la puerta no estaba completamente cerrada, se asomó sin hacer ruido. La hermana temblaba sobre la cama y el padre caminaba de un lado para otro con una botella de alcohol. La agarró por los cabellos, le retorció la cabeza para tirarla al piso, se montó sobre su espalda, le cerró la boca con un pañuelo, sacó la correa de cuero del pantalón y la presionó contra el suelo con su pierna derecha. La azotaba y repetía puta. Después de azotarla volvió a sujetarla por los cabellos, la lanzó contra la pared, rompió su pijama de dormir y la tiró sobre la cama. Amarró sus muñecas de cada extremo de la cama y se bajó el zipper del pantalón.

—Se culeó a mi hermana por el culo, el desgraciado. Ahora sé por qué tiene siempre esos moretones.

Aparte de mí y de Salao no le había contado a nadie lo ocurrido. Afirmé que le diría a Berta y él dijo que no. Que no quería que todo el mundo lo leyera en el periódico.

Al terminar de comer bajamos a la calle. Ya había mucha gente y Edwin clasificaba los guantes por categorías. One Way estaba cerrada con los potes de basura de un extremo al otro, ningún carro podía entrar sin permiso y la gente se reunió en el centro de la calle para formar el tinglado. Los tres jueces se sentaron en una esquina. Edwin anunciaba a los boxeadores de la sesión y me dolía el estómago por lo que me había dicho Metralleta. Salí del tinglado. Levanté la vista y reconocí a su hermana que estaba sentada sobre el borde del balcón de su casa. Caminé hacia ella y me senté en una banca frente del edificio. Al verme preguntó si tenía cigarrillos. Dije que no pero que conseguiría algunos. Le quité a Musculito tres cigarrillos de su camisa y los envolví en un papel para lanzarlos al balcón. Ella los agarró y prendió uno con un encendedor. Volvió a sentarse sobre el borde del balcón y le pregunté por qué no bajaba a la calle para fumar juntos los cigarrillos.

—No puedo bajar. Mi papá me ha castigado.

Había tardes en que caían tremendos aguaceros. Como la ciudad está al nivel del mar, los alcantarillados no desaguan las calles y se crean inundaciones. Flotan en el agua perros, ratas y gatos; gente se agarra de cualquier cosa para no ser arrastrada por la corriente; las casas brujas, construidas con zinc, cartones y madera, desaparecen de la ciudad. Inmediatamente después de que pasa el aguacero la gente vuelve a montar los caminos y también las casas brujas. La Casa Miller era una de las pocas construcciones de madera que sobrevivía a las inundaciones. En toda la ciudad flotaba por su forma de barco. Encallaba en los barrios de los pobres y de los ricos. Y algunos protestaban porque decían que con la Casa Miller se rompía la buena imagen y la decencia de las calles. Sin embargo, la Casa Miller se perdió en el mar en una de esas inundaciones. Corrí por toda la ciudad para convencer a la gente de que había que buscarla y traerla al lugar que le había pertenecido. Nadie me hizo caso y la única respuesta que escuché era que vivíamos en la época del progreso.

Sobre mi cabeza cayó la mano de la maestra. La insulté mordiéndome los dientes. Me levantó de la silla con un tirón de orejas y me sacó del salón de clases. Dijo que no había camas para dormir en la escuela. Me castigó con diez vueltas en el patio. Hice las vueltas lo más lento posible y así no escuché una aburrida explicación sobre la gramática del castellano. Yo era el peor alumno de la clase. Así mismo como la maestra tomaba como ejemplo a los buenos estudiantes para hablar sobre el estudio y la dedicación, yo representaba el descuido, la pereza y la insolencia personificadas, pero me sentía muy bien con mi posición, pues no tenía que ir al tablero a resolver problemas de matemáticas y tampoco me preguntaban fechas de algún acontecimiento histórico. No podía comprender la importancia de aprender de memoria el mes y el año de independencia del país, cuando no se sabe realmente qué es la independencia. Tampoco podía comprender por qué era necesario aprender el año de finalización de la construcción del Canal sin saber cuál es el motivo de su construcción. La única fecha que sabía de memoria era el día, el año y la hora de mi nacimiento. En la escuela pasaba por bruto y en la familia por impráctico. A diferencia de mis primos no trataba de cultivar alguna habilidad práctica, que me alzara frente a los ojos de los demás, porque lo único que me interesaba era que me dejaran tranquilo para hacer lo que más me gustaba: leer cuentos, historias, poesías y fábulas. Y además tenía una colección impresionante de comics: Batman, Tarzán y Superman.

Religión era la única materia que me gustaba en la escuela. Mis orejas se paraban y ponía atención en cada palabra, maravillado por los gestos del hermano Lucio para narrar las historias de la Biblia. Él era muy pequeño. No más grande que yo. Pero todo su cuerpo era energía y su vibrante voz resonaba en mis oídos con una especial magia. Como yo era, sin embargo, el que me mejor podía leer en la clase, leía siempre las historias de la Biblia. El estómago se me revolvía cuando leían mis camaradas. En mis ojos eran casi analfabetas pues leían sin hacer pausas y sin respetar las comas y los puntos. La lengua se les trababa entre las palabras y se comían desvergonzadamente las eses. Esas faltas eran imperdonables. Lo peor era cuando tenían que leer un poema porque lo hacían como si leyeran noticias. Detestaba estar sentado entre cuarenta y cinco estudiantes, bajo la mirada necia y examinadora de la maestra, que permanentemente calificaba los exámenes con sus reglas ya establecidas de antemano. Todo parecía como si la escuela estuviera montada sobre un laberinto de trampas y de castigos. Por eso, deseaba que cayera sobre ella una bomba o que hubiera un terremoto, una inundación, que la hiciera desaparecer del mapa, pero que salieran vivos el hermano Lucio y, por supuesto, el Chivo Eléctrico.

Había clase de religión todos los jueves a la última hora. Estaba dentro de mis cálculos que dar una vuelta al patio duraba cuarenta y cinco minutos, exactamente el tiempo de una hora de clases. Con paso lento daba una vuelta en una hora y media y dejaba pasar las horas de clases que no me interesaban. El timbre de la escuela marcaba el paso de cada hora. Apresuraba el paso para dar la última vuelta cuando se aproximaba la hora del hermano Lucio y no llegar tarde a la clase. Pero aquel jueves me dijo que el Chivo Eléctrico quería hablar conmigo en su habitación.

Subí rápidamente los escalones y toqué tres veces la puerta. No era la acostumbrada voz grave que dijo “adelante”. Al abrir la puerta estaba acostado. Tenía una pequeña habitación que, según él, era la celda de sus penitencias. Había un escritorio, una silla y una ventana con vista hacia el patio. En la pared colgaba un crucifijo y el piso estaba abarrotado de libros, revistas y periódicos. Respiraba muy dificultosamente. Le pregunté qué le pasaba y dijo que tenía sencillamente una gripe. No le creí. Una gripe no era tanto para tumbarlo de esa manera que ni siquiera podía mover los dedos de sus pies. Su cuerpo grasoso se regaba sobre toda la cama y me di cuenta que era imposible establecer una diferencia entre el cuello y la quijada. Sus ojos, por la protuberancia de sus mejillas, parecían dos puntitos

en su rostro. No tenía muchas arrugas, pero las tres que tenía eran como ríos profundos en su frente. No obstante, en su cuerpo, había algo que no entraba dentro de esa masa, porque era muy fino: sus dedos. Si hay algo que me ha llamado la atención son los dedos de los gordinflones. Parecen estacas. Pero los suyos no eran así. Me pregunté si había sido siempre un gordo. Para mi sorpresa, por su estatura y por sus dedos, no tuve ninguna dificultad en imaginarlo delgado. Puso su mano sobre mi cabeza y preguntó si tenía algunos poemas conmigo.

—Claro, nunca los olvido —dije sacando los poemas de mi maleta.

—Gracias, te lo agradezco. Pero un día no voy a estar aquí. ¿Prometes que seguirás escribiendo después que muera?

—Usted no se va a morir ahora. Seguro de que va a durar treinta años más.

—Quiero decirte algo. Tienes que tener consciencia de tu talento. He conocido muchos estudiantes que son buenos en la escuela pero tienen solamente huecos en la cabeza. Siempre desconfío de los buenos estudiantes. Estos son precisamente los brutos. La escuela está hecha para odiarla y no amarla. Me he reído viéndote correr en el patio. Es mejor que escuchar las estupideces de las clases.

Pidió que pusiera la almohada bajo su cabeza porque así escucharía mejor. Mientras leía los poemas escuchaba su cortada respiración y frecuentemente yo perdía el hilo de la lectura. Interrumpía de leer y él decía que siguiera leyendo sin hacerle caso a las manías de la vejez. Terminé de leer los poemas esforzándome en no prestarle atención a su tos y a sus lágrimas. Dio las gracias, dijo que ahora se sentía mejor, y que seguramente caminaría en una semana para seguir escuchando los poemas bajo los árboles. Quité la almohada y le di un vaso de agua. Me senté en la silla. Levanté mi mirada hacia el crucifijo.

—Nunca he visto un Cristo con cabello —dije metiendo los poemas en la maleta.

—Es cabello de mujer.

— ¿De mujer? ¿Por qué?

—Es una historia muy larga —dijo tratando de tomar otro sorbo de agua.

—Historias es lo que más me gusta escuchar. ¿Por qué tiene cabello de mujer?

—No te lo puedo decir.

— ¿Por qué no?

—Porque es mi desgracia. Es el gran pecado de mi vida. Es el crucifijo que me ha condenado a esta vida de pesares y sufrimientos.

El timbre de su voz adquirió la acostumbrada gravedad. Hizo una pausa. Levantó la mirada hacia la ventana, dijo que quería estar solo, y que en otra ocasión contaría la historia de ese crucifijo. Salí de su habitación con un sentimiento muy extraño. Caminé lentamente hacia One Way. Me molestaba sólo el hecho de pensar que algún día no estaría el Chivo Eléctrico en la escuela. No podía imaginarlo muerto. Caminando leía los poemas y trataba de explicarme qué era lo que él veía en esos poemas. Pensé que se burlaba de mí, que no me tomaba en serio y que seguramente yo no era más que una especie de entretenimiento.

Berta salió para el trabajo justo cuando entré en One Way. Detuvo el auto en medio de la calle y me dio un beso. Como siempre: estaba apurada. En esto era completamente diferente a la madre de Orejón, de Musculito y de Ñato. También de las madres de mis primos. Ellas tenían siempre tiempo. Pero sentía que ella estaba allí para las cosas más importantes. Saber que estaba a mi lado, aunque no lo estuviera físicamente, me daba la seguridad de que contaba con alguien. Me gustaba lo que hacía y estaba orgulloso de su valentía, de su voluntad para resolver problemas y de su buen humor.

Por mi abuela sabía que Berta había sido una niña traviesa, atrevida y curiosa. Además, nunca dejó de ser la mejor estudiante desde que puso el primer pie en la escuela. Se graduó con premio de honor. El mismo Ernesto decía que era muy inteligente, aunque la rechazaba por su manera de ser y vivir. Por esto no podía estar completamente de acuerdo con el Chivo Eléctrico sobre los buenos estudiantes. Hay excepciones. Después que se graduó de la escuela, vivió dos años en New York pagados por la talabartería de mi abuela, y regresó al país para poner directamente el pie en la iglesia. Sinceramente el hecho de que se casase con Ernesto es algo que nunca he logrado comprender realmente. La única respuesta que he encontrado es que el cerebro inteligente tiene a veces sus ataques espasmódicos. No sé qué fue lo que vio en él, aparte de que es un hombre guapo, porque no es brillante ni es elocuente. Y cada vez que hay algo que le molesta se le traba la lengua como si fuera a darle un ataque epiléptico.

Sobre Ernesto no solamente hay malas cosas que decir. Por ejemplo, con mi nacimiento le dio la afición por la fotografía. Claro, únicamente

fotografías de familia que él mismo revelaba en el baño. Pero, sin estas fotografías, no habría tenido la prueba de que entre mis padres había momentos de felicidad y de amor. Sin embargo, según Berta, ella no sabía qué era el amor en ese entonces. Mucho menos Ernesto. Él tenía la fama de ser mujeriego. Y realmente lo era. Tenía muchas mujeres en la ciudad y antes de que naciera Salao me llevaba a pasear en el auto, pero, en verdad, era la excusa para engañar a Berta. Por intermedio de sus amigas —y de las malas lenguas— ella sabía de esas escapadas. Pero, ¿por qué no se separó cuando lo supo?, ¿por qué quedó nuevamente embarazada? Por un lado me alegro de lo que ella misma llama falta de consciencia propia, debilidad, dependencia emocional, porque no hubiese tenido un hermano como el pícaro de Salao; y, por otro lado, a veces resulta difícil comprender el mundo de los adultos.

Aquel mismo día mis amigos vinieron a la casa. Musculito tenía un moretón en el ojo derecho, causado por los golpes del padre. Era el tercero de seis hermanos. Tres hermanas eran mayor y los otros hermanos muy pequeños. La madre trabajaba en la casa y el padre tenía un pequeño negocio de taxis. Aunque le decíamos Musculito era el más débil de todos nosotros. Sabía defenderse pero nunca ganaba una pelea. Para el padre era un miedoso y un bruto. Porque el padre quería hacer de él un hombre, había contratado a un boxeador profesional para que le diera clases. Las hermanas ayudaban a la madre en los deberes de la casa y Musculito debía ayudar al padre a reparar llantas, cargar motores y cambiar aceite. Tenía que botar también la basura de la casa. Pero la noche anterior, al venir el padre de manejar el taxi, la madre dijo que Musculito no había botado la basura. Mientras dormía en la cama el padre cogió el pote y tiró toda la basura sobre su cuerpo. Y al levantarse recibió un puñetazo en el ojo. Musculito le tenía temor y odio a su padre y le escuché decir una vez que algún día sería un hombre para matarlo.

Salimos de la casa y fuimos a buscar a Metralleta. Gritamos su nombre tres veces. La soga salió por el aire y saltó sobre la pared con un paraguas en la mano. Nos convenció de ir a una muralla que no estaba muy lejos de One Way. Con el paraguas pinchaba a cada uno y dijo que esa muralla era la más alta que había en toda la ciudad. Si bien conocía la muralla nunca me detuve en la misma porque tenía la impresión que las piedras caerían sobre mí. Al llegar a la muralla le preguntamos a Metralleta qué quería hacer. Rápidamente subió sobre la plataforma. Pero no le seguimos, aunque él

insistía que lo hiciéramos. Gritaba que éramos cobardes. Sosteniendo el paraguas con la mano derecha caminaba de una esquina a la otra como un trapecista de circo sobre una soga. Marimacha gritó que se bajara de allí, pero él saltaba y corría sobre la muralla. Gritábamos que dejara de hacer payasadas. No nos escuchaba. Abrió el paraguas y nuestros gritos eran más fuertes: lo insultábamos. Movía el paraguas y se detuvo en el medio de la muralla. Levantó el paraguas con sus dos manos y dio un salto en el aire. Gritamos de espanto, pero, en vez de caer sobre la calle, cayó sobre la capota de un auto en circulación. El automovilista frenó bruscamente y Metralleta salió disparado sobre la calle. Aquél giró el timón y partió rápidamente. Él no se levantaba de la calle y creímos que estaba muerto. A causa de la desesperación, no sabíamos qué hacer y entonces se levantó del piso limpiándose el pantalón como si nada hubiese pasado. Explotó en carcajadas. Marimacha se abrió paso y le dio tal puñetazo con su mano izquierda que lo tumbó en el piso. Al reponerse, caminábamos sin hablarle. Nos seguía detrás. Dijo que no había hecho nada malo, que quería divertirse, y que quería hacer lo mismo que los cómicos de la televisión.

Seguimos caminando sin hacerle caso y después de un rato no lo escuchamos más. Giramos sobre nuestros pies y lo vimos frente a la vitrina de un almacén. Le gritamos pero no respondía. Como habíamos creído que iba a robar algo, fuimos a buscarlo antes de que lo intentara. Ya había estado dos veces en la prisión de menores por robo. Pero esa vez nunca lo había visto tan serio. Con las manos en los bolsillos no decía una palabra ni tampoco reía. Llegamos a la vitrina del almacén y nos paramos a su lado. Dio un paso adelante y señaló con su dedo indice en el interior de la vitrina, y dijo:

— ¡Quiero ser trompetista como Louis Amstrong! ¡Un gran trompetista!

Fue la primera vez que lo escuché hablar de algo que quería hacer. Musculito quería ser aviador, Orejón beisbolista de las grandes ligas, Marimacha periodista, Salao abogado y el Ñato político para defender a los kunas. Pero Metralleta sólo alzaba los hombros. Y allí estábamos todos sorprendidos, no porque quisiera ser trompetista, sino porque lo dijo seriamente. Entramos en el almacén. En las paredes colgaban guitarras, saxofones y flautas. En el centro había diferentes tumbas de cuero, maracas y timbales. Un señor alto, con muchos collares de oro, dijo gesticulando que no era un almacén para comprar zapatillas sino para vender instrumentos a los futuros talentos de la música latina. Mencionó a Arsenio Rodríguez,

Pérez Prado, Benny Moré, Tito Puente, Celia Cruz, Edi Palmieri, Ray Barreto, Willy Colón y otros. Preguntó quién quería ser músico y miramos automáticamente a Metralleta. Caminó hacia él y le preguntó qué instrumento quería tocar.

—Esta es una magnífica trompeta —dijo el señor sacando la trompeta de la vitrina.

Metralleta temblaba de la emoción al tener el instrumento entre sus manos. Trató de soplar unos cuantos tonos.

—No importa —dijo el señor mostrándole cómo había que poner los dedos sobre el instrumento. Ya sé que vas a ser un trompetista. Tienes el instrumento entre tus manos como si fuera una mujer que uno quiere. Con mucho amor. Si quieres ser trompetista debes tener algo muy presente. Tu verdadera mujer es la trompeta. Llegarás muy lejos si la tratas bien, pero te abandonará si eres malagradecido.

Pero en un segundo se desvaneció nuestra emoción con la trompeta. El instrumento costaba mil doscientos dólares. Una suma impagable. Ninguno de nosotros tenía más de veinticinco centavos por día y mucho menos Metralleta. El señor vio nuestros rostros y a él mismo se le dibujó la desilusión. Y ya en la puerta para ir a One Way, dijo:

— ¡Yo vivo de acuerdo a las reglas de Dios! Todos los años camino de rodillas en la procesión del Cristo Negro de Portobelo. Le pido perdón por mis pecados. Sin su ayuda no habría tenido este almacén y tampoco a mi mujer y a mis hijos. ¿Por qué no hacer el bien como él lo ha hecho conmigo? Pagarle su gratitud.

Caminó hacia Metralleta y lo miró fijamente, y dijo:

—Te doy la trompeta por quinientos dólares. Ya hecho mi parte y ahora haces la tuya. Así quedamos en paz con Dios.

De todas maneras, quinientos dólares era una fortuna. No sabíamos de dónde sacar el dinero. Caminamos hacia la bahía y nos sentamos sobre la baranda. Mirábamos hacia el mar y Ñato dijo que le podíamos pedir la plata al presidente de la república y Musculito que podíamos robarle la plata al chino de la tienda. Todo nos parecía imposible. Marimacha se levantó de la baranda y dijo que había que preguntarle a Salao. Lo miramos con atención, se levantó sobre la baranda, y dijo:

—Aquí los pordioseros piden plata, el gobierno se roba la plata, la iglesia pide plata para los pobres y para la gente del terremoto de Nicaragua. ¡Se pide plata para todo! ¿Por qué no podemos pedir plata para

la trompeta de Metralleta? También hacemos una colecta en One Way. Vamos de casa en casa. Y podemos limpiar los vidrios de los carros.

Lo miramos sorprendidos. La solución era como si hubiese caído del cielo. Saltamos de la baranda y fuimos rápidamente hacia One Way. Esa misma tarde, comenzamos a hacer la colecta con cajetas en las manos. Íbamos de edificio en edificio, de apartamento en apartamento, mostrando una foto de la trompeta y una factura donde estaba escrito el precio. Como todo el mundo sabía quién era Metralleta, no era problema que cayeran unas monedas en la cajeta. Lo máximo que recibíamos era un billete de dólar. Le pedí dinero a Berta y a Ernesto. Y al Chivo Eléctrico. En dos días recolectamos ochenta dólares.

Después de salir de la escuela, nos parábamos bajo los semáforos para limpiar los parabrisas de los autos. Cargábamos cubos de agua y trapos. Nos dividíamos en dos grupos y trabajábamos hasta la noche. Pintamos la tienda del chino y limpiamos el jardín de la vieja Rosalinda, lustramos zapatos, cargamos cajetas en los almacenes, botamos la basura de los apartamentos, levantamos cajas de latas en el astillero, donde trabajaba el padre de Orejón, y vendimos periódicos. Al cabo de tres semanas nos sentamos en el balcón de mi casa y pusimos todo el dinero sobre el piso. Nunca habíamos tenido tanto dinero bajo nuestros ojos. Decidimos que cada uno llevaría doscientos dólares, porque así sería más difícil perder el dinero en caso tal que algo pasara en el camino.

Aquel mismo día caminamos hacia miau-miaucén de instrumentos de música. Colgaba un letrero en la puerta de vidrio: pausa de mediodía. Esperamos sentados en la acera. El señor abrió la puerta a las dos de la tarde y se alegró de vernos. Cada uno puso el dinero sobre el mostrador y, sorprendidamente, dijo:

— ¡Mil cuatrocientos dólares! ¿Se robaron el dinero?

—Hemos trabajado tres semanas —dijo Metralleta con una sonrisa.

— ¿Seguro? No acepto plata de ladrones.

—No somos ladrones —dijo Salao. Si no acepta la plata entonces vamos a otro almacén a comprar la trompeta.

—Ese laopecillo de mierda es atrevido —dijo el señor con una sonrisa. ¡O.K! Pero trato es trato. He dicho quinientos dólares. Así que ustedes se quedan con el resto.

Salió del mostrador, sacó la trompeta de la vitrina y se la dio a Metralleta.

—Aquí tienes a la mujer de toda tu vida —dijo dándole un pescozón en la cabeza. Recuerda que tienes que tratarla con mucho amor y no golpearla.

No había visto a Metralleta tan feliz como aquel día. No reía como de costumbre, nerviosamente, sino que ahora su risa era llena y salía de sus poros con plena satisfacción. Jamás había recibido algo, aparte de los golpes del padre. Para él las navidades eras los peores días del año y se encerraba en su casa. Lo invitábamos a comer, pero se negaba e incluso rechazaba los pequeños regalos que eran de nosotros. Lo que más odiaba era la lástima y esto era peor que los miles de puñetazos que podía recibir de su padre.

También recibió un bonito estuche y unos cuadernos de música. Salimos del almacén y entramos en One Way. Saltó sobre una banca y sacó la trompeta del estuche. Quería decirle a los vecinos con unos soples que ya la habíamos comprado. Desde aquel día, soplaba el instrumento por las mañanas, por las tardes y por la noche. Ya no le decíamos simplemente Metralleta, sino Metralleta el Gallo, porque a partir de las siete de la mañana se paraba en medio de la calle para tocar la trompeta. Algunos vecinos, fastidiados de las cacofonías del instrumento, le gritaban, le insultaban y le tiraban hasta huevos. Pero seguía tocando y, sin darnos cuenta, su trompeta se convirtió en el alma de One Way.

2

Mi abuela paterna no vivía en la ciudad. Tenía en un pueblo una casa que mi abuelo había construido como casa de campo. Desde la muerte de mi abuelo no quería vivir más en la ciudad y empacó sus maletas para mudarse completamente al pueblo, porque, según ella, había nacido en el campo y se sentía más tranquila, lejos de los nerviosismos de la ciudad. Algunas veces, la visitábamos con Ernesto por un fin de semana. Vivía sola y feliz en compañía de sus gatos, de sus gallinas, de sus perros y de sus serpientes. La casa era de madera y de dos pisos. En la primera planta estaba la cocina, el baño y un depósito, que no dejaba jamás abierto, y en la segunda planta estaba la sala y dos cuartos con ocho camas y sus respectivos mosquiteros. Los cuartos tenían grandes ventanas. No había quien no la conociera en ese pueblo. La gente la saludaba desde la calle, buenos días, Doña Mercedes, y ella respondía con su dulce voz.

Venía solamente a la ciudad los viernes para bailar en un salón del Casco Viejo. Aquí se encontraba con mi abuela materna. No bailaban mambo, ni son cubano, ni música típica, ni salsa, sino paseíllos franceses. Como no tenían parejas de su edad llevaban a sus nietos. Yo era la pareja de mi abuela materna y un primo, hijo de un hermano de Ernesto, la de mi abuela paterna. Nos intercambiaban y notaba diferencias entre ambas. La primera era pesada como un barco y se movía con más lentitud, pero no con menos gracia, y la segunda era delgada y ligera como una mariposa. La reina del grupo era una vieja que pellizcaba los noventa años, llena de energía, y cargaba una peluca negra que parecía ser la torre de Babel. La llamaban la reina negra Margarita. La música salía de un tocadiscos y bailábamos los paseíllos franceses haciendo los cuadrantes, los pasos dobles y las vueltas de garza.

Mis abuelas nacieron en la misma región.

Por mi abuela sabía que mi abuelo paterno era un amante de la ópera. Los domingos se sentaba en el patio y, a pesar que tenía un tocadiscos, prefería el gramófono que le había comprado a un comerciante español para escuchar a Caruso. Cuando murió yo tenía seis años y solamente tengo una imagen de él. Un día, al abrir la puerta de la casa, tenía frente de mí a un señor de sombrero y bastón, traje de algodón y tabaco. Elocuente y respetuosamente preguntó por Ernesto. Quería mucho a Berta y cada vez que ella hablaba de mi abuelo lo hacía con cariño, acentuando su elegancia

y sus buenas maneras. Para Berta era como un padre que no había tenido. Lo cierto es que en la familia de Ernesto no era bien vista, porque decían que era muy creida para ser hija de una talabartera.

Mi abuela paterna era una coleccionista de recuerdos. Fotos, objetos y muebles. Todo tenía un significado y una historia y todo lo cuidaba con esmero. Le reprochaba a Ernesto que hubiera perdido el árbol genealógico de la familia que le había dado mi abuelo días antes de morir. Lo que si sé es que desde seis generaciones, en otras palabras, desde dos siglos, los hijos primogénitos llevamos el mismo nombre y apellido pero nadie sabe realmente de dónde vino el primero de nosotros. Al respecto he escuchado dos versiones. Según mi abuela, que es la versión de mi abuelo, el primero fue un escultor italiano que llegó a Cartagena de Indias para inspirarse del paisaje americano. Le pregunté a mi abuela si conocía alguna escultura de aquel señor y dijo que no. Entonces pensé que esa versión no podía ser cierta pues los escultores son como los perros callejeros de la ciudad: dejan huellas en el camino. Unos con la piedra y los otros con orina. La otra versión, que era una versión de una hermana de Ernesto y que había escuchado de un hermano de mi abuelo, viajador y comerciante, es que el primero fue un esclavo africano que adoptó el apellido del patrón. Esta última versión enfurecía a mi abuela porque sencillamente le creía a mi abuelo.

Entre las decenas de fotos, que colgaban en la pared de la sala, había un dibujo que era como el sol en el sistema Copérnico: el padre de mi abuelo con su uniforme militar. La fecha del dibujo era de 1815. Participó en muchas campañas militares, desde el primer combate fracasado de Francisco Miranda contra el ejército realista en Venezuela, hasta la Guerra de Ayacucho que consagró la independencia sudamericana. Llegó a ser teniente mayor en la armada de la recién formada Gran Colombia y renunció a su puesto cuando el Libertador fue expulsado de Bogotá bajo la acusación de ser un dictador. Regresó a la ciudad donde había nacido, Cartagena de Indias, para después enrolarse en las tropas liberales de Belisario Porras en Panamá. Según mi abuela, que seguramente era la versión de mi abuelo, murió en la batalla del puente de Calidonia, no porque una bala lo hubiese alcanzado, sino de un ataque al corazón por viejo.

Yo observaba frecuentemente ese dibujo. Había algo que me llamaba la atención o mejor dicho que me confundía. Mi abuela me preguntó por qué

lo que veía tanto, que de tanto mirarlo le iba a quitar el poco color que todavía conservaba. Estaba convencidísima de que el dibujo era fiel a pesar que no había conocido al padre de mi abuelo.

— ¿Por qué tenía que mentir el pintor? —dijo ella descolgando el dibujo de la pared.

Se sentó en la mecedora sin soltar el dibujo.

— ¿Crees que el padre de tu abuelo no era así?

—Tiene el cabello de sortija y la bemba grande. Pero la nariz...

— ¿Qué con la nariz? Está muy bien dibujada.

Entré a la sala y tomé un libro de mitología griega que estaba en un estante de libros. Le mostré las ilustraciones, y dije:

—Tiene la misma nariz de los héroes griegos. ¿No te parece raro?

— ¡Búscame los lentes! No sé qué quieres decir.

Al ponerse los lentes, comparó las narices de las ilustraciones con la del dibujo. Dio un salto de la mecedora y lo colgó en la pared.

—Seguramente era un mulato. Como casi todos los hijos de Caín que hemos nacido en esta tierra caliente.

Me miró seriamente y frunció el ceño. Puso el libro de mitología en la mesa, y dijo:

—Es más, ¿cómo puedes estar seguro de que todos los griegos tienen esas narices?

Bajó a la cocina y ya Ernesto había venido con Salao del mercado. Limpiamos el arroz y el pescado sobre la mesa y, mientras mi abuela se divertía con las picardías de Salao, Ernesto miraba la casa: había que hacer algunas reparaciones. En la mesa, él dijo que la madera estaba muy mal, que tenía muchas polillas, y que el balcón era un peligro de muerte. Trató de convencer a mi abuela de que era más barato reemplazar la madera por bloques de cemento, pues en pocos años había que volver hacer el mismo trabajo.

—No importa —dijo mi abuela dejando el tenedor sobre el plato. Prefiero quedarme sin plata a destruir esta casa. Esta casa la levantó tu padre con sus propias manos. Ahora, todo está cambiando con esa represa de mierda que están construyendo. Ya nadie quiere sus casas de madera, sino todo de cemento.

—Pero esa represa es necesaria. Es más barato producir energía con agua que comprar petróleo.

— ¿No te das cuenta lo que están haciendo? Van a inundar toda la selva para hacer ese lago. Los indios han perdido sus tierras. Y aquí ha venido una cantidad de gente que quema todo el terreno para sembrar. Yo no tengo nada contra el monte. Vengo del monte y no estoy acomplejada.

Ella hablaba con enfado. Dejó de comer y Ernesto no dijo más nada. En el aire había una tensión muy fuerte. Yo no lo comprendía a él. Trataba de explicarme por qué defendía la Casa Miller en la ciudad, pero aquí no hacía lo mismo. Insistía que la casa, si algún día se vendiera, tendría más valor si era de cemento. Este argumento terminó de quitarle el apetito a mi abuela. Para ella no era extraño lo que decía Ernesto. Él, como todos sus hermanos, no quisieron retener nada de lo que había heredado de mi abuelo: terrenos y ganado. Todo lo vendieron.

—En esta casa me voy a morir —dijo mi abuela levantándose de la mesa. Es más, a ninguno de ustedes les dejo esta casa para que la vendan. Eso no lo voy a permitir

Dijo que quería hablar a solas con Ernesto. Salao y yo subimos a la planta alta y nos acostamos en la misma cama. Extendimos el mosquitero. Sin embargo, escuchábamos la templada voz de mi abuela pero no entendíamos lo que decía. Nos levantamos de la cama y caminamos lentamente para evitar los chirridos del piso de madera. Nos detuvimos exactamente sobre la cocina y pusimos la oreja sobre el piso.

—No sabes lo que significa que tu padre haya trabajado tanto. Cuando nos casamos, éramos tan pobres que no teníamos dónde acostarnos. Ni qué comer. Vivíamos en un cuartucho húmedo de la ciudad. No había plata para pagarle a un médico. Tu padre era un hombre fuerte que se hacía respetar y que trabajaba hasta más de quince horas por día. Hasta limpió zapatos para traer comida a la casa. Traje cinco hijos al mundo y a ninguno le faltó algo por el trabajo de tu padre. ¡Claro que él quería algo diferente para ustedes! Lo que más quiso fue darles una educación. Y la tuvieron. Pero, ¿de qué sirve esa educación si no saben valorar lo que tienen? Estoy muy desilusionada de ti. Me da mucha tristeza con tus hijos. Que tu matrimonio fracase es algo que bien te mereces porque has sido demasiado ingrato. Con tu padre y conmigo. Y con tu mujer.

—No tienes que hablar de mi matrimonio. Es mi vida.

—Es tu vida. Estoy de acuerdo. Pero quiero decirte una verdad. Conozco a la madre de tu mujer y muy bien. Esa mujer ha trabajado toda su vida. Como talabartera. En cambio, yo tuve a un hombre. Y a esa mujer la

respeto porque levantó a sus hijos. ¡Sola! Claro que al principio decía que Berta era perezosa y no quería trabajar. Pero, ¿qué mujer ha estudiado en mis tiempos? La mujer trabajaba en la casa o en la calle. Y no iba a la universidad. ¿Sabes qué fue lo que dijo tu padre el primer día que vio a Berta? Que esa muchacha iba a ir bien lejos. Desde el principio sabía lo que era ella. ¡Mejor que tú! En este país todo el mundo puede decir algo sobre Berta. Pero nadie puede decir que es bruta o perezosa. Tu padre se hubiese alegrado y estaría orgulloso de leer las columnas que escribe en el Periódico.

— ¡Ah, ese periódico de comunistas!

—Ese periódico dice las cosas como hay que decirlas. Y Berta escribe lo que a mucha gente no le gusta. Que esa represa la están construyendo para esconder el dinero que se roban unos sinvergüenzas que joden a este país. Piden los préstamos y se pierden unos millones sin que nadie sepa dónde está el dinero. ¿Eso qué significa? Que te has portado muy mal con Berta. Me acuerdo que todos los domingos, mientras ella estaba embarazada, se sentaba con tu padre a escuchar ópera en el patio. Él la quería como si fuese su hija. Pero tú te ibas con tus amigotes a chupar en las cantinas y venías borracho en la madrugada. No hay ninguna mujer que soporte eso toda la vida. Por gusto tu padre dijo que cambiaras y ya ves las consecuencias. Ella tiró tus calzoncillos en la calle para que vayas a cagar a otro lado. Lo mejor que puedes hacer es darle el divorcio por decencia. Por decencia.

—No se lo voy a dar nunca.

— ¿Por qué no? Porque es ella quien lo demanda, ¿no es cierto?

Escuchamos el ruido de la silla y el golpe de la puerta. Después el ruido del motor del auto. Nos levantamos del piso. Entramos cuidadosamente en la cama y extendimos el mosquitero. Mi abuela subió por la escalera de madera y nos hicimos los dormidos. Entró en el cuarto con una vela y nos observó por un corto tiempo. Como la pared era de madera, escuchamos cuando abrió el traje y la caída de los zapatos sobre el piso. Al acostarse en la cama chillaron los alambres. Apagó la flama de la vela con un soplo, y dijo:

—Hay decirles a los hijos lo que no les gusta.

Salao pegó los ojos y cayó dormido. Mientras tanto, yo trataba de ver entre esa oscuridad. Escuchaba los zumbidos de las moscas, voces lejanas y los sonidos de la casa al pasar el viento por las rendijas y los orificios. Eran

sonidos diferentes, unos graves y otros agudos, unos más melódicos que otros, unos más cortos y otros más prolongados. Además, escuchaba percusiones producidas por los golpes de las ventanas y de las puertas en los marcos, unos eran más secos y cortados y otros más replicantes. El techo de zinc, que golpeaba las vigas de madera, tenía el sonido de los platillos chinos que conocía por los carnavales de la ciudad. Hacía de fondo el susurro de las hojas de los árboles que parecían olas que rompían en la playa. Unas veces el viento se detenía y entraba el ladrido de un perro, el miau-miau de un gato o los golpes secos y agudos de los cascos de un caballo sobre la calle de asfalto. Y al soplar nuevamente el viento, cuya intensidad cambiaba, escuchaba combinaciones diferentes de todos esos sonidos y golpes.

Al día siguiente, Ernesto no estaba en la cama. No había regresado en toda la noche. Mi abuela, que se levantaba con el primer canto de gallo a las cinco y media de la madrugada, ya había molido el café y cocido el pan. Mientras desayunábamos en el balcón, él llegó y estacionó el auto en el patio. Al entrar dijo buenos días y se acostó en la cama. Salao y yo respondimos pero mi abuela movió la cabeza negativamente. Yo, como seguramente también Salao, comencé a ver a mi abuela con otros ojos a partir de ese día. Si bien seguía tratándonos como los pobrecitos no era menos cierto que la sentía a mi lado, que no era una extraña, porque apoyaba a Berta.

Antes del mediodía, salimos de la casa y caminamos hacia el río. Había un día soleado con brisa. Ella cargaba un balde de hojalata lleno de ropa sobre la cabeza. Me pregunté por qué no se le caía sobre el piso y caminé detrás por un rato. No movía los hombros. El cuello lo mantenía tieso pero las rodillas y las caderas eran como amortiguadores que superaban el pedregoso camino. En la orilla del río había mujeres que levantaban al unísono las piezas de vestido en el aire y las golpeaban sobre piedras. Ella se metió en la hilera y encontró una piedra para lavar su ropa. Mientras niños y jóvenes corrían descalzos sobre las piedras del río sin caerse, Salao y yo caíamos en el agua a cada momento. Se reían porque no subíamos con habilidad sobre los troncos y las ramas de los árboles, no montábamos los caballos como diestros jinetes, no entrábamos a nadar en una parte del río donde había caimanes y no saltábamos ni corríamos entre los matorrales sin puyarnos.

Éramos el hazmerreír de todos. Pero tampoco éramos tan torpes. En el río, Salao preguntó a uno de los jóvenes por qué el agua había cambiado de color tan rápidamente. Ya no tenía el color verde oscuro sino sucio y chocolatoso. No supieron qué respondernos. Salió del río y caminó hacia mi abuela, que estaba sentada con las otras mujeres bajo la sombra de un árbol. Le dijo que el río tenía otro color. Se levantó del suelo y caminó hacia la orilla. Miró la corriente de agua y pegó un grito que levantó a las otras mujeres. Gritaba que saliéramos del río. Escuchábamos un rugido que era cada vez más fuerte. El nivel del agua subía rápidamente y la orilla quedaba más lejos. Cuando el último salió del agua, es decir, yo, porque no era tan hábil nadando, alcancé con los otros una pequeña colina. Pasó una ola que arrastraba árboles, animales y todo lo que encontraba a su paso. Mi abuela dijo que eso solamente ocurre cuando ha llovido muchos días en las montañas y los afluentes traen más agua de lo que puede soportar el río.

—Así ocurre con las inundaciones que crea Dios —dijo colocándose el balde de ropa sobre la cabeza.

En el camino no dijo una palabra. Estaba muy triste. Ernesto todavía dormía cuando llegamos a la casa. Cenamos. Ella, que tan a gusto hablaba sobre la mesa, no dijo nada. Comió sin dejar de mirar a Salao. Yo estaba inquieto porque sentía que algo muy fuerte le sucedía. Dejó el tenedor sobre el plato.

—Debes estar feliz de tener un hermano como Salao —dijo mirándome. Si no fuera por él no estuvieras aquí sentado.

Lágrimas le caían sobre las mejillas. No me atreví a preguntarle qué le pasaba. Se levantó de la mesa y abrió el candado del depósito. Salió poco tiempo después y se sentó sobre una mecedora del patio. Salao y yo salimos de la cocina pero no nos acercamos. Nos llamó para que le hiciéramos compañía. Nos sentamos al lado de ella y vi que tenía un pequeño crucifijo sobre sus muslos. Lo acariciaba. Cuando cayó el sol detrás de las montañas dijo que había tenido una hermana que era cinco años menor, la última de dieciséis hermanos. —Vivíamos en otro pueblo, en la falda de una montaña, cruzado por el mismo río donde hoy hemos estado. Trabajábamos en el campo en las mañanas, sembrando yuca y ñame, y ayudábamos a mi madre en los deberes de la casa. Mi padre fue un esclavo cimarronero que se enteró de la abolición de la esclavitud, como todos lo que vivían en aquel pueblo, por intermedio de un joven sacerdote español que llegó para misionar. Porque mi hermana y yo éramos las más jóvenes de esa familia,

compartíamos muchas cosas, desde los juegos hasta los secretos del corazón. A ella la consideraban la muchacha más bonita del pueblo, no solamente por su belleza, sino también por saber bailar bien los tambores. Tempranamente tenía hombres que le ofrecían la corte y hasta preposiciones de concubinato anticipados. Hasta dos hombres se enfrascaron con machetazos para conquistarla. Pero era indiferente a todas las preposiciones hasta el día que llegó el sacerdote al pueblo. Era un hombre guapo, delgado y alto. Yo sabía que mi hermana le tenía puesto el ojo y, algunas veces, mientras lavábamos en el río, lo veíamos bañándose con la sotana en la otra orilla. Nos reíamos. Predicaba la Biblia de bohío en bohío y trataba de convencer a la vecindad de construir una iglesia. Era muy reservado y casto, buenos modales y respetuoso. Con el tiempo ya no cargaba la sotana sino simplemente camisa y pantalón. Trabajaba con los hombres, aprendía nuestras costumbres y modismos, pero tampoco dejaba de predicar la Biblia. Lo fuimos aceptando. Ya no era un extraño. Pero el día llegó que no lo vimos más. Creímos que se había ahogado en el río o que se había perdido en la selva. Los hombres lo buscaron por todas partes y levantaron la piel de la tierra. No lo encontraron. Entonces, creímos que había partido del pueblo. Pero ella dijo que no, que no había partido, y que tampoco estaba muerto. Le pregunté cómo podía saberlo y dijo que entre ambos había amor. Ella sabía lo que decía porque una mañana encontramos al sacerdote tirado de boca al piso. Los hombres lo levantaron y lo llevaron a nuestro bohío por voluntad de mi padre. Estaba muy mal. Hablaba cosas que nadie entendía. Tenía una fiebra altísima. Pero ella estaba contenta de tenerlo a su lado. No lo perdía de vista. Le cocinaba, le lavaba la ropa y le cosía hasta las camisas. Poco a poco, se recuperó y se levantó de la hamaca para ayudarnos con los deberes de la casa. Nunca habíamos visto a un hombre que cocinara y que fregara los platos en el río. Lo hacía con mucho gusto. Ya mejor, partió de la casa y para nuestra sorpresa dejó de predicar la Biblia y ella buscaba siempre las oportunidades de encontrarlo. Yo era la única que lo sabía, porque era la intermediaria de los mensajes y de los lugares de las citas. Se encontraban en las noches, después de la medianoche. Ella regresaba con el primer canto del gallo y meses pasaron entre encuentros, escondidas y secretos. Y un día él apareció con la sotana y con la Biblia en la mano. Predicaba de nuevo y evitaba encontrarla. No dejaba mensajes, sino que nos ignoraba, pero cambió repentinamente y volvió a encontrarla. Ahora ella no venía en la madrugada, pero sí en las

mañanas y me llamó la atención que no era la misma, que tenía los senos más grandes, y que sufría de mareos. Traté de convencerla que no saliera todas las noches, que no le hacía bien, que se quedara en la casa. Fue imposible. Una noche salió de la casa y no estaba en su hamaca a la mañana siguiente. Como había llovido toda la noche, el pueblo se levantó con el hecho de que el río había desbordado sus cauces. Casi toda la comarca estaba bajo el agua.

Hizo una pausa. Acariciaba el crucifijo entre sus manos.

— ¿Y qué pasó con ella? —dijo Ernesto que estaba detrás de nosotros.

—Ah, ¡estás allí! —dijo mirándolo sobre su hombro. La encontraron muerta en un afluente del río.

En ese instante hizo un gesto que me llamó la atención. Cerró los ojos y movió la cabeza negativamente. Al abrirlos miró fijamente a Ernesto y quiso decirle algo pero se levantó para ir al depósito.

— ¿Y el sacerdote?

—No se supo más nada de él. Seguramente se ahogó en el río y lo arrastró la corriente.

— ¿Por qué nunca me has contado que tenías una hermana que se ahogó en el río?

Giró sobre sus pies, miró a Ernesto, y dijo:

—Es ahora que me atrevo a contarlo. Siempre me he sentido culpable por su muerte.

— ¿Por qué? No pudiste impedir que el río creciera.

—Pero sí pude impedir que saliera de la casa. Jamás se hubiese ahogado si estuviera en buenas condiciones. Podía nadar muy bien. Por esta culpa he pasado por muchas noches en vela. Lo único que tengo de ella son los crucifijos que hacía con sus propias manos.

Nos dio el crucifijo para que lo viéramos. Era pequeño. Caminó hacia el depósito, abrió el candado, y permaneció en su interior por un rato. Salió y entró en la casa.

Salimos a caminar después de contarle a Ernesto lo que había sucedido en el río. Pálidos bombillos eléctricos alumbraban las casas. Pasamos por el parque y la iglesia y fuimos a la casa de la hermana de mi abuela materna. Nos preguntó por Berta, su hermana y la ciudad. Ella tenía siete hijos. Su casa también era de madera. En la planta baja había un restaurante y en la planta alta dormía ella con algunos de sus hijos y de sus nietos. Su marido estaba casi siempre borracho y era pendenciero. Pero ella dirigía la casa con

mano fuerte y trabajaba en la cocina todos los días desde la mañana hasta la noche. En el restaurante no solamente había mesas para comer sino también hamacas que colgaban de las columnas. Allí dormían muchas mujeres indígenas que había bajado de las montañas a causa de la represa. Algunas tenían niños. Ayudaban a la hermana de mi abuela en la cocina y trabajaban en los terrenos. Cada vez que la visitaba, recibía un sancocho y un vaso de leche recién ordeñado. Me preguntaba siempre por qué ella tenía a todas a esas mujeres y niños en su casa. Pero un día encontré la respuesta por casualidad. Mi abuela materna estaba sentada en la mecedora, leyendo la Biblia como lo hacía todos los días a partir de las dos de la tarde, hora que caen los aguaceros. Ya había leído la Biblia trescientas cincuenta veces y cada vez la leía como si fuese la primera vez. Después de observarla por un tiempo, algo me llamó la atención en su rostro: la nariz. Le pregunté de quién sacó esa nariz y levantó la mirada de la Biblia para decir con una sonrisa que su padre era indio. Efectivamente la nariz de la hermana de mi abuela era la misma.

Desde hacía veinte años, la hermana de mi abuela materna no iba a la ciudad por falta de tiempo. Demasiado trabajo en el restaurante. Los carnavales era lo que más le gustaba de la ciudad. La última vez que estuvo en la ciudad le llamó la atención que la reina ya no salía de las familias del Casco Viejo y que tampoco pasaba por sus calles. Ahora salía de los barrios populares. Ernesto dijo que ya en el Casco Viejo no vivían esas viejas familias y se entristeció al escuchar que la gente no se bañaba más en la playa de la bahía porque estaba contaminada por la basura y los desagües, que ya no circulaba ningún tranvía por las calles, que ya no existían los salones de baile donde tocaban las grandes orquestas cubanas, que demolieron las casas de madera del barrio Guachapalí, donde había estado muchos restaurantes chinos, árabes y antillanos. Se recostó sobre el respaldar de la silla y dijo:

—No comprendo por qué todo lo destruyen. Mira a estas mujeres. Todas han perdido sus tierras por esa bendita represa. No han recibido ni un centavo del gobierno. ¿Hacia dónde quieren que vayan? ¿A la ciudad? ¿Para mendigar o ser prostitutas?

Las mujeres estaban acostadas en sus hamacas y le daban de mamar a sus niños. Ernesto no dijo más nada. Ella se levantó de la mesa y trajo los sancochos. Volvió a la cocina y Ernesto dijo cómo se podía vivir con tanta gente extraña. Tiré la cuchara en la sopa, grité que no era gente extraña, y

recibí una bofetada que me tumbó en el piso. La hermana de mi abuela salió de la cocina y le agarró la mano justo cuando iba a golpearme con la correa. Me levanté del piso y corrí hacia la casa de mi abuela.

Ella me preguntó qué había pasado, por qué estaba tan agitado, dónde estaba Salao y Ernesto. No contesté. No podía articular una sola palabra. Y cuando ellos entraron a la casa ya estaba acostado en la cama. Mi abuela le preguntó a Ernesto qué había pasado y dijo que nada serio. Que todo había sido un mal entendido. Salao se acostó al lado y agarró mi mano. Me acordé de Musculito. Yo también deseé ser más grande, más fuerte, poder defenderme con mis puños, golpearlo. Él se acercó a la cama, abrió el mosquitero y se sentó. Mientras yo miraba hacia la pared él dijo que lo perdonara, que no lo volvería hacer más nunca, que había perdido sencillamente el control. Se levantó de la cama y salió de la casa.

Volví a concentrarme en la casa. Quise escuchar hasta el mínimo sonido que el viento producía al pasar por los orificios y las rendijas. El viento no era regular ni prolongado sino cortado e impredecible. Entraba por varias direcciones. Unas veces chillaba el techo y otras veces las puertas de la planta baja. Las ventanas golpeaban sobre los marcos más secamente. No había melodías sino ritmos con diferentes tonos y golpes. Ritmos que se entrecruzaban y que se separaban, que se comunicaban y que se perdían. Repentinamente se detuvo el viento. Escuché el ladrido de un perro, el miau-miau de un gato, el relincho de un caballo y algo que no había escuchado anteriormente, el wu-wu de un búho. El viento sopló fuertemente y volvieron los ritmos. Después de un rato, el viento bajó la intensidad y ahora soplaba suave y regular. No podía precisar por dónde entraba una corriente de viento que producía un silbido largo y grave, bajo y melodioso. Era como un lejano canto.

Mi abuela estaba inquieta en su cama. Escuchaba los chirridos de los alambres de su cama. Prendió un fósforo y encendió la vela. Caminó hacia el balcón y se sentó en una mecedora. Lentamente salí de la cama para no despertar a Salao. Caminé hacia el balcón y se sorprendió al verme despierto. Me preguntó por qué no estaba durmiendo y dije que no tenía sueño.

—He tenido una pesadilla —dijo mirando hacia la montaña. Escuché la voz de mi hermana que cantaba triste. Desde que vivo en esta casa no dejo de escuchar su voz en octubre. El mes que murió.

Al día siguiente, el pueblo amaneció bajo un aguacero. Ernesto estaba en su cama. Después del desayuno, contra su voluntad, fuimos en jeep hacia la montaña porque mi abuela quiso mostrarnos la región dónde había nacido. El camino estaba difícil, pero el Land Rover, que Ernesto había recién comprado para transportar los materiales de su trabajo, no tenía problemas para salir de los huecos. Estaba orgulloso de tener ese jeep que había sido utilizado por los ingleses en las estepas africanas. Le mostraba a mi abuela las maravillas del auto, las múltiples revoluciones de cambio, para superar cualquier camino del trópico. Ella no decía nada. Miraba los alrededores del camino, cuyos amplios campos eran como canchas de fútbol. No había árboles. En el otro paño del camino pasaban camiones que transportaban madera. Nunca había visto troncos de madera tan grandes que parecían gigantes muertos. Conté no menos de veinte camiones que llevaban en sus puertas una estrella con el lema Maderas Unidas S.A. Nos desviamos de ese camino y entramos por uno mucho más estrecho, irregular y lodoso. De vez en cuando, veíamos una choza y un conjunto de bohíos. Viejos, mujeres y niños salían de los mismos, curiosos por saber quién pasaba.

Mi abuela le dijo a Ernesto que se detuviera. Ni ella misma sabía dónde estaba. En un mes todo había cambiado rápidamente. Hasta el curso del río era diferente. Nos bajamos del jeep y ella giró sobre sus pies. Preguntaba por el lugar del cementerio pero solamente caminábamos sobre terreno plano y rojizo. Fuimos hasta la orilla del río y divisamos la represa, una enorme pirámide sin punta, que iba de orilla a orilla. Camiones y tractores circulaban sobre la plataforma. Los hombres parecían enanitos y frecuentemente escuchábamos detonaciones de dinamita. Nos alejamos de la orilla y ella buscaba el cementerio obstinadamente. Allí estaban enterrados sus padres y su hermana. Comenzó a llover y era imposible ver más allá de veinte metros por la pesadez del aguacero. Ella volvió resignada al jeep sin decir una sola palabra. Ernesto prendió la radio para escuchar música.

—Ahora si estoy de luto —dijo cruzando los brazos. Apaga la música, por favor.

El camino era más lodoso por el aguacero. El Land Rover superaba los huecos, las curvas y las lomas. Pero en una curva caímos en un hueco que no pudo ver Ernesto por estar estaba cubierto con las ramas de un árbol. No fue posible salir del hueco con las revoluciones de las llantas traseras.

Accionó las llantas delanteras. Entre más pisaba el acelerador el jeep se hundía más en el hueco. Llenamos el hueco con piedras y palos para que las llantas tuvieran una plataforma fija. Ningún resultado. Ya las llantas despedían un olor a quemado. Mi abuela, Salao y yo nos sentamos sobre un tronco al borde del camino. Veíamos todos los intentos de Ernesto para sacar el Land Rover del hueco. Dijo que deberíamos ayudarlo en vez de reírnos.

—Nos vamos a quedar aquí hasta la madrugada. Ustedes tienen que ir mañana a la escuela y yo a trabajar. No hay nada de chistoso.

Se sentó sobre el tronco y miraba al jeep con aire de frustración.

— ¡Allí está tu Land Rover! —dijo mi abuela dándole un golpe sobre el hombro. Por mí nos quedamos aquí toda la vida.

— ¿Por qué lo encuentras divertido? —dijo Ernesto limpiándose las manos con un pañuelo. Hay que esperar hasta el año dos mil para que pavimenten estos caminos de mierda.

—Solamente piensas en cemento —dijo mi abuela levantándose del tronco. Ya tienes pavimentado hasta el cerebro.

Ernesto tenía el ceño fruncido y mi abuela, con una sonrisa entre sus labios, disfrutaba una victoria, un triunfo inesperado, una dulce venganza por todo lo que pasaba con la represa y por la destrucción de los pueblos y la pérdida del cementerio. Sin decir nada, él se alejó de nosotros y mi abuela le preguntó hacia dónde iba pero no recibió ninguna respuesta. Se detuvo a cincuenta pasos, giró sobre sus pies, miró a su alrededor e hizo un gesto que nunca había visto anteriormente: inclinó ligeramente la cabeza hacia el lado derecho. Tenía las manos en los bolsillos. Y después caminó rápidamente hacia el jeep. Sacó un tubo y un recipiente de plástico y chupó la gasolina del tanque.

— ¿Qué vas a hacer? —dijo mi abuela.

—Ya vas a ver lo que voy hacer. ¡Déjame tranquilo!

Comenzó a regar el jeep con gasolina.

— ¿Te has vuelto loco? —dijo mi abuela agarrándole la mano. ¿Qué haces?

— ¡Corran! —dijo Ernesto sacando de su bolsillo una cajetilla de fósforos

Mi abuela hizo el último intento de agarrarle la mano, pero ya el fósforo estaba en el aire. Corrimos lo más rápido que pudimos y nos detuvimos a buena distancia del jeep que estaba envuelto en llamas. Explotó.

— ¡Estás realmente loco! —dijo mi abuela enfadada. Ahora crees que así vas a resolver los problemas.

— ¡No sé! —dijo Ernesto seriamente. Pero lo que sí sé es que esto no puede seguir así.

Mi abuela lo miró sorprendida. Como si otra persona le estuviese hablando y no el que había conocido y conocía.

— ¿Y qué vamos hacer ahora? —dijo Salao.

— ¡Vamos caminando hasta la carretera!

— ¡Qué locura! —dijo mi abuela. Son casi veinte kilómetros.

Llovía cuando salí de la escuela. Los árboles besaban el piso y el agua bajaba en la loma arremolinadamente. El viento desprendía los techos de zinc de las casas de madera y volaban en el aire como si fuesen enormes gallinazos. Los autos flotaban en las corrientes de agua que los desagües no lograban desalojar y los niños buceaban diestramente en las calles para encontrar algunas monedas. Caminaba hacia la casa cuando escuché tres pitos detrás de mí. Reconocí el auto de la maestra. Bajó la ventanilla y sacó el brazo para llamarme.

Corrí hacia el auto y abrió la puerta. Me miró con una sonrisa y dijo que dejara la maleta en el asiento trasero. No te preocupes, dijo prendiendo la radio, que ya no estamos en la escuela. Mientras ella manejaba, yo acariciaba las puntas de su larga cabellera con la mano derecha. Preguntó hacia dónde quería ir y dije que a la playa, que conocía un lugar bonito, donde podíamos ver la caída del sol sin que nadie nos molestara. Pisó el acelerador y manejaba sin dificultad entre esas calles inundadas y atestadas de autos. Dejó de llover y salió el sol para cegarnos. Cantábamos a coro una canción de Willy Colón, >>entren que caben cien/cincuenta parao y cincuenta de pie>>, y reíamos abiertamente.

Ella cargaba sus lentes de sol. Con sus largas manos subió la falda hasta arriba de las rodillas y movía sus piernas como si fueran olas que ondularan en el mar. Pasamos por un camino donde había muchos árboles en los bordes y escuchamos el rumor del mar cuyas olas blanquecinas rompían en la playa. Dije que se detuviera. Llegamos al lugar retirado que quería, rocas lo circundaban, y las olas entraban suavemente. Nos bajamos del auto y tiramos los zapatos en la arena, corrimos sobre las líneas que dibujaban las olas en la playa, y sentí su mano en mi oreja cuando íbamos a entrar en el mar y dijo:

— ¡Levántate! Te he dicho miles de veces que a la escuela no se viene a dormir.

Me levantó de la silla con un tirón de orejas. Me sacó del salón y fuimos hacia el centro del patio.

—No vas a dar diez vueltas —dijo mirando a su alrededor. Vas a recoger todas las hojas del patio.

Me soltó y entró al salón. Miré el patio y había cientos de hojas. Comencé a recoger las hojas pero, cada vez que el viento soplaba, caían muchas más de los árboles. Maldecía al viento, a los árboles y a la maestra. La odiaba. Pasaron tres horas y yo seguía recogiendo hojas. Al tocar el timbre de recreo la maestra dijo que no me detuviera, que tenía mucho trabajo por delante, hasta la noche. Mientras los otros corrían de un lado para otro, yo recogía hojas en el patio. Salao se acercó y me ayudó a recoger unas cuantas hojas hasta que se terminó el recreo. Seguí recogiendo hojas. Al pasar las dos últimas horas de clases vi a un tipo en una esquina de la escuela. Nunca lo había visto. Era un soldado americano de la Zona del Canal. Alto y rubio. Sin su uniforme hubiese creído que era un héroe griego de las ilustraciones del libro de mi abuela. La maestra se acercó a mí y dijo que ya había hablado con el hermano Gonzalo para que vigilara el castigo. Caminando en dirección hacia el soldado su cabello se mecía sobre su espalda como si fuese una hamaca. Se detuvo frente de él para recibir un beso en sus labios y le puso el brazo en la cintura y caminaron hacia el auto.

—No hagas más ese estúpido trabajo —dijo el Chivo Eléctrico a mis espaldas. Esa maestra debe estar loca. Dejarte aquí recogiendo hojas hasta la noche. ¡Un poeta como tú! ¿Qué pasa contigo? ¿Estás triste? ¿No te alegras de verme? Casi pongo la lengua en el cementerio.

A pesar de estar emputado, me alegré de verlo. Pero no podía reír. Tenía la lengua trabada en la garganta. Tiré las hojas que tenía en las manos y caminamos hacia los árboles. Él no era el mismo. Caminaba más lentamente y su respiración era más cortada. Daba la impresión de que buscaba energías donde no las tenía, del mismo modo que un boxeador aprovecha la pausa para buscar aire y prolongar el evidente knock-out. Lo ayudé para que se sentara contra el tronco de un árbol. Fue mucho más difícil. Por un tiempo no dijimos nada y dijo que leyera unos poemas. Dije que no había escrito ninguno, que había estado el fin de semana en la casa de mi abuela paterna, y que no había tenido tiempo. No era cierto. En la casa de mi abuela había escrito cinco poemas.

—Comprendo muy bien —dijo tratando de cambiar de posición. Veo que no quieres leer ningún poema. ¿Qué te pasa? Hoy estás muy diferente.

Su penetrante sospecha me molestó.

—No importa. Uno no puede obligar a los poetas para que lean sus poemas

— ¡No soy poeta!

—Sí que lo eres. Estoy completamente convencido.

Me levanté del piso y recogí la maleta. No había caminado más de veinte pasos, cuando giré sobre mis pies, y grité:

— ¡No soy poeta!

— ¡Espera! ¡Espera! ¿Quieres dejarme aquí sentado?

Volví hacia él.

— ¿Qué te pasa hoy? ¿Acaso estás enamorado?

Me pregunté cómo podía sospecharlo todo. Evitaba la mirada de sus pequeños ojos.

—El enamoramiento a tu edad es lo más hermoso. Es algo puro. Y por eso es mucho más fácil de herir. ¡Siéntate a mi lado!

Puse la maleta sobre mis piernas. Después de mirar a su alrededor, dijo:

— ¿De quién estás enamorado? ¿Puedo saberlo? ¿De alguna jovencita de tu calle?

—No. De ninguna jovencita. De una mujer...la maestra

— ¿Cuál maestra? ¿La que te da clases?

—Sí.

— ¿Qué? ¿De esa bruja? Pero lo único que sabe hacer es castigarte, ¿cómo es posible?

—Yo sé.

Levantó la cabeza. Miró nuevamente a su alrededor.

— ¿Sabes que su hombre es un soldado gringo?

—Ya lo sé desde hoy.

— ¡No te metas a loco! Estas todavía muy joven para que te den un balazo en el culo. ¡Déjate de celos!

—No estoy celoso.

—Entonces, ¿qué es? Tienes un humor como si Dios te hubiese cagado la cabeza con sus palomas. No es para tanto. Enamoramientos vienen y van. No sabes tampoco todo lo que te espera.

— ¿Qué me espera?

—El amor. El amor con todas sus espinas. Yo fui demasiado cobarde.

— ¿Cobarde? ¿Por qué?

—No tiene mayor importancia. No pierdas la cabeza. Me gustaría ir a la cama.

Lo ayudé para que se levantara del piso. Estaba mucho más cansado. Se apoyaba sobre mi hombro y al subir la escalera me esforcé para que no se cayera. Entramos en su habitación y se sentó sobre la cama. Le di un vaso de agua. Levanté mi vista hacia el crucifijo, pero no quise preguntarle nada, para no indisponerlo. Estaba mucho más curioso, pues realmente quería saber qué significaba ese crucifijo. ¿Qué escondía detrás de todas esas palabras como amor con espinas, sufrimiento y cobarde? ¿Por qué no se atrevía a decírmelo? ¿Qué momento esperaba? Puso su mano sobre mi cabeza y dijo gracias. Quise leerle los poemas y dijo que no, que no podía escuchar, que el agotamiento le había robado la capacidad del disfrute.

Caminé lentamente hacia la casa. El cielo estaba cubierto de nubes espesas: truenos. Comenzó a llover, tiré la maleta en la corriente de agua, y bajo el agua reía por el sueño que había tenido con la maestra. Me quité los zapatos y corrí corriente abajo. Recogí la maleta y la abrí para saber qué había pasado con los poemas. La tinta estaba regada sobre el papel, pero todavía podía leerlos. No estaban perdidos. Pero rompí un poema, aquel que había escrito para la maestra, para entregárselo algún día. Era un poema que hablaba de mar y sol, de rocas y árboles, de labios y besos.

Escuché la voz de Berta al subir la escalera del edificio. Lo primero que pensé fue que Ernesto estaba allí y que discutían. Pero no escuché la voz de él. Eso me pareció extraño. Cuando abrí la puerta Berta estaba sentada sobre la silla y no vi a Ernesto por ningún lado. Salao salió del balcón y entró a la cocina.

—Ese perro callejero se queda solamente por un día.

—Pero está herido —dijo Salao saliendo de la cocina con un plato de comida. No ves que le mordieron la cola en una pelea. ¿Cómo lo vas a tirar a la calle?

—Ya ves lo que ha hecho Salao. Ha venido con ese perro callejero. Lo encontró en la calle y ahora quiere tenerlo aquí.

Caminé hacia el balcón y observé al perro callejero. Realmente estaba maltratado. Había perdido pelo en el vientre. Solamente levantaba el hocico.

—Por lo menos tiene que quedarse una semana —dijo Salao. Hasta cuando se recupere.

— ¡Estás loco! Eso no lo voy a permitir. Ustedes hacen todo lo que quieren en esta casa. Entran y salen cuando quieren y nadie les dice un carajo. Sólo pido una cosa para que vivamos en paz. Aquí no quiero perros callejeros.

— ¿Por qué no? —dijo Salao mirando al perro callejero. No hace daño.

—No se trata de eso. Pero es que tener a un perro callejero es como tener a un gallinazo. ¡A un gallinazo! ¿Sabes lo que eso significa?

—Pobre los gallinazos —dijo Salao entrando otra vez a la cocina. Todo el mundo les tira piedras.

—Escucha bien lo que te digo, Salao. Si hoy traes a un perro callejero, mañana a un gallinazo y pasado mañana a una rata de agua. Ustedes con su zoológico. Entonces empaco mis maletas y voy a vivir en un hotel.

— ¿A un hotel? —dijo Salao saliendo de la cocina con un plato de leche. No exageres, Berta.

—Realmente no respetas a nadie. Te lo repito. Ese perro callejero se queda hasta mañana. Acepto todo menos eso.

Se levantó de la silla y caminó hacia el balcón. El perro levantó el hocico y soltó un pequeño gemido. Pareció como si le pidiera el favor de quedarse en la casa. Giró sobre sus pies, y dijo:

—Realmente no sé qué hacer contigo. Me desesperas y me haces reír.

—Es tu problema. No es el mío.

Levantó a Salao en sus brazos y le dio un beso en la mejilla.

—Eres un hermoso buacito, Salao. Pero ese perro se queda hasta mañana. Si no es así quien se va a un hotel eres tú como Ernesto.

Cuando salió hacia el trabajo, nos sentamos en el balcón para ver al perro callejero. Poco a poco, vinieron nuestros amigos y discutimos un nombre para el perro y decidimos llamarlo Pulgas. Bajamos a la calle y el padre de Orejón limpiaba la camioneta con un pañón rojo. Gritamos por Metralleta tres veces. La cuerda no cayó en el aire. Por cuarta vez gritamos y, contra la costumbre, bajó por la escalera. Le preguntamos el por qué de ese cambio y no dijo nada. No tenía buen humor. Caminamos hacia el padre de Orejón y nos sentamos en la acera. Escupía sobre el parabrisas y lo limpiaba con un movimiento circular y rapidísimo. Con la uña del dedo meñique quitaba las piedrecitas de polvo que veía sobre la resplandeciente carrocería. Se detuvo cuando se dio cuenta de que lo veíamos. Se volvió y escupió sobre el parabrisas. Lo limpió nerviosamente. Lustrando la

carrocería nos lanzaba una mirada de reojo sobre el hombro. De pronto se detuvo, tiró el paño en el balde de agua, y dijo:

— ¿Qué es lo que me están luquiando tanto?

Orejón se levantó de la acera y dijo que queríamos jugar béisbol en la Zona del Canal. Él dijo que no tenía tiempo. Insistimos.

—O.K. Pero no pongan sus puercos dedotes sobre la carroceria porque hay fighting conmigo.

Subió a la casa y trajo consigo guantes, pelotas, bates y gorras. Tenía todo lo que necesitaba un equipo de béisbol. Entramos en la camioneta sin tocarle la carrocería. En el interior había un aroma a limón que despedía un pedazo de cartón que colgaba en el retrovisor y en cuya superficie estaba dibujada una mujer desnuda. Sacó un casete que estaba debajo del asiento y dijo que era un cantante joven, que decía la verdad y que había que escuchar. Puso el casete y escuchamos una música que no habíamos oído anteriormente. Dijo que el cantante era de la tierra donde había nacido sus padres y un tal Marcus Garvey, cuyo nombre yo no había escuchado nunca, y que había trabajado en la construcción del canal. Cuando terminó de traducir la canción, No woman no cry, dijo que el cantante se llamaba Bob Marley.

Desde el primer grado debíamos aprender el inglés como lengua obligatoria en la escuela. Sin embargo, aparte de Orejón, ninguno de nosotros hablaba inglés, pero entendíamos una buena cantidad de palabras. Lo que sí podíamos era diferenciar muy bien el inglés que hablaba un americano al de un jamaiquino: por su acento. Y Bob Marley, por su acento, nos era tan familiar como cualquier otro cantante de Cuba o Puerto Rico, de República Dominicana o Venezuela. Era el acento que escuchábamos tanto en el Marañón como en Juan Díaz, tanto en Colón como en Pueblo Nuevo y, por supuesto, en One Way.

—Hey, ¡ese buai canta como un panameño! —dijo Orejón con el casete en la mano.

Entre el padre de Orejón y Berta había una buena amistad. Era una amistad de muchos años que venía desde cuando ellos estaban en la escuela: El Instituto Nacional. Berta, antes de partir hacia New York, iba a la casa de él para practicar con la madre que era maestra de inglés. Esta cuidaba un inglés británico y se preocupaba que mi madre hablara un inglés claro y limpio, well spoken, cosa que a veces irritaba al padre de Orejón porque afirmaba que los jamaiquinos no eran ingleses.

Mientras hablábamos ininterrumpidamente en la camioneta, Metralleta, sentado al lado de una ventana, no decía una sola palabra. El padre de Orejón le preguntó qué le pasaba y no respondió nada. En la frontera de la Zona del Canal, nos detuvimos en una garita de vigilancia. Dos soldados americanos se acercaron al carro y miraron en el interior. El padre de Orejón les dio su carnet. Al recibirlo de vuelta, pisó el acelerador y entramos en la Zona y dijo que cuando niño venía a la Zona con sus amigos a recoger mangos y los soldados disparaban en el aire para espantarlos. Nos contó sobre el nueve de enero de 1964, que había conocido personalmente a Ascanio Arosemena, y que él recibió un balazo en la pierna. Estuvo seis semanas en el hospital. Dos años después vino Orejón al mundo y, según él, lo primero que dijo el baby fue the weather is very hot, back to the mother.

Al llegar al campo beisbol, ya había equipos que jugaban en otras canchas. Caminamos hacia una que estaba libre. Otro equipo llegó y comenzamos a jugar. Como siempre, el padre de Orejón era el pitcher pues disfrutaba ponchando a todo el mundo. Mascaba chicle como todo buen pitcher. Antes de lanzar la pelota levantaba la pierna derecha hasta la cintura, miraba de izquierda a derecha para asegurarse de que estábamos listos en nuestras posiciones, inclinaba el cuerpo como si fuese a salir disparado, bajaba lentamente la pierna para impulsarse, daba un salto en el aire y lanzaba unos imparables tirabuzones. Confundía a los bateadores porque además era ambidiestro y algunas veces era el único que jugaba en la cancha. Desde niño quería ser beisbolista de las grandes ligas mayores. Casi lo consigue sino hubiese sido porque le negaron la visa de entrada a los Estados Unidos con contrato en mano de los Yankees de New York por la falsa acusación de ser comunista.

Cuando a nuestro equipo le tocó batear, fui donde Metralleta, que estaba sentado en la grada. Le pregunté qué le pasaba y no dijo nada. Me levanté para batear y me agarró de la manga del suéter, y dijo:

—El desgraciado se cogió otra vez a mi hermana.

Bajé de la grada. Cogí el bate. Las tres bases estaban llenas. Esperaban que metiera un hit para ganar un punto y en el mejor de los casos un jonrón para ganar tres pero nadie se hacía ilusiones conmigo porque no era un buen bateador. Por lo general me ponchaban. El pitcher tomó posición para lanzar la pelota. Pero yo no miraba al pitcher sino a Metralleta. Pasaba las palmas de las manos sobre sus mejillas. Los demás gritaban para que me concentrara en la pelota. El pitcher lanzó la pelota y tiré automáticamente

del bate sin golpearla. En la segunda lanzada tampoco la golpeé. No podía dejar de ver a Metralleta cuyos gritos de dolor se confundía con los de los demás. En ese momento, experimenté algo por primera vez en mi vida: odio. Cuando el pitcher lanzó la tercera pelota sentí que entre mis manos no tenía un bate para jugar béisbol, sino un arma, un arma para matar al desgraciado padre de Metralleta. Alcancé la pelota con toda la fuerza que tenía en mi estómago.

En vez de correr hacia las bases lo hice donde estaba Metralleta. Rápidamente se secó las lágrimas y dije que teníamos que hablar con Berta, que seguramente podía hacer algo. Dijo que él mismo lo iba a matar. Repentinamente escuchamos sirenas. Eran dos autos de la Policía militar americana. Cuatro oficiales entraron en la cancha de béisbol. El padre de Orejón preguntó si había algún problema. Uno de los oficiales, tan alto y negro como él, dijo que en esas canchas solamente podían jugar los ciudadanos americanos. Que no estaba permitido que nosotros jugáramos allí. Mencionó otras canchas, dentro de la Zona del Canal, donde podíamos jugar sin problemas. Sin perder los nervios el padre de Orejón dijo que esa cancha estaba dentro de territorio panameño y que teníamos el derecho de jugar en la misma. De todas maneras, salimos de la cancha para evitar problemas y el oficial americano llamó al padre de Orejón por la espalda. Este se volvió y aquél en tono reconciliante, dijo:

—Brother, ¡excuse me!

El padre de Orejón movió la cabeza negativamente. Miró al oficial fijamente, y dijo:

—Of course. But I’m not your brother.

Metralleta estaba en la casa. Preparamos algo de comer y nos sentamos en el balcón. Lo convencí de que hablara con Berta, pero con la única condición de que no saliera en el Periódico. Eran las nueve de la noche. Sabía que iba a venir a las diez de la noche porque la había llamado por teléfono. Veíamos el reloj cuyo minutero se movía lentamente. En esa noche me di cuenta de que vivíamos sin hora, casi sin tiempo, y aparte de toda regla. No teníamos horas fijas para comer. La única medida que conocíamos era el período de la escuela y las vacaciones. En el primero, el tiempo era largo, lento y aburrido y, en el segundo, rápido, corto y tenso. En la escuela contábamos los segundos, pero en las vacaciones el tiempo nos sorprendía. De la misma manera, todo lo que sucedía en One Way era

rápido y el único momento que parecía lento era cuando caían los aguaceros.

El minutero avanzaba pesadamente mientras esperábamos a Berta. A las nueve cuarenta y cinco, comenzó a ser más pesado y cada minuto que pasaba era como si fuese un año, cincuenta años, un siglo. Metralleta movía sus pies nerviosamente. Cinco minutos para las nueve. Escuchamos el ronco motor del auto. Solamente podía ser ella. No encontraba estacionamiento porque oímos el motor a cada extremo de la calle. Entonces, como no tenía más remedio, estacionó el auto sobre la acera. Tiró la puerta del auto y subió rápidamente al edificio. Salao corrió hacia la puerta y la abrió. Ella dejó la cartera, unos libros y el periódico sobre la mesa. Se sentó y se quitó los zapatos plataforma. Subió los pies sobre la silla. Le preguntó a Metralleta cuál era el problema. Era difícil que de su boca saliera una palabra pero ella dijo que tenía que tenerle confianza, que no había nada que temer, y que lo mejor era decirlo todo.

Berta no podía esconder el desagrado de lo que escuchaba. Y él, entre más hablaba de su hermana, menos podía controlar sus nervios. Ella lo agarró entre sus brazos y dijo que encontraría una solución. Le preguntó a qué hora su padre se levantaba en la mañana y dijo que después de las diez. Se levantó de la silla y caminó hacia el teléfono. Llamó al padre de Orejón y le contó todo. Finalmente, dijo que era necesario sacar a la hermana de esa casa. Se citaron a las siete de la mañana.

Metralleta se quedó esa noche con nosotros. Se acostó en mi cama y no podía cerrar los ojos. Daba pequeños saltos en la cama. Los nervios se lo comían. Apenas iba cerrando los ojos cuando escuché la voz de Ernesto que me llamaba desde el patio. Gritaba mi nombre. Berta se levantó de la cama y caminó hacia la ventana.

—Es mejor que bajes. Sino va a gritar hasta la madrugada.

Salí de la cama y me vestí rápidamente. Bajé de dos en dos las escaleras y entré al patio. No lo veía por ningún lado. Salí del patio y lo encontré caminando de un lado al otro, tambaleándose y apoyándose con las paredes del callejón. Estaba ebrio. Trató de apoyarse sobre mis hombros porque sus piernas estaban muy débiles. Se cayó en el piso y se levantó con mi ayuda. Volvió apoyarse sobre mis hombros, pero, por lo pesado que era, no podía sostenerlo. Traté de apoyarme contra la pared y ayudarlo para que se sentara. Sin embargo, no quería estar sentado sino de pie: apoyado sobre mis hombros. Con pegajosa lengua dijo que me quería y que era lo más

importante en su vida. Que quería tanto a mi hermano como a mi madre y que merecíamos estar juntos. En mi rostro caían gotas de saliva. Cada vez que pronunciaba la palabra querer me sujetaba entre sus manos y trataba de zafarme sin quitarle el cuerpo para que no se cayera en el piso. Dijo que se sentía solo, muy solo, y que nos necesitaba. Repetía que quería a Berta, que no era como antes, que había pensado mucho sobre sus errores y que quería ser otro, que deseaba que Berta le diera una oportunidad. No dijo más nada por un tiempo pero no dejaba de apoyarse sobre mis hombros. Comenzó a llorar. Incliné la cabeza para evitar que sus lágrimas cayeran sobre mi rostro. No podía estar allí y me zafé de sus manos. Cayó sobre el piso y trató de levantarse. Me pidió que lo ayudara y, no había caminado más de diez pasos, cuando di la vuelta y lo ayudé para que se levantara del piso. Lo llevé hasta su carro.

Le dije a Berta el estado en que estaba y todo lo que había dicho y ella dijo que le hubiese creído si estuviera sobrio, porque justamente los machos son unos sentimentaloides cuando están borrachos. Que era por allí donde tenía que comenzar a cambiar: no emborrachándose más. Entré a la ducha y todavía gritaba mi nombre al salir de la misma. Ella cerró todas las ventanas y nos acostamos en la cama. Ya no escuchábamos los gritos. Pero a excepción de Salao, no podíamos dormir. Nos sentamos en la cocina y sabíamos por qué no podíamos conciliar el sueño. Ya eran las cinco y media de la mañana.

—Mi padre tiene un revólver. Está siempre debajo del colchón de su cama. ¿No es mejor que venga la policía?

—Eso es peor. Hay que sacar a tu hermana sin ruido y llevarla hacia dónde él no sepa.

— ¿Y después qué va a pasar?

—Voy hablar con dos abogados que son amigos míos. Hay que llevarlo a juicio.

—Pero no va a salir en el periódico, ¿no es cierto?

—Lo que hace tu padre es un crimen, Metralleta. ¿Sabes cuántas niñas y mujeres son violadas? No te lo puedes imaginar. Y nada cambia porque las mujeres tienen miedo de todos estos machos de mierda. Lo que pasa con tu hermana es buen ejemplo.

—Pero no quiero que salga en el periódico.

—No debes tener vergüenza. Quién debería tenerla es tu padre y no la tiene.

—Pero, ¿por qué hace eso? ¿Por qué?

Metralleta se levantó de la silla y salió de la cocina. Ella lo siguió hasta el balcón y lo abrazó. Ya eran las seis y media de la mañana. El padre de Orejón vino una media hora después. Tomó un café y fumó un cigarrillo en la cocina. Le dijo a Metralleta que no se preocupara y que todo iba a salir bien. Salao se levantó de la cama y ella le dijo que tenía que ir solo a la escuela.

—Yo sé que tengo dos piernas —dijo Salao entrando en la ducha.

Salimos de la casa a las siete y media. Metralleta abrió la puerta con un gancho de pelo, porque no tenía llave de su casa. Su padre dormía embriagado en la cama, rodeado de botellas de alcohol, y el tocadiscos giraba y giraba. La hermana no estaba en su cama. Escuchamos entonces un llanto que venía del servicio. Berta abrió la puerta y la encontró acurrucada en una esquina, llena de moretones, con las piernas ensangrentadas. Mientras el padre de Orejón vigilaba en caso de que aquél se levantara de la cama, Berta la sacó del baño y Metralleta y yo recogimos la poca ropa que poseía. Salimos del apartamento y entramos en el auto de Berta. El padre de Orejón manejaba y ella estaba sentada con la hermana en el asiento trasero. Fuimos a la casa de mi abuela materna. Esta no creyó lo que veía, cuando vio a la hermana.

Berta le explicó todo y mi abuela aceptó tenerla en su casa por todo el tiempo que fuese necesario. A pesar de todas las discusiones, de todas las críticas y de todos los sinsabores, mi abuela estaba siempre dispuesta a ayudar en aquellas cosas que consideraba justas. Las asumía como obligaciones morales. Ella llegó a la ciudad cuando era niña. Alcanzó estudiar hasta el tercer grado de escuela primaria y cuando firmaba su nombre lo dibujaba como los niños. Después de ocho años de estar trabajando como talabartera, ganó por golpe de suerte la lotería y montó su propia talabartería. Al principio, trabajaban allí sus hijos y ya con cinco años empleaba hasta cincuenta personas. Pero no empleaba hombres sino mujeres que llegaban a la ciudad sin trabajo y niños abandonados. Esto provocó que tuviera problemas con otras talabarterías y un sindicato. Los primeros la acusaron de competencia ilegal y los segundos de explotadora. El fallo judicial fue contra ella y la obligaron a cerrar la talabartería. Desde entonces tenía un negocio de transporte y empleaba a mujeres sin trabajo.

— ¡Qué mal parido es quien te ha golpeado así!—dijo limpiándole el cuerpo a la hermana de Metralleta.

Le mostró dónde dormiría. En la misma habitación donde había dormido sus hijos. Era grande y cómoda para ella sola. Tenía un balcón que daba a la calle y recibía mucho viento que venía del mar. Después de comer, se acostó y vino un médico, amigo de Berta, para examinarla. Estuvo con ella casi una hora. Salió de la habitación y dijo que estaba muy maltratada. Pero que esto no era todo. Hizo una pausa y quedamos suspendidos en el aire. Mi abuela dijo que abriera la boca y que se dejara de tanta ceremonia que para eso estaba la iglesia. El médico dijo que estaba embarazada.

La hermana de Metralleta tenía trece años. Atónita mi abuela se levantó de la silla y miró a Berta. El padre de Orejón movía aturdidamente la cabeza. No importa, dijo mi abuela, aquí se queda con su hijo y nada les va a faltar. El médico preguntó quién era el padre y dijo que no le sorprendía, que ya eso parecía algo normal, y que no había manera judicial ni económica de proteger a las niñas. Mencionó casos en que los violadores eran procesados y que recibían libertad condicional. Berta le preguntó si quería escribir un artículo o ser entrevistado sobre ese problema pero dijo inmediatamente que no, que no quería meterse en problemas en el hospital que trabajaba, porque ya había sido amenazado de ser botado por un caso de aborto de una niña que había realizado a espaldas de la dirección.

—Además, Berta, si hablo de ese problema no me tomarán en serio —dijo con cierto aire de fastidio. Sabes qué soy y cómo son las cosas en este país.

Se levantó de la silla y le dio a mi abuela el teléfono de su casa y del hospital. Dijo que lo llamara si había cualquier problema. Cuando salió de la casa mi abuela le preguntó a Berta qué quiso decir el médico.

—Es una mariposa —dijo levantándose de la silla.

La palabra mariposa me parecía muy bonita. Ernesto, sin saberlo, tenía un amigo que era una mariposa. Entre mis cinco y nueve años, iba a buscarme en la escuela con este amigo que era muy simpático por su risa y por sus chistes. Entre sus chistes le escuché decir que la ciudad estaba llena de mariposas y que cada verano eran muchas más. Imaginé mariposas corrientes. Pero un jueves Ernesto no vino a la escuela sino solamente su amigo. Dijo que mi padre tenía que cumplir unas obligaciones con el trabajo y que él tenía una fiesta donde había muchas mariposas. Me preguntó si quería ver a las mariposas y dije que sí. Quería saber cómo festejan las mariposas.

Entramos en una calle donde la ropa colgaba de un balcón al otro. Era populosa y muchos niños corrían en las aceras. A su paso él saludaba a mucha gente. Subiendo la escalera ya escuchaba la música y al frente de la puerta le pregunté si las mariposas bailaban. Dijo que sí, que lo que más le gustaba a las mariposas era bailar al son de la salsa, y que yo también podía bailar si quería. Tocó la puerta y la abrieron. Globos de diferentes colores colgaban en el techo, mucha serpentina había sobre el piso, y muchos hombres bailaban desnudos en la sala. Él dijo que había un nuevo invitado y ellos se rieron por ser un chiquillo escolar con pantalones cortos. Dijeron que me acomodara y que dejara la maleta sobre la mesa. Uno de ellos, que tenía una peluca rizada y roja, y cuyas puntas le rozaban la cintura, acarició mi mejilla con los guantes blancos que cubrían sus brazos. Tenía un vestido negro con la espalda abierta y zapatos plataforma. Se llamaba Brigitte y celebraban su fiesta de cumpleaños. Puse la maleta sobre la mesa y recibí de ella una botella de Coca Cola con un carrizo rojo. En aquella tarde, bailé parado sobre una silla varias piezas de salsa con Brigitte y otras mariposas.

Berta me dejó en la escuela al salir de la casa de mi abuela. Todavía faltaban tres horas para que las clases terminaran. Como era viernes, había misa en la capilla. Tomé asiento entre los de mi clase y la maestra movió su cabeza negativamente. Levanté la cabeza para ver al Chivo Eléctrico, pero no estaba en su puesto acostumbrado. Salao estaba entre los de su clase. Montado sobre un púlpito, un hermano hablaba sobre la familia, los niños y los jóvenes. Movía sus brazos para afirmar cada palabra que salía de su boca con energía y elocuencia. Dijo que la niñez es la época más feliz de la vida, porque no hay contaminación con el pecado. Que los niños son como las rosas que recién salen de sus capullos: vírgenes. Que los jóvenes no están corrompidos por la maldad y por la inmoralidad, que no conocemos la mentira y la perfidia, el abandono y la violencia. Mientras hablaba sobre la virtud de tener una familia que permaneciera unida, donde el padre trabajaba y era la columna vertebral, yo me esforzaba por no dormirme en la banca. Daba cabezadas. Pero fue imposible. —El agua del mar era fresca. Buceábamos. Podíamos vernos con claridad. Buceaba detrás de ella y sus piernas se movían como si fuesen tentáculos. Pasaron unos tiburones pero no hicieron nada. Nadamos hacia una plataforma que flotaba no lejos de la playa. Sobre la plataforma ella recogió su cabello negro y lo estiró en el aire. Su suéter estaba pegado sobre la piel y las puntas de sus senos titiritaban por la brisa. Se acostó, recogió sus dos piernas, y extendió sus

brazos. Nos miramos a los ojos y me quemaba por dentro. Acarició mis cabellos con sus manos y me trajo hacia ella. Olí la saladez de sus labios y dijo:

—Hoy vas a barrer el patio. ¡Levántate!

Ya el hermano había terminado su prédica. Ella me levantó de la banca con un tirón de orejas. Preguntó si no me daba pena que mis compañeros se rieran de mí y dijo mil cosas, repitiéndome la pereza y el descaro, el descuido y la frescura. Fuimos hasta el centro del patio y me dio una escoba. Preguntó qué quería hacer en la vida. Dije que todavía no lo sabía.

— ¡Pero yo si sé! Vas a parar como un pordiosero en el crematorio.

Se alejó y di la vuelta para verla de espaldas. El suinsuin de su cadera me gustaba. Su largo cabello pendulaba de un lado al otro y quise verla desnuda. Cerré los ojos para imaginármelo y gritó que comenzara a barrer. Era mucho mejor barrer el patio que aguantarme una clase de geografía. En verdad, esta clase era una de las pocas que me interesaban, porque la maestra colgaba un mapa mundi en el tablero. Explicaba lo que era superficie y otras cosas más, pero yo me perdía entre los países e imaginaba aventuras amorosas en un palacio griego con Helena, en una pirámide egipcia con Cleopatra y en un baño turco con Sheherezade.

Apreté la escoba entre mis manos. Pensé que el castigo era muy fácil y que lo podía hacer rápidamente. Miré el suelo, justo antes de dar la primera barrida, y me di cuenta de algo. No lo había visto anteriormente. Levanté mi vista y el patio estaba lleno de largos y delgados caminos. Dejé la escoba en el suelo y me senté para observar esos caminos que se movían en todas direcciones. Salté sobre mis piernas y quise saber dónde comenzaban y dónde terminaban los caminos. Caminé alrededor del patio, miré debajo de las bancas, y observé los troncos de los árboles. Mientras observaba los caminos, no me di cuenta que la hora de geografía ya había pasado y cayó la mano de la maestra sobre mí para sacarme de mi estado. Me llevó otra vez al centro del patio. El timbre de su voz estaba alterado y gritó que escribiría una exigencia de expulsión si no hacía lo que ordenaba.

— ¡Te he dicho que tienes que barrer el patio!

Levantó la escoba del piso y la apretó en mi mano. Dio un paso hacia atrás y dijo:

—Comienza a barrer el patio. ¡Enseguida!

Muy bajamente, como si quisiese solamente hablar conmigo, dije:

—No.

— ¿Qué has dicho? No te he escuchado.
—No lo voy hacer.
— ¿Qué? Te voy a expulsar de la escuela.
—No importa. Hay miles de escuelas.
Perdió los nervios. Agarró mi brazo. Me agitaba de un lado para el otro.
—Te he dicho que tienes que barrer el patio.
—No lo voy hacer.
Me soltó el brazo. Di un paso hacia atrás y dijo:
— ¿Por qué no?
—Por las hormigas.
— ¿Hormigas? ¿Qué con las hormigas?
—El patio está lleno de hormigas. Hay caminos por todas partes. Y cargan hojas para comer.
Dio un paso hacia atrás y miró el patio. Levantó la vista y puso sus ojos sobre mí. En ese instante, sus ojos eran otros, pero rápidamente recuperó el aire severo. Me quitó la escoba de la mano y volvió a mirar a su alrededor y dijo:
—Entonces vas a recoger todas las hojas del patio.
Partió sin decir más nada. Había muchas hojas en el patio, porque había llovido en la mañana. Comencé a recogerlas. De tiempo en tiempo me detenía y miraba hacia la ventana del Chivo Eléctrico. Para no aburrirme seguía las formas que adquirían las hojas por el viento. Con cada soplo había una nueva composición. Unas veces veía piernas, brazos, labios y senos. Partes separadas del cuerpo. Pero en un soplo vi el cuerpo entero de una mujer. Sus proporciones eran grandísimas y corpulentas. Me llamó la atención el culón que tenía porque era el mismo de las mujeres que vendían frituras en el mercado. Por desgracia no pude disfrutar mucho de esa figura pues el viento sopló y creó una figura que no podía interpretar a primera vista. Traté de ver un huevo reventado en una pared, un vómito sobre una mesa o una cagada de perro. Algunas veces el viento creaba remolinos de hojas. Saltaba en medio de los remolinos y creía que era el pasadizo de entrada a otros tiempos. Imaginé ser Marco Polo. Recogía las hojas en línea vertical, en círculo, en triángulo y en perpendicular. Aplicaba todas las figuras que había aprendido en las aburridas clases de geometría. Me acordé que para los griegos una línea era una sucesión de puntos y entonces saltaba sobre las hojas y las recogía. Me pregunté que forma adquirirían las hojas si

las tiraba en el aire. Vi dragones chinos, volando entre las nubes y jugando entre ellos, y que bajaban a la tierra para lamerse sus patas.

— ¿Qué haces tanto con esas hojas? ¿Estás ponchi o qué?

No era la voz de la maestra ni del Chivo Eléctrico. Era una voz desconocida. Di la vuelta y era el soldado, y dije:

—Es el castigo de la maestra. Las recojo.

—Ya veo. Es la segunda vez que te veo y parece que bailas.

—Estoy bailando. Escucho música para no aburrirme. ¿Por qué tienes ese nombre?

— ¿Qué? ¿Por qué tengo este nombre? —dijo mirando el nombre de su camisa. ¿Qué hay de particular?

—Es un nombre en español. ¿No eres gringo?

— ¿Crees que soy gringo? Lo parezco, ¿no es cierto? Pero soy puertorriqueño. Nací en la isla y crecí en New York.

—Pero no todos los puertorriqueños son como tú. He visto otros.

—Los hay negros y blancos. De todas las combinaciones.

— ¿Y por qué tienes ese uniforme?

—Porque además soy americano. ¿Sabes lo que significa el servicio militar obligatorio?

—Sí, ¿y por qué te obligaron?

—Porque hay guerra.

— ¿Guerra? ¿Dónde?

—En Vietnam. ¿No has escuchado algo sobre eso?

—Sí, sí, claro que sí. He leído algo en el periódico. Que el presidente Nixon quiere salir de la guerra.

—Así parece. Pero no se sabe todavía. ¿Y hasta cuándo tienes que recoger las hojas?

—La maestra dijo que hasta la noche.

— ¿Hasta la noche? Ni en la Army, paisano. ¿Quién es la maestra que te castiga?

Tocó el timbre de salida. Los estudiantes salieron corriendo del salón y me separé del soldado, que se llamaba Enrique, para seguir recogiendo las hojas. La maestra se acercó y dijo que había hablado con el hermano Lucio para controlar el castigo. Enrique la detuvo en el camino y le dijo algo. Entonces la maestra se acercó y dijo que podía ir a la casa. Al volver a su lado, dijo:

— ¿Por qué te preocupas por él si es el más bruto de la clase?

Efectivamente, yo era el más bruto de la clase para la maestra. Pero no solamente para ella sino también para los otros profesores y la dirección del plantel. Además de las malas notas no participaba de las actividades escolares como juegos, coros y deporte. Tampoco me interesaban las excursiones. Decían que era pasivo e indiferente. Que no tenía iniciativa propia. Pasé, además, por el cuestionario de una psicóloga, que, mientras me preguntaba sobre Berta, Ernesto y mi vida, no dejaba de imaginarme que nos besábamos bajo los aguaceros en diferentes países de la tierra. Después de una semana de haber intentado de entrar en mi vida, perdió los nervios y la paciencia y escribió en el diagnóstico de que era un caso extremo de autismo. Pregunté qué significaba esa palabra y dijo con voz alterada que es no tener ningún contacto con la realidad, incapacidad de tener amigos, ausencia de sentimientos propios e insuficiencia para comprender los sentimientos de los demás y que no poseía fantasía. Se levantó de la silla, abrió la puerta, y finalmente dijo que yo era un retardado mental.

El hermano Lucio dijo que era mejor que fuera hacia donde el Chivo Eléctrico. Subí de dos en dos las escaleras. Al llegar a su habitación, salió el médico. Sus ojos brillaron al verme, levantó un brazo, y me acarició los cabellos. Puse la almohada debajo de su cabeza y me senté en una silla. Sobre la mesa de noche había muchos frascos de pastillas e inyecciones. Preguntó por mi vida y dije todo lo que había pasado con la hermana de Metralleta. Escuchaba con atención. Sólo me detenía cuando tosía, porque temblaban hasta las paredes. Al terminar de contarle los detalles físicos de la hermana, extendió las piernas para quitarse la tensión. Levanté la mirada y puse los ojos en el crucifijo.

—Eres un muchacho muy curioso —dijo poniendo su mano sobre la mía. Cada vez que vienes miras ese crucifijo. Sé por qué lo haces.

—No es por nada. Solamente me gusta. Es el cabello.

—Pienso todo el tiempo en contarte la historia de ese crucifijo. Pero me da temor.

Hizo una pausa. Miró hacia la ventana y suspiró.

— ¿Por qué tiene temor?

—No quiero desilusionarte. No soy el que crees. ¿No te da miedo de perderme como amigo?

—Usted va a ser siempre mi amigo. En el cielo o en el infierno.

—Me gusta lo que dices. Me tranquiliza. Vas a ser mi confesor.

— ¿Confesor?

— ¡Sí! Ya te dije que eres hijo de Dios. Eres un poeta. Gente como tú son los únicos que comprenden lo que es el calvario. Cuando tenía tu edad no pensaba en ser sacerdote.

— ¿Y qué quería ser?

—Poeta...¡como tú!

—No soy poeta.

— ¡Déjate de ahuevasones! O se es poeta o sacerdote. Desgraciadamente escogí ser sacerdote. ¿Sabes por qué? Tuve miedo de la carne. De sus pecados y exigencias. Mientras exista la carne no hay virginidad. Es una mentira el cuento de la Virgen María. Nadie trae un hijo al mundo sin que la carne se corrompa. Jesucristo es un hijo de la carne. Si no hubiese sido así jamás habría sufrido el calvario de los sufrimientos y las torturas. Sufrió y entregó su cuerpo en la cruz para que nos limpiáramos con su sangre, ¿comprendes? Quiso mostrarnos que no hay salvación por el camino de la satisfacción de la carne. Quieres que te diga qué es lo que pienso. Jesucristo era un cobarde.

—Leí en el periódico que algunos dicen que los hippies son cobardes porque llevan la cara de Jesucristo en sus ropas. No quieren ir a Vietnam.

—Jesucristo no era pacifista. Su arma era el sufrimiento. Los profetas son siempre guerreros y los fieles son tropas bajo su mando. Pero yo hablo de otra cosa. Él tenía miedo de la vida. No sé por cuánto tiempo la iglesia va a mantener esa mentira. Ya en el siglo quinto, después de JesuCristo, había un profeta que se llamaba Mahoma, ¿lo conoces? Claro que él no dijo que Jesucristo era un cobarde. Eso lo digo yo. Lo que dijo es que Jesucristo era un profeta pero no hijo de Dios. ¿Por qué lo dijo? Porque todo ser humano en la tierra es hijo de la carne. Sabía que es insostenible ese mito de Jesucristo como hijo de Dios y de una mujer que es virgen. Así como lo escuchas. Yo también soy un cobarde como Jesucristo y por eso entré al sacerdocio porque tuve la esperanza de vencer las tentaciones y las insatisfacciones. Convertirme en un santo. Abandoné la poesía que era el origen de mis primeros sueños y suspiros. Aquellos años como joven feligrés no era problema porque vivía en la tierra donde había nacido, Extremadura, tierra seca y árida, dura y egoísta

Hizo una pausa. Miró hacia la ventana. Levantó las cejas y tosió más de tres veces. Le di un vaso de agua y quité la almohada. Respiraba con extrema dificultad. Lo ayudé a cambiarse de camisa por estar mojada en

sudor. Reconocí que tenía muchas heridas cicatrizadas en su pecho, en sus hombros y en sus brazos. Puse la almohada bajo su cabeza y me senté en la silla. Agarró mi mano y volvió a mirarme con el brillo de sus ojos y dijo que quería estar solo. Salí de su habitación. No había caminado más de veinte pasos, cuando escuché su voz y regresé a la puerta para apoyar mi oreja contra ella. Pronunciaba monótonamente el nombre Macabea.

En el camino hacia One Way no vi nubes en el cielo. Era uno de esos fatigantes días calurosos. Los rayos del sol convierten en gelatina el asfalto de la calle. El viento está detenido y la humedad abre los poros de la piel. Gente cruza la calle con los paraguas abiertos, perros buscan la sombra bajo los balcones y bajo los pocos árboles que hay en las aceras, vendedores de frituras se cubren la cabeza con pañuelos mojados, marchan a tambor batiente los aires acondicionados de las oficinas y las hormigas cargan hojas antes de que caiga el aguacero. Algunos rodean al raspadero, que rápidamente sirve el sirope en conos de papel. Repentinamente, el cielo se llenó de nubes pesadas y comenzaron a caer rayos sobre las puntas de las palmeras, las antenas de televisión y los cables de electricidad.

Corría lo más rápido que podía entre los patios, los callejones y los edificios. Algo me decía que apretara el paso. Corté camino y salté sobre el muro de mi edificio. Ya en el patio escuchaba los gritos del padre de Metralleta. Insultaba a Berta. Subí lentamente la escalera y él golpeaba la puerta con la pata del revólver. Gritaba que la mataría. Fui hacia la casa de Orejón y por suerte su padre llegaba justamente del trabajo. Dejó la camioneta en medio de la calle y entramos juntos al edificio. El padre de Metralleta seguía gritando, amenazando y golpeando la puerta con el revólver y disparó dos veces contra la cerradura. Cuando levantó el revólver contra Berta, Salao y Metralleta, el padre de Orejón gritó que se detuviera. Aquél lo amenazó con el arma y gritó que no era su problema y que se largara si no quería recibir unos balazos. Sin perder los nervios, el padre de Orejón se acercó lentamente, repitiéndole que le diera el arma, y aquél comenzó a temblarle el pulso, las piernas y los labios. Lloraba. Se le doblaron las rodillas. Cayó al piso y el padre de Orejón le quitó el revólver de la mano. Berta salió del apartamento. La policía llegó media hora después y lo arrestaron.

Un vecino le dijo al padre de Metralleta quién había sacado a la hermana de la casa.

3

Felipe el Cabezón era el periodiquero de la ciudad. Si bien había nacido en 1925, el año en que los militares norteamericanos intervinieron en la ciudad para terminar una huelga de inquilinos que, según mi abuela materna, unió por primera vez a los trabajadores de la ciudad con los de la Zona del Canal, no dejaba de ser rápido, hábil y chistoso. No era más grande que Salao y discutimos en llamarlo Cocobolo porque no tenía un sólo pelo. Pero como el tamaño de su cabeza estaba fuera de toda competencia le agregamos sencillamente Cabezón a su nombre. No le molestaba. Ya era conocido así y decía que tenía también derecho de tener un nombre artístico.

Todas las mañanas reconocíamos su voz. Gritaba el nombre de los periódicos que vendía y la gente tiraba la plata desde los balcones y, como un extraordinario pitcher de las ligas mayores, lanzaba los periódicos. No importaba la altura o el tamaño de los balcones: nunca se equivocaba. Mismo el padre de Orejón no podía igualarlo en esta habilidad. Recorría toda la ciudad, lanzando los periódicos en los balcones, y volvía a One Way para sentarse al lado de una pila de periódicos que vendía a los paseantes.

Desde que era niño vendía periódicos y coleccionaba los crímenes que le parecían interesantes. Seguía los procesos judiciales, sentado en los tribunales, y hasta decía su opinión a los abogados para aclarar tal o cual crimen. En verdad, no le interesaba aclarar ninguno, sino que, cuando podía, tenía placer en confundir las pistas. Incluso sabía dónde estaban enterradas las víctimas y los más grandes criminales. Nos llevaba al cementerio que, según él, había estado lleno de canales subterráneos en el siglo XIX, permitiéndole a los aguaceros confundir los ataúdes y la gente desenterraba las tumbas para colocar los ataúdes en sus fosas originales.

En las tumbas, contaba las historias de los crímenes. Para él los muertos oían y hablaban. Acuclillado hablaba con el despellejador, el puñalero de la madrugada, el hombre del petate, la tulivieja de la hamaca y la viuda arrecha. Como ya Metralleta podía soplar bien su trompeta, tocaba unas notas para que los muertos se alegraran de tener compañía y escuchar música.

En el transcurso de dos semanas fuimos al cementerio todas las tardes. Buscábamos la tumba de un criminal que había vivido en la segunda mitad del siglo XIX y que no había sido registrado en ningún libro y documento

alguno para no horrorizar a la ciudad. Para Felipe el Cabezón este criminal era el más terrible que ha dado la ciudad de Panamá y que merecía ser puesto a la altura del boxeador Panamá Al Brown. Le preguntábamos la razón y contestaba que primero había que encontrar la tumba. La tumba más vieja era de 1813. El problema para ubicar la tumba del criminal era que había veinticinco sin nombre. Tumbas sin fechas. Sin embargo, esta dificultad no era seria porque Felipe el Cabezón sabía que las tumbas estaban ordenadas por años y siglos.

—Si hay una cosa que está ordenada en este país es el cementerio —dijo cuando llegamos a las seis de la tarde. Lo demás es un despelote que nadie entiende.

Quince tumbas estaban en el lugar que le correspondía al siglo XIX y seis tumbas en la primera mitad del siglo XX. Las cuatro tumbas restantes estaban en la segunda mitad de este siglo. El criminal debería estar entre las quince primeras pero no sabíamos en cuál de ellas. Felipe el Cabezón dijo que era necesario desenterrarlas.

Habló con el celador del cementerio y lo convenció de la idea. Como había varias palas nos distribuimos las tumbas y las desenterramos en menos de media hora. El esqueleto, por indicación de Felipe el Cabezón, debería tener un medallón de oro en el cuello. Abrimos las tapas de los ataúdes y encontramos esqueletos casi desintegrados. Lo mejor que se conservaban eran los cráneos y los dientes. No había gusanos ni serpientes. Orejón gritó que había encontrado la tumba. La rodeamos y, efectivamente, el criminal estaba bajo nuestros ojos con su carcomido medallón de oro que no relucía.

Felipe el Cabezón repetía que no lo podía creer. Alumbraba el esqueleto con la lamparilla y dijo que había sido por su padre que sabía de este criminal. Que había nacido en el seno de una familia del Intramuros y que había viajado por muchos países. Desde muy joven comenzó a publicar sus primeros poemas en los periódicos locales y se hizo de un nombre en toda la Gran Colombia bajo el seudónimo Gallinazo el Hermoso. Acostumbraba a caminar con un kimono japonés por toda la ciudad, tenía una biblioteca inmensa cuyos libros se estimaban sobre los cinco mil, y era coleccionista de jarrones chinos y japoneses. Su casa había sido las más grande y opulenta del Casco Viejo y la adornaban columnas de mármol y esculturas de bronce. Tenía cuadros de pintores famosos y, como en las salas de las

mansiones de los sultanes osmanes de Constantinopla, había fuentes de agua que mantenían fresco el aire contra los calores del trópico.

En el patio interior también había una fuente de agua. El techo que lo cubría era una malla que impedía que se escaparan sus animales preferidos: los gallinazos. Era una jaula. Nadie podía comprender que pudiera tener semejante afición un hombre tan viajado, tan culto y tan leído. A nadie le hubiese llamado la atención si habría tenido caballos, pájaros, monos y, hasta serpientes, pero eran nada más y nada menos que gallinazos. El padre de Felipe el Cabezón, que en aquel entonces era un jovenzuelo de trece años, le dijo que todo el mundo le temía. Se apartaban del camino porque era un extraño con su cara empolvada, sus dedos llenos de sortijas de oro y collares que colgaban en su cuello. No se detenía a conversar con nadie. No se le conocía mujer. Tampoco amigos. Tocaba el piano en las noches de luna llena y para unos era un loco que conversaba con el demonio y para otros un castrado que arrastraba su vergüenza. Sin embargo, los jóvenes lo seguían con una mezcla de miedo y curiosidad cuando salía a las calles. Algunas veces se sentaba en el paseo de las Bóvedas y les hacía pequeños, valiosos y extraños regalos. Una pequeña sortija, incrustada de diamantes, recibió su padre de este extraño hombre. Lo invitó a su casa para que cenaran juntos pero se negó por miedo de que algo le sucediera.

Poco a poco, perdió su miedo y un día aceptó cenar en su casa. El criado, que era mudo, salió de la cocina y sirvió la comida. Este miró al padre con desconfianza y, después que terminaron de comer, Gallinazo el Hermoso le mostró el cuadro de un joven, pintado por un florenciano en el siglo XVIII, que estaba acostado en una cama con el pecho descubierto, con mirada ausente y labios ligeramente abiertos. Allí dijo que le gustaban, como a los filósofos griegos, los jóvenes que todavía no tenían un pelo en el rostro. Jóvenes delgados con piel de porcelana y sabor de miel. Levantó su mano y acarició la mejilla de su padre. Este salió asustado de la casa y varias semanas no fue hacia las Bóvedas para no encontrarlo. Pero una tarde decidió ir para devolverle la sortija. No lo encontró. Caminó hacia su casa y no había luces en la sala, pero reconoció un hilo de luz a través de una ventana semiabierta. Subió sobre una estrecha plataforma que se desprendía de la pared y se apoyó de las rendijas de hierro para mirar en el patio interior. El criado salió de una habitación y desapareció en otra. Los gallinazos movían nerviosamente sus alas, daban saltos y despedían ruidos y se amontonaron detrás de la puerta de la jaula.

La puerta de una habitación se abrió. Gallinazo el Hermoso salió cargando entre sus brazos el cuerpo desnudo de un joven y el criado lo seguía con un recipiente de plata. Dieron una vuelta en el patio y se detuvieron en la puerta de la jaula. Dejó al joven en el interior de la misma y los animales cayeron sobre el cuerpo. Trozos de carne colgaban en sus hocicos y el criado le dio el cofre a Gallinazo el Hermoso. Este lo levantó en el aire y lo llevó a su boca. Hilillos de sangre caían de los bordes de sus labios. Su padre golpeó la ventana a causa de los nervios y el criado se dio cuenta de su presencia. Aquél corrió hacia la guarnición militar de la ciudad y al principio no quisieron creerle pero uno de los militares, cuyo hijo había desaparecido misteriosamente, aprobó ir a esa casa. Rompieron la cerradura de la puerta y encontraron el esqueleto del criminal que había sido devorado por los gallinazos en la jaula. Del criado no se supo más nada y las autoridades quemaron la casa para borrar hasta la huella del recuerdo.

Nos levantamos del suelo cuando Felipe el Cabezón terminó de contar la historia. Muchas historias ya habíamos escuchado en el cementerio pero esta nos erizó realmente los pelos. Llenos de miedo cerramos el ataúd y lo enterramos lo más pronto posible. Metralleta no quiso tocar la trompeta. Salimos del cementerio y el Ñato dijo que seguramente algo nos pasaría porque habíamos desenterrado la tumba, violado un secreto, y cometido una fechoría. Solamente a nosotros se nos ocurre hablar con muertos, dijo Orejón metiendo las manos en sus bolsillos. Pero Marimacha dijo que posiblemente Felipe el Cabezón quería meternos miedo pues nunca lo había logrado anteriormente.

—Quizás Gallinazo el Hermoso es una mentira, dijo Marimacha. Una invención de ese cabezón.

En el camino discutíamos si era verdad o mentira la historia. A mí se me ocurrió preguntarle a Berta, a mis abuelas, al Chivo Eléctrico y a Ernesto si sabían de este criminal. ¡Preguntarle a todo el país!

Cada uno entró en su casa con el sentimiento de que Gallinazo el Hermoso se vengaría de nosotros. Encontré a Berta leyendo en la cama. Le conté todo. Nunca había escuchado hablar de este criminal. Llamó a mi abuela y tampoco lo conocía. También llamó al redactor más viejo del periódico y dijo que a principios de siglo había uno que se llamaba Caballón el Hermoso pero que no era poeta sino torero. Terminó llamando a unos amigos poetas, Roque Javier Laurenza y Eduardo Ritter Aislán, y dijeron que el personaje no había sido seleccionado en ninguna antología

poética y que nunca había escuchado hablar de él. Ella buscó entre sus libros de antologías de autores nacionales y no lo encontró.

—Lo mejor que pueden hacer es ir a la Biblioteca Nacional —dijo cerrando un libro. Si lo encuentran publico los poemas

Al día siguiente, no caí dormido en el salón de clases. No quería ser castigado para ir rápidamente a la biblioteca. La misma maestra estaba sorprendida y, antes de partir, le conté la historia al Chivo Eléctrico. Estaba fascinadísimo en su cama de enfermo y no pude partir sin haberle prometido que apenas supiera algo lo llamaría por teléfono inmediatamente. En One Way nos reunimos en la casa de Orejón y partimos hacia la biblioteca. Jamás habíamos estado allí. Era un viejo edificio. Las escaleras y los pisos eran de madera. También las sillas y las mesas. Todo tenía un olor de siglos. En una oficina nos atendió el director de la biblioteca, un viejo cocobolo que tenía pintado el cráneo con tinta china, y tenía los pies puestos sobre el escritorio y fumaba un hediondísimo tabaco. Se secaba las gotas de sudor que le caían de la frente con un pañuelo blanco ennegrecido por la tinta. Como el abanico giraba a toda velocidad, había piedras y palos sobre las hojas y los periódicos para que no volaran en el aire. Rió cuando dijimos el motivo de nuestra presencia.

— ¿Saben cuántos libros y periódicos hay en esta biblioteca? Además no se clasifican a los autores por semejantes seudónimos. ¿En qué año escribió supuestamente ese vergajo?

—En el siglo XIX. Eso es lo que dijo Felipe el Cabezón.

—Cada siglo tiene cien años. Exactamente, ¿cuándo?

No lo sabíamos. El director dijo que no importaba. Que éramos seis y nos podíamos distribuir los periódicos. Subimos hasta el último piso en un elevador de cuerdas. Entramos en una sala grande, rodeada de puertas que alcanzaban el techo, cuyo balcón iba de un extremo al otro del piso. Lo seguimos hacia el interior de un cuarto que tenía muchos abanicos que colgaban del techo. Los anaqueles eran largos, pellizcaban el techo, y me llamó la atención que eran de aluminio.

—Por una sencilla razón, dijo el señor mostrando un periódico. La humedad entra por la madera y vienen las polillas. Se comen los periódicos. Antes había que limpiar todos los días la madera y los periódicos. Eso era un tremendo trabajo egipcio.

Se detuvo en la sección del siglo XIX. Dijo que había seiscientos periódicos entre nacionales y extranjeros. Llamó a dos secretarias, que me

llamaron la atención por lo corto de sus minifaldas y, mientras transportaban los periódicos en unas carretillas, el director no dejaba de ver el suinsuin de sus caderas.

—Esto no está permitido —dijo al llegar a una sala grande. Pero estoy muy curioso. Me pregunto cuántos poetas no conocemos. Gallinazo el Hermoso, ¡increíble!

Juntamos tres mesas de la sala y colocamos los periódicos sobre ellas. Los distribuimos y clasificamos por año. Nos dividimos en tres teams y el director dijo que dobláramos las páginas con mucho cuidado: sin quebrarlas y sin rasguñarlas. Mientras buscábamos en los periódicos, bajaba un suave viento del Cerro Ancón. Escuchábamos los pitos de los autos y las tronaderas de los buses, los gritos de los vendedores y los cantos de las golondrinas. Las páginas de los periódicos despedían un sonido sordo, como si se quitaran de encima la pesadez de estar dormidas por tanto tiempo, y caían suavemente sobre la mesa. Mirábamos cada página detenidamente y Metralleta no dejaba de masticar el nombre del poeta. Estudiantes de la universidad quisieron entrar en la sala, pero el director dijo que estaba cerrada y que en la planta baja hay espacio suficiente para estudiar. Cerró la puerta y se sentó para seguir buscando en los periódicos. Fumaba su hediondísimo tabaco, secaba las gotas negras que caían en su frente, y a veces lanzaba gruesas bocanadas de humo que parecían nubes que bajaran del cielo.

En la pared había un reloj que no funcionaba. Pero como ya era de noche deberían ser más de la seis de la tarde. Las secretarias raspaban las mesas con sus largas y pintadas uñas al doblar la página de un periódico y el director levantaba los ojos para hacer una mueca de disgusto. Volvía a los periódicos y chupaba su tabaco como si fuera un baby con su mamadera. Salao estaba sentado entre las dos secretarias y, de tiempo en tiempo, estornudaba hasta cuando a una le preguntó qué clase de perfume tenía y ella gesticulando con la boca como si tuviera una papa caliente dijo Coooco Chaaanellll. Él se cambió de puesto para quitarse el mareo.

— ¡Aquí está! —dijo Marimacha saltando de la silla. ¡Aquí está! ¡Aquí está!

La rodeamos. Tenía una pila de periódicos de mil ochocientos noventa y cinco. El nombre Gallinazo el Hermoso figuraba sobre un poema de dos estrofas y cuatro versos. El director cogió el periódico y se puso los lentes para leerlo. No es mentira, dijo con sorpresa, realmente vivió. Encontramos

otros poemas hasta el ochenta y ocho con títulos como Las Amapolas de la Playa, Desterrado en Sangre, Los Dioses tienen Sed, Abracadabra de la Arena. También escribió artículos sobre poetas como Rubén Darío, José Martí, Julián del Casal, Leopoldo Lugones, Victor Hugo, Verlaine, Mallarmé, Baudelaire, Goethe, Novalis y Hölderlin. Copié unos versos de Desterrado en Sangre, <<Las olas se tragan la arena en sangre/ dame el cuerpo del joven tierno/ su cuerpo es mi cuerpo.>>.

Salimos de la biblioteca mucho más preocupados. Gallinazo el Hermoso se vengaría de nosotros y Orejón dijo que no había razón para preocuparse, porque lo único que habíamos hecho era revelar algo desconocido. Además, dijo deteniéndose en el camino, los muertos están muertos. Marimacha dijo que no se preocupaba ya que a él le gustaban los jóvenes. Al entrar en One Way, encontramos sentado a Felipe el Cabezón frente de la tienda del chino tomando agua de pipa. Le dijimos sobre nuestro hallazgo y se sorprendió, puesto que ni él mismo creía en lo que le había contado su padre, aunque había visto los esqueletos del criminal.

—A él le gustaba contar muchas historias —dijo levantándose de la acera. Ya viejo se volvió loco y confundía las estrellas con bombillos eléctricos. En las noches caminaba por las calles y saltaba para apagarlos.

En ese momento, llegó Berta del trabajo. Se sentó en la acera y se quitó los zapatos plataforma. Extendió las piernas y dijo que le había preguntado a mucha gente sobre Gallinazo el Hermoso y que nadie sabía de su existencia. Miró a Felipe el Cabezón, y dijo:

—Nos ha tomado el pelo, Felipe. ¿De dónde sacaste esa historia?

Él nos miró. Marimacha dijo que habíamos estado en la biblioteca y que había encontrado un poema de Gallinazo el Hermoso. Que no era mentira. Le entregué los poemas que había apuntado y los leyó con atención.

—Es interesante —dijo con el papel en la mano. Es verdad entonces.

—Ni yo mismo creía lo que le conté a los muchachos, Berta. Sencillamente quería asustarlos. He contado miles de historias de crímenes que han sucedido en la ciudad. Y la que menos creía que era cierta es la que más ha impresionado. Cuando era un niño me contaban historias de brujecitas y me cagaba en los pantalones. Pero estos muchachos hasta desentierran cementerios.

— ¿Cómo?

— ¡Sí! No lo he podido creer. Desenterraron la tumba del Gallinazo el Hermoso y escucharon la historia al lado del esqueleto.

— ¿Cierto? ¿Ustedes han hecho eso?

—Así como lo oyes. Ahora ya no sé qué contarles. Ya no lo sé.

—Pero no es para que te pongas triste. Ya encontrarás algo. Lo cierto es que esto no ha terminado aquí. Se me ocurre que podemos hacer un reportaje. ¿Qué les parece?

—No quiero salir en el periódico.

— ¿Por qué no? Tú eres quien ha contado la historia. Si no hubiese sido por ti no habríamos sabido nada.

—Vendo periódicos pero no salgo en ellos. Es mi padre quien tiene que salir en el periódico pero ya está muerto.

—No seas tonto, Felipe. En esta ciudad todo el mundo te conoce. Tú mismo eres un periódico caminando.

— ¿Qué quieres decir con eso?

—Te conozco desde que era una niña. Por ti sabíamos todo lo que sucedía en esta ciudad. No había bochinche que no supieras y que no aclararas. Eras más rápido que cualquier periódico. Sabías hasta lo que se iban a casar.

—Es verdad. Pero ya no camino tan rápido y la ciudad ahora es mucho más grande. Es imposible enterarse de todo. Hasta yo mismo me entero de los crímenes por el periódico. Hay lugares en la ciudad donde soy un extraño. Por ejemplo todos esos barrios nuevos que se construyen ahora. No me gusta ver esos edificios donde nadie se conoce. Parecen enormes elefantes de concreto. Ni sé cómo se llaman todas esas calles. No soy el joven de antes para caminar en todos los callejones, mirar en todos los balcones y enterarme de los miles de crímenes. Me aburren hasta los crímenes de hoy. Cuando leo los periódicos sólo se habla del arma, de la víctima y de la sangre. Si le cortaron los huevos o no. Antes un crimen era una verdadera historia. Si el criminal no tenía un sobrenombre se lo inventaban. También le inventaban una pifia y un caminao de guapo. Si era feo, lo hacían tan simpático que dejaba de ser feo. Los crímenes tenían un dejo picante, sabroso, y daba gusto leerlos. ¿Por qué ahora es diferente?

—Porque hoy son periodistas los que escriben los reportajes.

— ¿Y quiénes eran antes?

—Escritores.

— ¿Y dónde está la diferencia?

—Los periodistas van a la universidad y aprenden a escribir noticias. Y los escritores iban a los periódicos porque no podían vivir de sus libros.

— ¿Ya pueden vivir de sus libros?

—No. Pero ahora son muy pocos los que trabajan en periódicos.

— ¡Lástima! Me acuerdo de uno que firmaba con el nombre Ricardo Espantapájaros. Presentaba con mucho humor hasta a los peores criminales. Uno terminaba riéndose. ¿Qué es de la vida de él?

—Está exiliado en México.

Escuchamos las sirenas de la Policía. Era la batida. Nos levantamos de la acera y dos carros entraron en One Way y Berta dijo que permaneciéramos tranquilos. Que estábamos con ella. Antes que los policías bajaran de los autos, Berta fue hacia donde ellos y dijo que nosotros éramos sus hijos y que estábamos con nuestros amigos, que todos vivíamos en esa calle, y que no había razón alguna para causar problemas. El capitán demandó su cédula y dijo que estaba arrestada. Un policía la agarró del brazo y ella pidió una explicación, una orden de arresto, pero no recibió ninguna. Dijo que subiéramos a la casa y que no nos preocupáramos.

Estábamos en la casa con Felipe el Cabezón porque no quiso dejarnos solos. Llamé a mi abuela por teléfono. Dijo que trataba de localizar a Berta desde hacía una hora para decirle que policías se había llevado a la hermana de Metralleta. Al cerrar el teléfono le dije a Metralleta lo que había sucedido y se levantó nervioso de la silla.

Berta volvió tres horas después. Se sentó y prendió un cigarrillo. Después de aspirar tres veces, dijo:

—El papá de Metralleta tiene un primo que es teniente.

— ¿Y dónde está ella?

— ¡No sé!

Golpearon tres veces la puerta. Berta dijo que no iba abrir la puerta. Terminó abriéndola por la insistencia de los golpes. Era el padre de Metralleta. Le gritó a su hijo que saliera de la casa. Este caminó lentamente hasta la puerta.

— ¡Apúrate, coño!

— ¿Por qué le gritas?

—No te metas. Ellos son mis hijos y hago lo que me da la gana.

—No lo son. Nadie que sea un poco sensato golpea y viola a sus hijos. Tú eres un criminal.

— ¿Yo soy un criminal? ¿Quién dice que soy un criminal? ¿Quién eres tú?

—Sé quién soy yo. Y sé que eres un criminal.

—Lo que digas me tiene sin cuidado. Ninguna mujer me ordena lo que tengo que hacer y menos tú, mujer de mierda.

Berta agarró a Metralleta por la camisa y dijo que no iba a salir de la casa. Felipe el Cabezón dio un paso y el padre de Metralleta sacó el revólver.

—Te metes y te mato, hijo de puta.

Amenazó con dispararnos. Agarró a Metralleta por el cabello y lo zarandeaba.

—Te mato la próxima vez que te metas. ¿Lo has escuchado bien, cabrona?

Salió con Metralleta sin soltarlo del cabello. Berta cerró la puerta y se sentó en la silla. No sabía qué hacer para recuperar a la hermana de Metralleta. Llamó a un abogado y dijo que tenía todas las de perder. Que mejor no se metiera en el problema. Al cerrar el teléfono, dijo que seguro mataría a Metralleta y a su hermana. Mientras tanto no nos dimos cuenta que la televisión estaba prendida. Pasaba un mensaje de la iglesia. En la pantalla había un dibujo de una madre que cargaba a su niño y el padre estaba detrás de ambos. Al final del mensaje una voz grave, dijo: <<la familia que crece unida, permanece unida.>>.

Berta se levantó de la silla y apagó la televisión. Nos miró a todos con un aire mezclado de rabia, desilusión e impotencia.

Dicho y hecho. Una semana después salió un reportaje en las páginas literarias del Periódico bajo el título <<Cuando los poetas son desenterrados>>, con una entrevista de Felipe el Cabezón y una foto de nosotros en el cementerio y en la biblioteca. El director y las dos secretarias también salieron en la foto. Se publicaron todos los poemas de Gallinazo el Hermoso y unos artículos. Pero, para la sorpresa de todos, supimos por intermedio de un investigador, que había encontrado unos documentos en los archivos nacionales de Bogotá, que la verdadera identidad de Gallinazo el Hermoso era la de un negro, Epaminondas Virgilio Quintillano, y que firmaba con seudónimo para publicar sus poemas y sus artículos. De la vida del escritor había muy poca información biográfica, aparte de que había nacido en la ciudad de Panamá en 1865, cosa que pudo comprobarse por los archivos de una parroquia, y murió en fecha desconocida. Él mismo

escribió la historia, En el Jardín de los Gallinazos, y salió publicada en un periódico extranjero.

—Me parece muy bien —dijo el Chivo Eléctrico en su cama. Lo interesante es que el padre de Felipe el Cabezón se metió en la historia como si a él le hubiese pasado. Tienes que enseñarle el periódico a la maestra y a la psicóloga para que se instruyan.

La verdad es que la maestra ya no me castigaba por dos razones. La primera era que no me dormía más en el salón de clases y la segunda era por Enrique. Siempre preguntaba por mí y me enviaba saludos por intermedio de ella. Para mi agrado me trataba con más cariño y reía conmigo. En las pausas permanecía en el salón de clases y la ayudaba a arreglar cualquier cosa. Preguntó si nunca me había gustado la escuela y dije que no.

—A mí tampoco me gustaba —dijo riéndose.

Yo estaba confundido. Pensé que se estaba burlando de mí.

—No creas que miento. Pero es que las muchachas de pueblo no tenemos otra oportunidad que ser maestras. Me hubiese gustado ser artista de cine o de teatro.

Un día, mientras la ayudaba a encuadernar unos ejercicios de gramática, dijo que posiblemente iría a los Estados Unidos con Enrique pero que ahora todo dependería de Vietnam. Pregunté cuándo él debería partir y dijo que en cualquier momento. Sus manos temblaban y dejó los cuadernos sobre la mesa. Se sentía mareada. Trató de levantarse pero no pudo y después de un rato se sintió mejor. Al terminar el recreo, los estudiantes entraron en el salón y dio las dos últimas horas de clases como si la estuvieran azotando.

—Estoy cansada de hacer este trabajo, dijo metiendo sus libros en la maleta.

En una esquina del patio estaba Enrique. Sonrió al vernos. Me preguntó si quería ir a pasear con ellos, que había una bonita tarde, y que podíamos ir a la playa. La maestra dijo que yo debería ir hacia el hermano Gonzalo. Me sorprendió que supiera de esta amistad y dije que ya lo había visitado en la mañana. Nos montamos en el Volkswagen y él llevaba el timón, puso un casete de salsa. Tenía voz de cantante. Sabía todas las canciones del casete y cuando se terminó lo cambió por otro. Cantábamos a coro una canción de Carlos Santana que había recién salido en el mercado <<Oye cómo va, Mulata, tiempo pa’ gozá>>, y cruzamos rápidamente la ciudad. Tiró la gorra militar en el asiento trasero y mirándome con el retrovisor, dijo:

—Paisano, quiero ser cantante desde mi niñez en Bronx. Lo que me gusta es la música. Tienes que conocer El Barrio para que sepas lo que es ser nada. No tener oportunidades. Por eso mucha gente no comprende lo que ahora se llama salsa. Dicen que solamente es ruido y lata. Escucha bien el trombón de Willy Colón y allí está la verdad de los latinos en New York, los jóvenes de mi generación, luchando por un sueño.

Cambió la facción del rostro de la maestra. Estaba triste. Él la miraba y le ponía la mano sobre su estómago. Llegamos a la playa. La marea estaba alta y había un buen sol. Jóvenes jugaban fútbol al ritmo de la salsa. Había uno que jugaba muy bien y lo llamaban Pelé. Otros tenían el apodo de Rivelino y Joao. Enrique se quitó las botas, la camisa y enrolló sus pantalones hasta las rodillas pero la maestra no quiso entrar al agua. Estaba sentada bajo la sombra de un árbol y miraba a Enrique jugando fútbol. Un rato después, dejó la pelota y se sentó a su lado. La abrazó. Reían y él ponía su cabeza sobre su estómago.

A la playa llegaron un grupo de melenudos y se sentaron bajo la sombra de otro árbol. Escuchaban un casete de Carlos Santana. Caminé hacia ellos y uno me llamó la atención porque se llamaba Pulmón y tenía un parecido con Jimi Hendrix. Era un aventurero. Con una guitarra en la mano había recorrido muchas ciudades europeas y había estado en el concierto de Woodstock. También había estado en África. Discutían el nombre de un grupo de música que querían formar, una mezcla de rock, con ritmos latinos y tambores africanos. Pulmón propuso que el grupo debería llamarse Raíces. Me preguntaron cómo encontraba el nombre y lo único que se me ocurrió decir fue por qué debería llamarse así.

—En este país hay que recordarle a la gente de dónde vienen sus abuelas, dijo Pulmón con una sonrisa. Somos indios y negros.

—A mí no, dije seriamente. Sé de dónde vienen mis abuelas

— ¿Y de dónde vienen?

— ¡Son hijas de Dios!

Se rieron por mi respuesta. Miré a la maestra y a Enrique. Estaban acostados sobre la arena. Unos seguían jugando fútbol y otros se bañaban en el mar. Caminé hacia ellos y me senté a su lado. Poco tiempo después entramos en el mar. Había algunas retiradas y abrazadas parejas que flotaban en el agua. Unas veces las mujeres daban las espaldas a los hombres y así se quedaban un tiempo como si fuesen un mismo cuerpo y se movían al compás de las olas. La maestra cruzó sus piernas sobre la cintura

de Enrique. Se besaban. Su larga cabellera negra era como un pulpo en el agua. Unas veces él le metía la lengua en el oído y ella reía. ¡Qué tan diferente era ahora! No era la seria maestra, la aburrida que daba clases de matemáticas, sino la misma de mis sueños: ligera, suave y libre.

Por esta razón, comencé a llamarla por su nombre desde aquel día: Esther.

Había muchas parejas en el agua. No se despegaban. Otras mujeres estaban acostadas en la playa y se encremaban contra los rayos de sol e imaginé transformarme en una mano, pasar sobre sus muslos, sus piernas, sus hombros y sus pies. Besarlas sobre las puntas de sus senos. Sí, donde ponía el ojo, veía solamente mujeres bonitas. Unas con cabellos cortos y otras largos, unas pequeñas y otras grandes, unas delgadas y otras gorditas, unas oscuras y otras claras. ¡Todas bonitas! Reconocí a Pulmón caminando sobre la arena. Nunca había visto un cuerpo de hombre tan bonito y armonioso como el suyo. Sencillamente hermoso. Su piel combinaba perfectamente con el blancuzco de la arena. Sus largas piernas y flexibles brazos, su fuerte cuello y su estrecha cintura, y su bien formado y redondo culo, provocaba que las mujeres levantaran la vista. Se sentó al lado de dos mujeres que se encremaban. Las piropiaba con mucha gracia y ellas se reían. Una le dio la crema de sol y se acostó sobre su estómago y él le desajustó el sostén para encremarle la espalda.

Volví para ver a Enrique y a Esther. Nadé hacia ellos. Él debía regresar a la base militar a las seis de la tarde. Antes de partir, caminé hacia Pulmón para despedirme y me recibió con su amplia sonrisa. Dijo que le gustaría verme de nuevo, que podíamos ser amigos, y dije la calle dónde vivía.

— ¡Cierto! ¿Vives en One Way? Ya he escuchado hablar de un Metralleta que toca bien la trompeta, ¿lo conoces?

—Claro que sí. Es el mejor trompetista.

—Un día voy a One Way pa' ve si es verdad.

Enrique no decía nada en el camino. Esther le preguntó qué le pasaba. Él movía negativamente la cabeza y fumaba nerviosamente. Entramos en la Zona del Canal, pasamos por una base militar, soldados marchaban en línea de cuatro, helicópteros volaban en círculo y tanques entraban en un avión. <<Esos ya van pa' Vietnam>>, dijo Enrique señalando con su dedo índice. Esther preguntó cuándo debería partir. Él bajó la cabeza y colocó su mano sobre la de Esther. <<Déjate de caricias, dijo enfadada, dime la verdad ahora.>> No dijo nada. Al bajarse del auto, caminó lentamente hacia la

base. Un policía militar abrió la puerta de alambres y él se volvió para mirarnos. Regresó al auto y dijo secamente que partiría en una semana. Esther pisó el acelerador y él se quedó parado sin moverse. El policía militar se acercó y puso su mano sobre el hombro para que entrara en la base.

Ella lloraba y golpeaba el timón con su mano derecha. Después de tranquilizarse me miró con mucho cariño. Preguntó si me había gustado la tarde y dije que sí pero que ahora estaba triste por lo de Enrique. <<Yo también lo estoy, dijo ella, quizás no lo vaya a ver más.>> Acarició su vientre y dijo que iba a ser madre. En One Way, me dejó en la puerta de mi edificio. Bajé del auto y me llamó a mis espaldas. Regresé y levantó su mano para acariciarme la mecha de cabello.

—Me gustó que vinieras. Eres mi amigo, ¿no es cierto?

—Claro que lo soy. Eres mi mejor amiga aparte de Berta y Marimacha.

Puso la mano sobre mi cuello y recibí un beso en los labios. Pisó el acelerador y partió. Al entrar en la casa, Berta escribía en la máquina de escribir. En la cocina, Salao intentaba de resolver una tarea de matemáticas. Me senté al lado de ella y la observé por un largo tiempo. Cargaba una minifalda y el cabello lo tenía recogido sobre su cuello. Tenía cruzada las piernas con sus pies descalzos. Sus dedos caían rápidamente sobre las teclas.

Salao salió de la cocina con cara de frustrado y le dijo a Berta que lo ayudara a resolver una fórmula.

—No lo voy hacer. Ya te dije que de esta casa tiene que irse el perro callejero. Ya es la tercera semana que está aquí. Ah, tú estás allí, ¿cuándo llegaste?

—Hace media hora. Y no te has dado cuenta.

—Perdóname, pero quiero terminar este reportaje pronto. ¿Sabes qué ha hecho el perro callejero?

— ¿Qué?

—También puede culear. Hoy ha venido con su mujer y Salao lo ha dejado entrar. ¡Ve al balcón y te darás cuenta!

Pulgas se sentía en su casa. Ya se había recuperado de las mordidas y caminaba sin cojear. Había tardes que caminaba detrás de nosotros por la ciudad y, efectivamente, estaba ahora con su mujer.

— ¿Sabes lo que eso significa?

— ¡No!

—Seguro de que está encinta. Como cree que aquí es su casa ha venido con ella.

—Pero, ¿cómo va tener los hijos en la calle? —dijo Salao poniendo su cuadernos de matemáticas sobre la mesa.

—No te soporto. No me hables y tampoco esperes que te ayude con tu mierda. No te rías que estoy hablando en serio.

—No me río. Solamente sonrío.

—No tengo humor para tus vainas, ¿me oyes?

Ella se levantó de la silla y entró en la cocina. Salió con un sandwich en las manos y se quitó la minifalda para dejarla en el piso. Miraba a Salao con ceño fruncido. Dejó el sandwich sobre la mesa, y dijo:

—Me importa un carajo lo que hagas con tu perro callejero. Pero tengo que terminar mi trabajo. Así que te sientas en la cocina y resuelves tu problema. Tú solo, ¿you understand?

Metió una hoja en el carril de la máquina. Salao entró en la cocina y resolvió su tarea quince minutos después. Ella seguía escribiendo como poseída por el demonio. No levantaba la cabeza de la máquina. A cada hora se paraba de la silla y caminaba hacia el balcón. Fumaba un cigarrillo y volvía a la máquina. A las once y media Salao y yo nos acostamos. Como siempre, él se durmió primero. En cambio yo no podía dormir. Me levanté de la cama y fui al sofá. Berta seguía escribiendo. Vi a una mujer muy joven y llena de energía. Sentí la fuerza en sus dedos, que caían sobre las teclas, como las ininterrumpidas y pesadas gotas de un aguacero. Seguí lentamente las líneas del brazo, de los senos, de las piernas y del cuello. La vi desnuda en la ducha, cayendo el agua entre sus senos y pasando sus manos enjabonadas sobre su cuerpo; la vi sentada en la playa, las olas acariciándole los pies; la vi acostada sobre la cama, leyendo y tocándose los senos con una mano. Me detuve en sus pies. Tenía levantado el talón izquierdo.

— ¿Estás despierto todavía? Mañana tienes que ir a la escuela.

—Yo sé. Pero no tengo sueño.

Se sentó al lado mío. Me abrazó con la mano derecha y me dio un beso en la mejilla, y dijo:

— ¿Quiero que me digas algo? Hasta ahora no te he conocido ninguna novia. Acabas de cumplir diecisiete años. No quiero que pienses que te presiono. Sencillamente estoy curiosa por ti. ¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—Ahhhh, te gustan, te gustan... ¿te gustan las mujeres?

— ¿Por qué me preguntas eso?

—Quiero saber qué es lo que siente mi hijo. Sabes que no debes tener pena conmigo.

—Yo sé. Claro que me gustan las mujeres. Pero no estoy seguro si solamente me gustan ellas.

— ¿Qué quieres decir?

— ¿Qué?

—Sí, ¿qué quieres decir con que no estás seguro?

—Mucho. También me gustan los hombres.

— ¿Qué?

—Has dicho que puedo tener confianza contigo.

—Sí, sí. Pero...

—Pero, ¿qué?

—No, nada. Sólo es que estoy sorprendida. No esperaba eso de ti.

— ¿Por qué no?

— ¡Espera! Quiero que me comprendas bien. Estoy sorprendida pero no creas que estoy desilusionada o que te critico. De ninguna manera. Me gusta que seas sincero conmigo. También me gusta que expreses sin miedo lo que sientes. Eso es lo importante. Sin embargo sabes que ser mariposa aquí es muy difícil. Hay muchos prejuicios

—Yo sé. ¿Es posible querer hombres y mujeres al mismo tiempo?

—Claro que es posible.

—Hasta ahora nunca he tenido fantasías con hombres. Pero encuentro que también hay hombres hermosos, ¿comprendes?

Volvió abrazarme y me dio un beso. Se levantó del sofá y puso sus dedos sobre la máquina de escribir. Caí dormido en el sofá. No me despertó sino que me arropó con una sábana. Al día siguiente, Salao me levantó para ir a la escuela. Berta ya había partido hacia el trabajo. Caminé hacia la mesa y abrí el portafolio donde estaban los papeles escritos. En la primera página había una cita de un poeta que no conocía, <<El ojo es la puerta abierta del alma>>, y me pregunté cómo se pronuncia el nombre Ibn Hazm al Andalusi. Comencé a leer la primera página, pero me detuve. Nadie me lo prohibía, pero pensé que sería un atrevimiento leer algo que todavía no estaba acabado. Cerré el portafolio y entré a la cocina para preparar el desayuno con Salao. Yo cocinaba unos huevos con tocino y Salao preparaba el café. Al sentarnos en la mesa nos dimos cuenta que no teníamos leche y

bajé a la tienda del chino que escuchaba su acostumbrada música, voz aguda de mujer, como si estuviese llorando. En el mostrador le pregunté qué cantaba la mujer. Me miró, sonrió, y dijo:

—No es una mujer —dijo cambiando el billete de dólar. Es un hombre que canta y hace de mujer. Y no está llorando. Está feliz porque se ha casado con su príncipe.

Le pregunté cómo se llamaba la princesa y alzó sus ojos hacia el techo de la tienda, movió sus manos melódicamente en el aire, y pronunció el nombre en chino. Dije que la princesa debería llamarse Agua y dijo que le gustaría que yo aprendiera el chino para pronunciar el nombre de la princesa en su nombre original. Lo cierto es que él hablaba en chino con la gente de One Way. Nadie hablaba en esta lengua pero lo entendíamos muy bien porque gesticulaba claramente, especialmente cuando se emputaba y mandaba a todo el mundo al carajo. Y al hablar en español nos confundía pues creíamos habernos equivocado de tienda.

Subí a la casa y terminamos de desayunar para ir a la escuela. Felipe el Cabezón lanzaba los periódicos en los balcones y Metralleta soplaba su trompeta en la acera. Quiso acompañarnos hasta la puerta de la escuela, pero Salao dijo que no, que él tenía que ir a su propia escuela, y que tampoco quedaba muy lejos de la calle. Metralleta se negaba. El padre de Orejón, que ya estaba en su camioneta, escuchó la discusión y se acercó a nosotros.

—Yo mismo te voy a llevar a la escuela, Metralleta, dijo el padre de Orejón.

Abrió la puerta de la camioneta. Lo llamó tres veces. Malhumorado entró en el auto y salieron de la calle.

Esther brillaba por su ausencia. Era la primera vez que no llegaba a clases. Los demás estaban felices y se tiraban papeles. El mejor estudiante de la clase, que normalmente era muy reservado y callado, tenía los pies sobre el escritorio. Otros lo rodeaban y esperaban que no viniera Esther. No la llamaban la maestra sino la cholita campesina. Salí del salón y entré a la oficina de la escuela y pregunté por el director del plantel. Hablaba por teléfono. Al cerrarlo pasé a su oficina y dijo que justamente había hablado con ella y que estaba enferma en la cama. Me pareció raro que estuviera enferma, después de haberla visto el día anterior. Le pregunté si podía darme el número de teléfono, porque necesitaba saber si quería que recogiera la tarea de matemáticas.

No me dio el número de teléfono. Pero él mismo la llamó y dijo que había un estudiante a su lado. Ella preguntó el nombre y le pidió que me pasara el teléfono. Cogí el aparato y el director salió para avisar la ausencia de la maestra. El timbre de su voz era nervioso. Pregunté qué le pasaba y dijo que estaba muy bien que la hubiese llamado porque necesitaba mi ayuda. No dijo qué le pasaba sino que me dio la dirección dónde vivía y que fuera lo más pronto posible a su casa. Que tomara un taxi que ella lo pagaría. Salí corriendo de la dirección. Pasé al salón a recoger mi maleta y el mejor estudiante me preguntó si ya sabía que no iba a venir la cholita campesina. Le di un puñetazo en la boca y salí corriendo de la escuela.

Estaba en su edificio en menos de quince minutos. Vivía en la parte vieja de la ciudad, en una calle muy populosa, frente al mar. Esperó en la acera y pagó el taxi. Subimos hasta el segundo piso y después de cerrar la puerta, dijo:

—Enrique se ha escapado de la base militar. Llamó hace dos horas y me ha preguntado si sabe dónde puedo esconderlo. Aquí no puedo hacerlo, porque seguro de que lo atraparán. ¿Acaso tienes alguna idea dónde puede esconderse?

Sabía por el periódico que algunos soldados se escondían en la ciudad para no ir a Vietnam. Y ahora conocía a uno de ellos, un amigo mío, que necesitaba ayuda. Lo primero que se me ocurrió fue esconderlo en One Way. Allí había lugar suficiente, cuartos, azoteas y callejones, que solamente nosotros conocíamos.

Sonó el teléfono. Era Enrique. Dio la dirección para que lo pasáramos a buscar. Cruzamos la ciudad bajo un aguacero, bajé del auto y entré en un restaurante. Estaba vestido de civil. Zapatillas y gorra de béisbol. Se veía muy diferente, mucho más joven, y me preguntó por qué lo miraba tanto. Allí dijo que tenía diecinueve años. Esther era seis años mayor. Al salir del restaurante le pregunté si lo que hacía era lo más correcto y dijo que sí, que sabía todas las consecuencias que su decisión significaba en caso tal que lo atraparan: juicio militar. Y seguramente la prisión.

—Paisano, pero no importa. Quiero ver a mi hijo.

Quedamos que nadie, aparte de mis amigos, debería saber dónde estaba escondido. Esther estacionó el auto en One Way, pero ellos no se bajaron. Corrí hacia el edificio de Metralleta y grité tres veces su nombre. Le pregunté a Felipe el Cabezón si sabía dónde estaba. Dijo que no había

regresado de la escuela. Preguntó qué me pasaba y le dije todo. Caminamos hacia el auto. Enrique bajó la ventana e intercambió unas palabras con él.

—No te preocupes —dijo dándole un golpe a Enrique sobre el hombro. Aquí vamos a cuidar bien de ti.

En ese momento, escuché la trompeta de Metralleta. Él tenía la llave de un cuartucho de su azotea. Lo llevé al auto y le presenté a Enrique. Normalmente Metralleta era muy desconfiado con la gente que no conocía pero Enrique le cayó simpático con la primera mirada. Hablaron como si fuesen amigos de toda la vida. Realmente me resultó extraño. Subimos a la azotea y entramos al cuartucho. Estaba limpio. Tenía dos sillas y una mesa, un servicio pero ninguna ducha.

—Está muy bien —dijo Enrique mirando por una ventana. Tengo una buena vista sobre la ciudad.

Esther miraba el cuartucho un poco triste. Enrique le dio un beso en la mejilla y dijo que no se preocupara, que allí iba a estar muy bien, mucho mejor que en la barraca. Desde ese día visitábamos a Enrique en el cuartucho. Lo conocieron Ñato, Marimacha, Salao, Musculito y Orejón. Le gustaba estar con nosotros. Además, nos turnábamos para llevarle comida todos los días. Esther venía en las noches. Berta también lo conoció, habló con él por largo tiempo, y prometió que no publicaría nada en el periódico, pero dijo que no se hiciera muchas ilusiones, porque la policía militar de la Zona del Canal atrapaba a todos los que se escapaban de las bases con la ayuda de los militares nacionales. Hizo una pausa, y dijo:

—Solamente han sido dos los que se escaparon definitivamente.

— ¿Y cómo lo lograron?

—Se suicidaron.

— ¡Pero yo no! Sé que voy a salir vivo.

—Es mejor que vuelvas —dijo Esther. Sino todo va a ser peor.

— ¿Peor? No voy a entregarme. Quiero ver a mi hijo. Berta, ¿realmente qué piensas? ¿Podré salir de esto?

—No lo sé. Realmente, no lo sé.

Ya la policía militar había estado en la casa de Esther. Y en la escuela. Ella dijo que, si bien lo conocía, no sabía nada del asunto. Entonces me convertí en el intermediario para evitar que llegaran hasta él. Llevaba cartas de uno y otro. Él no salía del cuartucho y solamente bajaba a la casa de Metralleta para bañarse cuando el padre no estaba. Aparte de que hacía muchos ejercicios físicos, cien pechadas con cada brazo, cuclillas,

abdominales, le enseñaba a Metralleta a leer y a escribir las notas musicales. Practicaban todas las tardes y no había nada que los interrumpiera. Todas las preocupaciones se olvidaban y únicamente contaba la música. Allí comprendí por qué se entendieron muy bien desde el principio.

Cada adelanto de Metralleta era una enorme satisfacción para Enrique. No había nada que aquél no quisiera aprender sobre su trompeta, todas las posibilidades para formar y jugar con las notas, y practicaba las piezas de músicos como Gilles Delezzy, Charlie Parker, Benny Goodmann, Eddi Palmieri y Miles Davis porque le gustaba especialmente el jazz. Frecuentemente creaba sus propias piezas y Enrique lo miraba asombrado, apuntando las notas que Metralleta creaba con toda su agilidad y capacidad de improvisación. Metralleta y su trompeta eran un solo cuerpo. Lo que no podía expresar con palabras lo hacía con las notas. Unas veces reía y otras lloraba. Unas veces era melancólico y otras rabioso y, más sorprendente aún, podía soplar relámpagos, ruidos de motores de autos y cantos de pájaros. Escuchándolo se me ocurrió que el mundo es el juego de notas escritas en un invisible pentagrama que Dios creó como un gran compositor.

—Paisano, espero que tengas toda la suerte —dijo Enrique mirando a Metralleta con los ojos enjugados. Porque talento es lo que te sobra. Me recuerdas a mi mejor amigo.

Esa noche estábamos sentados alrededor de Metralleta. Esther y Felipe el Cabezón estaban presente.

— ¿Era tu amigo trompetista? —dijo Esther.

—Desde que era un niño.

—Nunca me has hablado de él.

—Crecimos juntos. Éramos vecinos. Lo único que nos separaba era la calle. En las noches de mucho calor nos sentábamos en la ventana. Cada uno en la suya y con su trompeta. Improvisábamos. Realmente él era el trompetista como Metralleta. Yo soy mejor con la voz. Hasta íbamos a la escuela con las trompetas y ya mayores tocábamos en diferentes grupos. El sueño era formar nuestro propio grupo de jazz.

Levantó la mano y escribió algo en el aire.

— ¿Y cómo debería llamarse el grupo?

—Brooklyn Jazz. Toda la música del mundo está allí. Tienes que caminar por las aceras y escucharás música negra, latina, india, árabe y

china. Queríamos reunir toda esa música en un grupo.

— ¿Por qué no lo hicieron?

— ¿Por qué no? Muy sencillo. Vietnam.

— ¿Desde cuándo está él allí?

—Desde hace seis meses. Pero no recibo carta desde hace cuatro meses.

— ¿Por qué no?

—No lo sé. Llamé a su familia y no saben nada.

— ¿Y cómo se llama él?

Hizo una pausa. Inclinó la cabeza y miró hacia el techo. Las lágrimas le bajaban por las mejillas. Bajó la cabeza lentamente, y dijo:

—Nelson...Nelson Washington Jr. Por eso digo, Metralleta, que espero que tengas suerte. Mucha suerte, paisano.

La policía presionaba a Esther en los días siguientes. Iban a la escuela y la interrogaban durante más de una hora. Sabían que Enrique había desaparecido el mismo día que ella no vino a la escuela. El director contó con detalle el día que se ausentó, la llamada telefónica y los nervios, pronunció mi nombre, y me preguntaron si conocía a Enrique. Solamente me limité a decir no. La amenazaron de perder el trabajo si en el término de tres días no decía dónde estaba él. Además, fueron al Periódico y amenazaron a Berta con todas las consecuencias que significaba esconder a un soldado americano.

Esther y yo dejamos de ir hacia donde Enrique. Berta también. Por intermedio de Metralleta, él estaba al tanto de todas las amenazas y las presiones. Enrique decidió entregarse, porque tarde o temprano lo atraparían y lo juzgarían. Esther no quería. Pero él se entregó. No quería que ella perdiera su trabajo. No quiso comprometer el futuro de su hijo. Lo único que deseaba era que la guerra se terminara lo más pronto posible y salir vivo para regresar hacia donde Esther. Todo se resumía, entre ellos, en una sola palabra: esperanza.

Fuimos a la base militar el día que Enrique partió hacia Vietnam. Había funcionarios de la Zona del Canal, familiares y amigos de los soldados. En el fondo de la pista, había un avión cuyas hélices giraban. Los soldados marchaban al compás de una banda de música, acompañados de las muchachas escolares de la Zona del Canal que animan los partidos de fútbol americano, con batutas en las manos, sombreros emplumados y coloridos vestidos. Hacían diversas figuras, lanzaban las batutas en el aire, y las recogían sin perder el paso. El público aplaudía.

Tratábamos de localizar a Enrique entre los cientos de soldados que estaban divididos en compañías. Marimacha lo reconoció en la última fila de la segunda compañía. La banda de música dejó de tocar y los gritos de mando de los jefes ocupaban toda la atención del público. El maestro de la banda levantó su batuta en el aire y dio la señal de orden para tocar el himno. Las compañías se colocaron frente de la bandera para saludarla. Mientras la saludaban, me di cuenta que Metralleta ya no estaba a mi lado. Miré a mi alrededor y le pregunté a los demás dónde estaba y nadie sabía.

Los soldados dieron la media vuelta. Colocaron las armas sobre sus hombros y se alejaron de la bandera. Marcharon hasta el medio de la pista. Los gritos de mando de los jefes volvían a ocupar toda la atención del público. Muchos agitaban banderitas de plástico en el aire y, cuando todo parecía estar en orden, los altoparlantes comenzaron a emitir una música que confundió al público y a los jefes de las compañías. Era Metralleta. Tocaba una pieza de Bob Dylan que Enrique le había enseñado con la trompeta, Blowin' in the wind, y los soldados rompieron filas para tirar sus gorras en el aire. La policía militar buscó inútilmente de dónde salía la música y los jefes gritaban para poner orden en sus compañías. Metralleta, en medio del descuido festivo, había cogido el micrófono y se escondió debajo de las gradas. Como única alternativa cortaron los cables de los altoparlantes, restablecieron el orden, y las compañías marcharon hacia el avión. Cada una subió por la plataforma trasera. El avión levantó la plataforma, dio lentamente una vuelta, y se detuvo. Las hélices levantaron el polvo para cegarnos y los motores nos ensordecieron: alzó vuelo. Mientras la máquina se perdía entre las nubes, algunos agitaban sus banderitas de plástico y repetían God save America.

Extrañábamos la ausencia de Enrique. Dejó realmente un hueco en nuestras vidas con su partida. Metralleta liberaba notas en la acera como si fuesen las cartas que el viento debería llevar a sus oídos. Yo trataba de imaginármelo en Vietnam y no podía lograr ninguna imagen. No podía verlo tirando balas pero sí reír, bañarse en el mar, cantar, tocar la trompeta y besar a Esther. Tenía en la cabeza la palabra paisano porque no había frase que él comenzara o terminara sin pronunciarla. Pensé que posiblemente encontraría a su amigo, Nelson Washington Jr, y que regresarían juntos.

La barriga de Esther crecía lenta pero segura. En el salón de clases se sentaba lentamente sobre la silla y yo miraba amenazadoramente a los que

siempre se burlaban de ella y especialmente al mejor alumno. Tenían miedo de mí. Sabían que no tardaba mucho en levantar la mano. Ya sentada me buscaba con sus ojos y levantaba mi cabeza para preguntarle con mis ojos si había llegado una carta. Movía su cabeza negativamente. La decepción caía inmediatamente. Ella iba todos los días a las siete de la mañana a la oficina de correos, abría con mano temblorosa el buzón, y miraba en su interior. Regresaba al auto y permanecía taciturna. En el salón se le dibujaba la tristeza en su rostro a pesar de hacer todo el esfuerzo para dar una imagen despreocupada. En las pausas colocaba ambas manos sobre su barriga y me preguntaba si el hijo se iba a parecer a Enrique. Decirle que sí era suponer posiblemente que estaba muerto y decirle que no estaba fuera de toda pregunta. Así que me limitaba a decir que iba a parecerse a los dos.

Cuando se terminaban las clases la acompañaba hasta el carro. Unas veces me dejaba en One Way y otras veces permanecía en la escuela para visitar al Chivo Eléctrico. Lo tenía al tanto de todo lo que pasaba. Ahora su opinión sobre Esther era otra y lo había entristecido la partida de Enrique. Además preguntaba si ya había escrito. Lo visité muy poco en los días que Enrique había estado en One Way. Sabía que me extrañaba, que se preocupaba por mí, y que vivía todos los problemas. Al saber que el director del plantel amenazaba a Esther con expulsarla de la escuela, presionó sin ningún resultado en la asamblea de hermanos para quitarlo de su puesto. La asamblea era, según él, un nido de viejos hermanos reaccionarios, egoístas y pedigüeños. Aparte del hermano Lucio y del hermano Segismundo los otros hermanos lo mantenían aislado por sus críticas a la Biblia, a la iglesia y particularmente al papa.

Si bien no salía de su habitación ni se levantaba de la cama no dejaba tampoco de tener apetito. Rechazaba la desabrida comida de las monjas y prefería la criolla: arroz con poroto y carne. Sancocho de gallina y de pescado. No le interesaba si ganaba más kilos y me extrañaba que un enfermo comiera tanto y, más sorprendente aún, tenía mejor humor entre mucho más enfermo estaba. Un día, mientras lo ayudaba a poner la cabeza sobre la almohada, dijo que tenía cáncer en los huesos, piedras en el hígado, colesterol en las venas, llagas en el estómago, oídos que le zumbaban y exceso de azúcar en la sangre.

—Ya ves que tengo un cóctel de enfermedades —dijo con una sonrisa.

Agarró mi mano y dijo que me sentara a su lado. Saqué los poemas de la maleta y acomodó su cabeza para escucharme. Mientras leía su cuerpo

no se expandía y ni suspiraba. No abría los ojos de la emoción y tampoco movía sus manos. Tenía el ceño fruncido y los labios los tenía apretados. Al terminar de leer, movió su cabeza negativamente y miró a través de la ventana y dijo que lo escuchara bien. Que lo que iba a decirme no era para desalentarme. Dijo que estaba muy bien experimentar con temas y estilos pero que no debería perderme en el camino. Preguntó qué poetas estaba leyendo y saqué de la maleta una antología de poesía comprometida. Cogió el libro y dijo que con la poesía había que tener mucho cuidado.

—Un poeta que se forma con esa poesía tiene una base muy débil. En cambio un poeta que estudia y se forma con los mal llamados clásicos tiene la mejor base para ser un buen poeta moderno. He leído mucha poesía que en pocos años ya es vieja y pálida. Es mejor parecer anticuado y realmente escribir poesía moderna. Por ejemplo, resulta fascinante cuando un poeta domina la técnica homérica y sabe jugar con ella. No significa que imite a Homero, sino que conoce su materia. Es un poeta cultivado.

—Pero es una poesía que solamente algunos comprenden.

— ¿Por qué? Es falso. El mismo Góngora y Mallarmé son los más clarividentes para todas las épocas. La poesía es clara pero tampoco es para todo el mundo. El ensayo y el teatro es para que los poetas se comuniquen cristianamente con el prójimo. Además, está el cuento corto y la novela. Pero la poesía es un arte que hay que respetar. No quiero que me mal intérpretes. La fuerza de la poesía no está en que su lenguaje se comprometa con una u otra realidad. Eso de poesía comprometida es una idiotez. Y lo que hace un buen poema no es la buena voluntad sino el arte de escribir realmente poesía. El mundo de la poesía es único, es una analogía del mundo, es una aforía, es una metáfora.

—Pero hay poetas que escriben sobre política, la vida cotidiana y el amor.

—Claro que se puede hacer. Pero son muy pocos los que logran no violar el arte de la poesía. Un buen poeta no se somete al instante, aunque un poeta dijo que somos hijos del instante. El poeta tiene que encontrar relaciones desconocidas entre las cosas, proyectar una visión, lanzar un mundo que sea suyo y que no sea compartido por nadie. El poeta es egoísta. Es el más egoísta de todos los artistas. Por eso es el más sincero. Cuando el poeta habla de los hombres no habla de ellos y cuando no habla está hablando de los hombres. Entre fronteras se mueve el poeta, entre luces y sombras, entre palabras que juegan con los espejos. Esta es la manera que el

poeta demuestra su fidelidad al mundo. La poesía es tan fina que el amor puede ser un punto, ¿comprendes lo que quiero decir?

—Trato de comprender.

—No debes creer en mi concepción de la poesía. Pero sí quiero que pienses en lo que te he dicho. No dejes de leer esa poesía. Sin embargo, tu verdadera formación no debes descuidarla. Busca a los poetas más egoístas, a los olvidados, a los que no se entienden con una primera lectura.

Metí los poemas en la maleta. Me dio el libro y puso su mano sobre mi hombro, y dijo:

—Los buenos poetas escriben tan claro como un pez que ves en el río. Pero nunca lo atraparás si metes la mano en el agua.

Ya no le decía que vendría al día siguiente. Era evidente que iba todos los días a leer los poemas. De él quería aprender todo lo necesario. Más de lo necesario. Lo inundaba con preguntas. Me recomendaba autores y escritores. No había materia que no fuese objeto de su interés y leíamos juntos obras de filósofos, teólogos, astrónomos, físicos y biólogos. Leíamos también diarios de viajes, crónicas de aventuras y conquistas. Su cabeza era una biblioteca pues sabía el año, el lugar y la editorial que había publicado el libro. A veces llegaba hasta el extremo de preferir la edición de un libro entre las muchas que había, porque sabía qué editor se preocupaba realmente por publicar bien un libro. Evitaba todas aquellas ediciones que estaban precedidas de alguna introducción por algún especialista y que tenía notas al pie de página para explicar tal o cual palabra o contenido. En los casos que no era en castellano o en inglés, y era necesario una traducción, porque yo no leía en francés, portugués, alemán, italiano y ruso, decía el nombre de quien tradujo la obra al castellano sin haberla traicionado. Le fascinaba la poesía japonesa, china e hindú. Recitaba versos en chino y afirmaba arrogantemente que en América había solamente dos personas que sabían qué era el Oriente: Octavio Paz y él. No dejaba de insistir que tenía que aprender otras lenguas. Que con el inglés no era suficiente. Quería darme la base de lo que llamaba el origen de su desgracia y me enseñaba el griego antiguo con Homero, Platón y Aristóteles. Latín con Virgilio y Petrarca. Insistía además que tenía que estudiar a Pedro Henríquez Ureña y a Alfonso Reyes, los grandes olvidados por toda la ola tercermundista, que enferma a la intelectualidad americana.

Salía de su cuarto a las seis y media de la tarde. En verdad muchas cosas no entendía o, mejor dicho, era tanto el material que no sabía cómo

organizarlo en mi cabeza. Pero eso no era lo importante. Lo importante, como él mismo dijo, era que tenía que saber dónde estaban las cosas para cuando las necesitara y que era yo quien tenía que descubrir mi propio ritmo de trabajo y asimilación. Lo cierto es que Berta se molestaba cuando llegaba a la casa y decía que no se puede estar todo el tiempo ocupado con libros. Que era muy joven. Y al decirle que quería ser poeta, escritor, dijo que fuese a la calle a jugar con mis amigos.

— ¡El Chivo Eléctrico exagera!, dijo ella.

También encontraba a mis amigos. Todos los días bajaba a la calle. Metralleta me preguntaba si Enrique había escrito y se dibujaba la decepción en su rostro al decirle que no. En aquellos días tocaba la trompeta de manera penetrante y agresiva. A los adultos les molestaba pero a nosotros nos gustaba. Entre más agresiva mucho mejor. Algunos cerraban las ventanas y gritaban que nos calláramos. Acompañábamos la trompeta con palos y tocábamos sobre los potes de las basuras, el asfalto de la calle y latas de pintura. En la acera hacíamos el mayor estruendo posible. Y poco a poco, sin darnos cuenta, comenzamos a crear armonías musicales pero cada uno seguía su ritmo y la trompeta le daba una forma contrapunteada. Nos turnábamos el tiempo de toque y desarrollábamos un diálogo de diferentes sonidos y ritmos. Si bien la estridencia era enorme la gente iba acostumbrándose a nuestra música. Los adultos no nos gritaban sino que abrían sus ventanas y se sentaban en los balcones para escucharnos. Aplaudían cuando terminábamos una pieza.

En un domingo soleado con brisa, Metralleta, tuvo la genial idea de que cada vecino debería traer algo para tocar. Pasamos la voz y cerramos One Way con los potes de basura. No dejamos de tocar y fue realmente una sorpresa ver hasta a las abuelitas con ollas de cocinar, golpeándolas con cucharas y tenedores. La gente bajó con mecedoras, sillas y mesas. Berta tenía un vestido colorido y estaba sentada sobre un carro con la hermana de Metralleta. Ella le había pintado los labios y le había dado un vestido suyo. Las puntas de sus cabellos cortos acariciaban las mejillas y se veía muy bonita. Al otro lado de Berta, estaba la madre de Marimacha con unos aretes redondos que le rozaban los hombros. Como estaba de moda todo lo que era falso, cargaban uñas, pestañas y pelucas postizas. Una peluca roja lucía Berta, cuyas puntas llegaban hasta la cintura, y la madre de Marimacha una peluca rubia de bucles. Los zapatos plataformas eran tan

grandes como mi mano y los brazos y los dedos estaban llenos de sortijas y pulseras.

Pero todos nos sorprendimos cuando vimos a Marimacha. Cargaba un pantalón blanco con líneas y cuadros de colores, basta elefante, ajustado a sus caderas y a sus muslos, y su suéter anaranjado pronunciaba lo esbelta que era. Por los zapatos plataforma era mucho más llamativa y tenía los labios pintados de púrpura. Berta dijo que era una muchacha hermosísima y me dejó mareado con el suin-suin de su cintura.

La veía desde lejos. No me atrevía a acercarme como antes. Quería evitar que me descubriera pero ella se acercó y preguntó qué me parecía sin saber todo lo que había provocado en mí. Atraganté pelotones de saliva, las rodillas me temblaron, y pensé rápidamente que tenía que darle una respuesta bonita, poética, como las que conocía en los poemas de Rubén Darío y dije que era un cisne del trópico. Se rio y se alejó.

Hasta Pulgas y su mujer no se salvaron de esa fiesta de color y alegría. Ya tenían dos meses de estar viviendo en la casa y Berta les tenía mucho cariño. Eran nuestros perros. Ella cubrió el cuello de Pulgas con un pañuelo de colores y le amarró un sombrerito amarillo de plástico sobre la cabeza. Pero su mujer le mostró los dientes cuando quiso ponerle un pañuelo. >>Así son las mujeres de celosas>>, dijo riéndose. La siguieron hasta la calle y se mantenían cerca del auto. Salao se acercaba de tiempo en tiempo y se sentaba en el auto para tomar un sorbo de cerveza del vaso de Berta. Ella le decía que no le gustaban los hombres borrachos. Marimacha también se acercaba y se sentaba en el auto. Las cuatro pasaban bien juntas, vestidas de colores, riéndose y molestándose entre sí. La madre de Marimacha dijo que una de las peores cosas que le podía pasar a una mujer es que su marido se quite la chapa en la noche y la deje en un vasito de agua al lado de la cama.

En One Way había gente de otros barrios. Se escuchaba música por todas partes. Era carnaval sin ser día de carnaval. Había máscaras, serpentinas y pitos. Para mi sorpresa reconocí a Pulmón y dijo, como me lo había prometido, que vendría un domingo. Con sus amigos improvisó una tarima para tocar música. El grupo tenía un timbal, tres tumbas y un órgano. Pulmón tocaba la guitarra eléctrica. El grupo no se llamaba Raíces sino los Trashumantes porque tocaban de barrio en barrio. Era una mezcla de rock y golpes de tambores. Tenía un parecido con Santana. A la gente le gustaba y aplaudían. Pensé en Chivo Eléctrico y seguramente le hubiese

gustado estar allí en vez de estar acostado en su cama de enfermo. Después de que Pulmón terminase de tocar, el padre de Orejón se paró sobre la tarima y levantó los brazos para que la gente hiciera silencio, y dijo:

—Hoy quiero hablar sobre alguien. Es un vecino de nuestra querida calle One Way. Todo el mundo lo conoce. Y quien no lo conoce es porque está muerto. Nos levanta todas las mañanas a las siete y hay que tirarle piedras para que nos deje dormir en las noches. Pero quiero confesar algo. Cuando no lo escucho tengo horribles pesadillas. Lo conozco desde que era un niño y sé que tiene un enorme talento. Ojalá, y quiero que Dios me escuche, realice su sueño de ser un músico. Muchas veces me lo imagino en conciertos como lo hacen otros grandes del jazz. Lo que deseo, y es por esto que estoy hablando tanto, es que le demos un fuerte aplauso y que sepa que lo queremos con todo nuestro corazón. Por favor, Metralleta, ¿dónde estás?

La gente gritaba en coro su nombre: un, dos, tres, Metralleta. Le saltaban las lágrimas de los ojos. Se subió sobre la tarima y recibió un abrazó del padre de Orejón. One Way se estremeció con los ruidos que la gente hacía con lo que tenía en sus manos. En aquel momento, comprendí que esa calle era la calle de nuestra infancia, una calle que nos vio nacer y en la que crecimos con nuestras risas y nuestras lágrimas, nuestras decepciones y nuestros sueños. Los sueños nacieron en esta calle, entre los descoloridos edificios y los callejones laberínticos, entre este concreto y los sinsabores. One Way era nuestra casa, nuestro parque, nuestro escondite, y habría sido otra calle sin la tienda del chino donde compraba todos los días las michas de pan y sin el pequeño jardín de la vieja Rosalinda para recordarnos que también pueden nacer rosas en el concreto.

Metralleta tocaba la trompeta sobre la tarima. Las notas entraban por los poros de la piel y la emocionada gente daba palmotadas al unísono y marcaban los tiempos del ritmo. One Way tenía oídos musicales. Nadie nos había enseñado qué era la música, como si siempre hubiesen estado esos tonos con nosotros, escuchándolos en cada esquina, en cada balcón y en cada palabra. En todo reconocíamos música, en la manera de hablar, de caminar, de discutir y hasta cuando besábamos había que hacerlo con música.

Si Metralleta soplaba el mundo con música yo quería expresarlo con palabras. Como dijo el Chivo Eléctrico, con el sólo hecho de decir que quería escribir, ya cerraba una responsabilidad conmigo mismo y con lo que me rodeaba. Pero tenía que crecer, madurar, compenetrarme con mi mundo,

ver y observar a los demás, preguntarle todos los secretos a las paredes de One Way. Y el primer secreto era la música. La trompeta de Metralleta era el instrumento que One Way se había dado para expresar todo lo que pertenecía a sus callejones, a sus balcones, a sus esquinas y a su gente. Como Pulmón no podía comprender esto no me creyó cuando dije que habíamos hecho una recolecta y trabajado para comprar ese refinado y lujoso instrumento que solamente podían permitírselo los músicos profesionales. Y menos me creyó cuando dije que el dinero restante se lo habíamos dado a Edwin porque no tenía trabajo y tenía una familia que mantener. Para él no podía ser verdad que un grupo de jóvenes, que toda una calle, y que todo un vecindario, compartiera los sueños de Metralleta con su trompeta.

Metralleta dejó de tocar. Recibió aplausos estruendosos de la gente. Se gritaba su nombre y se montó otra vez sobre la tarima y dejó que subiera la tensión. Esta vez no reía ni miraba a su alrededor. Cerró los ojos y llevó lentamente la boquilla del instrumento a sus labios. Cayó un manto de silencio y la gente abrió las orejas como si fuesen elefantes para quitarse los mosquitos de sus cuerpos. Él concentró aire en el estómago y sopló una nota que entró por debajo de la piel. Levantó el dedo meñique de su mano izquierda y los dedos cayeron sobre las teclas como una lombriz que camina con sus cien patas. Se detenía y mantenía el tiempo con una nota y la gente abría la boca para esperar las próximas notas, que todo lo confundía en un laberinto. La trompeta temblaba en sus manos, la movía de izquierda a derecha, de abajo hacia arriba, y soltaba unas notas que nos entraba en el estómago y saltábamos sobre nuestros pies. Entonces, como por arte de magia, pronunció tres veces con la trompeta One Way. Las venas aortas de su cuello eran dos inmensos ríos que se querían desbordar de sus cauces, sus mejillas iban a explotar, y con sus ojos cerrados compartía los aplausos, los silbidos y los gritos de alegría.

Se cantaba, bailaba y comía en la calle. La madre de Marimacha y Berta estaban sentadas sobre el auto con los pies desnudos. La hermana de Metralleta no tomaba ni fumaba pero no dejaba de divertirse con los chistes y las picantes preguntas de la madre de Marimacha. Me preguntó si ya sabía lo que era una mujer y realmente no supe qué contestarle. Llamé a Pulmón para que Berta lo conociera y para mi sorpresa lo conocía porque ya había pasado por el periódico para una entrevista de su grupo de música. Él también se sorprendió pues no pudo imaginarse de que Berta fuese madre

de dos hijos y ella le dijo que el problema de los hombres es que creen que las mujeres tienen que enterrarse vivas cuando son madres. Pero Pulmón no era un tipo de los comunes, es decir, si bien era muy guapo no era engreído y, según Berta, tampoco era un macho. Cada vez que mencionaba la palabra macho salía de su boca con desprecio y dijo que el machismo hasta se esconde en las ovejas. Si bien sabía qué quería decir con la palabra macho no dejaba de tener un significado vago para mí. Entonces dijo que intentara de ponerme en el lugar de una mujer y que pensara en Ernesto.

—Él quería que le limpiara la mierda de los calzoncillos —dijo sentándose en el auto. Y es un tipo débil, inseguro y cobarde. Esos son los machos.

Pulmón la visitaba frecuentemente en el periódico y le llevaba ramos de flores. La piropeaba. Pero ella no le hacía caso, porque estaba enamorada de Marcos. Sin embargo, en esos días ya se había separado de este por los celos. A él le molestaba que tenía solamente un día por semana en el calendario de Berta. Pero ella decía que ya había tenido suficiente con Ernesto y que no tenía ganas de estar con un hombre que le quitara espacio y que la quisiera envolver con sus manías posesivas. Quería realmente estar sola, disfrutar de su tiempo y de su espacio, sin comprometerse en una relación. Y allí estaba sentada sobre el auto, disfrutando de esa tarde con la madre de Marimacha y la hermana de Metralleta. Y de tiempo en tiempo, llegaba el padre de Orejón para pedir un cigarrillo y tomar un vaso de cerveza y bailar al compás de la música.

Pero la fiesta se terminó cuando llegó la batida a las ocho de la noche. La policía dijo que había que abrir la calle al tráfico, que ya tenía siete horas de estar cerrada, y que los niños debían entrar en la casa. Como nadie quitaba los potes de basura, que cerraba a One Way de un extremo al otro, la policía llamó refuerzos para asegurar que se abriera la calle. En quince minutos llegaron dos camiones repletos de soldados. Y la gente comenzó hacer barricadas con potes de basura y carros. Los soldados amenazaban con lanzar bombas lacrimógenas si no entrábamos a las casas. La gente no respondía a las amenazas. Al contrario, tiraban palos y piedras.

Berta sacó a la hermana de Metralleta de la calle y la llevó a la casa. Inmediatamente después bajó a la calle y la perdí de vista cuando los soldados comenzaron a lanzar bombas lacrimógenas. Salao estaba a mi lado y el chino de la tienda sacaba cajetas de botellas de vinagre y paños para que la gente se protegiera contra el veneno. De las botellas vacías el padre

de Orejón mostraba cómo había que hacer cocteles molotov y las tirábamos desde las azoteas y los callejones. Explotaban entre las piernas de los soldados y no podían entrar en la calle al menos que dispararan a fuego limpio. Los autos servían de barricadas y ya se escuchaban golpes de metralleta en el aire. No dejaban de lanzar bombas lacrimógenas y la gente en vez de retirarse se agarraba de los brazos para gritar en coro: ¡abajo la dictadura!

Helicópteros volaban sobre One Way. Amenazaban entrar con tanquetas en la calle. El alcalde de la ciudad dijo por un megáfono con tono moderado que entráramos a las casas porque había que trabajar al día siguiente. Esto fue como si regaran aceite caliente sobre una herida abierta. La gente estaba realmente emputada. Además de gritar abajo la dictadura, gritaban <<arroz, poroto y carne, el pueblo tiene hambre>>, <<para el general el bistec y para el pueblo el pellejo>>, y todas las otras consignas nacían como lo hace la hierba mala en el monte, naturalmente. La gente le gritaba al alcalde botellón, corrupto y chupa medias.

El chino de la tienda sacó todas las cajas vacías de Coca Cola, de cervezas y aguardiante para hacer cocteles molotov. Con tubos chupábamos la gasolina de los autos y como un aguacero caían sobre los soldados. El alcalde dejó el megáfono y habló con el capitán de la tropa. Berta agarró a Salao por la mano y gritó que los más pequeños entraran a la casa. Pero los niños en ese momento no se consideraban pequeños y los viejos no se sentían viejos. Salao se zafó de su mano y lo perdí de vista. Ella recogió un palo del piso y se escuchaban otra vez golpes de metralletas. Las tanquetas se enquistaron contra las barricadas y los soldados golpeaban a la gente con las culatas de los fusiles. Así mismo como daban golpes los recibían de vuelta. Los más fuertes saltaban sobre las tanquetas para sacar a los soldados de su interior y golpearlos sobre el piso.

No podían controlar a One Way. Llegaron más refuerzos y comenzaron a disparar a diestra y siniestra. La gente corría despelotada por los callejones. Había muchos heridos en la calle. Pulmón recibió un balazo en un brazo al intentar saltar por un muro. Logró escaparse e ir al hospital con sus propias piernas. Pero lo peor fue cuando Berta trató de salvar a Felipe el Cabezón. Había recibido un balazo en el pecho y ella logró levantarlo del piso antes de que una tanqueta lo estripara. Sangraba a borbotones. No pudo llevarlo en auto al hospital porque estaban cerradas las calles. Lo subió a la casa con la ayuda de Marimacha, Musculito y la mía. La hermana de

Metralleta corría a la cocina y traía paños mojados para ponérselos sobre el pecho. Abría y cerraba los ojos y Berta lo sacudía.

Murió en el sofá. En el mismo sofá que le gustaba sentarse para conversar con Berta. Muchas veces venía a la casa y permanecía sentado horas enteras aunque ella no estuviera, leyendo el periódico y tomando una limonada. Daba de comer a los perros y trataba de resolver las tareas de matemáticas con Salao. O, mejor dicho Salao, le enseñaba matemáticas y otras materias porque no había estado jamás en la escuela.

En One Way cayó la tristeza cuando se supo la muerte de Felipe el Cabezón. Temprano en la mañana había mucha gente en la entrada del edificio. La soldadesca ya no estaba en la calle. Llegó una ambulancia y lo sacaron de la casa en una camilla envuelta con una sábana negra. Esto me sorprendió, porque normalmente es blanca. No había balcón que no estuviera de luto. Pañuelos negros colgaban en las barandas. Y es que con Felipe el Cabezón perdimos a alguien que pertenecía a nuestras vidas. Especialmente para Berta era muy difícil, pues lo conocía desde que era niña. Felipe el Cabezón le dijo que no sabía leer aunque vendía periódicos y ella dijo que escribiría en él para que aprendiera a leer con sus artículos. Por supuesto, él no necesitó esperar que escribiera en los periódicos para aprender a leer pero ella no se quitó la idea de ser periodista.

Dos días después lo enterraron. Mucha gente estaba en el cementerio: One Way. Al regresar a la casa Berta y la madre de Marimacha prepararon una cena. Metralleta y su hermana estaban presentes. El padre de Orejón no vino al entierro ni a la comida, porque había perdido su camioneta en el tumulto. Trabajaba muy lejos. Pero allí estaban Orejón, su madre y sus hermanas. Mientras Marimacha y yo poníamos los platos sobre la mesa, Metralleta ponía los vasos sobre la mesa y Salao le daba algo de comer a los perros en el balcón.

En la mesa Berta apoyó su quijada sobre la palma de la mano. Lágrimas le caían sobre sus mejillas. La madre de Marimacha la abrazó y preguntó qué le pasaba. Ella se secó las lágrimas con la servilleta, y dijo:

—Escribía todos los días en el periódico para que leyera mis artículos.

4

Una semana después salió un reportaje sobre Felipe el Cabezón en el Periódico. No fue necesario mencionar que el gobierno lo había matado con

sus soldados. Con sólo llevarlo al Periódico todo el mundo sabía de qué se hablaba. Había fotos y se presentaba su vida de niño, que había nacido y crecido en el Chorrillo, y que vendía periódicos desde muy joven. El reportaje enfatizaba el significado de su vida para la ciudad como aquel que guardaba, transmitía y creaba historias urbanas de crímenes.

En One Way, el Periódico no tenía competencia. Cada día se vendía como pan caliente y todos se vendieron con el reportaje sobre Felipe el Cabezón. Además, esa edición tenía una particularidad, pues el reportaje estaba firmado por Marimacha. Su nombre figuraba bajo el título <<El Contador de la calle>>. Estuve presente cuando lo confeccionaron en la redacción y me sorprendí por la rapidez con que Marimacha había aprendido las bases del oficio. Golpeaba las teclas de la máquina de escribir con los dedos pulgares y susurraba las palabras. Berta corregía algunas fallas gramaticales y ortográficas y arreglaba la redacción de unas frases. Algunas veces tenía dificultades con establecer las relaciones de conjunto sin perder de vista los detalles y expresarlo en forma concisa y precisa. Sin embargo, tenía una capacidad extraordinaria para encontrar lo particular de la persona. Cuando Felipe el Cabezón contaba sus historias, se rascaba los bordes de los lóbulos de sus orejas con el dedo meñique de su mano izquierda y cerraba los ojos para marcar los puntos de las frases.

Al llegar Marimacha a One Way, la gente la saludaba y estábamos orgullosos de ella. A partir de ese día, publicaba cuentos cortos cada quince días. La gente los leía con mucho gusto. Todo lo que escribía tenía que ver con One Way, cambiaba los nombres, las circunstancias de las situaciones, pero la gente sabía de quién se trataba y reíamos de nosotros mismos. Por los cuentos, la gente y el chino se enteraron de que Metralleta robaba los tomates de la tienda, que la vieja Rosalinda se sentaba frente del espejo para susurrar obscenidades sexuales con los senos en sus manos y que el padre de Orejón se sentaba todos los días en la acera, donde acostumbraba a estacionar su camioneta verde, para decir entre dientes y con cara de tristón que eso solamente le podía pasar a él por revoltoso.

Pero hubo un cuento que conmovió a One Way. Tenía como título el <<Gatito>>. Sabíamos que se trataba de Musculito, porque había encontrado un gatito entre los potes de la basura en una noche mientras jugábamos al pañuelo. Lo trajo entre sus brazos y dejamos de jugar para ver al gatito. Tenía un punto blanco sobre la cabeza. Dando tumbos caminaba sobre el piso y fuimos a la tienda del chino para comprar un tercio de leche.

El gatito caminaba de un lado para el otro sobre el mostrador de vidrio. El chino le acarició el lomo y regaló el tercio con un platito verde de plástico. Musculito lo llevó a su casa y puso el platito de plástico con leche en una esquina de la cocina. Entró en el servicio y al salir ya el padre tenía agarrado al gatito sobre el lomo. Recibió un garnatón que lo tumbó en el piso cuando le preguntó al padre qué quería hacer con el gatito. Este gritó que no quería animales en casa y él se levantó del piso e intentó de quitárselo de la mano. Recibió un puñetazo. La madre lo cubrió con su cuerpo para protegerlo de los golpes y el padre tiró al gatito desde el cuarto piso como si fuera una bola de béisbol.

La gente leyó lo ocurrido un sábado en el Periódico. Si la radio y la televisión no se apagaban ni por un terremoto, ahora no se escuchaba ni el zumbido de una mosca, y la rabia subió rápidamente como el mercurio de un termómetro. Cuarenta grados. ¿Cómo la gente se enteró de que se trataba de Musculito? Marimacha escribió sencillamente pequeños músculos. El chino cerró la tienda, la gente salió de sus casas para ir a la casa de Musculito, y se concentraron debajo del edificio. En ese momento, llegó el padre en su taxi, le gritaron, le insultaron y lo sacaron por la fuerza del auto. En medio de la acera lo zarandearon y no faltaron pocos que tenían ganas de lincharlo y lo habrían hecho si la madre de Musculito no se hubiera metido.

A partir de ese día, mucha gente le quitó el habla al padre de Musculito y no se montaban en su taxi. Además, algo cambió en la vida de Musculito: dejó de ser golpeado. Y si bien la madre lo había protegido de los golpes no le oponía al padre ninguna resistencia. Por Musculito sabía que la madre no recibía ternura de él. Sencillamente se montaba en la cama y hacía lo que creía que debía hacer: culear. Y cada vez que había un problema o una exigencia las destruía con el argumento de que él traía el dinero a casa. Mismo cuando la madre había querido trabajar la golpeó hasta casi matarla. Le rompió los dientes frontales de un puñetazo. Ella no decía una palabra porque se avergonzaba del qué dirán de los vecinos y aguantaba la presencia de su suegra en la casa que, incluso, decidía cuántos papeles higiénicos se tenían que comprar por semana y en qué platos y vasos debía comer su hijo. Nadie podía tocar esa vajilla. Lo llamaba con el diminutivo de su nombre y le lavaba y le planchaba sus calzoncillos todos los domingos.

Después de la escuela, Marimacha iba todos los días al Periódico. Ayudaba a Berta en todo lo necesario, desde el levantamiento de textos, hasta la organización de la venta. Al salir del Periódico regresaba a la casa a las cinco de la tarde y hacía sus tareas con facilidad y rapidez. Las soluciones le salían de sus manos como por arte de magia y sus notas eran las mejores de todos nosotros. No bajaba del cuatro con cinco. Y si bien le faltaba un año para terminar la escuela, ya se preocupaba por obtener una beca que le permitiría estudiar en la universidad. En una ocasión la acompañamos al Ministerio de Educación para buscar un formulario de beca. Caminamos hacia la bahía y nos sentamos sobre la baranda. Ella leía el formulario en voz alta. Dijo que si era por la nota tendría esa beca. De repente dejó de leer y su rostro era otro.

— ¿Qué te pasa? ¿Por qué no sigues leyendo?

—Si quieres lees la pregunta tú mismo.

Leí la pregunta. No comprendí lo que quería decir.

—No te das cuenta lo que es esa pregunta, dijo saltando de la baranda

— ¿Qué puede ser? Lo único que pregunta es la profesión del padre y la madre.

— ¿No te das cuenta?

—Pero, ¿dónde está el problema? Tu padre no está aquí pero tu madre sí.

—Pero qué puedo decir de mi madre. No puedo escribir qué es periodista como la tuya, ¿comprendes?

— ¿Cuál es problema?, dijo Musculito. La beca te la van a dar a ti y no a tu madre.

Metralleta tomó el papel entre sus manos. Deletreó la pregunta, y dijo

—Marimacha, si tu madre es puta qué le importa a ellos. Escribes que es la puta más linda del mundo y te juro que los mato si te rechazan.

La seguimos a lo largo de la bahía. Hasta ese momento no se había preguntado qué podía significar su madre para su vida. Su madre era sin duda lo que más quería. Pero allí había un problema por primera vez. Ciertamente, quiso compartir solamente conmigo esa preocupación y estaba avergonzado por no comprenderla desde el primer momento. Me acerqué a sus espaldas pero me rechazó. Se dio la vuelta y se detuvo.

—Y yo que creía que contigo se puede hablar hasta con los ojos —dijo dándome un golpe en el hombro. Es verdad Metralleta. Voy a escribir que mi madre es la puta más linda del mundo.

En poco tiempo, ella había cambiado muchísimo. Seguía pateando calle con nosotros pero decía secamente no cuando al Ñato se le ocurría girar la botella para decidir quién la besaba en la boca. De vez en cuando, se ponía brassière. Jugando el Burrito se le zafó una vez una zapatilla del pie y la recogió rápidamente para ponérsela: tenía las uñas pintadas. Otras veces se pintaba los labios y me daba un beso en la frente para molestarme. En verdad, me gustaba mucho la marca de los labios. Entraba en la ducha con la cabeza envuelta en una bolsa de plástico. Así evitaba que el agua borrara la marca de la frente y deseé tener una bemba bien grande para besarla. Iba a la escuela con la marca y el Chivo Eléctrico se reía de mí y decía que había llegado muy viejo al amor.

—Los viejos son los más ridículos cuando se enamoran, dijo con una carcajada.

Berta dijo que iba a perder la cabeza por los piojos. Con su risa pícara y burlona me molestaba e intentaba besarme al otro lado de la frente. Me correteaba por la casa y yo saltaba sobre los muebles, las sillas y me escondía en el closet. Logró atraparme en el balcón. Besó el otro lado de la frente y me gustó el color de su lipstick. Salí a la calle y lo primero que recibí de Marimacha fue un garnatón. No quería hablar conmigo. La seguí por un callejón y gritó que no me acercara porque de lo contrario recibiría un guantazo. Me detuve. Caminó lentamente hacia mí y recibí un beso en mis labios. Dijo que no la siguiera y que iba a preguntarle a Berta si ese lipstick era realmente de ella. Ahora bebía y comía por los bordes de los labios. No quería perder ese beso y lavaba mis dientes con la boca bien abierta como hacen los rinocerontes al bostezar.

Entonces, como para vengarse de que me había dado un beso en los labios, escribió un cuento en el Periódico con el título <<El Idiota>>. Yo era el hazmerreír en One Way. La busqué por todos lados con el Periódico en la mano y la encontré en la redacción. Seleccionaba con Berta unas fotografías para un reportaje y al verme puso pie en polvorosa y saltamos sobre sillas y escritorios. Todo el mundo dejó lo que estaba haciendo para reírse. Libros y papeles cayeron en el piso. Unas veces logré agarrarla por la zapatilla pero se zafaba. Gritamos todo tipo de palabrotas. Y casi la alcanzo por una pierna sino hubiese sido porque Berta me agarró por un brazo, y dijo:

— ¡Tienes que respetar la libertad de prensa!

Risitas a mi alrededor. Unos se taparon la boca para no soltar la carcajada. Marimacha se paró sobre un escritorio, tenía las manos sobre su cintura, y me miraba arrogantemente. Grité que no le hablaría más nunca.

—Ahora te vas porque tenemos que seguir trabajando, dijo Berta sin soltarme del brazo.

Me llevó hasta la salida de la redacción. Abrí nuevamente la puerta de vidrio y grité con todos mis pulmones que no volvería a leerle nunca, nunca más, un solo poema. Tiré la puerta y pateaba papeles y piedrecitas en la acera. Me quería morder los dientes. En One Way la evitaba, cambiaba de acera, y me molestaba mucho más porque se reía. Al ir a la casa para hablar conmigo me encerraba en el baño y Berta decía que ahora sí parecía un niño caprichoso.

No le hablé hasta el día que estábamos en el camino hacia Taboga. En el bus Orejón dijo que me dejara de ahuevasones con Marimacha y ella dijo que no quería que la siguiéramos llamando así. Sorprendidos la miramos.

— ¿Qué? No quieres que te llamemos Marimacha.

—No me gusta ese nombre.

— ¿Por qué no? One Way te conoce así.

— ¿Y? No quiero.

—No entiendo Marimacha. Entonces, ¿cómo te vamos a llamar?

—Con mi verdadero nombre.

— ¿Alguien sabe cuál es el nombre verdadero de Marimacha?

— ¡Nadie!

—No quiero que me llamen así. Ustedes saben que me llamo Edith.

—Pero eso es sólo para el periódico. Es tu nombre artístico.

— ¿Por qué no quieres?

—No soy hombre.

— ¿Qué? ¿No eres hombre? Pero si noqueas a todo el mundo. Tus brazos tienen más músculos que los míos.

—Pero no soy un hombre. No lo soy.

—Marimacha, ¡déjate de ahuevasones! ¿Y qué eres?

— ¿Qué soy? Una mujer.

— ¿Qué?

— ¿Qué has dicho?

— ¿Mujer? ¿Desde cuándo las marimachas son mujeres?

— ¡Chucha madre! Ustedes me cabrean. Hay que respetar que no quiere que la llamen así.

—Marimacha se queda Marimacha.

—Si me siguen llamando así no estoy más con ustedes. Tengo un nombre. ¿Acaso ustedes no saben cuál es su nombre?

—Claro que lo sabemos. El Ñato nació ñato. Musculito nació con músculos. El Salao nació inteligente, yo nací como Orejón y el Dientón Mentiroso nació mentiroso y dientón.

—La vaina es que no soy mentiroso

—Claro que lo eres, mentiroso. Vas a ser toda tu vida un mentiroso. ¡Déjate de ahuevasones!

—No soy mentiroso. Hay que respetar lo que dice Marimacha.

— ¡Puta madre Mentiroso! Si llamamos a Marimacha de otra manera ya no es Marimacha. Es otra. No es la misma. Y nosotros no somos tampoco los mismos.

—Pero no podemos ser siempre los mismos, ¿no es cierto?

—Entonces no seremos brothers —dijo el Ñato saltando de la silla. Mentiroso, ¿no comprendes?

—Okey, okey. Ustedes me llaman Marimacha pero yo me bajo del bus.

Gritó tres veces parada. El busero frenó y ella se levantó de su puesto. Antes de bajarse del bus, Orejón dijo que no la llamaría más así y preguntó si estábamos de acuerdo. Dijimos de mal humor que no la llamaríamos Marimacha. Entonces, ella no se bajó del bus, sino que volvió a su asiento, y Metralleta dijo que no podía acostumbrarse llamarla como Edith, que eso era peor que aguantar una semana de hambre. No dijimos más nada hasta llegar al puerto.

Entramos en un barco que tenía como nombre la Isla de las Flores. Había mucha gente con gallinas, perros, cerdos, y había una vaca en la plataforma inferior cuyo dueño la llamaba Mimi. Había ganado un premio de la vaca más lechera y cargaba un medallón en el pescuezo. Era la primera vez que la vaca viajaba en barco y el dueño quería llevarla a Taboga para que se bañara en la playa. Estaba amarrada de una cuerda en la columna de la baranda. El barco saltaba por el golpe de las olas y la vaca no dejaba de lanzar guturales gritos. El dueño trataba de tranquilizarla con caricias en el lomo y repetía Mimi, Mimi, no es para tanto. La vaca lanzaba patadas, golpeaba la baranda con la cabeza, y jalaba la cuerda de un lado para el otro. Tumbó al dueño en el piso y dio un jalón que rompió la cuerda. Dando cabezazos la vaca corría en el barco. Los perros, ladrando, la perseguían y el dueño gritaba Mimi, Mimi, Mimi. La vaca daba patadones a

diestra y siniestra como demonio en fuego. El capitán del barco, un viejo bocacho y casi desnudo, gritó que eso era lo último que le podía pasar en su vida, una vaca loca como pasajera, y el desesperado dueño comenzó a llorar cuando Mimi dio un salto en el mar. ¡Se va ahogar!, !se va ahogar! Sabíamos que los perros nadaban pero no una vaca y el dueño, sin darse cuenta que la vaca ya había llegado a la playa, seguía llorando como si la hubiese perdido. Cuando llegamos al puerto un ayudante del capitán, alcanzó a la vaca en la playa y le puso nuevamente la cuerda en el pescuezo y se la trajo al dueño que no creía en lo que estaba viendo: la vaca no había muerto.

El agua del mar estaba rica. En los alrededores no había edificios, calles y ruidos de autos. El aire llegaba fresco, el sol alumbraba en un cielo sin nubes, y las olas golpeaban nuestros cuerpos. Pero Marimacha no quería entrar en el mar. Caminaba con sus zapatillas en las manos, se sentó sobre unas rocas, y ninguno se atrevió acercarse para preguntar qué le pasaba. Sin embargo, yo no podía dejarla de ver. Allí tuve la misma necesidad que sentía al lado del Chivo Eléctrico. Salí del agua y me alejé de la playa para sentarme a una buena distancia de ella. Apoyaba su quijada sobre su rodilla y tenía sus manos en un pequeño hoyo de agua.

Caminé hacia ella pisando suavemente la arena. No quería traicionar mi presencia. Ahora quería verla más cerca, sentirle la respiración, mirarla sin que se diera cuenta, pero se dio la vuelta y me sorprendió como si fuese un ladrón que es atrapado con la mano en la masa, y dijo:

— ¿Qué quieres de mí? Quiero estar sola.

—Yo sé.

—Entonces por qué vienes y me molestas.

—No quiero molestarte. Solamente quise escucharte.

— ¿Qué?

—No sé...no sé. ¿Qué pasa contigo?

— ¿No lo sabes? ¿No te das cuenta qué pasa conmigo? ¿Acaso es necesario que lo diga?

—No quieres que te llamen Marimacha.

—Así es.

—Quiere decir que no boxearás más.

—Al contrario. Seguiré poniéndome los guantes. ¿Sabes por qué?

— ¿Por qué?

—Porque me gusta noquear a los hombres. No te imaginas la satisfacción que tengo. Y no solamente con los puños sino también con la cabeza. No te das cuenta porque eres un hombre. Por eso lo que hago tiene que ser siempre lo mejor. Ustedes son los boxeadores, los intelectuales y los culeadores. Sí, los culeadores. Nos culean y nosotras tenemos los hijos. Para ti las cosas están en paz. Pero para mí no. El próximo año voy a cumplir dieciocho años y. según la ley, voy a ser mayor de edad pero me seguirán tratando como la pequeña mujer que no toman en serio. ¿Sabes lo que dicen en la escuela? Que yo soy la rara. Y por eso no me eligen en la asamblea de estudiantes. ¡Te das cuenta!

—Pero en One Way es otra cosa. Tú lo sabes. Y en el Periódico también.

—Porque Berta está allí. Si no es por ella no me tomarían en serio. Solamente habría sido la secretaria del jefe, preparar el café, corregir los artículos y decirle a su mujer que está en una reunión cuando en verdad culea con su querida. La secretaria es la mujer y la mamá del hombre en la oficina. Les organiza la vida cotidiana. Y yo no soy mamá de nadie. ¿Te das cuenta lo que quiero decir? Donde pongas el ojo ustedes son los jefes. Mi madre abre las piernas por unos cuantos dólares y tiene que ser simpática y alegre. Con la puta los placeres. Así son las cosas. ¿Por qué pones esa cara?

— ¿Qué cara?

— ¿Acaso las señoritas no podemos decir palabras sucias? Las señoritas no dicen vulgaridades. Ustedes nos prohíben ser vulgares pero más vulgares que ustedes no hay. Cuando piensan y hablan de una mujer es sencillamente para culear. Que les mamen la pinga. Eso sí es una vulgaridad. Y para culearte te prometen el cielo y la tierra, cielito lindo, mamacita, mami, mi cariño, guapa y otras ahuevasones como esas. Pero cuando no te dejas sino que también das un puñetazo y noqueas, ¿cómo te llaman?, ¿cómo?: Marimacha. ¿Te das cuenta lo que quiero decir? Si eres como te quieren los hombres te dan una patada en el culo. Y si no también. No tienes salida. Por eso quiero estudiar, superarme, porque no quiero que me cojan de conga. Lo que te digo lo estoy pensando desde hace tiempo. Ahora lo tengo bien claro. Y por eso comprendo a Berta cuando dice que no me deje tocar el culo por ninguno de ustedes. Quiero llegar bien lejos, ¿tú me entiendes? Aquí son los hombres los que dicen lo que quieren hacer. Son ustedes los que siempre tienen metas. Los que trabajan para lograr algo y nosotras más bien aplaudimos, seguimos y adoramos. Las admiradoras. Estamos orgullosas de

tener un hombre que gane buen dinero, que tenga posición y que sea respetado. Que nos dé el valor de lo que no somos. Nadie ve mal que un hombre tenga ambiciones. Y si una mujer las tiene, ¿qué es lo que dicen? Ah, esa mujer es rara. ¿Por qué es así?, ¿me lo puedes explicar? Es mejor que no digas nada. Ustedes explican y nosotras comprendemos. No quiero que un hombre me explique el mundo. Prefiero equivocarme, no tener razón, que digan que estoy loca, pero mi mundo es mi mundo. Y eso es más que suficiente. Cada vez que mi madre viene del trabajo dice que tengo que ser otra. No como ella. No abrir las piernas sino cerrarlas. ¿Por qué dice eso? Pero lo que ella no sabe es que si bien abre las piernas no dejan de estar cerradas. Aparte de mi padre no ha querido a otro hombre y lo que quisiera es enamorarse otra vez. Es lo que más desea. Pero no se lo permite. ¿Sabes por qué no? Porque no quiere ser débil, no quiere abrirse, no quiere que la violen. Estoy orgullosa de ella. Si abres las piernas puedes estar seguro por donde va la cosa. Culean y te pagan. Pero con el corazón no es igual. No te imaginas el dolor que tengo cuando dice que hubiese querido ser como Berta. Dice que recibo de Berta lo que ella no me ha podido dar. No es cierto. Ella también me da mucho. ¿Y sabes qué es lo que me da?: Amor. Nunca me siento sola. Su amor es tan fuerte que no hay otro que lo pueda reemplazar. Tú dirás que así son todas las madres. Pero te equivocas si piensas así. Ella nunca me ha escondido lo que siente. Sus tristezas y sus alegrías. Nunca me ha negado su ternura y siempre ha sido sincera conmigo. Lo único que deseo es que sueñe un poco menos. Espera a mi padre desde que tiene diecisiete años. Todos los días. Habla de él como si lo hubiese visto ayer. Sueña que algún día vendrá y que finalmente estemos los tres juntos. Cuando no trabaja se levanta en las noches y camina hacia el balcón. Mira las calles como si estuviese esperando a alguien. ¡Está esperándolo! Que regrese un día y ella corre escaleras abajo para recibirlo con sus brazos abiertos. De él nunca ha recibido una carta o señal alguna de que esté vivo. Y la única garnatada que he recibido de ella fue cuando dije que lo olvidara. Que nunca volverá. ¿Y sabes qué dijo? Que cree en el amor. ¡Ese bendito amor de los hombres! Le prometió el cielo y la tierra. ¿Y sabes quién es mi padre? Fue su primer cliente al tener la edad que hoy yo tengo. Esta es la única cosa que me molesta de ella pues habría sido feliz si hubiese sido egoísta con ese sueño. ¿Por qué no renuncia a ese sueño que le da tanto dolor? A veces creo que ya no es el amor lo que lo ata a él sino el sufrimiento de que ese sueño no sea realidad. No puede vivir sin ese

dolor. Y lo que he aprendido de mi madre es que solamente merece soñarse lo que se puede lograr con las propias manos de uno.

Sacó las manos del hoyo de agua. Se levantó de las rocas y dio tres pasos, y dijo:

—Lo tengo bien claro en la cabeza. Yo sé pa' dónde voy. Y lo voy a conseguir con mi propio trabajo, ¿comprendes? Sé que Berta me ha ayudado mucho y me va ayudar. Es mi segunda madre y la quiero mucho. Y a ti te quiero y me gustas pero eres como mi hermano, Mentiroso. Nos conocemos desde que somos niños y es ahora que me doy cuenta que soy diferente de ti, ¿comprendes?

— ¿Qué quieres decir?

—Tú sabes de qué estoy hablando. Quiero que me perdones por el cuento en el periódico. Pero me asusté cuando me di cuenta qué pasaba conmigo.

—Yo no me asusté. Realmente me puse idiota.

—No lo eres, dijo ella volviendo la mirada al mar. Está bonito el mar, ¿no es cierto? Ahora tengo ganas de bañarme. Me ha hecho bien hablar contigo. ¿Quieres entrar en el agua conmigo?

Edwin trajo los guantes de boxeo y Marimacha hacía estragos con su gancho izquierdo. A uno lo llevaron al hospital al recibir un uper en la quijada. Abrió los ojos justo cuando los médicos habían creído que estaba en estado de coma y salió del hospital para decirle a Marimacha que esa vaina no se iba a quedar así. Quería ponerse otra vez los guantes. En verdad, estaba herido porque lo había noqueado una mujer. Edwin preguntaba si entre los presentes había alguien que quisiera medirse los guantes con ella. Nadie saltaba de la emoción.

Pero un día llegó a One Way alguien que tenía fama de ser un bravo. Tenía como apodo Cabeza de Plomo pues rompía bloques de cemento con la frente. Nunca lo habíamos visto anteriormente, pero la fama lo hacía un ser extraordinario, porque tenía un Curriculum Vitae que era de temer. Era ladrón, pendenciero y maestro con el puñal. No le tenía miedo a las batidas y se enfrentaba a puñetazos con los policías, cosa que le costó un balazo que lo dejó cojo. Llevaba la cabeza rapada y tenía cicatrices en el rostro y en los brazos. Las cicatrices eran como condecoraciones que había ganado en batallas. Tenía zapatillas All Stars y camiseta sin mangas. El pantalón le cruzaba las rodillas y una cadena de oro le colgaba del cuello. Al hablar

levantaba la esquina derecha del labio superior y le relucía el diente de oro marcado con las iniciales de su apodo: CP. Vino con unos amigos y sus poses no eran diferentes de las de Cabeza de Plomo. Sin embargo, como los perros callejeros, él imponía su autoridad y todo el mundo decía que sabía morder porque no hablaba mucho.

Uno de sus amigos, que hacía de mensajero, preguntó por Marimacha. Cabeza de Plomo se había enterado en la prisión de menores de que ella noqueaba. Quería medirse los guantes y Marimacha le dijo cara a cara que no había problema. Pero Edwin se interpuso y dijo que era la campeona de su categoría y que no podía retarla sin haber peleado primero con los congos y las mantequillas. Como se consideraba el mánager de Marimacha lo que realmente quería conseguir era que Cabeza de Plomo peleara con otros para cansarlo. Así ella lo recibía más blando. Marimacha insistió en medirse los guantes pero Edwin dijo que no. No quería arriesgar a su pupila.

—Eres el orgullo de One Way, Marimacha, dijo Edwin dando un zapatazo sobre el piso. ¡Y eso hay que cuidarlo!

Se formó una discusión para decidir quién peleaba primero. Como nadie se decidía, el Ñato tuvo la desastrosa idea de someterlo al azar. Sacó una botella de Coca Cola de la basura y la colocó en el medio del círculo que habíamos hecho. La hizo girar. La botella despedía un sonido agudo. Giraba y giraba. Poco a poco, iba bajando de intensidad y terminó apuntándome con su boca. Moví mi cuerpo ligeramente para que la boca apuntara en blanco pero ya todos me miraban como si fuese al matadero.

—Te toca ponerte los guantes, Mentiroso, dijo el Ñato levantándose sobre sus piernas.

Mientras Edwin amarraba los guantes decía que la táctica consistía en evitar el cuerpo a cuerpo. Dar el jab y retirarme. Tenía que cansarlo, no dejar de dar vueltas, ponerlo a correr, sacarle el aire, y que si quería me hacía el loco.

—Te tiras en el piso como un noqueado, dijo Edwin terminando de amarrar los guantes. Es más te llevamos al hospital para que nadie dude.

—Pero nadie le va a creer a Mentiroso, dijo Salo. Todo el mundo sabe que es mentiroso.

— ¿Y qué quieres? Que me deje matar. Me tiro en el piso y no me levanto.

—No te preocupes, Mentiroso. Voy a tocar la trompeta por ti.

Hasta las abuelitas bajaron a la calle para ver la pelea. Realmente era un acontecimiento tener a Cabeza de Plomo en One Way. Me di la vuelta para verlo. Se quitó el collar de oro y uno de sus amigos se lo metió en el bolsillo. Terminaron de amarrarle los cordones de los guantes. Saltaba sobre las puntas de sus pies y chocaba los guantes.

—Me acabo de enterar que Cabeza de Plomo práctica todos los días en el Gimnasio del Marañón, dijo Marimacha en mi oreja. Quiere ser boxeador profesional.

Quise quitarme los guantes. Tirarme allí mismo en el piso. K.O. por anticipación. Sabía de boxeadores que se desmayaban por la impresión. ¿Por qué tenía que ser diferente conmigo? No soy boxeador profesional ni pretendo serlo. Como si hubiese sospechado lo que estaba pensando, Edwin puso sus manos sobre mis hombros. Me sujetó y dijo que todo iba a salir bien y que no olvidara de ponerlo a correr. Los tres viudos, que hacían de árbitros, se sentaron en sus sillas. Quise que suspendieran la pelea por el advenimiento de un irremediable aguacero o que uno de los jueces muriera del corazón.

La gente se agarró de los brazos para formar el cuadrilátero. Silbaban. Cabeza de Plomo caminaba de una esquina a la otra. Lanzaba unos ganchitos en el aire y daba sus cabezazos. Edwin caminó hacia el centro del tinglado y levantó sus brazos para llamarnos. Quise saltar sobre el cuadrilátero, esfumarme como Aladino en su botella, y desaparecer de lo inevitable: los tromp que iba a recibir. Metralleta me agarró del brazo y me llevó al centro y Edwin dijo en alto las reglas del boxeo. Ninguna zancadilla, ningún golpe en los huevos, y, por último, dijo:

— ¡No se permiten cabezazos!, Cabeza de Plomo.

Esto último no me alivió. Al contrario. Mis golpes qué efectos podrían tener en esa cabeza. Al tenerlo más cerca me di cuenta que realmente tenía cara de boxeador: nariz quebrada, pómulos salientes y ojos hundidos. Una cicatriz le partía la ceja izquierda en dos y las orejas eran como dos patacones aplastados que le colgaban en la cabeza. Pero algo no entraba en su rostro: sus labios. Estaban finamente dibujados. Era el único punto de su rostro que permanecía intacto, sin cicatrices y sin magulladuras. Tenía el busto desnudo. Si bien no era más grande de estatura que yo no dejaba de ser más fornido. Estaba lleno de músculos. Me miró agresivamente y Edwin me dio una palmotada en el culo. Chocamos los guantes y, justo cuando Edwin dio la señal para comenzar la pelea, recibí un guantazo en la frente.

Sentí el golpe en el ojo del culo. Hacía lo que Edwin me había recomendado: pero no por táctica sino por miedo. Corría de una esquina a la otra y evitaba sus ganchazos. Después de un rato, bajo las burlas que yo recibía de sus amigos, él se detuvo en el centro del cuadrilátero, y dijo:

—Ey, ¡este man es un marica!

En una esquina logró alcanzarme. Un, dos, tres, y logré zafarme. Entonces me di cuenta que yo sencillamente era más rápido. Sin embargo, no quería entrar en un cuerpo a cuerpo. Logró alcanzarme en otra esquina y recibí un jap en la quijada que casi me tumba pero no besé el concreto sino que me recuperé rápidamente. Me sorprendí de mí mismo. No me sentí tan débil. Trataba de cerrarme el paso y algunas veces me confundía con su movimiento de cintura y me sorprendía con un upper de derecha. Esta era la mano que tenía que evitar y con la izquierda me japeaba pero no caía tan fuerte sobre mi cuerpo.

Solamente buscaba la oportunidad de darme un upper con la derecha para noquearme. Por lo tanto, tenía que apuntalarlo por el lado derecho para que fuera más difícil de encontrar la posición de soltar su peligroso golpe. Lo japeaba con mi izquierda. Y en una soltó un ganchazo con la derecha que pasó por encima de mi cabeza como si fuese un jet que rompe el sonido. Le coloqué un buen upper en la quijada como contraataque y dio dos pasos atrás para saber que también tenía lo mío. Como evitaba el cuerpo a cuerpo, él perdía la paciencia. Bajaba la guardia y lanzaba ganchazos a diestro y siniestro que no me alcanzaban. No solamente uno sino varios uppers míos lo alcanzaron en la quijada. Cuando nos amarrábamos le golpeaba el hígado y ya la pelea estaba cambiando de color. Yo era ahora quien lo buscaba en las esquinas y, como él no era tan rápido, no podía evitar los un, dos, tres. Me agarraba desesperadamente los brazos. Le di una en el estómago y su rodilla acarició el concreto. Volvió agarrarme los brazos. Ahora solamente tenía algo en la cabeza: Quería noquearlo. Nos dimos un cuerpo a cuerpo intenso. Unas veces él retrocedía y yo otras. Me atrapó en una esquina y cambié de posición con un movimiento rápido de cintura. Un, dos, tres y agarraba mis brazos para buscar aire. Y ya cuando lo tenía manso para el K.O., recibí un cabezazo en la frente que me tumbó en el piso.

El cuadrilátero daba vueltas. Los gritos de la gente entraban desordenadamente en mis oídos. Edwin agarró a Cabeza de Plomo por la espalda porque se había lanzado contra mí para darme patadones. La gente

rompió el cuadrilátero para evitar que los amigos de él cayeran sobre mí y Edwin. Todo mi cuerpo estaba lleno de sangre, me levantaron del piso, y reconocí la voz de Berta. Me acostaron sobre la parte trasera del carro para ir al hospital.

Tenía una herida sobre la ceja. En el hospital la cocieron con seis puntos y no podía ver por el esparadrapo. Al salir de la sala de operaciones, Berta estaba con Edwin en la recepción. Todos estaban allí. Edwin dijo que había ganado la pelea, que todo el mundo había visto que yo era mejor, y que si no hubiese sido por el cabezazo lo habría noqueado. Realmente preferí un K.O que una cicatriz sobre la ceja y desde ese día me convencí de que en el boxeo los brazos se convierten en armas mortales.

Al entrar en One Way, no había nadie en las aceras. Ya era la hora de la batida. Gatos y perros rebuscaban entre la basura. Berta estacionó el carro y cada uno entró a su casa. Salao salió de la cocina con un vaso de leche para acostarse. Como no tenía sueño me acosté en el sofá del balcón. El cielo no tenía muchas estrellas. Frecuentemente se escuchaban sirenas de la Policías y, de tiempo, en tiempo, hasta disparos de revólver. Berta salió al balcón y dijo que vivíamos en un estado de sitio. Se sentó al lado mío y subió las piernas en el sofá. Prendió un cigarrillo, lo aspiró y preguntó cómo me sentía.

—Ya me siento bien.

—Me gustó mucho la pelea. Habrías ganado sin el cabezazo. Pero quiero decirte algo,

— ¿Qué?

—Cabeza de Plomo es un fiel hijo de esta ciudad. Es terrible pero así es.

— ¿Por qué dices eso?

—No creas ahora que quiero darte una lección. Pero a veces es necesario romper las reglas para sobrevivir. Has ganado la pelea si comprendes eso.

—De eso ya me di cuenta. Pero no todo puede ser violencia. ¿Por qué vivimos en la violencia? ¿Sabes alguna respuesta?

—Porque parece ser que todos somos violentos. Pero lo que hay que descubrir es que precisamente dentro de la violencia hay un espacio humano. Y con esto hay que trabajar, ¿comprendes?

—Eso es lo que piensa el Chivo Eléctrico. Él dice que es muy fácil destruir. Y que lo más difícil es construir. Para esto se necesita trabajar mucho. Todos los días. Como lo hace Metralleta con su trompeta.

—Él tiene toda la razón.

—Y yo quiero construir con palabras. Hasta con la ceniza quiero levantar nubes de sueños.

—Pero todavía eres un niño.

—Ya no lo soy. ¿Por qué siempre crees que soy un niño?

—No lo sé. Debe ser mi complejo de madre. A veces es difícil aceptar que los hijos ya sean hombres.

—Pero no quiero ser como aquellos que tú rechazas. Quiero ser diferente.

—Eso es lo que espero de ti y Salao. Tengo miedo que sean como aquellos que toman alcohol para ser hombres, que le pegan a sus mujeres, y que sean cínicos.

No dijimos más nada. Ella se levantó del sofá y se acostó. Caí dormido en el sofá un poco tiempo después y, como siempre, Salao me levantó en la mañana, pero no fui a la escuela, porque tenía dolor de cabeza. Berta preguntó si era uno de mis viejos tricks y dije que ya no era un niño. Rio y dijo que en verdad le había gustado siempre todos los tricks que inventaba para no ir a la escuela, desde los dolores de estómago, hasta los dolores de los dedos gordos del pie. En ese momento, entró Marimacha a la casa para saber cómo estaba. Me encontró en la cama con una bolsa de hielo sobre la frente. Saltó en la misma, para que me explotara la cabeza, y partió con Berta, después de molestarme con miles de preguntas sobre mi estado físico.

Al entrar el mediodía, ya me sentía mejor. Salí de la cama y me senté en la cocina. Llamé por teléfono al Chivo Eléctrico para decirle lo que me había sucedido. Rio cuando escuchó que parecía un pirata y comenzó a contarme la historia del más grande pirata de los mares, el inglés Sir Francis Drake, que está enterrado en el lago de Portobelo y que en Londres hay un bonito mercado con este nombre, posiblemente para honrar este mercado colonial español que fue codiciado por los ingleses. También dijo que es mentira que Sir Francis Drake solamente había venido a Panamá para asaltar las ferias de Portobelo, sino que el motivo principal era que estaba enamorado de una criolla orgullosa que no le daba la mano. Asaltaba la fortaleza para demostrarle lo osado y valeroso que era y, al preguntarle si sabía el nombre de la criolla, dijo que ya el médico estaba allí para pincharle el culo.

Al cerrar el teléfono entraron a la casa Metralleta, el Ñato y Musculito. Preguntaron si podía salir a la calle y dije que sí, que no estaba enfermo, y que ya podía caminar. Después entró Salao y Marimacha. Orejón entró corriendo y dijo que algo ocurría en Calidonia y que ningún carro podía pasar por la calle. Que había muchos policías y tractores. Me vestí rápidamente y buscamos mis zapatillas porque no sabía dónde las había dejado la noche anterior. Ñato las encontró sobre el borde de una ventana y Marimacha dijo que seguramente Pulgas las había puesto allí para que no saliera de la casa.

En la calle encontramos a Pulgas enfrascado en una pelea de perros y gritamos su nombre. Salió de la reyerta y se unió a nosotros. El tráfico estaba estancado. Los carros pitaban y algunos subían sobre la acera para seguir el camino. Antes de entrar en Calidonia, Ñato dijo que miráramos al otro lado de la acera. Cabeza de Plomo cruzaba la calle con sus amigos. Marimacha dijo que nos preparáramos porque habría pelea. Musculito recogió un palo de la acera y Salao encontró piedras. Como Metralleta era el más pesado se colocó en el centro para romper el frente y Marimacha detrás para recibir con su gancho izquierdo. Cabeza de Plomo y sus amigos se detuvieron a dos metros de distancia. Él se quitó los lentes de sol, y dijo:

—Quiero hablá contío, Mentiroso.

Me sorprendió que supiera mi nombre.

— ¿Qué quieres?

—Iba pa’ One Way.

— ¿Pa’ qué?

—Pa’ hablá contío, pana. No quiero pelea.

Bajamos la guardia. Nos alejamos de donde estaban los demás. Me ofreció un cigarrillo y dije que no fumaba. Miró el esparadrapo que cubría mi ojo, y dijo:

—Quiero decirte algo, pana. Dicen que soy el peor malandro. Un mal pario que se culea hasta su vieja. Pero lo que no saben es que no tengo vieja. Me importa una chucha lo que digan los demás. Soy ladrón y más. La plata que me robo no es pa’ mí sino pa’ la gente de mi calle. Esta es mi family. No tengo miedo de medirle el aceite a unos cuantos hijos de puta. Pero yo sé quién soy yo. Soy un varón con los huevos bien puestos.

— ¿Y? ¿Qué quieres decirme?

—Quiero que me perdones, pana. Nunca le doy cabezazos a la gente de la calle. Menos a los brothers de One Way. Solamente a los policías y a los

hijos de puta. ¿Cuántas puntadas te cogieron?

—Seis. Casi me dejas tuerto.

—Perdóname, pasiero. Perdí la cabeza.

—No hay problema. Ya quedó atrás.

—Quiero darte algo.

— ¿Qué?

—Esta pulsera de oro es pa’ ti.

—No, no está bien. No la necesito.

—Pana, no te preocupes. No me la robé. Era de un brother que mataron en la prisión. Me va a gustá si la usas.

—Gracias, muchas gracias. Pero no la necesito.

Él miró la pulsera y la metió en su bolsillo, y dijo:

—Okey, pana. Como tú quieras. Tú eres mi brother, pana. Habla conmigo pa’ cualquier vaina que necesites.

Fuimos donde estaban los demás. Hablaban entre ellos.

—Ey, Marimacha. Contío me quiero medí todavía los guantes.

—Sólo si vienes sin cabeza a One Way.

—No te preocupes, Mari. La próxima me voy a comportá como un varón. ¿Pa’ dónde van ustedes?

—Pa’ Calidonia. Allá pasa algo.

—Vengo de allá, pana. Están tumbando la Casa Miller.

Corrimos hacia Calidonia. La policía había cerrado las calles paralelas. No podían entrar autos. Solamente estaban libres las aceras. Había una empalizada de alambre para evitar que la gente se acercara a la Casa Miller. Allí estaba, sola, sin que nadie la defendiera. Sus balcones, que cubrían toda la acera, despedían un crujido de dolor al caer en la calle. Los tractores levantaban sus brazos de dientes para golpearla y las paredes de madera formaban montañas de polvo y de escombros al caer en el piso. Era una gigante herida de muerte. Yo la escuchaba llorar. Oía su desgarrada voz y no saben lo tanto que quiero a esta ciudad, con su humedad, con su pobreza y con sus desesperanzas para que me dejen morir así. Mis cuartuchos han sido testigos de muchos nacimientos y muertes. De sufrimientos y dolores. Pero también de muchas alegrías. Niños desnudos han corrido en mis balcones y no he dejado nunca de protegerlos. He sacado fuerzas de donde no las tenía para sostener mis pedazos de madera podrida y apolillada. En medio de esta pobreza no he dejado jamás de abrir mis paredes para que entre el sol y el viento del mar. Desalojar la humedad de mis cuartuchos.

Ay, por qué me han olvidado, por qué me dejan morir así, por qué me abandonan como una vieja madre que nadie quiere. Cuando era joven lucía mis balcones con orgullo, como una mujer que luce collares de perlas en su cuello, y bailaba en los días de carnaval con toda mi felicidad. La gente subía a mis balcones, serpentinas caían en los carros alegóricos, abría mis paredes y dejaba que la música arrobara todos los oídos. Mis escaleras, mis cuartuchos, mis columnas y mis balcones, crearon el más grande regalo que le he dado a esta ciudad: el universo. Les he dado el universo, lo he protegido bajo mi techo de zinc, y mis cuartuchos jamás cerraron los oídos para que los hombres, provenientes de tan diferentes partes del mundo, hablaran una misma lengua. Vinieron los antillanos, los chinos, los hindúes, los árabes, los griegos, los judíos, los italianos, y muchos otros. Y mi piso de madera no está manchado con una sola gota de sangre. ¿No se han dado cuenta de que yo soy esta ciudad? Cada día he tratado de recordarles de que soy un barco en medio de dos océanos y que tenemos un mismo destino. Pero la memoria es muy débil. Y ahora soy víctima de la ignorancia, mi cuerpo se desangra, pierdo mis balcones. No saben el dolor que tengo porque no veré otro amanecer, no veré otro atardecer y no veré otro carnaval. No escucharé el rumor de las olas que se estrellan contra la costa, no veré lo que más amo de esta ciudad: la espontaneidad colorida de sus calles. Mi muerte se viste ya de negro porque sé que no tendré luto. Sé cuál es mi destino. Quizás quedarán algunas fotos mías en algunos museos. Y digo quizás por una sencilla razón: no estoy segura si en el futuro de ustedes habrán museos para recordarme. Algunos contaran sobre mí pero al final caeré en el olvido como la luz de una estrella que desaparece en el universo. No hay nada que los conmueva porque el alma de ustedes es tan dura como la caparazón de una tortuga. No conocen la compasión ni se detienen a sentir los sufrimientos de los demás. Cada quien persigue su interés y solamente se respeta al quien tiene dinero. El valor de las cosas se mide por el dinero y por eso es tan fácil destruirme porque soy pobre y destartalada. Todo lo que tiene valor se viste con lo nuevo. Y ese valor se mide en dólares. Pero aunque me duela quiero decirles una gran verdad. Es mucho más barato construir nuevos edificios, modernos, que repararme a mí. Ninguno de esos edificios es tan caro como lo soy yo. Si es por el dinero yo tendría entonces más valor. Además daría más empleo por cada pedazo de madera que por cada una de esas planchas de cristal. Esto es muy refinado para ustedes porque sencillamente me tumban por ser pobre y

vieja. No soy de cristal. Algunas fotos colgarán en algún museo que nadie visita. Pero, ¿creen que me consuele el hecho de estar en un museo? No. Siempre he soñado que vendrían días mejores para mí, que alguien descubría lo bella que soy, que me salven de la muerte. Inútilmente he luchado para llamar la atención y vencer la indiferencia. Unas veces dejé que el viento desprendiera el techo de zinc, otras veces dejé caer escaleras y hasta dejé caer pedazos de balcones a sabiendas que podía ser una trampa mortal para los niños. Y muchas veces estuve tentada en provocar un fuego pero no lo hice. Esto era precisamente lo que quieren aquellos que hoy me demolen. Que un fuego me destruya. Están demoliendo el sueño de esta ciudad, lo que la ha hecho bella, sólo comparable a otras ciudades americanas por su diversidad humana: La Habana, Buenos Aires, Caracas y otras. ¿Quién le dirá a los niños que esta ciudad no es bella sin mí? Mi belleza no es de cristal, pero en ninguno de esos cristales podrán grabarse los nombres y los garabatos de los niños. Cada día levantan torres de cristal, cristales arrogantes, que sólo se ven a sí mismos. No son cristales que saben conversar. No son cristales que aman estas calles con sus aceras, con sus esquinas, y con su gente. Mis cuartuchos son impropios para convertirlos en oficinas. No tengo elevadores ni fuentes de agua. Pero ninguno de esos cristales hablará como yo lo hago por esta ciudad. Esos cristales pueden estar en cualquier lugar. Son cristales sin rostros. No tienen los balcones ni la elegancia que yo poseo. Aquí se aplaude cada vez que uno de esos edificios se construyen. Entre más alto, mejor. Lo bello solamente es de cristal. No dejamos nunca de estar acomplejados y de estar imitando. ¿Para qué tenemos tantos arquitectos si no tienen nada en la cabeza? No es que quiera ponerme a la misma altura, pero demolerme es sólo comparable con la demolición del Louvre en París. En mis cuartuchos no ha vivido ningún príncipe y menos un rey. Pero de algo estoy muy segura. He cuidado del universo en mis escaleras, en mis cuartuchos y en mis balcones, cosa que de por sí es lo más hermoso que puede pasar en este mundo que está lleno de tantos ejemplos intolerantes y sangrientos. ¿Por qué es tan fácil demolerme?

De la Casa Miller no quedó nada. Ni los escombros. Aplanaron el terreno y quedó un desierto en medio de la ciudad. El Chivo Eléctrico saltaba de rabia en su cama de enfermo. No podía creerlo. Esperaba que le estuviera tomando el pelo y preguntó si era el día de los inocentes. Pero se resignó cuando dije que no tenía ningún motivo para mentirle. Abandonó su

cabeza sobre la almohada y suspiró por la frustración. Su mirada estaba suspendida en el vacío. Allí pensé que quizás hubiese sido mejor no haberle dicho nada. Nada que lo metiera en ese estado que le quitaba las pocas fuerzas que tenía. Además, impaciente como Metralleta, preguntaba si ya había escrito Enrique. Fruncía el ceño cada vez que decía no. Por mi parte trataba de comprender cómo podía tener semejantes sentimientos hacia alguien que nunca había visto y que solamente conocía de oídos. Aparte de mí, no conocía a ninguno personalmente. Pero todos vivían en él. Por eso pedía que describiera hasta los mínimos detalles físicos y, sobre todo, emocionales. Quería entender a cada uno, por qué una cosa y no la otra, y preguntaba sobre cosas que yo había visto pero que no le daba mayor importancia. Decía stop, stop, stop. Y entraba a ver los detalles como si fuese un microscopio que agudiza el lente para ver las moléculas de una célula.

Quería comprender por qué Ernesto tenía reacciones violentas, gritaba, golpeaba y había tratado de tenerme a su lado cuando yo era un niño. No dudaba del amor que tenía Ernesto hacia mí y Salao, pero, según él, lo que lo motivaba a separarme de Berta era más que todo su propio egoísmo y golpearla emocionalmente. Berta era quien tenía la culpa por sus exigencias de cambiarlo todo. Pero no es que quería cambiarlo todo sino que fue creciendo y madurando dentro del matrimonio, cosa que era incomprensible e inaceptable para Ernesto. Era un cuestionamiento del matrimonio cada movimiento que hacía ella y, sobre todo, ganar su dinero con su propio trabajo.

—Parece que tu padre se casó bajo determinadas condiciones de contrato, dijo él levantando la cabeza de la almohada. Y el cambio de una de esas condiciones fue motivo suficiente para que no comprendiera más el mundo. El matrimonio es para él una columna junto con la profesión. Y si la profesión significa implícitamente estabilidad y dinero, el matrimonio seguridad e hijos. La mujer en el matrimonio tiene el mismo significado del diploma para la profesión: requisitos para la felicidad. Por eso no me resulta extraño que naciste el mismo año en que tu padre se graduó de la universidad.

—Pero, ¿no cree que la quería?

—Claro que sí. No quiero decir lo contrario. Posiblemente no va a querer a otra mujer como a Berta.

— ¿Por qué no? Creo que ella conocerá a otro hombre que sí va a querer.

—Ella sí pero él no.

— ¿Por qué no?

— ¡Muy simple! Tu madre fue el cumplimiento de un sueño para él. Siempre mirará con satisfacción ese momento. Y ella buscará seguramente un hombre que sea diferente a tu padre.

—Esto es lo que ella dice. Le gustaría un hombre que soñara en viajar.

— ¡Correcto! Soñar en viajar es tener la necesidad de ser libre. Pero hay muchos que viajan sin ser viajeros y sin soñar en el viaje. El viajero nunca olvida de dónde viene, lleva consigo su casa, vive en el presente del mundo. El que viaja, sin ser soñador, quiere entretenerse, divertirse y perderse en la superficialidad de buscar siempre algo diferente. Y el viajero que sueña se descubre a sí mismo. ¿Alguna vez tu padre te ha dicho algo con respecto a viajar?

—No le gusta.

—Me lo imaginaba. Sería un castigo sacarlo de su medio ambiente. De lo que hace todos los días. Lo desconocido le da miedo. Tiene muchos amigos y conocidos, ¿no es cierto?

—Sí.

—No me extraña. ¿Sabes qué hace en su tiempo libre? Cuando no trabaja.

—Se encuentra con sus amigos en los bares.

—El problema de tu padre es claro. No puede estar solo. Por eso reacciona tan violento con el divorcio. ¿Qué es lo que más te molesta de él?

— ¿Qué?

—Si pudieras tener la capacidad de cambiarlo, ¿qué harías por él?

—Me gustaría que tuviera más preguntas.

— ¿Preguntas?

—Para él un sí es un sí y un no es un no. Cada vez que lo critican se pone nervioso. Y que no sea violento.

— ¿Es todo?

—No. Me gustaría que hablara más de sí mismo. De lo que siente. Me gustaría que soñara.

—Pero seguro de que hay también cosas que te gustan de él.

— ¡Claro! Le gusta reír mucho.

—Eso es bonito. Muy bonito.

—Hay otra cosa que me gusta. Le gusta caminar. La semana pasada caminamos mucho y nos sentamos en el parque de Santa Ana.

— ¿Y cómo camina?

— ¿Cómo? Con las piernas.

—Por supuesto. Me refiero a otra cosa. ¿Camina con un plan establecido en la cabeza o camina sin dirección?

—No, no tiene ningún plan. Camina por aquí y por allá. No tiene plan.

—Eso está muy bien. En unas cosas es muy convencional pero en otras no deja de perder la espontaneidad.

—Yo sé. Por eso no lo rechazo. Lo que me gustaría es verlo un día como lo deseo.

—Seguro de que algún día se dará cuenta de los errores que hoy día comete. Sencillamente hay que darle tiempo. En eso lo puedes ayudar

— ¿Cómo?

—No lo sé. Eso lo descubrirás tú mismo. Sencillamente tienes que observarlo. Saber un poco más de su vida. Pero estoy seguro de que si no vence el miedo de estar solo no logrará jamás un cambio positivo para su vida. Nunca verá a los demás como personas sino como instrumentos para escaparse de sí mismo.

—Pero estar solo es muy difícil. A mí no me gusta tampoco.

—Hay que hacer una diferencia. Una cosa es saber estar solo y otra cosa es la soledad. La soledad es insoportable. Es el sufrimiento del alma, es el abismo de saber que estamos solos y que nadie puede ayudarnos, es la consciencia de que la muerte está en nuestras vidas. Lo que hay que aprender es que la soledad pertenece a nuestras vidas como los dientes a las encías. Es parte esencial de nuestro ser. No crecemos realmente sin esta certeza. Es por esto que la soledad es el peor castigo para aquellos que nunca han crecido. Por eso necesitan de los otros y de las distracciones. Tienen miedo de sí mismos. Son egoístas. Sólo piensan en ellos y son incapaces realmente de tener amigos. Solamente hay sincera amistad cuando se reconoce que ella no está para superar la soledad sino para reconocerla. Los que saben vivir con la soledad logran ser realmente felices porque tienen suficiente consigo mismos. Son tan ricos y autosuficientes como una fuente de agua inagotable. Pueden estar solos porque la soledad no es el peor castigo. Más bien se limpian el alma con la soledad y disfrutan cuando están solos, ¿comprendes? Por eso fíjate bien quién puede ser verdaderamente tu amigo. Amigos no se encuentran en cada esquina.

—Tengo mis amigos de One Way.

—Pero esos son los amigos que vienen de tu infancia. Aquí la amistad nace como la hierba de la tierra. Es la amistad ingenua, primitiva, que no se siembra. Esta amistad no la escogiste sino que la adquiriste. Pero eso no está mal. Lo que sería un error es que en el transcurso de tu vida no logres la capacidad de elegir amigos de manera consciente. Seguro de que los amigos que tienes hoy no lo tendrás toda tu vida. Algunos seguirán sus propios caminos sin que se encuentren y otros te lo encontrarás en los caminos que hagas. Yo tengo la suerte de tener dos amigos. Me han dado y dan todo lo que creo que es hermoso en esta vida.

— ¿Quiénes son? No los conozco.

— ¿No? Con uno comparto los días del otoño. La vida entra lentamente en el largo invierno. Las hojas caen de los árboles anunciando el vuelo de las almas y la pálida luz no deja de ser llamativa y seductora. El sol es melancólico, las noches van alargándose sobre las pestañas, el tiempo se convierte en tortuga. Y con el otro comparto los días recordados de la primavera, el sueño del nacimiento, el florecimiento del alma en su claridad, la poesía del deseo que se enjuaga con el descubrimiento, la aventura y la libertad. El alma abre sus pétalos para recibir el rocío de la madrugada y el mundo disfruta de su dulce aroma. El otoño y la primavera son dos caras del amor, el nacimiento y el crepúsculo, el equilibrio de esta vida. ¿Cómo no voy a ser feliz con estos dos amigos que tengo? El otoño es el hermano Lucio y la primavera eres tú. Sí, hijo mío, en mi vida eres la primavera. Acércate que quiero abrazarte. Quiero sentir las palpitaciones de tu corazón.

Me levanté de la silla. Abrió sus brazos y apoyé mi pecho sobre el suyo. Lentamente cerró sus brazos sobre mi espalda. Me apretó contra su pecho y sentí los latidos de su corazón. Puse mi cabeza sobre su hombro y me acarició los cabellos con su mano derecha. No sé cuánto tiempo permanecimos así. No quería salir de su calor. Mientras estábamos abrazados, el hermano Lucio entró en la habitación. Preguntó si alguien había muerto para que tuviéramos esos rostros de luto. El Chivo Eléctrico dijo que se dejara de ahuevasones y que le diera la botella de vino.

—Por la manera en que hablas parece que naciste en este país, dijo el hermano Lucio ceremoniosamente.

—Y a ti no se te quita la pendejada de hablar como si estuvieras todo el tiempo en un púlpito, dijo el Chivo Eléctrico imitándolo burlonamente. No

te imaginas lo cabreado que me tienes.

Ellos se insultaban todo el tiempo. Quien no los conocía podía creer que eran enemigos. Que se odiaban. Pero justamente se divertían con ese intercambio de pulladeras y tomaderas de pelo. La diversión era más grande, entre más fuertes los insultos. El Chivo Eléctrico aseguraba que el hermano Lucio era un hijo bastardo de una aristócrata mexicana venida a menos y el hermano Lucio decía que eso solamente lo podía afirmar alguien que tenía la lengua llena de excremento. El hermano Lucio era físicamente muy diferente del Chivo Eléctrico. Por su delgadez, caminaba con ligereza y parecía que no apoyara las plantas de los pies sobre el piso. Sus movimientos eran delicados, rápidos y precisos. Además, tenía la particularidad de mover las orejas cuando tenía mal humor.

—No soporto tu vulgaridad, dijo el hermano Lucio abriendo la botella de vino. Cuando me canse, te prometo que no te traeré otra botella. Que se te seque la lengua en el desierto.

El Chivo Eléctrico levantó la cabeza de la almohada. Soltó una carcajada repentina, y dijo:

—No me traes la botella de vino y te juro que te corto las orejas.

El hermano Lucio me miró seriamente. Movió las orejas. Repartió las copas de vino y las llenó a medias. Más que para tomar, él acariciaba el borde de la copa con sus labios. Miró al Chivo Eléctrico. Levantó el labio superior como si fuese a escupirlo, y dijo:

— ¡Quién cree que es este desgraciado de mierda! ¿Crees que puedes insultarme toda tu vida? Te traigo todos los días la botella y qué es lo que recibo de ti. Solamente insultos. Así tratas a tu mejor amigo. Tú sabes que eres un odioso gordo asqueroso. El sudor que sacas huele a mierda y la grasa que cargas alimentaría a veinte mil pestilentes cerdos.

—Tú, vieja, ennegrecida y podrida flauta, dijo el Chivo Eléctrico después de tomar un sorbo. La mantequilla que te pongo la saco de la grasa de mis hongoneadas pezuñas y te juro que me corto las uñas para meterlas en los orificios de tus detestables orejas.

El hermano Lucio volvió a mirarme y movió las orejas. Se levantó de la cama y caminó hacia la ventana, y el Chivo Eléctrico se revolvía de alegría, porque no esperaba que aquél encontrara rápidamente una respuesta. Levantó la ceja y me quiñó el ojo. Repentinamente, el hermano Lucio giró sobre los talones de sus pies, y dijo:

—Si supieras que en el mundo no hay mierda suficiente para decirte que eres una mierda. Y si hay una madre que detesta a su hijo es la tuya, porque a nadie le gusta embarrarse con mierda y menos cuando la carga un gordo asqueroso como tú.

— ¡Con mi madre no te metas!

—Me meto con quien me de la gana. Hasta con la Virgen María.

El Chivo Eléctrico estaba irritado. No era la primera vez que el hermano Lucio lo sacaba de sus casillas. Cada vez que se insultaban, el Chivo Eléctrico terminaba malhumorado, y se molestaba conmigo porque me divertía verlo fuera de su acostumbrado equilibrio. El hermano Lucio, mordiéndose los labios, tragó la carcajada. Terminó su vino de un tirón y salió del cuarto antes de que al Chivo Eléctrico se le ocurriera algo para insultarlo.

—Es un cobarde. Siempre se escapa cuando ya lo voy a insultar.

—Siempre dices lo mismo. Sencillamente no se te ocurre nada.

—Pero es que el desgraciado siempre se mete con mi madre. A nadie le gusta eso. Hasta me quita las ganas de insultarlo.

— ¿Por qué pierdes el humor cuando mencionan a tu madre? No eres el de siempre.

— ¡Olvídate de eso! No tiene mayor importancia.

—Claro que la tiene. Usted es mi amigo.

— ¡Pero que seas mi amigo no te da el derecho que lo sepas todo! Perdóname, por favor. No quise decir eso. Eres mi amigo. Mi madre era la mujer más bella. No por haber sido mi madre sino que sencillamente lo era para mí. Sus ojos eran girasoles negros, relucientes, que desde niño adoro. Los llevo en mi alma.

— ¿Y qué pasó con ella?

—La asesinaron.

— ¿Quién la mató?

—En la Guerra Civil bombardearon el pueblo donde vivía. Lo arrazaron completamente. No quedó piedra sobre piedra. Yo también estaría muerto si no hubiese salido dos días antes del pueblo. Ella era lo único que tenía en mi vida. Todavía hay cosas que no comprendo. No sé si son cosas que únicamente me pasan por pura casualidad o es el destino. No sé si es mala suerte o es un castigo. A mi edad ya debería saberlo. Ya me estoy volviendo patético. ¿Qué crees tú?

— ¿Qué?

— ¿Existe la mala suerte? ¿El destino? Esa cruz en la pared es mi fracaso. Desterrado del amor para siempre. Desde hace treinta y cinco años trato de convencerme de que todo fue resultado de las circunstancias. Que no hay un destino que me ha maldecido sino que todo pasó por mi estupidez. Seguramente, si hubiese sabido cómo son las cosas hoy diría que soy feliz. Pero no lo soy. Jamás he podido ser feliz. La felicidad no es para mí, sino para otros. Para otros que tienen la suerte, la buena suerte, de vivir de acuerdo a sus sueños. ¿Crees que mi vida actual es la que soñé cuando era un joven? Nunca imaginé que terminaría mis días en esta cama. Abatido por la gordura y las enfermedades. Treinta y cinco años de vida mediocre en esta escuela. Por lo que hice, otros habrían parado en la prisión. Pero, ¿acaso esta no es mi prisión? Condenado como Sísifo, a cargar mi piedra de la mediocridad. Yo soñé ser libre, vivir, viajar, saltar y reír. Mi sueño fue ser poeta pero la cobardía me quitó este sueño. Si he tenido un enemigo en mi vida, no hay que buscarlo en otra parte o inventarlo, porque yo soy el enemigo de mí mismo: el miedo de vivir mi sueño. Quiero que algo prometas aunque parezca lo más estúpido. No te rías de mí. No importa qué sueños tengas, pero nunca renuncies a alcanzarlo. Los sueños están para lograrlos. Están para trabajar por ellos. No hay sueño banal ni sueño innecesario. El sueño es el camino de tu vida, es el propio camino que te trazas, son las alas que te llevan a las alturas. Pierdes si tienes un sueño y lo abandonas. Yo he perdido en esta vida. Es esto lo que he aprendido. Es mi verdad, ser un perdedor, porque dejé de soñar. Ahora quiero que te vayas, que pienses en mis palabras, parte.

—Pero has dicho que eres feliz. Que tienes la primavera y el otoño.

—Ilusiones, querido hijo. Ilusiones. Ahora quiero ser feliz. Es lo que más deseo. Quiero morirme feliz, intentarlo, pero siempre me tropiezo con mi desgracia. Me asalta repentinamente y me desbarata. Por favor, déjame solo.

Mientras me alejaba de la escuela pensaba en todas sus palabras: desde lo que dijo sobre Ernesto, hasta los sueños. Me pregunté, sin embargo, por qué decía todo eso. ¿Acaso tenía miedo de mí? ¿Por qué hablaba tan preocupado? Entre esas preguntas, me acordé que Metralleta iba a tocar en la radio a las seis y media de la tarde. Por intermedio del señor, que le había vendido la trompeta, consiguió una hora de emisión en la radio. Metralleta lo visitó en el almacén y el señor quedó impresionado por su talento. Este lo llevó a la estación de radio y lo presentó al dueño que había tocado diez

años la trompeta en varios Big Bands. Su gran orgullo era que había sido miembro en el grupo de Pérez Prado en México y por esta razón pasaba todos los viernes una emisión que se llamaba los Mambo Kings.

El dueño dijo que le daría una media hora de emisión. Le preguntó a Metralleta si tenía material suficiente para cumplir el programa y dijo que tenía más que suficiente. Para tocar toda una semana entera sin parar. La radio pasó dos semanas una cuña para Metralleta, presentándolo como un nuevo talento que había que escuchar. En el fondo se escuchaba la trompeta y la cuña terminaba con un corto toque en primer plano. Ya el señor tenía planes para Metralleta. Quería conectarlo con un buen grupo latino de jazz o Salsa en New York y dijo que seguramente quedarían fascinados con su trompeta Tito Puente, Ray Barreto y Mario Bouza. Pero el dueño de la radio no era tan optimista. Si bien le gustaba la trompeta de Metralleta dudaba que alcanzara a un público. Dijo que a la gente le gustaba escuchar grupos y no a un solista. Y que no les gustaba el jazz sino la salsa.

—Es lo que está de moda, le dijo a Metralleta en el estudio. El jazz es para un público muy reducido.

Llegué corriendo a One Way. La gente estaba sentada en las aceras. Se concentraban en torno a la radio. Eso solamente pasaba cuando había una pelea de boxeo para campeonato. Era un triunfo sólo el hecho de que Metralleta tocara en la radio. Era como ver un artista en la televisión. Pero la radio era más importante porque era barato y se podía transportar a cualquier lugar para escuchar la lotería, los bochinches del día, los juegos de béisbol y las peleas del boxeo.

En la casa llamé por teléfono al Chivo Eléctrico y se alegró al saber que Metralleta iba a tocar en la radio. Gritó el nombre del hermano Lucio, <<Suuuuucio, Suuuuucio, Suuuucio>>, y este entró atropelladamente en su cuarto porque había creído que algo grave le ocurría. <<Nada me pasa, dijo él, busca la radio rápidamente que va a tocar Metralleta>>. El hermano Lucio salió corriendo del cuarto y bajó a la capilla. Volvió a entrar con la radio y se sentó en la cama. El Chivo Eléctrico me preguntó cuál era la emisora y el hermano Lucio la buscó nerviosamente y dijo <<quién es ese bendito Metralleta para que hiciera tanto escándalo>>.

—Ahorita te vas a dar cuenta quién es Metralleta. Y no muevas las orejas que me irritas, por favor.

Cerré el teléfono antes de que comenzaran los insultos. Bajé a la calle. Los otros estaban sentados en una banca de la acera, alrededor de la radio

del padre de Orejón, que era el último modelo japonés con lucecitas rojas y verdes que se prendían y apagaban ininterrumpidamente. Tenía un aspecto espacial, extraterrestre, un alien por donde llegaría lo que más nos gustaba: la música. Si antes el padre de Orejón no permitía que nadie tocara su camioneta verde, ahora era con la radio que, según él, iba a transmitir hasta los movimientos más refinados que Metralleta lograra con su trompeta.

Explicó todas las funciones de la radio, que tenía hasta un micrófono. Faltaban diez minutos para las seis y media. La tensión subía. El Ñato contaba los minutos y pasó algo que ocurría frecuentemente en la ciudad: un apagón de luz. La gente lanzó improperios contra el gobierno. Allí me di cuenta que no solamente en One Way se esperaba impacientemente la emisión. El padre de Orejón sostenía la radio entre sus brazos como si fuese un baby por temor de que alguien le diera un patadón con todas sus luces, botones y micrófono. Ya al borde del extremo emputamiento volvió la luz cuando apenas faltaba un minuto y un grito de alegría liberó la tensión acumulada. El padre de Orejón colocó cuidadosamente la radio sobre la acera y las lucecitas se apagaban y prendían.

—Buenas tardes, querido Panamá, dijo una voz de mujer. En nuestra emisión de hoy, Mambo Kings, presentaremos a un brother del patio, a un talento de One Way, que tiene dieciséis años años de edad y que toca ya su trompeta como los grandes del jazz. Antes de escucharlo queremos hacerle una pequeña entrevista. ¿Por qué tienes ese name que tienes?, Metralleta.

—Los pasieros de One Way me bautizaron así. Mi corazón golpea como una metralleta, tú ve.

— ¿Cómo una metralleta?

—Pun, pun. Pun, punpunpunpun. Punpun, tú ve.

—Así que tu name artístico es también Metralleta.

—Nací como Metralleta y no tocaría bien la trompeta sin mi corazón, tú ve. Cuando toco escucho el corazón, punpunpun, punpun.

— ¿Por qué tocas jazz Metralleta? ¿Por qué no otra música?

—Me gusta también otra música. La salsa, el mambo, el son, la samba, el bepbop. Me gusta todo con ritmo. Pero, ¿por qué toco jazz?

—Sí, ¿por qué jazz?

—Con el jazz no importa qué es lo que tocas sino cómo lo tocas. Eso es jazz y por eso lo toco, tú ve.

— ¿Y cómo llegaste a tocar la trompeta?

—Creo que siempre he querido ser trompetista. Mentira no es así. Quise ser trompetista cuando tuve un sueño. Me caía como en un hueco y encontré la trompeta en el aire. La comencé a tocar y salí del hueco. Cuando me desperté lo primero que dije fue que quería ser trompetista. Y ahora tengo una buena trompeta.

—Es muy bonita.

—Yo sé. Es la trompeta de One Way, tú ve.

La gente en One Way silbaba y aplaudía. Me habría gustado que Metralleta hubiese visto la emoción que despertó en la calle.

— ¿Y a dónde quieres llegar Metralleta? ¿Cuáles son tus metas?

— ¿Metas? No las tengo. Lo que tengo es un camino. La trompeta dice por dónde tengo que caminar. Como decimos en One Way, aquí solamente hay una dirección, tú ve.

La gente en la calle volvió a silbar y a aplaudir.

—Metralleta, thanks. Te deseo mucho éxito como trompetista. Ahora queremos escuchar lo que traes para nosotros.

Era la primera vez que escuchaba a Metralleta tan elocuente. Me sorprendió por la seguridad y por la tranquilidad con que hablaba. No tenía nada del nerviosismo que lo caracterizaba. Allí me di cuenta que One Way le había dado el sentido de su vida, en una palabra, sabía lo que quería para él. Ya estaba en su camino, on the way, y se guiaba con las notas de su trompeta. El padre de Orejón subió el volumen de la radio. Pude imaginarme a Metralleta en el estudio. Levantar lentamente la trompeta, inclinarse ligeramente hacia adelante, apoyarse con su pie derecho, enjuagarse los labios con la punta de su lengua, esperar unos segundos para soplar los pulmones, y poner suavemente la punta de la lengua en la boquilla del instrumento. El primer tono entró por debajo de la piel, erizándonos los pelos, levantándonos sobre la puntilla de los pies. Los dedos de Metralleta suspendían las notas en una tensión que se quebraba en movimientos circulares y marcaba el ritmo al término de cada círculo. Entre cada círculo llevaba el solo con un pequeño conjunto de notas y lo acompañaba arremetidamente con otras notas. Y con una nota, que se mantenía en el fondo, coqueteando casi con el silencio, formaba un puente que lo elevaba a otro círculo, repitiendo unas notas del círculo anterior y agregándole otras, subiendo el tono, acelerando el tiempo, recortando las notas. Con cada círculo subía la tensión y reconocí otra vez el estilo de Metralleta que rompía abruptamente lo que había construido,

despolvorizando las notas, cayendo en un silencio y, en ese espacio sin notas, quedábamos con las notas en el aire, como si fuese un eco que se prolongara en nuestras cabezas, y retomaba el eco para volver a construir el camino recorrido.

Era un ir y venir de notas, una ebullición extraordinaria, un asalto a los sentidos. Levanté la cabeza y miré a mi alrededor. One Way movía los hombros y marcaba el tiempo con un golpe de pie. Metralleta terminó con una nota que nos provocó saltar sobre las puntitas de los pies. La moderadora, emocionada, repetía thanks, thanks Metralleta, y dijo que en el transcurso de la emisión había recibido cientos de felicitaciones para él. El dueño de la emisora no podía realizar el éxito que había logrado con Metralleta, pero el señor del almacén dijo que no le extrañaba, que quién realmente era bueno imponía su talento, y que lo único que Metralleta necesitaba era la oportunidad para seguir su camino.

5

Enrique había escrito. Lo supe apenas la maestra entró en el salón de clases. No estaba triste sino que sonreía. Su alegría coincidía con ese día azulado de diciembre. Como el invierno ya estaba pasando los días se hacían un poquito más largos. La fresca brisa anunciaba el arribo del verano y las golondrinas volaban en bandadas de un extremo a otro de la ciudad. Puso su maleta sobre la mesa, se sentó lentamente, y levantó su cabeza para buscarme. Intercambiamos la mirada. Sus ojos eran dulces. Esta vez no tenía el ceño fruncido, movió positivamente su cabeza, sonrió abiertamente, y mi corazón palpitaba rápidamente. No podía estar tranquilo en mi asiento.

Ella se equivocaba en los cálculos matemáticos. No podía concentrarse. Realmente era muy extraño, porque normalmente no necesitaba de mucho tiempo para resolver, analizar y explicar las fórmulas. Allí me di cuenta que no solamente desconciertan los problemas sino también la alegría. Era demasiada para ocuparse de minuciosidades matemáticas. Quería explotar, saltar, llorar. Olvidarse de tres meses de preocupaciones y tensiones que no la había dejado dormir. Se levantaba en las noches y caminaba en su apartamento como alma en penitencia. Y ahora delante del tablero se le caía hasta la tiza de la mano. Dijo que necesitaba un poco de aire y salió del salón de clases.

Volvió cinco minutos después y dijo que para el resto del día vendría un profesor. Este tenía fama de ser extremadamente estricto y, al entrar, no dejó de echarme una mirada amenazadora. Me conocía y dijo que si me dormía haría todo lo posible para expulsarme de la escuela. <<Ya no se duerme>>, dijo Esther sonriendo. Yo tampoco quería estar en el aula. Levanté mi cabeza para mirarla y comprendió lo que quería decirle. Ella le dijo al profesor que quería hablar conmigo en la dirección y metí mis libros en la maleta para salir del aula. Dijo que Enrique había escrito con toda la alegría que salía de su corazón.

Antes de partir de la escuela dije que quería decirle al Chivo Eléctrico la buena nueva. Ella se extrañó. Preguntó por qué había que decirle si no tenía nada que ver con su vida. No supe qué contestarle. Insistió por qué y dije que el Chivo Eléctrico era un amigo mío y de Enrique. Que también lo era de ella <<¿Desde cuándo es amigo mío y de Enrique?>>, dijo malhumorada. Estaba acorralado. No sabía cómo decirle que él era una

persona importante para mí, que entre nosotros no había secretos, y que éramos amigos.

—No me gusta que le hables de mi vida.

—No hago eso.

— ¿Y qué haces? ¿Por qué tienes que decirle que Enrique ha escrito?

—Porque también quiere ser feliz.

— ¿Feliz?

—Sí. También se preocupa por Enrique.

— ¿Cómo?

—Si quieres vienes conmigo y te darás cuenta. Pero no entras en el cuarto. Solamente permite al hermano Lucio y a mí. A nadie más.

Toqué la puerta y nadie respondía. Otra vez la toqué.

— ¿Quién está allí? —dijo gritando. No me jodan coño. Tengo que repetir otra vez que aquí nadie entra.

Esther cerró y abrió los ojos por la impresión. Él tosía.

—Yo Soy. ¿Puedo pasar?

— ¡Por supuesto! No tienes por qué preguntar. ¿Qué te pasa? ¿No estás en clases? No te esperaba a esta hora. Por la cara que tienes sospecho que traes buenas noticias.

—Sí, las traigo. ¿Te lo puedes imaginar?

— ¿Qué puede ser? Ayer escuché a Metralleta y las lágrimas se me cayeron de los ojos. No te imaginas lo alegre que estoy. Ese muchacho es un poeta del jazz. Es un filósofo con la trompeta. He escuchado en Metralleta la mezcla de muchas notas, ritmos y encuentra el equilibrio de toda esta amalgama universal de voces. Me he imaginado un mundo lleno de música. Cada cosa es representado por una nota: la tierra, los árboles, los ríos, el cielo, la luna, el sol y las estrellas. El mismo Dios, cuando creó este mundo, no dijo hágase la luz sino la música. Una nota musical fue primero que el verbo. Los hombres no son de carne y de hueso sino notas musicales. La mujer es una nota y el hombre es otra, es un contrapunto, es armonía. Pero en este mundo de notas no es importante quién es masculino y quién es femenino, quién es feo y quién es bonito, quién es malo y quién es bueno, quién es blanco y quién es negro. Lo importante es la armonía del conjunto, cuyas notas sostienen el frágil equilibrio del universo. Todos y cada una de las notas crean la música. Cada nota es responsable por esta armonía y no se discute qué y cómo debe ser la armonía, sino que las notas, con sus particularidades, entran en esta armonía universal, flexible y

abierta. Universo en movimientos diversos. La existencia de la armonía del universo es la certeza de que cada nota tiene su ritmo y que el ritmo del universo asegura el ritmo de cada nota. No hay jefes que determinen el conjunto, no hay poder que ordene el lugar de las notas y no hay destrucción que acabe con las notas ya creadas por las generaciones anteriores. El universo está en permanente construcción, creación de notas en ebullición, levantamiento permanente de una música universal. Así veo la trompeta de Metralleta. ¿Qué más me puede poner alegre?

—Hay otra cosa que te hará feliz. Piensa un poco. Hemos esperado tres meses.

Abrió los ojos desmesuradamente. Su pecho se amplió y extendió sus extremidades.

— ¿No me estás mintiendo? ¿Seguro de que hoy no es el día de los inocentes?

— ¿Por qué siempre cree que quiero tomarle el pelo?

—No puedo creerlo. Desconfío de la alegría que llega de pronto.

—Pero así es. Enrique ha escrito.

— ¡Qué hermoso! Esther debe estar muy alegre. Puedo imaginarme su sonrisa. Seguro de que te diste cuenta apenas entró en el salón. Me alegro por ella y por todos nosotros. Está vivo. Además, puedo imaginar su carta. Llena de mucho amor. Las palabras más tiernas. Él sueña estar a su lado y ver el nacimiento de su hijo. Puedo sentirme en la piel de Esther y saber que este momento es el más dulce de su vida. Es más, puedo imaginarme la letra de Enrique. La dibujó, ¿no es cierto? Que Esther entienda con claridad cada una de sus palabras de amor. Estoy seguro de que es tanto la alegría que ni ha podido dar clases.

—No soluciona ninguna fórmula matemática

— ¿Y dónde está ella? ¿Está dando clases todavía?

—Sí.

—No, estoy aquí —dijo Esther en la puerta.

— ¿Por qué entras? Te dije que no le gusta.

—No importa, déjala. Quiero verte con mis propios ojos.

Él levantó la cabeza. La miró fijamente como si quisiera tomarle una radiografía de su alma. Cerró los ojos y abrió las paletas de su nariz. Esa era su manera de conocer realmente a alguien: por el olor. Sabía que el olor de ella le había agradado, porque no tenía arrugada la frente. Esto era una de sus contradicciones. Por un lado, como él mismo decía, no soportaba su

propio olor, asquerosidad inmundicia, pero, por otro lado, disfrutaba del olor del cuerpo de los demás. Lo cierto es que no olía más a grajo desde que estaba en la cama; sin embargo, no quería reconocer que su propio cuerpo despedía una fragancia dulce y por mi parte quería comprender por qué olía tan bien un cuerpo enfermo. Algunas veces olía su fragancia a varios metros de distancia y un día le pregunté si se bañaba con algún jabón especial.

—Claro, con fragancia de estiércol —dijo enfadado.

Dijo que era un atrevido y que aprovechaba la amistad para hacer observaciones que no venían al caso. Que mejor me las guardara. Y como un niño caprichoso me quitó el habla por una semana. No quiso verme. No se podía acostumbrar a su nueva situación, pues su cuerpo no correspondía con lo que pensaba de sí mismo. Le gustaba que la gente se desviara de su camino. Que huyeran de él. Y el hecho de que tuviera un olor dulce chocaba realmente con mi costumbre de llamarlo Chivo Eléctrico. Traté de encontrarle un nuevo apodo, que fuese apropiado a su nuevo olor, como Chivo Dulce, Chivo Caramelo o Chivo Merengue, pero ninguno de esos apodos pasaba con su personalidad eléctrica, chocante, cortocircuitada. Lo eléctrico no era solamente el olor de su cuerpo. Todos los hermanos, aparte del hermano Lucio y Segismundo, evitaban encontrárselo en el camino.

Insultaba, criticaba e ironizaba a diestro y siniestro. Permanentemente se refería a la mediocridad institucionalizada de la sotana, espíritus pobres, bajos e ignorantes. Decía que el único ensotanado que valía la pena leer era a San Agustín, las Confesiones, porque aquí se mostraba con claridad el castramiento del espíritu, la ausencia del amor y la mentira camuflajeada como verdad absoluta. Afirmaba que el catolicismo, el protestantismo, el islamismo y el judaísmo son religiones castradoras, absolutas e intolerantes. Sin embargo, decía que había que estudiar los libros religiosos, la Biblia, el Corán y la Torá, libros donde hay poesía, historia y filosofía y, frecuentemente, citaba el Santo Evangelio según San Juan como prueba de lo que es el misterio humano: <<En el principio era el verbo, y el verbo era con Dios, y el verbo era Dios>>.

Criticaba la Ilustración por su manía de querer apropiarse de la verdad, convertir la ciencia en verdad indiscutible y por haber llenado el mundo con sus prejuicios antireligiosos y afirmaba lo siguiente: <<un mundo sin dioses es como un universo sin estrellas y sin planetas, es un cuadro sin perspectiva, es un alma sin poesía>>. Pero, sin embargo, disfrutaba sobremanera el espíritu <<irónico, sabio y lúcido>> de Voltaire. Afirmaba

que Marx y el marxismo no era más que un <<hijo débil de la ilustración>> y lamentaba que, en América Latina, hubieran tantos jóvenes que recurrieran a las armas, <<para luchar, no por un sueño, sino por utopías paradisíacas, que exigían el sacrificio de la vida misma>>. Por esto prefería mil veces a un boxeador como Roberto Durán que quería mejorar su vida individual, salir de la miseria económica, a punta de puñetes en el tinglado, que a un Che Guevara que buscaba la felicidad del género humano a costa de sacrificios ideológicos y políticos, balas y bombazos; a un Camus, que a un Sartre; los pequeños logros, que los grandes planes irrealizables; el realismo poético a la manera de un Unamuno, que los excesos de los profetas, ya fuesen sagrados o seculares. Incluso consideraba a Nietzsche, con su crítica radical de los valores y del ser, un nihilista irresponsable, descuidado y no vigilante, por haberse olvidado del mundo como práctica. Y, en este sentido, por su crítica, y distancia con respecto a los absolutismos filosóficos, era un admirador del pragmatismo americano, especialmente de John Dewey, que él no veía como una ruptura a la tradición filosófica europea, sino como la transformación de un Kant, y la ilustración, que nació en Inglaterra, y que en América encontró su pleno desenvolvimiento. Por lo tanto, estaba frustrado porque no había convencido al profesor de filosofía que incluyera en sus planes de estudio el pragmatismo americano. Le molestaba cada vez que este profesor ponía como ejemplo de la filosofía americana el Ariel de Rodó, un libro que, según él, no merecía la pena de ser nombrado ni como sofista, un libro inútil, paralizador, que llena el mundo de humo.

Además le gustaba crear bochinches y rumores. Hablaba mal de medio mundo y no dejaba de burlarse de las monjas como baratas prostitutas santificadas en sacramento de semen por el papa. El hermano Lucio trataba de controlarlo y repetía que los hermanos lo soportaban y que no debería olvidarse que lo ALIMENTABAN, LE DABAN ALOJAMIENTO Y MEDICINAS, porque, justamente, creían en la CARIDAD CRISTIANA. Que sin esta caridad ya lo habrían botado en el crematorio. <<¡Mierda, gritaba el Chivo Eléctrico, me importa una mierda! ¡Ya he vivido en el crematorio con los gallinazos!>> No desconocía que los estudiantes y que los hermanos lo llamaban el Chivo Eléctrico. Lo cierto es que él mismo se bautizó con este apodo desde hacía muchos años atrás. Le pregunté por qué y lo único que dijo es que algún día llegaría su turno, que tuviera paciencia, que dejara que las cosas se desenvolvieran normalmente y sin presiones.

Pero yo aprovechaba cualquiera mínima oportunidad para que abriera la boca pero siempre se daba cuenta de mis piruetas y salía de las trampas.

Con la presencia de Esther, su cuerpo olía mucho más dulce. Ella miró a su alrededor y preguntó dónde están las rosas que despiden esa fragancia. El Chivo Eléctrico me miró como si le hubiesen insultado la madre. Para sacarlo del apuro, y salvar ese momento agradable, dije que esa fragancia es una corriente de aire que proviene del cementerio Amador. Que el cementerio está lleno de rosas aunque no es el día de los muertos. Y ella dijo incrédulamente que el cementerio está muy lejos de la escuela.

— ¡Precisamente! —dijo el Chivo Eléctrico levantando la cabeza de la almohada. La fragancia gana más fuerza y pureza en el trayecto.

Él abrió sus ojos para mirarme con satisfacción y movió pícaramente sus hombros. Y ella aceptó con una sonrisa abierta, y dijo:

—No puedo creerlo. Todo lo que usted ha dicho es cierto. Cada una de sus palabras. ¿Cómo puede saberlo?

Él extendió su mano y dijo que se sentara a su lado. Como no sabía cómo congeniarían esos dos caracteres, yo tenía una cierta tensión. Lo que menos le importaba a él era ser condescendiente con alguien, es decir, que los demás tuvieran una buena opinión de su persona. Pero Esther no era tampoco tan diferente. Lo sabía por experiencia propia. Era la primera vez que hablaban sin ese tono oficial de la escuela. No había ninguna formalidad que cumplir. Los miraba simultáneamente y sabía que ambos se miraban con ternura porque los conocía muy bien.

—Es hermoso. Un hijo del amor. Sé lo que es eso a pesar que nunca lo he podido realizar. Sé también lo que es el amor. Lo viví hace mucho tiempo atrás. Pero la flama no ha muerto en mí. La alimento con mis recuerdos. Quizás por eso puedo sentir el amor de Enrique hacia ti. Ustedes se recuerdan en el amor pero el recuerdo mío del amor no va más allá de las fronteras de la muerte. Yo soy quien realmente ha muerto. El que está muerto, está muerto. Como si no hubiese vivido jamás. Pero los que quedamos vivos nos consumimos en el recuerdo del amor. Condenados a ir al cementerio para dejar las rosas sobre las tumbas. Rosas para los muertos de nuestro amor.

Agarró la mano de Esther. Levantó su brazo y acarició su cabello. No comprendí esas palabras. Sabía, como él mismo decía, que algunas veces tenía una manera críptica de hablar. Pero, ¿por qué ahora? No lograba entenderlo mientras más trataba de escudriñarlo. ¿Acaso está sospechando

algo? ¿Por qué no es directo? ¿Lo que dijo tiene que ver con Esther o con él mismo? ¿Que su cuerpo despida ese aroma significa que va al cementerio de su propia vida? ¿No será que ahora está cuidándolo, adornándolo, embelleciéndolo con rosas? ¿De dónde saca esa fuerza para expresar el estado de su espíritu? Sin embargo, en el medio del aroma, sentí un ligero cambio de humor en él. Su respiración era entrecortada, levantó la vista, y dijo:

— ¿De cuándo es la fecha de la carta?

—La escribió hace dos semanas atrás. ¿Por qué me pregunta eso?

—Por nada. Sólo quiero saber cuánto tiempo dura el correo.

—Mucho tiempo, ¿no es cierto?

—Posiblemente la envió días después de haberla escrito.

Miré sus ojos y me pregunté qué quería decir. Sus preguntas nunca eran tan simples. Había algo que lo perturbaba y repentinamente sonrió y agarró la mano de Esther para darle un beso, y dijo:

—Hay que estar felices. No me hagas caso. A veces tengo una manía patética.

Sus ojos se enjugaron con lágrimas. No comprendí esa reacción. Sonrió abiertamente y sabía que mentía.

— ¿Qué le pasa? —dijo Esther agarrándole la mano.

—Es mejor que se vayan ahora mismo. No quiero que me vean llorar. Estoy sencillamente feliz. No olviden decirle a Metralleta. Sé que se va alegrar.

—Claro, dijo Esther yendo hacia la puerta.

Su rostro cambió de expresión rápidamente. Ahora tenía un aire lúgubre. Sentí un estremecimiento en mi cuerpo y, mientras ella hablaba sobre lo simpático del Chivo Eléctrico en el auto, que jamás se había imaginado que podía ser de esa manera, yo trataba de descifrar lo que dijo y su falsa sonrisa. Como ella no lo conocía era imposible que se diera cuenta de esos detalles. No poseía el termómetro para medir los cambios de temperatura de su complicado y difícil carácter.

En el auto había una foto de Enrique que colgaba en el retrovisor. No cargaba el uniforme militar y sonreía. Por el cabello, que acariciaba sus hombros, debió habérsela tomado antes de que entrara en la Army y por los bucles tenía un parecido con el de Metralleta. Esa semejanza me sorprendió y comprendí por qué Enrique le había dicho a Metralleta que sus bucles le recordaba cuando había sido libre y feliz. Aquel día, como frecuentemente

lo hacían, estaban sentados sobre el borde de la azotea. Tenían una vista general sobre la ciudad. Parecían dos seres divinos exorcizando a la ciudad con su música. No decían una palabra y se intercambiaban el instrumento, cada uno siguiendo las notas del otro, y así tocaron hasta que entrara la noche. Enrique dijo que leyera unos poemas y se dio cuenta de algo que no esperaba que lo descubriera. Cuando escribo pienso en música. Mi tiempo son diferentes notas que se interponen y se cruzan para formar una armonía de diferentes sonidos. Una nota se separa y se encuentra con otras en el camino. <<Es un jazz plumístico>>, dije con una sonrisa. Metralleta se levantó sobre el borde de la azotea y dijo que iba a ponerle música a los poemas. Nos sentíamos artistas, grandes artistas, con un futuro prometedor delante de nuestros ojos. Algunas veces hasta heríamos a Enrique sin darnos cuenta. Dejaba de reír y en su rostro se dibujaba la tristeza.

— ¿Qué pasa contigo? —dijo Esther. Oye, ¿estás allí? ¿Qué te pasa?

—Nada, nada.

—Estás sentado allí como si alguien se hubiese muerto. ¿Dónde estás?

—Aquí. Espero que Metralleta esté en One Way.

—No me mientas. Sé que te pasa algo.

—No me pasa nada.

—Seguro de que la guerra terminará pronto. Sé que Enrique va a venir pronto.

—Yo también.

— ¿Te imaginas el día que esté aquí? ¿Qué pasa contigo?

— ¡No sé!

— ¿No te alegras que haya escrito Enrique?

—Claro que sí.

—Entonces, ¿qué te pasa?

—Tengo miedo por lo que dijo el Chivo Eléctrico.

— ¿Qué dijo? Habló muy lindo del amor.

— ¡Yo sé!

— ¡Vamos! No te preocupes. Estoy segura que Enrique vendrá pronto. Ya el presidente Nixon ha anunciado que se retirarán de Vietnam.

—Pero todavía no es seguro

—Lo van hacer. ¿Sabes cuántos han muerto y desaparecido? La opinión pública está escandalizada. Sé que a él no le va a pasar nada. Sabe cuidarse y cree en Dios.

Realmente quería compartir la alegría de Esther. Saltar en el asiento, cantar como ella, y disfrutar el hecho que le daría la noticia a Metralleta. Pero no podía. Las palabras del Chivo Eléctrico volvían a mi cabeza. Ese gesto lúgubre tenía más peso que cualquier optimismo del mundo. ¿Por qué preguntó qué fecha tiene la carta? ¿Qué puede pasar en dos semanas? Y entonces pensé que la carta podía ser como la luz de una estrella que vemos en el firmamento pero la estrella misma ya ha explotado.

Trataba de reír contra mi voluntad y estaba molesto con el Chivo Eléctrico, porque me quitó lo que me había dado alegría. Pero él no era culpable. Como lo conocía tan bien sabía qué podía significar un movimiento de su ceja. Vi frente de mí un vacío, una incertidumbre, algo inesperado.

— ¿Te acuerdas del día que estuvimos en la playa? Era bonito, ¿no es cierto?

—Sí, muy bonito.

—Tengo su sonrisa en mis ojos. Me levanto en las noches y me quedo despierta hasta la madrugada. Me siento en el balcón y sueño en nuestras vidas. Nuestro hijo. Todos los días sueño que va a estar conmigo. Que tendremos los días más hermosos. Por eso soy muy optimista. Las cosas hay que quererlas para que resulten. Hay que creer en ellas, ¿me comprendes?

— ¡Claro!

— ¿Sabes lo que dijo al final de la carta? Dijo que iba a cuidarse. Que vendría salvo y sano. Que no le va a faltar un dedo del pie. Es mejor que no me preocupe. Creo en lo que me dice, ¿tú no?

—Yo también.

—Quiero ser feliz. No dejaré que nadie me quite esa felicidad que siempre he querido para mí. ¿Por qué ahora?

Miré a Esther y me acordé del Chivo Eléctrico. Dijo que uno nunca es feliz, más bien creemos que somos felices, y confundimos la felicidad con la necesidad de ser feliz. Y con esta necesidad borramos todo lo que puede hacernos infeliz. Entonces, temí por su necesidad ciega de ser feliz. La sentí muy débil. Ella reía, cantaba en el volante, acariciaba su barriga, y me daba pequeños golpes con su hombro.

— ¿Por qué no ríes? Quiero que seas feliz como yo. Que seamos felices.

Poco a poco, fui recuperando mi humor. Pensé sencillamente que el Chivo Eléctrico había tenido otro de sus ataques patéticos. Que no lo

debería tomar en serio y que no había razón para preocuparse. Habíamos esperado impacientemente la carta y por qué no alegrarse. Miré a Esther y dije que la carta había llegado en un día muy bonito. Lleno de sol. Que seguramente la guerra se acabaría pronto y que iríamos a la playa. Al entrar en One Way llamé tres veces a Metralleta. No salió al balcón. Quien salió fue su hermana y dijo que no sabía dónde estaba. Como conocía las mañas de Metralleta, sabía que tenía un lugar determinado para practicar la trompeta de acuerdo a la dirección del viento, porque, según él, era la única manera de que el instrumento sacara los sonidos que quería. Cuando el viento venía del sur tocaba en la azotea de su edificio, del norte en la bahía, del oeste en el paseo de las Bóvedas y del este en los alrededores del crematorio. Significaba entonces que tocaba su trompeta en diferentes puntos de la ciudad en un mismo día. Y antes de que el viento cambiara rápidamente de dirección nos dirigimos rápidamente a la bahía.

Estaba sentado sobre unas piedras. No tenía puestas las zapatillas y las olas le besaban las puntas de los pies. Con la trompeta seguía el golpe de las olas. Salté sobre la baranda. Me acuclillé al estar a un paso de él. Simultáneamente miré a Esther, a Metralleta y a mí mismo. Quería verme en ese triángulo. Observarme desde afuera. Allí me acordé de una frase que había leído con el Chivo Eléctrico de un escritor francés, Montaigne, <<yo soy la materia de mi propio libro>>. Quise leer sobre mí en un libro que algún desconocido hubiese escrito o, como dijo el Chivo Eléctrico, con su manera críptica de hablar <<la vida es un libro invisible que escribimos en la eternidad del olvido y que muy pocos tienen la paciencia de leer. Escribir es leer en voz alta el libro invisible>>. Y allí me di cuenta que yo era como un puente que une vidas, como este pequeño país por donde pasan barcos, cada uno anclando en el puerto de la memoria.

¿El Chivo Eléctrico y Metralleta se comprenderían si se conociesen personalmente? Seguramente que no. Este era demasiado explosivo y aquél demasiado centrado en sí mismo. Ninguno cedería a darle la palabra al otro. No se escucharían. Y si bien no había sido un error el encuentro entre Esther y el Chivo Eléctrico, era mejor una distancia entre ambos, porque no se soportarían por lo arbitrario de sus humores. ¿Qué se puede decir de Metralleta y Enrique? Esta amistad nació rápidamente y no se debió sencillamente a la música. Había algo más profundo y que no podía romperse por la distancia. La música fue más bien el puente a través del cual reconocieron con facilidad lo que los unía: ninguno de los dos había

conocido a su madre. La música, como dijo Metralleta en la radio, lo había sacado del hueco. Del sentimiento de abandono. Lo mismo se podría decir para Enrique. Esta ausencia les dio la impresión que compartían un mismo destino, que eran hermanos de las circunstancias, y por eso comprendí a Enrique cuando le dijo a Metralleta que tuviera toda la suerte, porque también era decírselo a sí mismo.

¿Y qué es lo que me unía a todos ellos? ¿Por qué precisamente yo y no otro había creado todas estas ligazones? La escuela y One Way eran dos mundos diferentes. No tenían el mismo tiempo y funcionaban diferentes. En One Way me sentía libre sin necesidad de reafirmar mi libertad y en la escuela luchaba por ella a cada momento. No me importaban los castigos. Pero lo que aprendí en la escuela fue reconocer que hay una diferencia entre la persona y la función. El Chivo Eléctrico era más que un hermano católico, Esther era más que una maestra, mi madre era más que una madre y Salao era más que mi hermano. Por reconocer esto fue posible que uniera ambos mundos. Y la única manera de explicar por qué precisamente yo era el puente entre personas y pasiones distintas es por el hecho de que tenía algo de cada uno. La música agresiva, explosiva, suave y melancólica de Metralleta; la poesía y la filosofía del Chivo Eléctrico; la voluntad de ser, como de mi madre, y de Marimacha; el carácter impredecible de Esther; la espontaneidad y la picardía de Salao; la bondad y la sinceridad del padre de Orejón. En ellos podía reconocerme. Ninguno me era extraño.

—Ey, ¡Metralleta! ¡Metralleta!

— ¿Cómo sabes que estoy aquí?

— ¿Cómo no voy a saberlo? Mira quién está allá.

— ¿Quién?

Puso la trompeta sobre sus muslos. Miró sobre sus hombros y reconoció a Esther que estaba apoyada sobre la baranda.

— ¿Qué hace aquí?

— ¿Qué puede hacer aquí? Piensa un poco.

— ¿Qué?

Se puso las zapatillas y se levantó de la piedra. Volvió a mirarme y sonrió. Corrió hacia donde Esther y saltó sobre la baranda.

—Estás aquí porque ha escrito, ¿no es cierto?

— ¡Así es! Tengo una carta para ti.

Ella sacó la carta de su maleta y se la entregó. La levantó en el aire y la observó sin abrirla, y dijo:

— ¡Hay que leerla en One Way!

Todos los días pienso en One Way. Tengo el recuerdo de Felipe el Cabezón, tirando los periódicos en los balcones, del raspadero que prepara su sirope en la esquina, del chino de la tienda que escucha su ópera, de la música que sale de cada apartamento, de las funciones de boxeo y de las noches en la azotea. No olvido el día que el Dientón Mentiroso me mostró el barco de la ciudad, la Casa Miller, que desde la azotea se ve con mucha claridad. No sé por qué tengo ese caserón en la memoria y he soñado que el caserón vino a buscarme para llevarme a One Way. Dijo que me despertara, que todo había pasado, y que podía tocar la trompeta y cantar. ¿Se pueden imaginar cómo me sentí cuando abrí los ojos?

Todo lo que quiero está lejos de mí. Esther y mi hijo que está en camino. Y no hay nada, aparte de mi amigo Nelson, que me vincula con este lugar y que me comprometa con lo que está pasando aquí. Me he preocupado, desde el primer día de estar aquí, por saber qué ha pasado con mi amigo Nelson. Llamé muchos hospitales militares y di con él en uno de ellos. Recibí permiso para visitarlo y estaba contento de verlo nuevamente, abrazarlo y contarle muchas cosas. Quería decirle que Christie ha parido una niña que se parece a él y que su familia lo recuerda con mucho amor y que todos estamos preocupados por su vida. Yo mismo le escribí una carta a su familia, comunicándoles la buena nueva, que, como dijo la administración del hospital, Nelson está en el hospital con buena salud. Lo que sí me resultó extraño es que no me dejaron hablar con él por teléfono. Pensé que deberían tener alguna razón de seguridad militar.

En el camino hacia el hospital me acordé que teníamos exactamente dos años y cuatro meses de no vernos. La última vez que estuvimos juntos fue en su casa para cenar. El padre estaba sentado en una cabecera de la mesa. Él en la otra. La madre estaba al lado derecho del padre y a mi lado su hermano más pequeño. Christie estaba sentada al lado izquierdo de Nelson. El padre abrió la Biblia y leyó tres versículos del antiguo testamento. Cuando terminó de leer, dijimos amén. Levantó la vista de la Biblia y miró a su hijo. No le quitaba la vista de encima. En el transcurso de la cena, cayeron muy pocas palabras sobre la mesa. Los cubiertos chillaban nerviosamente sobre los platos. La madre agarró el brazo de su marido para apoyarse, levantó la vista y miró a Nelson con toda su tristeza. Al terminar de cenar salimos con Christie a caminar un poco por las calles. Nelson tenía

las manos en los bolsillos y ella lo sujetaba con sus dos manos de un brazo. Entramos en un bar de Brooklyn que frecuentábamos. No había gente. Nos sentamos en una esquina sin decir nada. El propietario del bar, un viejo amigo que nos conocía desde que éramos niños, trajo tres cervezas y dijo que iba a extrañar a mi amigo.

Nelson miró el piano, que estaba sobre una tarima, y leí en sus ojos que quería tocar. Nos levantamos de la mesa. El dueño cerró la puerta del bar y se sentó al lado de Christie. Me dispuse a tocar en el piano y él sacó su trompeta del estuche. Nos miramos un rato y llevó lentamente el instrumento a sus labios. Comencé a tocar las primeras notas y sentí todos los años de nuestra amistad y el sueño de ser músicos. Tocamos hasta bien entrada la noche. Al salir del bar, nos despedimos con un fuerte abrazo, y dijo que volvería vivo para lograr lo que nos habíamos propuesto: Brooklyn Jazz.

Al llegar al hospital militar fui a la recepción y pregunté por Nelson. La enfermera abrió un libro que parecía un directorio telefónico por la cantidad de nombres. El nombre de Nelson estaba subrayado con lápiz rojo. Dijo que tenía que esperar un momento. Tomé asiento en la recepción y prendí un cigarrillo. Los sillones eran de cuero negro y colgaban unos cuadros naturalistas de invierno en las paredes blancas. La vegetación de los cuadros era polar. Me levanté de la silla para observar de más cerca un cuadro que me había llamado la atención. El fondo era negro, no había luna ni estrellas, y sobre la nieve caía una luz grisácea. En el primer plano había un árbol sin hojas y un pequeño pájaro que miraba hacia aquel horizonte. Contemplé el cuadro por un rato y volví los ojos al escuchar voces que venían del patio. Caminé hacia la ventana. Los rayos del sol entraban con fuerza y me cegaron. Al abrir los ojos vi jóvenes que jugaban Basketball en sillas de ruedas. No tenían piernas.

Escuché la voz de la enfermera a mis espaldas. Podía visitar a Nelson. Apagué el cigarrillo en el cenicero, recibí una gorra de plástico, zapatos de goma y una bata amarilla pálida. Seguí a la enfermera por pasillos largos. Médicos entraban y salían de los cuartos y algunos pacientes estaban sentados en sillas de ruedas. Ella se detuvo y abrió la puerta con su mano derecha y dijo que podía entrar con un pequeño movimiento de cabeza. En el cuarto había un paciente en estado convaleciente. Le dije a la enfermera que no era Nelson y respondió que lo sabía. Caminó hacia el fondo del cuarto. Corrió de un tirón una cortina azul pálida de plástico.

Me acerqué lentamente. Reconocí a alguien que no tenía dos piernas al estar a un paso de distancia. Los dedos de sus manos estaban rígidos y miraba fijamente en el techo. No es Nelson. El que conozco es muy diferente. Tiene dos piernas, ríe muy hermoso, y sus dedos son ágiles para tocar la trompeta. ¿Qué han hecho con él? La enfermera caminó hacia la puerta y tomó el teléfono. Le grité qué había hecho. Al convencerme de que era Nelson, mi amigo desde la niñez, lo agarré entre mis brazos y quise que se despertara, que saliera de ese estado, que moviera sus ojos.

Dos guardias de seguridad me agarraron por la espalda. Inútilmente, traté de zafarme, me sujeté del marco de la puerta, y debieron golpearme las manos para que las abriera. Por la fuerza, me arrastraron por los pasillos y me metieron en un cuarto con las manos esposadas. Allí permanecí hasta cuando vino la policía militar para llevarme a la caserna. En el camino me pregunté por qué no le había dicho nada a la familia. Los días siguientes no podía estar tranquilo. Pensé varias veces en escaparme o darme un tiro en la sien. Todas las noches tenía la misma pesadilla, veía con ojos abiertos cómo me amputaban las piernas, y gritaba por el pánico. No dejaba que mis compañeros durmieran. Además, veía despierto monstruos gigantes de hierro, con dientes sangrantes, persiguiéndome. No sabía hacia dónde correr o esconderme porque estaba solo en el desierto. También veía el mutilado cuerpo de Nelson. Encontraba sus ojos por doquier.

Después de una semana recibí tranquilizantes por la fuerza y me sacaron de la caserna para internarme en el mismo hospital donde estaba Nelson. Pero aquí mi estado nervioso fue agravándose y por la morfina caía en profundos sueños. Perdí el sentido del día, del año y del espacio. Entonces decidí escaparme en una de mis despiertas pesadillas. No tenía otra alternativa. Es así que dejé de oponer resistencia para que me dejaran tranquilo y dejaron de inyectarme morfina al ver ellos mi cambio. Pasaron tres semanas sin problemas. Los médicos notaron mi rápida recuperación y me dieron de alta. En dos semanas debería volver a la caserna. Y como sabía que no había mucha vigilancia en las horas de descanso en el patio, salí del cuarto por la ventana en la madrugada del día que debería ir a la caserna. Caí en el patio y crucé la cerca. A medida que me alejaba del hospital, sentía con más fuerza el alivio de estar libre. Tener aire. No sabía hacia dónde ir pero lo importante era que estaba vivo.

No sé cuánto tiempo había corrido. No miré hacia atrás. Poco a poco, el aire adquiría un ligero olor a quemado. La luz no era clara. Era grisácea. El

sol era un puntito pálido en el horizonte y la luz era tan débil que mi cuerpo no proyectaba la sombra. Encontré pueblos destruidos y abandonados. Cadáveres humanos y animales: quemados. En una fosa había cadáveres amontados, desnudos, en estado de nauseabunda putrefacción. Los pueblos estaban separados por amplísimos campos arrasados, sin vegetación alguna, sólo árboles quemados que parecían gigantes solitarios y muertos. No había mosquitos ni hormigas, ni arañas ni lombrices. Cada vez que el viento soplaba se levantaba la capa de ceniza y se formaban remolinos negros que se perdían en el horizonte. Y al llegar a una pequeña colina escuché, para mi sorpresa, el rumor de una cascada. Como tenía sed miré desesperadamente a mi alrededor. Corrí en esa dirección cuando había creído ubicar de dónde venía el rumor. Fui sintiendo lentamente el cambio de temperatura. Ahora había una ligera humedad y me convencí que no eran imaginaciones mías. No muy lejos debería haber agua.

La tierra ya no era ceniza. Mi esperanza creció pues con agua encontraría seguramente vegetación, comida y pueblos habitados. Pero entre más sentía la humedad en mi piel, olía con mayor fuerza un olor a putrefacción. Me cubrí la nariz con la camisa porque no podía soportar el hedor. El ruido de la cascada era más cerca y encontré pescados podridos y esqueletos humanos, al pasar al lado de otra pequeña colina. Giré sobre mis talones y no era como había creído. No era una cascada. Era un lago estancado, que encerraba cientos de cadáveres flotando, cuya agua era sangre espesa. Y como si fuesen gusanos, que salen lentamente del fondo del lago, llegaban más cadáveres en la superficie del agua. Sobre pequeños botes había políticos y generales golpeando a los cadáveres con largas estacas puntiagudas de madera. Eran golpes regulares y contrapunteados y por esto había creído que era una cascada. Hacían girar los cadáveres, metían las estacas en las bocas para traspasarles el cráneo, los levantaban en el aire, y los dejaban en pirámides flotantes de cadáveres.

No hablaban entre ellos ni se miraban. Hacían su trabajo ininterrumpidamente sin notar mi presencia. Caminé alrededor del lago y reconocí el cadáver de Nelson. Entré en el lago para recuperarlo y sacarlo de allí. Pero un general lo pinchó en la boca y lo dejó en la pirámide. Justo seguido, metió la estaca en el fondo del lago y gritando venía hacia mí. Salí del lago y me alejé de ese lugar sin mirar hacia atrás. La tierra fue adquiriendo el color ceniza, la humedad y la putrefacción se había quedado atrás, el calor era intenso y había espesas nubes en el cielo. Remolinos de

cenizas cruzaban esos campos desolados y encontré un árbol en cuyas deshojadas ramas colgaban cadáveres ahorcados. No tenían rostros que los identificaran. Estaban desnudos y tenían las cabezas rapadas. Di la vuelta al árbol y me alejé sin mirar hacia atrás. Corrí, corrí, corrí. Truenos rompían el silencio mortal y rayos caían sobre las ramas secas de los árboles.

La lluvia se acercaba como una cortina negra que cae sobre la tierra. Pero, ¿dónde podía protegerme de esa lluvia? No había árboles. Cubrí mi cabeza con la camisa sin dejar de correr. Imposible. No había dado más de diez pasos cuando ya estaba bajo esa lluvia de ceniza. Por lo pesado de la ceniza, no podía ver mi mano si la extendía frente de mis ojos. El horizonte era más gris al terminar la lluvia. Agarré un puñado de tierra y era ceniza. Metí la mano en la ceniza con la esperanza de encontrar tierra. Nada. El mundo era de ceniza.

Seguí corriendo en dirección a la caída del sol. Quería encontrar vida antes de que arribara la noche. Pero no podía avanzar rápidamente porque mis pies se hundían en la ceniza. Frecuentemente, caía en pestilentes y humedecidos charcos de ceniza y me hundía hasta las rodillas. Al salir de un charco olí repentinamente una ráfaga pestilente de viento. Inmediatamente después vi otro charco, lleno de decapitadas cabezas humanas. Allí estaba la de Nelson y entré en el charco para recuperarla. Me hundí hasta la cintura y no eran cabezas muertas sino vivientes. Me mordieron los brazos, los hombros y la espalda. Además reían a carcajadas.

Salí del charco y las cabezas seguían riendo a carcajadas. Cansado de tanto correr me senté bajo las quemadas ramas de un árbol. Apoyado contra el tronco me pregunté cuántos días tenía sin comer y sin dormir. El cansancio estaba en mis huesos y pensé que era mejor levantarme que abandonarme. Pero el cuerpo no respondía a mi voluntad. No pertenecía a mí sino al cansancio. Con esfuerzo levanté los ojos y miré a mi alrededor para ubicar el pálido sol. No quería perderlo de vista. Era el único punto para orientarme o más bien era la único que tenía vida aparte de mí.

Entonces pensé que posiblemente no estaría mal abandonarme al cansancio. Dormir podía ser la salida de esta pesadilla. Ya había corrido y mirado en todas las direcciones y había creído encontrar caminos. ¿Por qué no probar por el camino del sueño? En la pesadilla buscaría una puerta que sería un sueño: salir de este mundo de ceniza. Cerré los ojos y caí inmediatamente dormido. En el horizonte reconocí a una esfinge que agitaba el viento y formaba remolinos de ceniza con sus largas alas. Al

poner sus patas en la ceniza me miró con sus largos ojos, comenzó a lamerse sus senos, y después se acercó a mí dando brincos. Con sus dientes me levantó sin herirme, me colocó sobre su lomo, extendió sus alas y las aleteó en el aire. Me sujeté de su cuello fuertemente y dio un salto sobre sus dos patas. Casi me caigo por el primer golpe de sus alas. Mientras nos elevábamos, reconocí que ese infierno no tenía principio ni final. La ceniza era lo único que podía ver.

Sin la esfinge habría deambulado en ese infierno. Al cruzar una línea de espesas nubes, el azul nos rodeaba en toda su inmensidad. Volábamos en otro cielo. El sol despedía sus rayos y no olía más a quemado. Había pájaros que volaban en bandadas y la esfinge seguía la ruta de un grupo de delfines que nadaban en el océano. Divisé a lo lejos una costa. La esfinge bajaba poco a poco. Volaba justo sobre la superficie del mar y alzó un poco el vuelo para caer suavemente sobre la arena. No sabía en qué costa había llegado. Ella saltó sobre unas rocas y comenzó a lamerse sus alas y sus senos. Después se perdió entre las nubes.

Salí de la playa y entré en una vegetación tropical. En un río sacié mi sed y, poco tiempo después, encontré una ciudad amurallada en ruinas. Las puntas de los es salían de la muralla como si fuesen ojos vigilantes. Entré en la ciudad y hojas secas volaban en el aire. Grité. Solamente el eco. No había señales de vida humana pero sí serpientes verdes que trepaban sobre la muralla, monos curiosos que observaban cada uno de mis pasos, caminaban sobre los techos, las plazas y colgaban de los árboles. Uno de esos monos caminó hacia mí y se detuvo a una cierta distancia. Era pequeñito y una mecha blanca le cruzaba la frente. Traté de acercarme pero él se alejó. Sin embargo, lo seguí entre callejones estrechos. Lo perdí de vista al entrar en una plaza con una fuente de agua y las palomas alzaron vuelo como si se abriera un paraguas. Levanté la vista y me di cuenta que la ciudad estaba rodeaba de una cadena de montañas, construida sobre un valle, cuyas torres de las iglesias acariciaban a las nubes.

Una alfombra amarilla bajaba de las montañas. Eran mariposas tan grandes como las hojas de platanales y volaron de un lado a otro de la ciudad antes de entrar en la plaza. Como un mago, que saca sorpresas de un pañuelo, formaban figuras desnudas que danzaban y se unían orgiásticamente. Y mi sorpresa fue mucho mayor cuando crearon la figura de Esther. Caminaba en la plaza con su largo cabello. Reconocí el aroma y los lunares de su cuerpo y la herida en su rodilla derecha. Sí, era ella. Nos

besamos y dijo que quería darme otra sorpresa. Las mariposas crearon la figura de nuestra niña. Vino hacia mí y la abracé con toda mi fuerza. Fui el hombre más feliz de toda la tierra y ella dijo que esta felicidad no habría sido posible sin las mariposas que fueron enviadas por la esfinge. Le pregunté qué sabía de la esfinge y dijo sencillamente que todo era un hermoso sueño.

Pero me desperté cuando le dije a Esther que saliéramos de allí, que fuéramos a casa, y estaba en el mismo lugar antes de dormirme: en la ceniza. El golpe fue más fuerte. Aquel instante de felicidad se fue de mi vida. Grité inútilmente el nombre de Esther y me di cuenta que había cometido un gravísimo error: no debes salir jamás de tus sueños. Miré a mi alrededor y no reconocí absolutamente nada porque el negro estaba en el lugar del grisáceo. Lancé un grito que se perdió en el eco. Incluso no podía ver mi propia mano. Levanté mis ojos y no vi el cielo. No había luna ni estrellas, no había noche, y no había juegos de sombras para reconocerla. El viento no soplaba. Me esforcé en escuchar algo y, aparte de mis propios movimientos, no oía absolutamente nada. No di un paso ya sea hacia adelante o hacia atrás, ya sea para los lados, por temor de caer en un abismo.

Me acuclillé, grité y escuché el eco. Toqué la ceniza, di un paso hacia adelante sin levantarme, y decidí guiarme con el grito de mi eco. Mi mano sería como el bastón para un ciego. Gritaba y tanteaba el terreno para dar el paso, hundía el pie en la ceniza, y me cercioraba si quedaba la huella, pues, en caso que debería regresar por cualquier motivo, retornaría al punto de partida sin problemas. Volví a sentir la humedad cuando ya había dado más de quinientos ochentas pasos. Me levanté y registré un ligero cambio con mi nariz. Había un perfume dulce entre el olor a quemado. No era el viento que me traía ese olor. No había viento. Entonces escuché una voz de mujer, casi un murmullo, que dijo en mi oreja: ¡estás ciego!

Pero no lo estaba. En el sueño había visto a Esther y a nuestra niña. La esfinge me había llevado hacia ellos y no podía dejarme vencer. Tenía que luchar. No podía quedarme en ese mundo sin noche, sin oscuridad y sin sombras. Donde hay oscuridad hay luz. Ver a Esther, tenerla entre mis brazos, ser feliz. Nada podía intimidarme y no solamente yo debía salir de ese infierno. También tenía que sacar a Nelson. No podía dejarlo allí. Tenía que llevarlo a la luz, que respirara aire limpio, que fuera libre. Abrí mis pulmones y respiré profundamente. El corazón explotó en mi pecho y las

venas se llenaron de sangre. Pero no podía moverme por la camisa de fuerza. En vano traté de romperla. Sus amarres habían superado todo intento por la fuerza y me acordé que me podían ayudar los músculos de la mandíbula. Logré alcanzar un amarre y lo trituraba. Poco a poco, la camisa de fuerza fue cediendo, hasta zafarme completamente.

Salté sobre mis piernas. Dejé de tantear el camino y me di cuenta que el infierno estaba encerrado entre cuatro paredes. Busqué una ventana y no encontré ninguna. Traté de escuchar una corriente de aire que se filtrara por algún hoyo. Nada. Encontré la puerta y no estaba cerrada. No escuché ningún ruido en el pasillo. Debería ser de noche y habría solamente vigilancia en la recepción. Sabía que Nelson estaba en el primer piso. Escuché el ruido del elevador y alguien salió del mismo. Entré. Estaba en el tercer piso porque el botón permanecía hundido. Presioné el primer botón de abajo y el elevador cerró la puerta para descender. Al abrirse la puerta permanecí un rato en el elevador. Salí hacia la derecha y caminé hasta el fondo del pasillo donde estaba el cuarto de Nelson. Lentamente abrí la manigueta y el convaleciente me saludó amigablemente. Preguntó qué hacía allí y dije que venía por Nelson para llevarlo a casa. Se rio y dijo que los ciegos no pueden caminar sin bastón. Que estaba loco y que regresara a mi cuarto.

Levanté a Nelson de la cama. Era tan ligero como una pluma de ave. Lo senté en la silla de ruedas del convaleciente. Este dijo que dejara su silla en el lugar que estaba. Susurrándole en el oído le dije a Nelson que no se preocupara, que regresaríamos a casa, que Christie lo estaba esperando. Que caminaríamos otra vez por las calles de Brooklyn y que no había olvidado el sueño de ser músicos. El convaleciente dijo que Nelson estaba loco, que era imposible hablar con él, y que perdía mi tiempo con ese desperdicio. Sentí odio en mi estómago, odio por ese infierno, odio por ese trato que recibía Nelson. Nadie podía tratar a Nelson como un perro. Caminé hacia la cama del convaleciente y sabía que recibía oxígeno por un tubo que le entraba por la garganta. Lo amarré con las correas de la cama y, sin escuchar sus gritos, encontré la llave del tubo para cerrarla.

Saqué a Nelson del cuarto, escuché voces y pasos, y me detuve. Caminé hacia el elevador, cuando no había escuchado más nada. Adentro apreté el último botón. En la azotea saldría de ese infierno. Con Nelson en mis brazos salí del elevador y di con la escalera. Recibí una corriente de aire que abrió mis pulmones al abrir la puerta de la azotea. Hacía tiempo que no

respiraba aire fresco. Sentí un alivio en mis poros y levanté la cabeza para respirar todo ese aire. Debería ser la madrugada por los cantos de los pájaros. Coloqué a Nelson sobre el piso y me senté a su lado. Le dije que saldríamos de allí, que regresaríamos a casa, y reconocí una ligera sonrisa en sus labios con la yema de mis dedos. No tenía piernas para correr pero no importaba. Puse mi oído sobre su corazón y latía suavemente.

Escuché la señal de alarma cuando descubrieron que Nelson no estaba en el cuarto. Lo levanté del piso y caminé hacia un extremo de la azotea. Me acordé de lo que había dicho Esther en el sueño y comprendí que tenía sólo que soñar en la esfinge para que me sacara de allí. Ella era la única que podía llevarnos a casa. Cerré los ojos, sujeté a Nelson entre mis brazos, la esfinge apareció en el horizonte, moviendo el aire con sus extendidas alas, y le dije a Nelson que íbamos a llegar a la vida por el sueño, que no había nada que temer, que lo que nos esperaba era el eterno descanso.

El personal del hospital entró en la azotea. Una médica se acercó lentamente y trató de convencerme de que todo iría mejor. Que no hiciera nada, que me quedara donde estaba, y que no había por qué tener miedo. Pero, ¿qué podía ser mejor que el sueño? La esfinge ya estaba frente de mis ojos. Se mantenía en el aire con la fuerza de sus alas y salté sobre el lomo del sueño antes de que ellos pusieran sus manos sobre mi cuerpo.

—Pero la letra de esta carta es diferente a la mía —dijo Esther sorprendida. Esa no es la letra de Enrique. Es una mentira.

Berta había traducido la carta del inglés y le había temblado el pulso por las imágenes. La carta nos parecía misteriosa, rara e incomprensible. No sabíamos si era sueño o realidad. Berta se levantó de la silla y prendió un cigarrillo en el balcón. Ella era la que podía explicar el significado de la carta pero allí no era el momento indicado. No en presencia de Esther. Estaba confundida en la silla, comparando ambas cartas, y con lágrimas en los ojos, dijo:

—Seguro de que se equivocaron de carta, ¿no es cierto, Berta?

—Claro que no es de él —dijo después de aspirar del cigarrillo.

Sabía que Berta mentía o dudada por lo menos. De lo contrario, habría contestado inmediatamente.

—Esa carta sólo pudo escribirla un loco —dijo Esther rompiendo la carta en pedacitos y botándola en la basura.

—No creo —dijo Metralleta. Conozco a Enrique y sé que le gusta inventar sueños.

Esas palabras le cayeron muy mal a Esther. Berta se sentó al lado de Esther para aliviar la situación, y dijo:

—No hay por qué exagerar. Si es de Enrique hay que aceptar que ha jugado con su fantasía y que no está loco. Y mucho mejor si no es así. Lo importante es que ha escrito una carta para ti, Esther. Allí no hay problema.

Ella se tranquilizó poco a poco. Berta puso una mano sobre su hombro y dijo que fuera a descansar. Que la acompañaría hasta la casa. Cuando salieron de la casa, Metralleta y yo sacamos los pedazos de la carta de la basura. En la mesa la ordenamos y la pegamos. No era la letra de Enrique. Tenía cinco páginas y la tinta era negra. Cuando Berta regresó no dejaba de mirar detenidamente la carta.

— ¿Y qué dices tú? —dijo Marimacha con una página en sus manos

—Sin duda es de Enrique.

Metralleta levantó la cabeza y dejó una página sobre la mesa.

— ¿Cómo lo sabes?

—Es lo que interpreto de esa carta. ¿Saben lo que es una metáfora?

— ¿Qué es? —dijo el Ñato levantando los ojos.

—Es cuando se habla de la realidad con una figura inventada. Y esto tiene algo metafórico.

— ¿Qué quieres decir? —dijo Metralleta confundido. Entonces es cierto que vio el lago donde estaban los cadáveres.

—Claro que lo es. Se está refiriendo a los miles de jóvenes que mueren en Vietnam.

— ¿Y la esfinge? ¿Qué con ella?

—Es la libertad. Es el sueño que lo saca de ese infierno.

Puso un hombro sobre la mesa y se rascó la ceja con el dedo índice. Ese gesto lo hacía solamente cuando no estaba segura de algo.

— ¿De qué no estás segura?

—No es nada. Estoy sencillamente pensando.

— ¿Qué?

—Seguro de que ahora son fantasías mías. Trato de interpretar palabras como descanso eterno. Y la última frase.

—Sencillamente saltó sobre el lomo de la esfinge.

—No es tan sencillo —dijo Berta levantándose de la silla.

— ¿Qué quieres decir? —dijo Marimacha.

—Creo que Enrique ya está muerto.

En ese instante me acordé del Chivo Eléctrico. Pensé que si en algo no se equivocaba era en sus premoniciones.

— ¿Cómo? Es imposible que lo haga si es un sueño.

—Seguro de que saltó en el vacío. Tomó su propia metáfora como realidad. Cayó de la azotea con Nelson.

— ¡Es imposible! Si lo estuviera no habría podido dictar esa carta. Nadie que esté muerto puede hacerlo.

—Es cierto. Yo soy ahora la que está fantaseando.

Ella salió con Marimacha hacia el Periódico. Llamé al Chivo Eléctrico porque quise leerle la carta por teléfono. Creí haberme equivocado de número, pues no levantaba el auricular. Marqué otra vez y nada ocurrió. Esto me extrañó. Yo era la única persona que lo llamaba y lo primero que se me ocurrió fue que estaba en el hospital o muerto. Una de dos. Sin embargo, no creí en ninguna de esas dos posibilidades, porque lo había dejado muy bien en la tarde. No podía imaginarme que estuviera dormido y que no escuchara el ring del teléfono. ¡Cómo no va a escucharlo si hasta se despierta por el zumbido de una mosca, de un grillo y las eructaciones de un sapo! Además, tenía insomnios que duraban días. Semanas. No cerraba los ojos sino que miraba fijamente el techo, recitaba poemas de memoria, y se detenía a escuchar los mínimos ruidos de la noche.

El insomnio del Chivo Eléctrico era especial. No era algo incontrolable, que dominaba su cuerpo, y que le impedía dormir absolutamente. Según él, su insomnio era un combate diario contra la muerte. No quería dejarse sorprender. Quería morir con los ojos abiertos, con las botas puestas, sin ser sorprendido. Su objetivo consistía en registrar hasta el último aire de su vida. Ser el memorialista de su propia muerte. Antes de que arribara la noche se preparaba espiritualmente para dormir sin cerrar los ojos. Yo no sabía en qué consistía esa preparación pero lo que sí me llamaba la atención era que no tenía ojeras. No parecía que sufriera de insomnio. Los domingos eran los únicos días que aceptaba dormir humanamente. Pero no en la noche sino en el día.

El teléfono lo levantó el hermano Lucio. Dijo que lo había llevado de urgencia al hospital por haber sufrido un ataque del corazón y permanecería hospitalizado unos cuantos días. Le pregunté por más detalles, a qué hora le había dado el ataque, en cuál estado físico había estado antes del ataque, y cómo reaccionó después del ataque, y él dijo malhumoradamente que ya

tenía las manías del Chivo Eléctrico de querer saberlo todo. Que no había estado a su lado cuando le dio el ataque y que tampoco habría deseado estar allí.

— ¡Me voy alegrar cuando se muera! —dijo cerrando el teléfono.

Conocía muy bien al hermano Lucio para saber que no hablaba en serio. Desde hacía treinta y cinco años que se preocupaba por la salud de su amigo. Era atento hasta con los mínimos cambios de su cuerpo y trataba inútilmente de convencerlo para que rebajara toda esa gordura con una dieta de vegetales. Antes de que cayera enfermo en la cama, no podía caminar por los pasillos estrechos, y pasaba de lado por las puertas y había ampliado el marco de la puerta de su habitación para que no tuviera problemas de entrar. No había tampoco una silla normal que no destruyera con su peso y, según él, así se había liberado de escuchar las aburridas misas en la capilla. Los hermanos no lo querían tampoco en sus reuniones por la respiración entrecortada, la tos gutural y los soplidos de la nariz. Y enfermo en la cama, el hermano Lucio le cortaba hasta las uñas de los pies por lo enorme de su barriga. Ya había destruido varias camas y la última que tenía era una de hierro que pesaba casi una tonelada.

El hermano Lucio trataba también de convencerlo para que abandonara sus hediondísimos tabacos y que dejara de tomar ron, vino y whisky como si fuese una limonada. A lo largo de treinta y cinco años le venía diciendo que sufriría un ataque del corazón y ahora veía cumplida su predestinación como un castigo. Allí estaba el resultado de su terquedad, enfermo hasta la zapatilla, sin poder hacer más nada para salvarse de lo evidente. El Chivo Eléctrico decía que le daba placer corromper su cuerpo y observarse en la decadencia. Que la filosofía de su vida es joder a todo el mundo con su presencia.

—!No me chinges! —gritaba el hermano Lucio. Quien se jode eres tú mismo.

Ya era una vida de treinta cinco años que llevaba el hermano Lucio con ese hombre que consideraba su mejor amigo. Nunca había sufrido una traición y decía que a pesar de todas sus locuras era el ser más sensible, comprensible, honesto y amoroso que jamás había conocido.

Al día siguiente, Berta me dio un mensaje para Esther. Que pasaría por su casa en la tarde. Pero ella no llegó a la escuela. Un hermano me dijo que había llamado por teléfono y que no vendría por motivos de salud. Conocía su sentido de la responsabilidad para saber que no faltaba nunca a la escuela

por este motivo. Llamé a Berta por teléfono y dijo que seguramente algo le había pasado y que iría de todos modos a su casa. El hecho de que Esther no viniera a la escuela era como si el cielo se llenara de nubes espesas. Sospeché que algo grave había pasado. Si no a ella, entonces, a Enrique. Con ella supe lo que significa la impotencia. Vivir sin tener ninguna influencia sobre las cosas. Lo único que resta es lo más desesperante que puede ocurrirle a una persona: esperar. Esperar todo el tiempo una llamada telefónica, una carta o que el destino juegue a su favor. No vivía su vida porque estaba atrapada sin voluntad propia, como un puerto abandonado, donde no llegan más los barcos, recordando el pasado.

Enrique ya era un fantasma en su cabeza. El amor de ella era el amor que había vivido mientras él estaba a su lado. Él fue el puente indicado por el cual su amor se expresó sin miedos y con toda plenitud. Es allí que comprendí una frase que dijo cuando estábamos con Enrique en la playa: Enrique es la felicidad de mis sueños. Y ahora se le escapaba la felicidad de las manos. Sin embargo, no quería perderla, luchaba en la espera, no podía claudicar en esa batalla que ya había ganado consigo misma. Además, entendí al Chivo Eléctrico cuando dijo que el amor puede ser una trampa para sentir lo que creemos sentir por el otro. Si bien no dudaba del amor de Esther hacia Enrique, no dejé de pensar que tenía algo de egoísta como todo buen amor y, por lo tanto, algunas veces me molestaba con ella, especialmente, cuando habló de su felicidad en el auto.

Cuando salí de la escuela, fui al hospital para visitar al Chivo Eléctrico. En los pasillos había pacientes, camas vacías y visitas. Era un viejo hospital con el techo bien alto y larguísimas escaleras: El Santo Tomás. En la recepción me dijeron que estaba en estado delicado de convalecencia y que lo podía visitar en una semana. Giré sobre mis talones y me acordé de la carta de Enrique. Debió haber sentido lo mismo al visitar a su amigo: la pérdida. Ya en la puerta para salir del hospital, decidí no partir sin antes no haberlo visto. Al pasar por la recepción, caminé de cuclillas y subí por las escaleras. No sabía en qué cuarto estaba y, al abrir una puerta, cayó repentinamente una mano sobre mis hombros. Era un médico de mediana edad, alto y bien apuesto. Tenía sonrisa abierta y amable y dijo que no era tiempo de visitas. Dije que tenía que ver al hermano Gonzalo, que era mi mejor amigo, y que por esta razón no podía partir.

—Ah, tú eres su amigo, ¿no es cierto?

—Sí. ¿Por qué?

—Cuando se despertó lo primero que dijo fue tu nombre. Quiere verte y nos ha dado el número de teléfono de tu casa. No lo hemos hecho porque está muy delicado. Pero es muy terco. Insiste en verte.

— ¿Dónde está?

— ¡Ven conmigo! Pero solamente puedes quedarte cinco minutos. Yo también conozco al hermano Gonzalo. Fue mi maestro de religión y moral en el colegio. No se acuerda de mí pero yo sí de él. Tengo muy bonitos recuerdos. Aparte de leer la Biblia nos daba libros de filosofía y mucha poesía de Rubén Darío, Julián del Casal, Octavio Paz, Antonio Machado y Pablo Neruda. Adoraba la poesía japonesa y china. Novalis, Baudelaire y Heine. No había poesía del mundo que no recorriera con interés. Nunca me voy a olvidar de una frase que repetía de Schopenhauer.

— ¡El mundo es mi representación!

— ¡Así es! La asociación de padres de familia lo acusó de enseñar obscenidades y de corromper a los menores. Que pagaban la educación de sus hijos porque esperaban una educación de acuerdo a la moral cristiana. Y no reflexiones sobre el Marqués de Sade. Los hermanos lo retiraron de la materia para evitar problemas y le dieron la responsabilidad de cuidar las plantas y los árboles del patio.

—Es algo que ha hecho con mucho gusto. Dice que así está cerca de la voluntad de vida.

—Otra frase de Schopenhauer, ¿verdad?

—Así es.

—Yo lo veía en el colegio como un loco, un puerco, como lo dice su propio sobrenombre. No le hacíamos caso y nos burlábamos de él. Hasta le hacíamos maldades. Le escribíamos el sobrenombre en el tablero y le poníamos tachuelas en la silla para que se pinchara el culo. Gritábamos en coro su sobrenombre y hasta le tirábamos piedras en su cuarto. Cuando le quitaron la materia rompimos todos los cuadernos de filosofía y poesía y se lo tiramos en la cara. Cada vez que pienso en eso me avergüenzo de mí mismo. Era tan ignorante. ¿Sabes cuándo me di cuenta del valor del hermano Gonzalo? ¿Sabes cuándo? ¡En el extranjero! Cuando estudiaba medicina en Londres. Allí me lamenté no haber aprendido más de él. Dejarme llevar por lo ignorante de estas clases medias que sólo piensan en dinero, fiestas y en carros. Lo importante no es tener dinero sino aparentar que lo tienes. No producir nada y solamente consumir. Es en Londres que comprendí al Chivo Eléctrico cuando dijo que la única manera que nos

podían respetar como nación es creciendo espiritualmente como personas. Que una nación sin espíritu, sin visión, es un globo en el aire. Atenderlo bien es mi manera de pagar mi deuda con él. Años he cargado con este sentimiento de culpabilidad por haberlo tratado tan mal.

El médico se detuvo detrás de la puerta. Puso su mano sobre la manigueta, y dijo:

—Es una lástima que no lo haya conocido.

Al abrir la puerta el médico se paró en una esquina del cuarto. El Chivo Eléctrico estaba acostado frente de la ventana. No podía verle el rostro. Estaba despierto porque movía el dedo índice sobre su barriga. Giró sobre su espalda y estaba claramente demacrado. Nunca lo había visto tan enfermo. No tenía su acostumbrada fortaleza. Ojeras profundas tenía en su rostro y estaba hinchadísimo. Sin embargo, sus pequeños ojos se alegraron y extendió su brazo para que me acercara. Al estar a su lado, lo miré de pies a cabeza. Abrió sus brazos como un padre que recibe a su hijo, y dijo:

—Te he extrañado, hijo mío. Me siento muy triste con lo que ha pasado con Enrique.

— ¿Qué ha pasado? ¿Acaso conoces la carta?

—Sí.

—Pero, ¿cómo?

—No me preguntes. Todo lo he soñado. Me siento muy triste. Lo que ha hecho Enrique es lo mejor para su vida. No hay por qué soportar sufrimientos. No es un héroe.

— ¿Qué quieres decir?

—Ven a mis brazos que quiero abrazarte, hijo mío.

Apoyé ligeramente mi pecho sobre el suyo. Sus brazos cayeron sobre mí como dos enormes tentáculos. No dijimos nada por un rato. Acarició mi cabello y me dio un beso sobre la mejilla. Me alivié al sentir el latido de su corazón en mi pecho y su caliente respiración en mi oreja. Al separarnos busqué una silla y me senté a su lado. Adiviné en sus ojos que quería decirme algo, y dijo:

—Tengo temor de que creas que quiero misionarte. Sabes que no es mi intención. Pero pienso todo el tiempo en ti desde que estoy despierto. En verdad hace tiempo que pienso sobre el futuro de tu vida. Sé que es una estupidez. Nadie puede determinar el futuro de los otros. El futuro es algo que se forja con las propias manos.

—Quiero vivir más bien en el presente.

—Tienes toda la razón. Pero el futuro es algo que se forja día a día. Por ejemplo el futuro de mi vida es la muerte. Es el futuro de todos nosotros. No hay nadie que no lleve la muerte. Ahora sé que pronto me voy a morir y no tengo miedo. He trabajado treinta y cinco años para este día. No me he dejado sorprender aunque he tenido un ataque del corazón. Y ahora eres tú la única persona que me preocupa.

— ¿Por qué?

—Por una sencilla razón. No quiero que nadie impida realizar tu futuro que es tu propia vida de día a día. No olvides que tienes una tarea. Y en mi poder está ayudarte porque tengo la posibilidad real de hacerlo. Lo que menos deseo es que dependas de otros. Me gustaría que viajaras, que conozcas muchos países y que aprendas todas las lenguas que quieras. Aunque esté muerto me gustaría ver el mundo a través de tus ojos, escribir los poemas más hermosos con tu mano y vivir el amor con tu alma. Este es tu futuro, mi querido hijo. Quiero que tengas el placer de que escribas poemas en todos los continentes. Donde te plazca. Quiero que disfrutes de esta vida porque solamente es una. Yo no lo hecho porque cumplo un castigo perpetuo. Pero tú no. Eres libre y quiero que vivas tu libertad sin que le pidas permiso a nadie, ¿me comprendes? Todo lo voy arreglar lo más pronto posible. Hablaré con tu madre para que de su consentimiento. No importa si no está de acuerdo. Nadie impedirá mi decisión y seguro de que harás buen uso de eso.

— ¿De qué está hablando?

—Ya te darás cuenta. Además quiero decirte que hay caminos de aire, de cristal y de piedras. Los de piedras son caminos estrechos, inmóviles e inflexibles. Son caminos que no pueden soñarse porque fueron levantados para mostrar el trayecto. Aquí no encontramos libertad pero sí seguridad. No hallamos el libro de los sueños pero sí de las normas y de las reglas. No hacemos nuestra propia vida sino la de los otros. Lo que se espera de nosotros. Los caminos de vidrio son aquellos que no nos llevan a ningún lado. Es el engaño de los espejos. Podemos caminar en círculo, en recta o en zigzag, pero nunca encontraremos un camino. Estaremos sobre un punto fijo. Atrapados. La libertad, en los caminos de vidrio, es el mejor espejo para engañarnos. No creamos y no tenemos responsabilidad por nada y con nadie. Y están los caminos de aire, caminos en permanente movimiento, que no parecen caminos si no es porque uno los crea con la propia respiración. Son caminos que nacen del aliento, es el deseo de vivir una

vida, es la necesidad de crear su propia responsabilidad y de ser un creador como Dios. Y quiero ayudarte, te repito, en este camino de aire.

El médico se acercó y se paró al lado de nosotros. Dijo que ya era tiempo que partiera.

—Espere un momento, por favor. Trae la cruz que está colgada en mi celda.

En el camino hacia One Way sentí que ahora el Chivo Eléctrico sí estaba en la curva final. Su voz se quebrantaba. No era vigorosa. Al entrar en la calle me pregunté qué había querido decir con lo de ser dependiente. Lo que era mi tarea. No veía la relación entre una cosa y la otra. ¿Cómo puede saber cuál es mi tarea? ¿Cómo puede ver el mundo a través de mis ojos? ¿Qué es lo que quiere de mí? No lo comprendía. Dentro del rompecabezas faltaba una pieza para saber de qué estaba hablando.

Ninguno de mis amigos estaba en la acera. Tampoco estaba el carro de Berta. Subí rápidamente las escaleras del edificio. La puerta de la casa estaba abierta pero no escuché nada que viniera de adentro. Ninguna voz, ningún llanto y ningún grito. Pensé que Salao había olvidado de cerrar la puerta. Me asomé en la puerta y todos, con excepción de Berta, estaban sentados en el sofá. Por la cara de Metralleta, ya sabía qué había pasado. La trompeta colgaba entre sus dedos. Pregunté por Berta y Marimacha dijo que estaba en la casa de Esther. Había recibido una carta formal de la Army que informaba sobre la muerte de Enrique por heridas graves.

También recibió una carta del puño y letra de quien había escrito la carta para Metralleta. Era de una psicóloga. Aquí supimos realmente qué había sucedido con Enrique. Efectivamente, mató a un paciente y sobrevivió al lanzarse de la azotea con Nelson. Dictó la carta a esta psicóloga pues estaba ciego y en muy mal estado físico. Según ella, ya había perdido la razón, antes de que saltara de la azotea. Era extremadamente agresivo y por eso lo controlaban con medicamentos. Su estado no mejoró. Intentó dos suicidios que fracasaron, porque el personal se dio cuenta a tiempo. En el primero, se cortó las venas y, en el segundo, quiso quemarse. Sufrió quemaduras de segundo y tercer grado y se quitó los ojos con unas tijeras. Hablaba incoherencias e inventaba fantasías. Su agresividad aumentó y trató de golpear al personal del hospital. Por esta razón, estaba solo en un cuarto.

Según la psicóloga, había momentos que estaba lúcido. Reconocía su alrededor y llamaba las cosas por sus nombres sin alterar la realidad. Pero

esto solamente duraba poco tiempo y veía lagos de sangre en vasos de agua, militares y políticos en inyecciones y píldoras, desiertos de cenizas en ceniceros, el pálido sol en la lámpara y en la psicóloga una esfinge. Cuando estaba en la azotea, ella le gritó, desde el patio, que se quedara donde estaba. Pero fue imposible. Se lanzó antes de que lo agarraran. Nelson murió en el instante. Por su insistencia, escribió la carta y, después de estar finalizada, logró romper todos los tubos que lo mantenían con vida.

Berta durmió esa noche con Esther. No quiso dejarla sola. Sobre nosotros cayó la tristeza y, particularmente, sobre Metralleta. Subimos a la azotea y nos sentamos sobre la baranda. La ciudad dormía profundamente. Las lámparas alumbraban las calles y los gatos, los perros y las ratas merodeaban la basura. Sirenas de policías se filtraban entre los callejones y Metralleta soplaba bajamente la trompeta. Divisé el hospital donde estaba el Chivo Eléctrico y me pregunté quién era él. ¿Con qué tipo de persona estaba tratando? ¿Cómo sabía lo que había pasado con Enrique? Miré hacia el lugar donde había estado la Casa Miller. Enrique se había acordado de ese caserón y su muerte tenía para nosotros el mismo significado de la Casa Miller para la ciudad: pérdida de algo querido.

— ¡Qué vaina, Mentiroso! —dijo Metralleta quitando los labios de la trompeta y mirándome fijamente. ¿Qué hemos hecho de malo para que Dios no nos de suerte? ¿Qué, coño?

6

Al día siguiente salté temprano de la cama para ir a la escuela. Esther no estaba. No entré al salón de clases sino que busqué al hermano Lucio para que abriera la puerta de la habitación del Chivo Eléctrico. Quería llevarle la cruz como me lo había pedido. Pensé que posiblemente estaba en la capilla. A medida que me acercaba eran más claros los sonidos del órgano. Efectivamente, el hermano Lucio arreglaba ensimismado unas flores. Con la mano derecha sostenía la tijera y con la izquierda quitaba las hojas secas de los tallos. No quise interrumpirlo porque sabía que ese momento era sagrado para él. No levantaba los ojos de las flores. Daba la impresión de que el tiempo se hubiese detenido en su alma, dibujándose en su rostro la más profunda lejanía y la absoluta indiferencia.

El órgano era una de las pocas cosas que me gustaba en la escuela. Sus largos tubos alcanzaban el techo de la capilla y la música se metía entre las paredes para hacerla temblar. Experimentaba en mi cuerpo una extrema tranquilidad y un sentimiento inexplicable de paz. El hermano Segismundo era el organista de la capilla, un hombre que me parecía misterioso, porque su rostro expresaba con claridad lo que me había dicho el Chivo Eléctrico de él: el hombre más introvertido. Asimismo, era la música que creaba con el órgano, retirada, melancólica y grave. Evitaba los tonos agudos y no creaba ningún conjunto de notas que rompiera el espíritu, como dijo el Chivo Eléctrico, de su eterna tristeza. Y mismo los demás hermanos evitaban de escucharlo por temor a caer en depresiones.

Solía ir a la capilla con el Chivo Eléctrico antes de que cayera enfermo. Él cerraba todas las ventanas y las puertas para impedir que entrara hasta el mínimo ruido del exterior. Incluso se esforzaba por respirar suavemente y no tosía. Al sentarse, no hablaba una sola palabra, cerraba los ojos, inclinaba ligeramente la cabeza para atrás, y permanecía sin moverse. El hermano Lucio se sentaba detrás con los brazos cruzados y cerraba los ojos. No movía un sólo músculo de su rostro. Ni un dedo. Algunas veces hasta llegué a creer que estaban muertos pues parecían inmóviles momias. Lo cierto es que ambos no podían imaginarse un viernes sin escuchar al hermano Segismundo que, según el hermano Lucio, los transportaba gratis y sin penitencias a esferas espirituales que sólo es alcanzada por los muertos: la nada.

Yo también cerraba los ojos. Intentaba de alcanzar ese estado espiritual. Sin embargo, por más que trataba de que el Chivo Eléctrico me explicara en qué consistía ese estado no logré sacarle una palabra al respecto. Lo único que dijo fue que no hacía meditación y tampoco concentración. Que lo que alcanzaba era ver su cuerpo desde adentro: el corazón palpitando, el recorrido de la sangre por las venas y los nervios de su cerebro. Pero con el tiempo me di cuenta que realmente dormían sentados, murciélagos humanos, y que era el único día, aparte del domingo, que el Chivo Eléctrico cerraba los ojos para dormir.

El hermano Lucio giró sobre sus talones y me reconoció. Dejó las tijeras sobre una mesa y caminó hacia mí. Levantó ligeramente la sotana para sentarse. Escuchamos juntos la música y el hermano Segismundo terminó con un conjunto de notas graves que se prolongaron en el espacio como si fuese una corriente de aire que entrara entre las hojas de un árbol. Se levantó del órgano y caminó hacia nosotros. Me saludó con su acostumbrado aire introspectivo. Con voz suave el hermano Lucio dijo que se sentara y quedé en medio de los dos. Aquél puso las manos sobre sus rodillas y vi que solamente tenía nueve dedos. Faltaba el meñique de la mano derecha.

—Es un organista perfecto aunque le falta un dedo —dijo el hermano Lucio con una sonrisa.

—No exageres. Sencillamente sé tocar el órgano.

— ¿Sabes cómo perdió el dedo? Él mismo se lo quitó con un golpe de hacha. Cuando joven lo rechazó el conservatorio y por eso se metió a cura. Es muy diferente a mi historia. Decidí entrar en la orden después que mi mujer se había muerto de pulmonía. Ya te puedes imaginar por qué estamos tan tristes con el ataque del corazón del Chivo. Lo que nos une son sueños rotos. Quizás por eso nos comprendemos tan bien. Aparte de Segismundo, mi querido Segismundo, él es mi único amigo.

— ¡El Chivo Eléctrico! —dijo el hermano Segismundo expirando. Nunca me voy a olvidar el primer día, cuando lo conocí. Lucio, ¿te acuerdas? ¡Qué hombre tan guapo! Hasta las madres de familia se arrepentían de que ese hombre llevara la sotana.

—Claro que me acuerdo. Pero cuando tú lo conociste ya se había recuperado. Nunca he escuchado una historia tan terrible como la de su vida

— ¿Qué historia? ¿La conoce usted?

—Por supuesto. ¿No te ha contado él?

—No, no me ha dicho nada.

—Extraño, muy extraño. No tiene secretos con sus amigos. Y contigo no me lo puedo imaginar. Eres como su hijo. Pero no puedo decirte. Lo que sí puedo decirte es otra cosa.

— ¿Qué?

—Vas a ser heredero de su fortuna.

— ¿Qué?

—Así como lo escuchas. Es un hombre rico. Pudo haberse dado una vida acomodada, disfrutar de su fortuna y evitar todos los sinsabores.

—No quiero heredar ninguna fortuna.

— ¿Por qué no? En tu lugar yo la aceptaría. Le darías una gran satisfacción. En ti ve su propio sueño, ¿comprendes? Pero no creas que solamente lo hace porque ve en ti una prolongación de él mismo. No es tan simple.

—Ayer me dijo algo sobre eso. Pero no lo comprendí del todo.

—Ya lo comprenderás. Conozco al Chivo Eléctrico desde hace treinta y cinco años para saber que cada una de sus palabras tiene un sentido. Ha vivido modestamente, nunca ha aspirado a tener poder, y es sincero con la gente que lo rodea. Así ha ganado muchas enemistades, seguro. Pero lo importante es que ha logrado algo: su verdad personal. Por el camino del fracaso es posible encontrar luz. Este es su triunfo. Lo que parece un fracaso no lo es. Es la absoluta inversión, la claridad dentro de la oscuridad, la construcción en medio de la destrucción. Es un monstruo. Mostrar el fracaso es triunfar sobre la destrucción, ¿comprendes? Mismo su gordura es buen ejemplo de esto. Se ha utilizado a sí mismo como si fuese un objeto de laboratorio. Ha seguido su lenta destrucción, sus múltiples enfermedades, provocándola, buscándola y creándola. Y como un científico que se alegra por haber creado un nuevo fenómeno, él está feliz cada vez que crea conscientemente una enfermedad en su cuerpo. ¿Por qué crees que estudia tantos libros de medicina, física, genética, química y biología? ¿Por qué crees que está al día de cada descubrimiento científico? No es para curarse. Sino para destruirse. Su moral, si es que la tiene, consiste en aplicar la ciencia para su propio aniquilamiento. Peu à peu. Esto es algo que disfruta. El conocimiento puesto al servicio de la preparación fría y minuciosamente calculada de su muerte. Ese ataque del corazón no es casual. Ningún ataque del corazón lo es. Responde a varias causas que se producen en el

organismo y que las víctimas no pueden controlar. Pero él lo ha preparado como reacción en cadena. Lo ha controlado hasta el punto que dijo que ahora es el momento indicado. Es más ha controlado la intensidad del ataque para estudiar como su cuerpo reacciona. Casi se le va la mano y por eso está en el hospital.

—Dijo que si hay algo que ha logrado es no temerle a la muerte.

—Por eso se permite todas sus perversidades. Pero no ha terminado con ese ataque del corazón. Realmente ha comenzado a jugar la última partida. Ahora sí camina hacia la muerte y lo va a disfrutar con toda la fuerza y la atención que le permita su intelecto. Él es como si fuese una planta de electricidad que está en servicio permanente. Nunca se apaga. Mismo no está durmiendo cuando cierra los ojos. Está cargando las baterías. Tiene tanta energía acumulada en su cerebro que incluso puede eliminar la imagen de lo que está viendo. Ve la silla pero no tiene una imagen al respecto.

—Sencillamente pierde la consciencia —dijo el hermano Segismundo. Y después la recupera.

—No es tan simple. Es un fenómeno complicado y muy rarísimo. Los científicos lo llaman blindsight. Es un ciego que ve. Es decir, el cerebro no realiza lo que está viendo el ojo. Esto le sucede a personas que han tenido accidentes y que se les atrofian los nervios del cerebro. Por supuesto, él no estaba convencido de este fenómeno y llegó al punto de probarlo consigo mismo. Caminó por todas partes sin tropezarse con ningún objeto. Su ojo era sano, recibía toda la información del exterior, y el cerebro la clasificaba. Pero te decía que no si le preguntabas si veía una silla, una cama y un escritorio.

— ¡No comprendo!

—Es realmente una paradoja ¿Cómo te lo puedo explicar? Es como si tuvieras un sueño pero no ves ninguna imagen.

— ¿Y cómo logró eso? —dijo escépticamente el hermano Segismundo. Es imposible que se alcance ese punto voluntariamente. Al menos que sea un ser sobrenatural.

—No lo sé. Yo mismo pensé que me tomaba el pelo. Pero sé que el Chivo no me engaña. Lo cierto es que quiso probar con este radical experimento la teoría de Schopenhauer de que el mundo es mi representación. Es por la consciencia y no por intermedio del ojo como instrumento físico que reconocemos el mundo. Es la consciencia la que hace el ojo.

— ¿Y ahora qué quiere probar con el ataque del corazón? —dijo levantándose de la silla el hermano Segismundo. Que es la consciencia la que mata y no esa vida disipada y descuidada de alcohólico que tiene.

— ¡Correcto! Observaciones antropológicas han mostrado que en algunas sociedades africanas hay quienes determinan el tiempo de morir. Se acuestan y dicen que van a morir en tres días. Y así sucede.

— ¿Y por qué hacen eso?

—Cuando cometen una infracción contra un tabú. La presión moral es tan fuerte que tiene consecuencias fisiológicas.

— ¿Y qué ha cometido el Chivo Eléctrico?

—Eso es justamente lo que no has escuchado. Solamente él te lo puede contar.

El hermano Lucio cruzó los brazos. Miró hacia el cielo de la capilla y las lágrimas le bajaron por las mejillas, y dijo:

— ¡Vamos por el crucifijo!

Salimos de la capilla. El hermano Segismundo entró en su habitación. En la habitación del Chivo Eléctrico el hermano Lucio descolgó el crucifijo de la pared y se sentó sobre la cama.

—Extraño no tenerlo aquí —dijo acariciando el cabello del crucifijo. Es como si perdiera un brazo. Es mi verdadero amigo. Nunca me ha pedido que lo ayude. Todo lo que he hecho por él es por mi propia voluntad y no espero nada a cambio. Lo único que he querido es que se desvíe de su locura. Que ese camino no es necesariamente la consecuencia para su propia vida. Ahora sé que está preparando el último golpe como si fuese una fiera que persigue a su presa. Treinta y cinco años la persigue de día y de noche y se detiene cuando está por atraparla. Quiere devorarla lentamente. Disfrutar sin prisas y sin sobresaltos.

— ¿De qué habla usted?

—De la muerte. ¡Llévale el crucifijo!

Tomé el crucifijo y lo metí en la maleta. Antes de salir del cuarto, el hermano Lucio dijo que me detuviera. Metió sus manos en la sotana y me miró fijamente.

—No tienes idea qué clase de amigo tienes —dijo abriendo sus ojos. Si en la tierra hay demonios él es la prueba de que existen.

Salí de la escuela. No podía montarme en ningún bus porque todos estaban llenos. Los conductores de los buses parecían gladiadores montados sobre bestias, corriendo entre las estrechas calles, subiéndose sobre las

aceras y atropellando a los transeúntes que se descuidaban. Los semáforos cambiaban sus luces pero nadie les hacía caso. Finalmente subí en un bus y luchando a codos encontré en el fondo un asiento y el calor del mediodía comenzó a tener sus efectos soporíferos. Cerré los ojos y el sol lanzaba sus rayos sin piedad. No había nube que amortiguara esa intensidad, no había árbol donde protegerse y no había techo para descansar. Las hojas de los árboles eran pedazos de madera que colgaban de las ramas. No había viento. Los pájaros volaban en bandadas y se perdían en el horizonte. Los perros, los gatos, las ratas y las cucarachas dejaban de merodear entre la basura y desaparecían en sus huecos.

Era como si una enorme aspiradora se hubiese tragado todo el viento de la tierra. Todo estaba detenido. Hasta el tiempo de los relojes. Solamente se escuchaba el sempiterno ruido de los autos, las ensordecedoras tronaderas de los buses, los golpes de los martillos neumáticos sobre las calles de asfalto. Los imponentes edificios de cristal recibían los rayos del sol y los lanzaban contra las paredes de las pobres casas de madera. En poco tiempo, quedaban consumidas en fuego. Barrios enteros terminaban pulverizados. La gente, como hormigas, salvaban los viejos colchones, los radiotocadiscos portátiles y los televisores de colores. Todos presentían que se aproximaba una catástrofe, el final de todos los tiempos, pues jamás se había sentido un calor tan intenso. Los bomberos trataban de apagar inútilmente los múltiples fuegos y la policía ya tomaba medidas de seguridad para controlar asaltos impredecibles.

La ciudad escuchó un rugido que vino de tierra adentro. La gente quedó paralizada del susto. Y justo después de un silencio, la tierra, como un potro salvaje que lucha para no ser domado, se removía bajo nuestros pies. Los edificios de cristal cayeron sobre el peso de sí mismos, formando nubes de polvos intoxicantes; el puente de las Américas se quebró en dos como si fuese un palillo de dientes; las tuberías se reventaron y vomitaron toda la inmundicia de sus entrañas; la presidencia de la república y el ministerio de planificación y política económica explotaron para diseminar por doquier sus inservibles y absurdos proyectos engavetados en las enmohecidas oficinas; los autos y los buses se estrellaron en gigantescas carambolas; y la décimo octava maravilla del mundo, las esclusas del Canal de Panamá, no detuvieron los oleajes del Pacífico ni del Atlántico que se había producido con el terremoto.

La ciudad quedó bajo el agua. El estrecho paso, que une las dos masas continentales, desapareció del mapa. Los sobrevivientes alcanzaron la Casa Miller que flotaba soberanamente en el agua. Metralleta, que la alcanzó primero, extendió la trompeta y rescató a Marimacha, a Felipe el Cabezón, al Chivo Eléctrico, a Enrique, a Berta, a Salao, al padre de Orejón, a Orejón, al Ñato, a Musculito, al hermano Lucio, a Esther, al hermano Segismundo. Y a mis dos abuelas. Cuando ya todos estábamos en el balcón el nivel del agua iba bajando poco a poco. La Casa Miller encalló en su lugar acostumbrado: Calidonia. Pero la sorpresa fue mayor al ver que la gente estaba parada, inmóvil, con los ojos cerrados, silenciosos. No decían una sola palabra. Era como si durmieran un sueño eterno. No había luchas, crímenes y estafas.

Por intermedio de un gallinazo, que tenía sus puntiagudas pezuñas sobre la cabeza del general de turno, supimos que teníamos la extraordinaria y única oportunidad de crear otra vez el mundo. Hacerlo según nuestros deseos. Inmediatamente el Chivo Eléctrico dijo que no para evitar el arribo inevitable de la crueldad. Que el hombre sin crueldad no es hombre. Discutimos por horas enteras y decidimos crear el mundo como lo habíamos conocido, sólo que con algunas reformas necesarias o, como dijo el padre de Orejón, una revolución moral. ¿Reforma o revolución?: la etiqueta no importaba. No nos interesaba crear un mundo de acuerdo a alguna utopía. Pero tampoco dejarlo como lo habíamos conocido, porque teníamos la prueba de que nos había metido en un abismo sin salida la corrupción del estado, el despilfarro de los bienes del país, el abuso del poder, la explotación de nuestras riquezas, la pobreza y la marginalidad, la inmoralidad y el cinismo de algunos funcionarios y, sobre todo, la dictadura militar. Queríamos un mundo en democracia, sin militares, un mundo, cuya máxima del estado y los ciudadanos fuera el respeto, el sentido de la justicia y el equilibrio. Un mundo donde no existiera el racismo. Un mundo sin guerras.

El gallinazo escuchó todas nuestras aspiraciones y alzó las alas para cagar sobre la cabeza del general. Dijo que teníamos que cerrar los ojos y contar hasta tres. Que toda la gente se despertaría y que las cosas tomarían ese curso. Cerramos los ojos y, al llegar a dos, dije que todavía había cosas que arreglar. Que todavía tenía otros deseos. Le pregunté al gallinazo si era posible que los dijera y dijo que sí. Entonces dije que había que comenzar con la educación, que se invirtiera en mejorar las escuelas y las

universidades, que los maestros y los profesores tengan mejores salarios, que los estudiantes tengan mejores oportunidades de estudio y de becas y que se acabara definitivamente con el analfabetismo. Le pregunté además si era posible recuperar cosas pérdidas. Que el pasado fuera un presente viviente para que la gente se diera cuenta lo útil que había sido. Dijo que sí. Dije que había leído en un libro que al país lo había llamado Panamá la Verde. Que habíamos tenido mucha naturaleza. Que detuvieran la construcción de la represa para salvar la selva y que los indios conservaran sus tierras, que crecieran todos los árboles que se destruyeron con la construcción de carreteras, aeropuertos y autopistas, que volvieran las bonitas casas de la ciudad de Panamá y Colón con sus largos y anchos balcones que cubrían las aceras, que se levantaran todos los barrios destruidos, que se invirtiera dinero en reparar y renovar los miles de edificios abandonados y destartalados, que se diera mercado y oportunidades a los campesinos para que este país coma lo que produce, que se limpiaran los ríos, los lagos y las playas y que la bahía de la ciudad fuera como siempre había sido anteriormente, lugar de recreo y baño para la gente, que circulara nuevamente el tranvía por las calles y que en vez de progreso y desarrollo habláramos de reparar, renovar, levantar y construir. Me detuve y miré a mi alrededor.

—Tienes un último deseo —dijo el gallinazo levantando las alas.

—Sí, lo tengo. Pero me da pena decirlo.

— ¿Por qué? No hay por qué tener vergüenza. Es bienvenido si ese deseo le hace un bien a este país. ¿Cuál es el deseo?

—Que la gente monte en bicicletas. Que en bicicletas vayan al trabajo y a fiestas.

— ¡Muy bien! —dijo el gallinazo. Todos tus deseos se van a realizar. Pero tengo una pregunta para ti. ¿Cuál lugar tendremos los gallinazos en tu mundo de deseos?

— ¿Cuál lugar?

—Claro. Sabes que limpiamos la basura y la porquería de la gente. Que sin nosotros ya estuvieran ahogados en la carroña.

—En mi mundo serás el animal más hermoso. Eres el único que se preocupa por el bienestar común.

El gallinazo saltó de la cabeza del general. Dio tres vueltas en el aire y puso sus patas sobre mi hombro. Vi todos los deseos cumplidos en sus pequeños ojos negros. Vi un mundo muy bonito. Más bonito de lo que me

podía imaginar, lleno de colores, de risas y de amor, mucho amor. Abrió el pico y dijo que cerráramos los ojos para contar. Un, dos y el busero pisó violentamente el freno para evitar de chocar a un auto. Desperté bajo el peso de una vieja gorda que se cayó encima de mí. Con dificultad salí del asiento y la malhumorada gente le gritó al chofer que tuviera más cuidado. El chofer gritó de vuelta que no había tenido la culpa. Se bajó del bus y dijo que no llevaría a más nadie. Que cogiéramos otro bus o que camináramos.

Por estar dormido pasé tres paradas. Caminando hacia el hospital llegué al lugar donde había estado la Casa Miller. Construían un centro comercial. Me detuve un rato para ver la construcción y leí un letrero con letras rojas cuyo lema decía: <<Por Panamá, aquí construye la revolución>>. Entré en el Marañón y no olía el pescado frito, el patacón pisao, las carimañolas y el ceviche. En las aceras no se oía la mezcla del inglés con el español ni tampoco salía de sus patios la rica música Calipso. Todo se había perdido con la destrucción de la Casa Miller.

La pequeña iglesia evangélica fue lo único que quedó del Marañón. Estaban rotas las ventanas y los cristales de la puerta, la madera de las paredes estaban podridas, y se rompieron dos escalones al subir por la escalera. Lentamente abrí la puerta. Las pocas sillas de madera estaban casi destruidas. Las arañas armaban sus telarañas y salían cucarachas de los huecos del piso. En las rendijas del techo había palomas. Dominaba un olor a putrefacción y a humedad concentrada. A través de los orificios de las paredes se filtraban rayos de luz que formaban circulitos en movimiento sobre el piso. Levanté los ojos y reconocí en el altar un pequeño Cristo. Me acerqué para verlo de cerca. Seguí su cuerpo desde los pies, sus hambrientas costillas y sus flacuchentos brazos y su cuello no tenía cabeza para sostener. Era un Cristo descabezado.

Me senté para contemplarlo. Puse la maleta al lado. Sentí una tranquilidad repentina a pesar que de la calle venían los ruidos de los autos, los pitos de los buses y los ronquidos de los tractores que removían el terreno para construir el centro comercial. Me acordé del sueño que había tenido en el bus y pensé si el mundo podía ser como en el sueño. Si era posible que algún día las cosas fueran diferentes y qué era lo que se necesitaba hacer para que cambiaran. ¿Por qué la gente vive como si no existiera el presente? ¿Por qué no comprenden que el pasado del presente no es pasado sino presente? ¿Por qué viven en la carrera del futuro que todo lo promete y que nos ciega en el presente? Parece que el futuro todo lo

permite y todo lo justifica: la destrucción. Por el futuro nos lanzamos en el vacío, destruimos todo lo que nos pertenece en el presente, y no solucionados los problemas reales. ¿Cómo vamos a encontrar el futuro sin saber reconocer los problemas del presente? ¿Qué soluciones vamos a encontrar en el presente si somos incapaces de preguntarle al futuro de nuestro pasado?

La puerta se abrió en dos por una ráfaga de viento mientras estaba en ese laberinto de preguntas. Sentía en mi cuerpo una fuerza que me empujaba hacia la puerta, rayos caían del cielo, y no era de noche pero los autos tenían prendidas las luces por las espesas nubes. Jamás había visto semejante amenaza de tempestad. Como no estaba lejos del mar escuchaba el rompimiento de las olas en la costa. La gente corría en las calles para protegerse de los rayos. Cayó un rayo sobre el patio frontal de la iglesia y di la vuelta para protegerme los ojos. Al abrirlos, reconocí que todas las ventanas de la iglesia estaban abiertas y el Cristo tenía ahora la cabeza. Limpié mis ojos con los puños y creí que era una visión, que mis sentidos me engañaban, y que el Cristo había tenido siempre la cabeza.

Presioné la maleta bajo mi brazo y corrí bajo la tempestad para ir al hospital. Las copas de los árboles besaban las aceras, las calles se inundaban de agua, pero algo era realmente extraordinario: los techos de zinc se desprendían de las casas de madera y volaban en el aire como si fuesen pájaros de metal para terminar estrellados contra los cristales de los recién construidos edificios. El tráfico estaba paralizado, los cables de electricidad lanzaban chispas, los alcantarillados estaban ahogados en agua y animales flotaban en la corriente.

Crucé las calles corriendo. Al estar a un paso del hospital casi me atropella un auto, pero giró sin tocarme un dedo. Pregunté por el médico en la recepción. La secretaria lo buscó personalmente, porque no funcionaban los teléfonos. Tenía su acostumbrada sonrisa abierta. Dijo que no se podía explicar el mejoramiento del estado de salud del Chivo Eléctrico y que justamente había estado por morirse el día anterior y que ahora parecía fuerte, lleno de vida y saludable.

—Hemos hecho todos los exámenes y su corazón funciona perfectamente. Es más no tiene ninguna enfermedad.

— ¿Qué? Pero dice que tiene piedras en el estómago y no sé qué más.

—No tiene absolutamente nada. Está más sano que tú y yo juntos. Puede vivir veinte años más.

— ¿Y su gordura?
—Es un caso excepcional. Está gordo y sano.
—Pero, ¿por qué está en la cama desde hace tres meses?
— ¡No lo sé!
— ¿Y por qué toma todos esos medicamentos?
—Lo que creo es que todas sus enfermedades están en la cabeza.
—No puede ser posible. Otros médicos han dicho que está gravemente enfermo y han recetado medicinas.
—Pues están equivocados. No lo está. He analizado todo lo que hay que analizar. No comprendo. Le he preguntado cómo se explica todo esto y lo único que dijo es que los límites de la ciencia están en la ciencia misma. Extraño. ¿Y cómo has venido con este aguacero? ¿En carro?
— ¡Corriendo!
— ¿Cómo? Pero no estás mojado.
Me detuve en el pasillo y me miré de arriba a abajo. Toqué mi cabeza y la ropa. Estaba seco como si no hubiese corrido bajo el aguacero.
—No sé qué ha pasado. ¡No lo sé!
El médico me miró extrañado. Abrió la puerta del cuarto del Chivo Eléctrico y partió para atender a otros pacientes. Él sonrió al verme. Las ojeras no estaban en su rostro. Extendió su mano para que me acercara. Lo hice lentamente porque de repente tuve miedo. Y allí comprendí lo que dijo el hermano Lucio.
— ¿Qué pasa contigo? No vayas a creer ahora lo que dijo Sucio. Yo no soy ningún demonio. Lo único es que tengo capacidades que otros no tienen. Me alegro que estés aquí. Ya creía que me habías olvidado.
—Pasaron muchas cosas en el camino. Me dormí en el bus y después entré en la pequeña iglesia del Marañón.
— ¡Yo sé!
— ¿Qué sabe?
—Todo lo que te ha pasado.
— ¿Y cómo?
—Te he visto en mi sueño ¿No viste al Cristo con la cabeza? ¿Los techos de zinc rompiendo los cristales?
—Sí. ¿Y cómo lo sabe?
—Todo es resultado del sueño. ¿Acaso estás mojado por el aguacero?
Sus ojos resplandecían. Parecían estrellas en su rostro. Agarró mi mano y la sentí caliente.

—No debes tener miedo. Soy el mismo de siempre. ¿Tienes el crucifijo?

Saqué el crucifijo de la maleta. Lo cogió con sus dos manos y lo colocó sobre su pecho. Acarició su cabello, y dijo:

—Hoy me toca pegarle a la pelota. Es mi turno. Como el gallinazo en tu sueño quiero que mires en mis ojos para que veas lo que voy a contarte. ¿Te acuerdas dónde quedé la última vez?

— ¿Qué última vez?

—Extremadura

—Claro que me acuerdo. Extremadura, tierra seca y árida, dura y egoísta.

Salí de España por una orden de la iglesia. Ya cruzando el Atlántico se abrieron los poros de mis pulmones y se expandieron los huesos para romperme la piel pues el aire ya tenía otro olor, otra intensidad y otro color. La luz era más clara y sentí que iban a explotar las pupilas de mis ojos. El mar cambiaba rápidamente de humor. Había días que reposaba sobre su cuerpo y otros días se agitaba para quitarle la tranquilidad de la travesía a los pasajeros. En las noches leía la Biblia y me preparaba para mi misión. Si yo venía a América a convertir almas, otros huían de España por la guerra civil. Tiempos difíciles los de Europa. Muchos venían a esta tierra para encontrar futuro. En el barco, por intermedio de un alemán, cuyo apellido era Rosenberg, y que en castellano significa montaña de rosas, me enteré del fusilamiento del poeta García Lorca. Aquel joven había nacido en el seno de una familia antigua berlinesa y dijo que había comenzado a ser judío con los nazis. Había tratado de convencer a su familia para que abandonara esa ciudad pero fue imposible. No pudieron imaginarse lo que acontecería: el holocausto. Nos separamos en Venezuela y él se dirigió a Buenos Aires y no supe más nada de su vida.

Pasé por Cartagena de Indias y desembarqué en la ciudad de Colón. Al poner el primer pie en el puerto, en una mañana de octubre, caía un aguacero que casi me desprende la sotana del cuerpo para dejarme desnudo como mi madre me trajo al mundo. Hasta ese día había visto solamente ridículas lluviecitas. Y de repente, como si alguien hubiese prendido la luz, salió el sol entre las nubes. Por la humedad y el calor la sotana era impráctica pero no me la quité. Donde estuviese debería ser reconocido como sacerdote al servicio de Dios y de la Iglesia Apostólica Romana. En el puerto había mucha gente y me sorprendí cuando vi de golpe lo que solo

sabía por intermedio de los libros: negros. No podía evitar de mirarlos, no porque los había en cada esquina, sino porque los encontré hermosos, atractivos, perfectas figuras de la creación de Dios. No te puedes imaginar el estremecimiento que sentí al pasar entre esa multitud colorida, viva y bulliciosa. Sus voces entraban con fuerza en mi alma como los múltiples olores. Me detuve para comer algo y dejé la maleta en el piso. Por primera vez, en mi vida, probaba hojaldas, pescado frito con patacones y ceviche. Mientras comía veía a la gente y realicé que mi idea de esta tierra no correspondía con la realidad: la gente camina muy ligeramente. Por lo tanto, esta no es tierra para predicar ortodoxamente y cuando terminé de comer tuve la agradable sorpresa que mis maletas no estaban al lado mío. Se las habían robado. No me preguntes por qué no me molesté. Lo cierto es que me sentí con menos peso. Quise quitarme la sotana y perderme en la ciudad, olvidarme de mi misión, y disfrutar todo lo nuevo. Sentí en mi alma al joven poeta y al vigoroso soñador. Pero me avergoncé de mí mismo, de mi debilidad, y de mi falta de consistencia con la promesa de ser un fiel servidor de dios y dije más de mil veces que era un sacerdote.

Ya en el tren hacia la ciudad de Panamá leía mi pequeña Biblia. Sin embargo, tenía dificultades para concentrarme. Los olores, que entraban por las ventanas, estremecían mi cuerpo. Me alejé de la ventana e intenté de concentrarme. Pero no era solamente los olores sino el color de los árboles, los miles de colores, y el cruce de las ramas en sus indescifrables enredos que esconde la profundidad de la selva. No podía creer lo que estaba viendo. Todos esos colores combinados. Creí que todo era fantasía o un engaño de mi espíritu. Tenía erizado los pelos y sentí por primera vez en mi vida que mi cuerpo era extremadamente sensible a las impresiones del exterior. Me pregunté si realmente había llegado al lugar indicado y si quizás hubiese sido mejor no haber salido de Extremadura: vivir sin trastornos corporales. Como una serpiente que mueve su cuerpo entre las ramas de los árboles, el tren cruzaba esa geografía loca, caliente e incomprensible.

Todos los vagones estaban llenos de gente. Tantos rostros. Solo en mi vagón había chinos, hindúes, negros, mulatos, mestizos y zambos. Unos hablaban en inglés y otros en español. Unas veces escuchaba italiano y otras veces árabe. La torre de Babel estaba allí metida, concentrada en unos cuantos vagones, unos sobre los otros como sardina enlatada, compartiendo el mismo aceite. Nunca voy a olvidar la confusión que todo eso provocó en

mí. Por un lado, la fascinación de ver gente diferente de mí y, por otro lado, miedo de esa rica diversidad. Quise esconderme en mi sotana. Desaparecer en el negro. Sentí que miraban cada uno de mis movimientos y no podía evitar que las manos me temblaran. Quiero que me comprendas bien. Para alguien que nunca había salido de su pueblecito, era difícil estar inmune a toda esa energía de colores y olores diferentes, de rostros diversos y de lenguas extrañas.

Sudaba profusamente y el pañuelo estaba mojadísimo. Un pasajero al lado mío, un viejo culí que fumaba una pipa con aroma de vainilla, no dejaba de mirarme con una sonrisa. Dijo que me quitara la sotana antes de que el calor me cocinara. Después de pensarlo bien me quité la sotana en medio del vagón. Los pasajeros rieron y yo también. Doblé la sotana en cuatro partes, desabotoné el botón superior de la camisa y arremangué los brazos. Le pregunté al viejo culí de qué parte de China era y dijo que había nacido en Panamá pero que sus padres eran de Shangai. Llegaron en 1855 con una compañía norteamericana que traía trabajadores para construir el ferrocarril por el Istmo y lograr así un paso de acceso rápido a las minas de oro de California. Dijo que la selva estaba llena de chinos muertos a causa de las malas condiciones de trabajo y de las enfermedades tropicales. Muchos terminaron ahorcándose.

Mientras hablaba sobre la ciudad de Colón, las miserables casas húmedas de madera, que fueron construidas para alojar a los trabajadores y, especialmente, a los antillanos, y que frecuentemente les había prendido fuego para protestar contra las malas condiciones de vida, volaba una mosca que atrevidamente rozaba nuestras narices. Levantó las manos lentamente y dio una palmoteada en el aire. Las abrió y me mostró las palmas. Preguntó si veía algo y dije que un mosquito muerto. Pero él dijo que era un ejemplar extraordinario de su especie, que transmite la fiebre amarilla, y que había causado la muerte de miles de trabajadores en la construcción del Canal. Dije que quería conservarlo como pieza de museo y saqué la Biblia de mi bolsillo para meterla entre las páginas. Cuando terminó de hablar sobre las invasiones de alacranes, que había azotado a la ciudad de Panamá y Colón, dijo que era propietario con su hermano de un restaurante en Salsipuedes cuyo nombre era El Sabor del Chino Li, y que había estado una semana en Colón para asegurar un business.

Me invitó a cenar una especialidad china y abrió la bolsa que llevaba entre las piernas. Era un perro muerto. El estómago se me revolvió y dijo

que no me preocupara pues una cosa era un perro muerto en la bolsa y otra tenerlo sobre la mesa con los más exquisitos condimentos. Allí me acordé de un filósofo griego que había dicho que no son las cosas en sí las que nos conmueven sino la idea que tenemos sobre ellas. Volví a mirar en la bolsa y realmente me dio lástima el pobre perro. Tenía grandes orejas y estaba enflaquecido y me pregunté qué se podía comer de ese animal. Además tenía un ojo abierto y la lengua le caía del lado izquierdo. Cerró la bolsa y dijo que no comprendía la costumbre de los cristianos de tomar la sangre y comer la carne del señor. Riéndose dijo que por un lado éramos caníbales y por otro lado parecíamos caballos comiendo hierbas y ensaladas. Quise explicarle la razón teológica de nuestro canibalismo pero temí en detenerme en una aburrida explicación. Así que me limité a preguntarle todo lo concerniente sobre la ciudad y dijo que era conveniente que cambiara el sombrero de feligrés por un sombrero más fresco, ligero y elegante. Mencionó el sombrero Panamá, que era producido en Ecuador, porque era el más adecuado para soportar las inclemencias del trópico tanto del sol como del calor.

Salimos del trayecto que cruza la selva y llegamos a la ciudad de Panamá. Lo primero que saltó a la vista fue el tranvía, la gente se agarraba hasta de las ventanas, y me impresionaron las grandísimas casas de madera. Las calles estaban atestadas de gente y un tráfico despelotado se regaba por todos lados. Al bajarnos del tren, caminamos por aceras repletas de negocios ambulantes donde se vendían cigarrillos, medicinas, juguetes, ropa y armas de fuego de todo calibre. El dólar americano circulaba como Pedro por su casa y la única palabra que se escuchaba era business. Me pregunté, entonces, a quién tenía que predicar en esta tierra de pendencieros, coimeros, atracadores y negociantes de toda calaña. En un almacén, donde incluso se vendían boas de casa para atrapar ratas, compré el sombrero Panamá por un dólar. También compré un saco de lino blanco y una corbata que pasaba muy bien con mi pantalón negro. Para mi sorpresa, el propietario del almacén, un negociante sefardita que dijo que todavía soñaba en conocer la España de sus abuelos, mostró interés por comprar la sotana y el sombrero de feligrés por un buen precio. Y como había llegado a la ciudad del business, decidí vender lo que poseía por cinco dólares.

Con el chino Li seguí caminando por la ciudad. Gente iba y venía. Había por todos lados cantinas, bares y casas de juego. Me llamó la atención que había muchas mujeres solas caminando por las aceras.

Cargaban hermosos sombreros con finas sombrillas y sostenían los paraguas con sus manos cubiertas de guantes blancos. Fumaban en público y se sentaban en los restaurantes para tomar un expreso y en los parques para conversar y leer periódicos. Me faltaban los dedos de las manos y de los pies para contar las mujeres que manejaban sus propios coches. Al entrar en Salsipuedes, había restaurantes chinos, italianos, griegos, turcos y españoles. No podía pasar ningún carro porque en la calle misma había tiendas de negocios. Tampoco era fácil caminar por la multitud allí concentrada, comprando, vendiendo, conversando y gritando. Unos lanzaban disparos en el aire para anunciar lo que vendían y otros defendían sus mercancías con puñales en la boca. No había nada que allí no se vendiera, no había nada que fuera sagrado, y no había nada que sorprendiera a la gente. Pero yo temí encontrar allí el ataúd de mi madre ofrecido a buen precio. Vender armas era como vender pasta de diente y se ofrecían a la venta cosas inimaginables como dentaduras con dientes de oro, el supuesto dedo del pirata Francis Drake adornado con un anillo de diamantes, el puñal con que se quiso matar al embajador de los Estados Unidos y lo que me sorprendió fue que un arruinado dueño de circo vendía un viejo chimpancé que había sido capturado en África por una compañía francesa y que hablaba cuatro idiomas occidentales. Lo ofrecía como el chimpancé más culto del mundo y le pregunté si no era el chimpancé del cuento de Kafka, Informe para una Academia, y dijo que nunca había leído ese cuento.

Realmente Salsipuedes era Salsipuedes.

El restaurante del chino tenía una pista de baile y era además una casa de juego donde se apostaba a las cartas, a los dados y al revólver arrecho. Este juego consistía en perder la vida o ser millonario. No había uno que no fumara tabaco, que no levantara su vaso de whisky o de ron y que no cargara su sombrero. El chino me advirtió que no me metiera en problemas porque todo el mundo estaba armado. Cuatro abanicos giraban en el techo y en las paredes había dibujos de montañas, ríos, praderas y de pájaros. Colgaban tres cabezas de dragones silenciosos en la pared y tocaba un grupo cubano que, según el animador, era lo nuevo de la música, el son: trompeta, piano, guitarra, violines y congas.

La pista estaba llena de parejas y las mujeres me llamaron la atención, tan diferentes de las aburridas viudas y señoritas españolas, por la coquetería, por la soltura y por la elegancia. Algunas fumaban de unos

pitillos dorados. Salían a bailar al pedido de los hombres y lucían con esplendidez sus ágiles pasos de baile. Y cuando los músicos terminaban de tocar una buena pieza, que alegraba al público, les llovían los dólares como premio. No se detenían de tocar para levantar el dinero sino que seguían tocando y los dólares no dejaban de caer.

No podía estar tranquilo en el asiento. Tenía cosquillas en los pies por la música, el griterío y la cantadera. Me levanté de la silla y caminé hacia la pista de baile. En una mesa vi a una hermosa mujer. Sus ojos eran perlas azabaches. Pero, ¿cómo la iba a sacar a bailar si no sabía mover los pies? ¡Qué desperdicio! Me sentí el inútil más grande del mundo, sin saber bailar y sin saber cómo hay que pedirle la mano a una mujer para sacarla a la pista. Ella también me vio y sonrió al ver mi penosa inseguridad. Con mucho cuidado me senté en su mesa y, ¡qué vergüenza!, me caí de la silla. Sin embargo, sonrió y dijo que no me preocupara, que podía sentarme tranquilamente a su lado, y si quería podía pedirle un champán. Llamé al mesero y pedí los vasos. Quiso tabaco y dije que no fumaba y preguntó de qué pueblo había salido. Le dije que era español. <<¡Ah, el temperamento español, me gusta mucho!>> Sacó tabaco de un cigarrillero de plata bordeado con oro y me llamó la atención su pulsera de perlas al levantar su mano para prenderlo. Levanté la mirada y eran también de perlas el collar y sus aretes. Su vestido negro, cuyo profundo escote pronunciaba el pecho y el cuello, ajustaba su cuerpo sin esconderle sus delgados y largos brazos. Al tomar del champán dejó las huellas de sus labios púrpuras sobre el borde del vaso y adiviné en sus ojos que quería bailar. Dije que me perdonara por no saber bailar, que nunca había bailado y que no me atrevía a bailar. Sonrió y dijo que le daba mucha pena.

El grupo de música tocaba un bolero y se acercó un hombre a la mesa. Le extendió la mano para invitarla a la pista. Su sombrero de ala ancha, inclinado ligeramente hacia el lado derecho, combinaba perfectamente con su manera pícara de mirar. Ella tomó su mano y se levantó de la silla para bailar al compás de la música. En ese momento, solo tenía un sentimiento en mi alma: envidia. Deseé ser como ese hombre, llevarla en mis brazos con soltura y elegancia, y marcando el paso con agilidad. Ella sonreía y disfrutaba de las vueltas. Su cadera se movía con dulzura y su largo cuello jugaba suavemente con el movimiento de sus hombros. Era una garza en la pista de baile. Al terminarse la pieza el hombre la acompañó hasta la mesa y le dio un beso en la mano para retirarse. Ella se volvió hacia mí y me miró

con lástima. Puso sus manos sobre las mías y dijo que yo era un hombre muy guapo, atractivo, y que podía enseñarme a bailar porque no saber bailar al son de la música es como un poeta que no tiene inspiración para escribir. Esas palabras tocaron fondo en mi alma. Y comprendí entonces que tenía que despertar mi cuerpo, sacarlo del letargo, que el baile es la unidad entre la música que arroba los sentidos y el cuerpo que le da forma con los movimientos.

Antes de despedirse escribió la dirección de un salón de baile. Nos citamos en una semana a las dos de la tarde. El chino Li me preguntó si sabía con quién había estado hablando. Dijo que era la mujer de uno de los hombres más ricos en la ciudad, un mafioso que negociaba con venta de armas, y que si quería evitar problemas era mejor que me alejara de ella. Saberlo me chocó. Creí haber tenido al lado mío una aristócrata y el chino afirmó que no estaba lejos de la verdad, pues pertenecía a una vieja y rica familia empobrecida con las cuales los nuevos ricos se casaban para adquirir un apellido. Él se levantó de la silla para seguir atendiendo a los clientes. Miré a mi alrededor y me sorprendí al ver que los dólares ya cubrían los pies de los músicos que tocaban incansablemente sobre el escenario.

Salí del restaurante. Gente iba y venía en Salsipuedes. Con la noche la calle era más estrepitosa y nerviosa. Alquilé un pequeño cuarto en un hotel de esa misma calle. El abanico giraba en el techo. Abrí la puerta del balcón y observé a esa multitud que se movía de una esquina a la otra como una columna de hormigas. Cerré la puerta y me acosté en la cama. No quise prender la luz o, mejor dicho, quise esconderme en la oscuridad. Escuchaba los rumores de la calle y la música de los locales. No cesaban los disparos. Se filtraba la luz por los orificios de la puerta que despedían los faroles de gas de las aceras. Se dibujaban circulitos móviles sobre la pared y reconocí varias manchas negras que se movían de un lado para el otro. Me levanté de la cama, prendí la luz, y había más de diez cucarachas. Comencé a aplastarlas con el zapato en la mano. Unas hasta volaban de una pared a la otra, cosa que dificultaba atraparlas. Recogí una del piso después de matarlas a todas y la puse sobre la mesa. Era tan grande como mi dedo índice. La observé detenidamente y la metí entre una de las páginas de la Biblia. Volví a acostarme en la cama y me dormí con el rumor de la calle.

La ciudad me devoró en su ligereza en esa semana. Eso no era ninguna tierra prometida sino un infierno dantesco atractivo para quien recién

descubría el mundo de los placeres mundanos como yo: la pachanga, los juegos, la tomadera. Allí no había ley y jueces que quisieran trabajar en tribunales sin recibir la coima. Como dijo el poeta Rubén Darío, en una de sus crónicas sobre este país, aquí todo estaba subordinado al business. Los dólares determinaban hasta qué hora deberían marcar los relojes. Raza, religión e ideología no era lo importante, no porque todos los hombres fueran iguales, como lo propone el cristianismo y el humanismo ilustrado, sino porque los dólares circulaban de mano en mano. El lema de esta ciudad era: ¡Dime cuántos dólares tienes en el bolsillo y te diré a cuál raza perteneces! En los clubes se sentaba todo tipo de gente sin importar qué color tenías pues sobre la mesa lo que contaba eran los dólares. Jamás en mi vida había visto tanta riqueza y, al mismo tiempo, tanta pobreza. Dos caras de la misma moneda. El que tenía dólares los despilfarraba en interminables pachangas y el que no los tenía se comía sencillamente un cable.

Si nunca en mi vida me había sentido un miserable, comencé a serlo en esta ciudad que se pagaba todo tipo de lujos. Y sin darme cuenta nació en mí la necesidad de que en mis bolsillos sonaran las monedas y que cayeran unos cuantos dólares. Pero, ¿qué podía hacer aparte de predicar la Biblia y escribir poemas? ¡Nada! No tengo habilidad de negociante ni espíritu de mafioso. Por lo tanto, la única alternativa que tenía era jugar al revólver arrecho para acceder rápidamente a los dólares. El chino Li trató de convencerme de lo contrario, pero yo estaba decidido a ser millonario o morir. Después de la medianoche la gente formaba un círculo alrededor de una mesa en el restaurante del chino. Sobre la misma había un revólver que solamente tenía una bala en la rueda, es decir, que uno tenía seis posibilidades de ganar contra una de perder. Quien quería entrar en el juego debía poner mínimo mil dólares sobre la mesa. Los demás apostaban contra él. Si este ganaba cogía el dinero de todos los que apostaron contra él y si terminaba volándose los sesos cogía todo el dinero circulante el que más había apostado. Eso era la subasta de la muerte y algunas veces las apuestas sobrepasaban los cien mil dólares.

¡Vi tanta gente que puso la lengua en la mesa a causa de la necesidad de ganar dólares! Lo que no comprendía era por qué algunos no dejaban de apostar cuando ya había ganado una buena suma de dinero. Finalmente perdían la vida. Pero lo supe aquella noche que decidí jugar. No obstante, como yo no tenía más de cincuenta dólares en el bolsillo no tenía otra alternativa que cometer un crimen. Y esto fue lo que hice. Por varios días

observé a un mafioso que después de los juegos tenía siempre la manía de orinar en un callejón de Salsipuedes. Allí le di un garrotazo con una varilla de hierro y en su billetera había casi dos mil dólares. Con el dinero entré en el restaurante del chino. Estaba llenísimo con gente de dinero de verdad: traficantes, mafiosos, políticos y el embajador. La apuesta subió hasta cincuenta mil dólares. Apreté el gatillo y gané. Pude haberme levantado con el dinero pero quise ganar más dólares. Estaba hambriento. Puse todo el dinero ganado sobre la mesa y los dólares caían sobre la mesa como si fuesen hojas que se desprenden de las ramas de los árboles en los días de otoño. La apuesta subió a una suma que no me había imaginado: quinientos mil dólares. Pensé tres veces en apretar el gatillo. El chino Li me dijo que no. Me agarró del brazo para sacarme de allí y no pudo lograrlo porque estaba empecinado con ganarme esa plata. Levanté el revólver de la mesa y disparé rápidamente. Gané. Esa noche disparé siete veces y habría terminado matándome o limpiando a todo el mundo si el chino no me hubiese quitado el arma de la mano. Había perdido el sentido de lo que estaba haciendo, impulsado sólo por ganar la mayor cantidad de dólares.

Me levanté de la mesa con una fortuna en mis manos. Metí el dinero en el banco y pude haberme comprado casas, autos y toda clase de lujos. Pero no hice nada de eso, pues no tenía la necesidad. Lo que hice fue seguir viviendo en el cuartucho del hotel de Salsipuedes, esperando el día que encontraría a Mónica. El día de la cita abrí la puerta del balcón. Caía un aguacero pero Salsipuedes no dejaba de circular. Parecía una serpiente negra, que se movía sobre su cuerpo, por los cientos de paraguas abiertos. Salí del hotel y caminé sin dirección fija por la ciudad. Me dio mucho placer caminar por las estrechas calles, cruzadas por el tranvía, y comer frituras en la acera. Tomé un café en la Puñalada y me llamó la atención la Casa Miller por su forma de barco. Me quedé un tiempo sentado en el restaurante, observando a la gente, hasta que fuera la una y media de la tarde, y me hice del camino hacia el salón de baile que quedaba al frente del parque Santa Ana. Como eran quince minutos para las dos me senté en el parque.

Un Ford negro se estacionó en la acera diez minutos después. La reconocí en el asiento trasero. Cubría sus cabellos con un pañuelo blanco de líneas doradas. Él chófer era el hombre que la había sacado a bailar en el restaurante del chino. Subió al salón de baile y el chófer pisó el acelerador. Entré en el salón y la encontré sentada en el bar. Allí se jugaba billar, las

cartas y la ruleta. Al reconocerme se alegró y realicé lo joven que era, la frescura de sus mejillas, y el esplendor de sus ojos. Hablamos sobre mi estadía en la ciudad, si me gustaba o no, dónde vivía y qué quería hacer aquí. Cuando escuchó que había querido ser sacerdote soltó una carcajada y dijo que era más interesante. Le expliqué que no había arribado al servicio porque no quería y dijo que al ser adolescente estaba enamorada de un sacerdote que dejó el hábito por las tentaciones de la ciudad. Dije que lo podía comprender muy bien.

Agarró mi mano para llevarme a la pista de baile. Mientras me enseñaba los primeros pasos dijo que su marido pasaría a recogerla en dos horas para ir al hipódromo. Y si quería nos podíamos encontrar siempre en Salsipuedes y que podía visitarme a mi hotel pero todo bajo la más cuidadosa discreción pues su marido era un hombre violento que siempre lleva un revólver consigo. Aprendí rápidamente los primeros pasos y me pareció mucho más fácil de lo que había creído. Pero no era así. Ella dijo que lo más importante no era saber dominar los pasos sino mover el cuerpo con elasticidad y sobre todo con gracia. Tenía que sacar el movimiento de la cintura, suave y melódico, pues aquí descansa el equilibrio de la frágil armonía de los hombros y las rodillas. Saber marcar los pasos, pero descuidar la cintura, significa bailar como una máquina, es decir, un soldadito de plomo.

Trató de darme flexibilidad y sacarme la rudeza de la cintura con sus manos puestas sobre cada lado de mi cadera. Aprendí que si bien el baile es de cuerpo a cuerpo es muy importante no perder de vista que no tiene nada que ver con vulgaridad sino con atracción, coquetería y gusto por los movimientos. Es la expresión máxima de la fineza del cuerpo y no la ruda domesticación del ballet clásico, dominio de las leyes sobre el cuerpo, porque aquí el cuerpo muestra su intimidad. Con paciencia me enseñó los pasos, mover la cintura, y me explicó el sentido humano y vivencial de este baile que está dirigido a celebrar las alegrías y las tristezas con los refinados atrevimientos de la cintura.

Al pasar una hora y media, nos sentamos en el bar y dijo que estaría en Salsipuedes a las siete y media de la noche. Se despidió y bajó rápidamente las escaleras. Fui a la ventana para mirar a la calle. Su marido salió del auto y la recibió con los brazos abiertos. Era un hombre que le doblaba la edad, obeso y bonachón. Cuando partieron salí del salón de baile para deambular por la ciudad. Estuve en el mercado público, en el Casco Viejo, en el Chorrillo y en Ancón. Todo estaba en movimiento y todo se mezclaba: las

calles, la arquitectura y la gente. No reconocí fronteras sino invisibles puentes entre los barrios. La única muralla era la Zona del Canal, tan contraria al espíritu de esta ciudad tolerante, permisible, abierta y juguetona. Entré en varios bares y cantinas. El público era mezclado y había mujeres solas o en grupo tomando de sus vasos de ron. Volví al parque de Santa Ana y me senté en una banca para observar a la gente. Los policías se detenían en las esquinas para conversar y unos hasta limpiaban sus zapatos con los limpiabotas.

Salí del parque de Santa Ana. A las siete entré en Salsipuedes. Dos dragones chinos danzaban al compás de unos tambores, la multitud les abría paso, y encontré al chino Li en la entrada del restaurante fumando su pipa. Dijo que no se celebraba nada sino que sencillamente los dragones tenían ganas de bailar y que Salsipuedes sin los dragones no era la misma calle. A las siete y media en punto, entró Mónica con el chófer en el restaurante. Se sentó en una silla y, a partir de ese día, nos encontrábamos allí todos los días. Después de dos semanas bailaba mucho mejor en la pista pero no podía alegrarme por la presencia del chófer. Sentía que nos vigilaba. Ella dijo que no me preocupara. Como parecían las cosas su marido no la molestaba. Salía cuando quería. Mientras tanto el chino me advertía que no tomara mucha confianza, que guardara la distancia, y que si bien el chófer era su amigo, no dejaba de ser tampoco el empleado de su marido.

Dudé muchas veces, pero mi deseo hacia ella era fuerte. Era la primera vez que estaba preso del deseo, necesidad que me sorprendió, porque fue como un asalto que me tomó desprevenido. Me quitó el equilibrio de los sentidos. Allí descubrí que mi cuerpo había estado dormido por años y que ahora mi voluntad era mi cuerpo, abandonado a satisfacer su necesidad. Y entre más peligros y dudas arribaban en mi cabeza, el deseo ocupaba mucho más mi cuerpo. Bailando sentía toda su energía que me transmitía con sus manos. En los boleros su respiración caliente acariciaba mi cuello y mi corazón palpitaba fuertemente. Ponía su mano sobre mi pecho y decía que podía sentirme. Yo también sentía su calor. Me quemaba. La piel se derretía como hielo bajo el sol con el roce de las piernas y se convertía en agua salada que une los poros. Deseaba que el grupo de música solamente tocara boleros para estar juntos toda la noche, convertir en eternidad ese momento de gozo, oler su negro cabello sin pausa.

Una noche caminó hacia el chofer y dijo que quería estar sola. Que podía venir a buscarla dos horas más tarde. El chino Li dijo que esta vez las

cosas si había llegado lejos, que seguramente pararía en el cementerio, y lo mejor que podía hacer era regresar a mi vida de sacerdote. Se lamentaba de haberme traído al restaurante. <<Mil veces un sacerdote vivo que un amante muerto>>, dijo molesto. Pero sus palabras cruzaron mis oídos. El chofer se levantó del bar y salió del restaurante. Ella volvió hacia mí y dijo que la esperara en mi cuarto una media hora. Al estar en mi cuarto escuché de pronto las palabras del chino. Me pregunté en voz alta si había perdido la razón. ¿Qué estoy haciendo? Es allí que realicé el crimen que había cometido. ¿Cómo fue posible? Caminé de una esquina a la otra y ella ya estaba en la puerta cuando abrí la puerta para escapar. Todas mis dudas desaparecieron al ver sus hermosos, grandes y melosos ojos azabaches. El deseo volvió a mi cuerpo, reventándome, arrastrándome, tragándome.

Entró en el cuarto y lo miró detenidamente. Abrió la puerta que da al balcón y entraron con fuerza los rumores de Salsipuedes. <<Huele a lluvia>>, dijo girando sobre sus pies. Efectivamente, poco tiempo después, caía un aguacero. Cerró la puerta detrás de sí y puso sus ojos sobre los míos. Mi cuerpo era fuego en la semioscuridad, en el aguacero y en los rumores de la calle. Preguntó si había estado alguna vez en París y dije que jamás. No comprendí su pregunta. Dijo que desde niña quería conocer esa ciudad. <<¿Es verdad que es la ciudad del amor? Siempre he soñado en el amor, en el amor que no tengo, en el amor que no he tenido nunca. Seguro de que sería feliz en París. Lo único que sé de esa ciudad es por la literatura. Aquí en cambio solamente se piensa en dólares. Temo envejecerme sin saber qué es el amor. Siempre me pregunto cómo debe ser la ciudad del amor. Puentes, faroles, cafés, boulevards. Me imagino caminar por sus calles y abandonarme al amor. ¿Vendrías a París conmigo?>>

Se sentó en la cama y se apoyó sobre sus dos brazos. Sus cabellos caían sobre su hombro derecho y entró una ráfaga liviana de luz por la rendija de la puerta del balcón para caer sobre su espalda. Los labios se encontraron en la semioscuridad. Sombras y luces. Luces y sombras. Salió de cada poro una gota del aguacero y el calor evaporó el agua de nuestros cuerpos.

A la mañana siguiente, abrí los ojos con unas detonaciones de revólver. La puerta del balcón estaba abierta y no podía acordarme si ella la había abierto antes de partir en la medianoche. Entraba una corriente de aire. Me senté en el balcón y sentí el aroma de su perfume en mi cuerpo. Estaba feliz por una sencilla razón: ella había abierto mi camino hacia el deseo, lo inauguró con sus ágiles manos, le dio el tono liviano con su cuerpo de

porcelana. Escuché nuevamente sus palabras, el sueño de París, que no era más ni menos que el sueño del amor. Entonces me pregunté qué sueño tenía yo, si algo quedaba todavía de mi sueño, el sueño de ser poeta, el sueño de ser joven, el sueño de crear sueños con la palabra, el sueño de viajar por países desconocidos, el sueño de ser libre y el sueño del amor.

Todos los días me visitaba a las ocho de la noche. Como alguien que se detiene a ver un cuadro desde diferentes perspectivas, disfrutábamos vernos desnudos en la semioscuridad con los rumores de la calle y los aguaceros. Nuestros cuerpos eran parte de ese todo o, mejor dicho, era el dibujo variable que estaba dentro en un marco en movimiento. Las variaciones del dibujo se debían al juego de las luces y las sombras. Descubrí entonces que el cuerpo es como una ciudad, pues no es el mismo en el día y en la noche y la intensidad del placer es la conjugación de todo lo que rodea al cuerpo para envolvernos en su satisfacción. Cada poro de nuestro cuerpo era un oído por donde entraban los besos de miel. Disfrutábamos ver nuestras líneas, cada atrevimiento, cada murmullo, cada salto en el agua que se evapora.

Ya no partía antes de la medianoche sino en el alba. Y no tomaba cuidado de venir al cuarto. Sencillamente dejaba esperando al chófer en la entrada del hotel. El chino Li me hablaba en vano porque sólo tenía algo en la cabeza: encontrarla. Nuestros días comenzaban a las ocho de la noche. Nada tenía valor antes de esa hora. Nada tenía un significado aparte de nosotros dos. Sin embargo, cada día era más difícil. Su marido le ponía dificultades y no tenía más excusas. En el restaurante del chino Li no había todas las noches grupos de música.

Traté de convencerla para salir de la ciudad. Pero su marido era el único inconveniente. Según ella, nos perseguiría hasta la última esquina del mundo. Dije que estaba dispuesto a matarlo si fuese necesario y ella dijo que estaba loco. No lo estaba. Hablaba en serio. Y fue ella quien finalmente tuvo la idea de matarlo en un cuarto. Lo esperaría sentada y yo me escondería detrás de la puerta para alcanzarlo con un golpe de garrote. Después llamaríamos al chófer y lo mataríamos con la pistola del marido. Todo debería parecer que era un asunto de celos entre el marido y su empleado.

El día indicado citó al marido a las nueve de la noche en un cuarto de otro hotel en Salsipuedes. Cinco minutos para las nueve me coloqué detrás de la puerta. Ella se desnudó y se sentó en una silla y cruzó las piernas sin

quitarse los zapatos de tacones. Apoyó las manos sobre sus rodillas. Golpes en la puerta a las nueve en punto. Después del cuarto golpe giré de la manigueta y levanté el garrote en el aire. El marido dio un paso y se detuvo al borde de la puerta. Solamente podía verle la punta de sus zapatos Black & White. Un paso hacia adelante y sería suficiente para darle el garrotazo. Con una sonrisa, ella dijo que se alegraba de invitarlo al cuarto donde trabajaba como prostituta. Entre asombro y rabia dijo por qué le hacía eso a él, que le había dado todo el dinero que necesitaba y todas las joyas que había querido, y que la había sacado de la miseria donde su familia estaba, y que ella no era más que una barata muchacha con apellido. No daba el paso hacia adelante. Entonces ella dijo que cerrara la puerta. Que si quería podía acostarse a cambio de quinientos dólares, porque, en verdad, lo que él hizo fue comprar a una mujer.

Cayó una pausa que pareció cien años. Sacó la cartera de su bolsillo y comenzó a tirar rollos de dólares en la cama mientras gritaba que era una pobre puta. Sacó el revólver del interior de su saco y dio finalmente un paso adelante. Levantó el arma para disparar y le di un garrotazo en la nuca, dio media vuelta y le pegué en la frente con más fuerza. No soltaba el arma de la mano y se detonó un disparó al caer de espaldas sobre el piso. Le di varios garrotazos y me encontré con la siguiente sorpresa al detenerme: la bala la había alcanzado en el pecho. Su cabeza estaba inclinada sobre su lado derecho y un hilillo de sangre salía del borde de su boca.

Cuando escapé de Salsipuedes también lo hice de la ciudad. Pero antes de salir fui a la sede de la iglesia y ya tenían un mes de estar esperándome. Creyeron que ya había muerto y lo único que se me ocurrió decirles fue que me había perdido en el camino. Quisieron enviarme a una iglesia de la ciudad, pero insistí ir lo más lejos, distanciarme de la ciudad, olvidar todo lo que había pasado, liberarme del recuerdo de Mónica, matar mi deseo hacia ella, volver a ser un asceta, pero no por convicción sino para castigarme.

La ciudad fue mi perdición. La gente, las fiestas, la música, el calor y, por supuesto, las mujeres. Además cometí dos crímenes y sabía que era capaz de hacer todo. Sin embargo, creí que todo había sido un descarrío, un desliz, una mala jugada de mis despiertos deseos. Mi guerra personal consistía en matar esos deseos, exprimirlos, desterrarlos de mí. Ya sabía que vivir con deseos es tener una necesidad insaciable. No satisfacerlos es sufrir y satisfacerlos es caer en el círculo incansable del deseo. Imaginé ser un

hombre viejo, libre del deseo, más allá de toda banalidad terrenal y lograr mi tranquilidad interior.

Volví a la sotana. Salí de la ciudad en un pequeño bus abarrotado de gente, gallinas y equipaje. Quien manejaba era un joven muy guapo, lleno de mucha energía, y me llamó la atención lo musculoso de sus brazos y lo llamativo de sus ojos. Traté de concentrarme en la Biblia, pero el camino era pedregoso, enlodado y lleno de curvas. Miré a mi alrededor y había amplios campos. La humedad era menos penetrante y el aire tenía un olor limpio, vegetal y fresco. La luz del sol se proyectaba clara, prístina y libre. El verde tenía varias tonalidades sin dejar de ser profundo. Era un verde que se regaba sobre la superficie, combinándose juguetonamente con los troncos de los árboles, con el rojo de las amapolas y el azul del cielo. Pensé en el profeta Mahoma y seguramente hubiese encontrado aquí el jardín de sus sueños: el agua de los ríos bajaba en abundancia de las montañas. Los bohíos parecían hongos naturales, los pájaros volaban sobre las copas de los árboles y las montañas salían de la tierra como si fuesen senos voluptuosos.

Cerré los ojos y pensé que todo era un engaño de mis sentidos. No podía ser verdad lo que veía con mis ojos. Es una mentira que mis ojos fueran testigos de esa impresión. Tengo la enfermiza debilidad de exagerar las virtudes de esta naturaleza, posiblemente por las influencias románticas de algunos escritores. Una cosa es la realidad y otra es mi representación condicionada de mis ojos. No los abrí. Quise borrar internamente lo que creí haber visto, luché contra mí mismo, contra mi cuerpo, una batalla que tenía que vencer, pero todo conspiraba contra mi voluntad: los múltiples aromas, las diferentes voces y, peor aún, la necesidad de abrir los ojos para disfrutar del deseo de esa naturaleza.

Abrí los ojos al llegar a un pueblo. Bajé en la estación del mercado que estaba al lado del río y los indios llegaban en piraguas para vender plátanos, cocos, monos y papagayos. Los colores de estos pájaros eran tan puros que no pude dejar de sorprenderme. Si bien el mercado era pequeño no dejaba de ser variado. Había plantas y animales tan variados que no había imaginado que pudieran existir y me pasó lo mismo que al Almirante cuando llegó a este mundo: no tenía palabras para designar con sus propios nombres lo que veía. Es allí que experimenté que el mundo no es sencillamente el mundo de mi representación o, mejor dicho, que hay un mundo que está más allá de mi lenguaje. Las fronteras de mi lenguaje no son las fronteras del mundo. No sabía nombrar lo que olía, lo que veía y lo

que miraba. Y tampoco intenté de nombrarlo, para no engañarme con el lenguaje, sino que dejé que mis sentidos fueran sencillamente el testigo de ese mundo.

Contacté al sacerdote. Era un viejo enérgico que ya tenía cuarenta años de estar viviendo en el pueblo y había convertido la pequeña iglesia, aparte de un lugar para oficiar misas, en un centro donde la comunidad se reunía para discutir problemas hasta festejar parrandas. No cargaba sotana sino que vestía como cualquier pueblerino y caminaba descalzo. En su cuarto había tres hamacas y fumaba un tabaco hediondo. Además, tenía dos concubinas, una negra y otra india, cuyos seis hijos caminaban desnudos por la iglesia. Todo esto fueron razones para que la iglesia lo excomulgara por rebelde y dijo que yo no era el primero que enviaban para reemplazarlo. Pero, ¿quién podía hacerlo? Meterse contra él era hacerlo contra todo el pueblo. Dije que no era mi interés reemplazarlo, que de hecho consideraba una estupidez, sino que quería ir a un lugar donde podía dedicarme a misionar sin las tentaciones de la ciudad.

Me miró críticamente con sus ojos azules y me confundió con una carcajada. Dijo que me encontraba muy divertido y que no había escuchado desde hacía muchos años un chiste tan absurdo. Agarró mi mano y salimos de su casa porque quería mostrarme no solamente el pueblo, que no tenía más de quinientos pobladores, sino también los alrededores. Subimos a una colina y el pueblo estaba encerrado entre una cadena de montañas cruzado por el río. Levanté la vista y el verde de la selva se unía con el azul del cielo en el horizonte y me acordé de Sarmiento cuando describió en el Facundo la pampa argentina donde no hay punto final. Pero aquí hay una gran diferencia, porque los hombres no eran salvajes y ni civilizados, sino una especie humana que vivía en armonía con esta absoluta belleza de la naturaleza tropical.

Por la impresión, no podía articular una sola palabra y comprendí exactamente lo que había dicho el sacerdote con su carcajada. Ya había experimentado ese sentimiento de estremecimiento en el camino. Me miró de reojo y dijo que si había una tentación no era provocada ni por la ciudad ni por la selva sino que la llevaba conmigo. Hacia donde fuese la cargaba como un crucifijo y que no había escogido el lugar indicado para liberarme de esa tentación. Que mejor me hubiese quedado en Extremadura, jugando con las piedras del desierto, que haber venido a esta tierra de Caín donde Dios celebra sus orgías. <<Ya te darás cuenta>>, dijo abriendo sus brazos.

Al llegar la noche, cenamos juntos con sus dos concubinas. Sobre la mesa había sancocho de gallina y una jarra de maíz fermentado. Los seis hijos llamaban indistintamente a las dos como mamá. Ellas eran como viejas amigas, mejor dicho como hermanas, que hablaban en una lengua que no comprendía. Le pregunté al sacerdote qué hablaban y dijo que no había podido descifrar esa lengua del demonio en quince años de feliz concubinato. Que seguramente le mentaban la madre en esa lengua cada vez que había problemas. Yo las miraba con recato y sonriendo me curioseaban. <<Aquí yo soy el empleado de ellas>>, dijo él levantando el vaso de maíz. <<Muelo el café, traigo el agua y lavo la ropa en el río. No creas que tengo una vida de holgazán.>>

Ellas eran mucho más joven que él. Dije que la Biblia está llena de pasajes de patriarcas que tenían varias concubinas y volvió a confundirme con su carcajada y dijo que no se consideraba ningún patriarca, sino un pobre diablo con suerte, porque había encontrado la felicidad en el culo del mundo. Sentí envidia al escuchar la palabra felicidad. Él era feliz en el deseo, reconciliado con él mismo, y yo infeliz porque le temía al deseo, huía de mi cuerpo, un cobarde que había fracasado en su primer intento de amar el deseo.

Al terminar de cenar prepararon una hamaca para mí. No podía dormir por los mosquitos, pues tenían una preferencia por los orificios: la nariz y los oídos. Y no sé cómo lograban picarme hasta en el ojo del culo. Salí de la hamaca y se me ocurrió entrar en el río para que me dejaran en paz. Fue un extraordinario alivio y escuché maravillado los sonidos nocturnos de la selva. Allí permanecí hasta que cantara el primer gallo en la madrugada y ya los indios bajaban al pueblo en sus piraguas para vender sus productos en el mercado. Por intermedio del sacerdote, que tenía algunos amigos entre los indios, partí en una piragua río arriba antes de que el sol alcanzara el meridiano. Los hombres remaban y las mujeres estaban sentadas en el medio. Yo estaba sentado sobre la cabeza de la piragua y sentía que, mientras más nos alejábamos del pueblo, realmente abandonaba el último punto que me vinculaba con el mundo conocido. El color de la selva era más profundo, las hojas de los árboles caían sobre el río, los rayos del sol se filtraban con dificultad entre esa vegetación entreverada y absorbente. Los indios me miraban sin decir una palabra y no hice el menor intento de establecer comunicación ya que el sacerdote me había advertido que los indios eran desconfiados con los extraños y mucho más cuando entran en

sus dominios. Por lo tanto, si quería evitar problemas era mejor que no les hablara porque la mejor protección consistía en respetar la distancia, y que en esa región había comunidades que nunca había bajado al pueblo, que se mantenían apartadas, y que había una comunidad cimarronera donde había vivido diez años sin lograr construir una iglesia y que podía quedarme allí para continuar el trabajo.

El calor de la selva en mediodía es asfixiante. La humedad presiona el pecho y no te deja respirar. En algunos momentos, hay en el aire un olor a podredumbre y sentí temor por esa naturaleza exuberante. Los indios me resultaban extraños y estaba convencido de que nunca lograría conocerlos aunque tratara de aprender su lenguaje y viviera años con ellos. Ya había leído y estudiado muchas crónicas, descripciones de viajes, estudios antropológicos y había llegado a la conclusión de que todo ese importante material proyecta más el alma de occidente que la de los indios. Que los que se interesan por los indios realizan más bien una terapia cultural con sus propias obsesiones y perversiones de la civilización que representan, es el egoísmo y el egocentrismo vestido con el ropaje de la curiosidad y la mirada científica, es la detestable manía de occidente de convertir a los demás en objetos de estudio en sus laboratorios empaquetados por unos cuantos especialistas.

Remaban sin detenerse. Uno de ellos se acercó y dijo que iban a dejarme en un pueblo donde podían vivir los blancos. Entramos en un afluente del río y bajé de la piragua un tiempo después. Los indios siguieron su trayecto río arriba. Arribé al pueblo cimarronero en la tarde. Pregunté por el señor Carrizo y, al encontrarlo, dije que venía de parte del sacerdote y se estableció un rápido puente entre nosotros. Tenía muy buenos recuerdos de él. Y mientras caminábamos hacia su bohío, que estaba en medio del pueblo, dijo que la comunidad no vivía en la esclavitud. <<La esclavitud, le dije, ya está abolida desde hace treinta años>>. Se detuvo en el camino, aseguré que era cierto, y preguntó por qué el sacerdote no le había dicho nada. La noticia se regó en menos de un minuto por todo el pueblo y comenzó a celebrarse con toques de tambores y bailes. Los pobladores, si bien eran negros en su mayoría, estaban mezclados con indios. Al llegar a su bohío conocí a su mujer, madre de dieciséis niños, y me pregunté cómo una mujer podía parir tanto.

Los hombres golpeaban los cueros. La poliritmia era una conversación que tenían los tamboreros. Intercambiaban los tiempos de toque y un

tambor seguía frecuentemente su propio ritmo, alejándose de los demás, para integrarse después a la poliritmia. Cada tambor tenía la oportunidad de llevar su propio solo. Eran golpes que rompían la tranquilidad de la tarde, no se escuchaban los cantos de los pájaros, el rumor del río, el viento que se filtra entre las hojas. Es alucinante la fuerza de los brazos de los tamboreros y el impulso de sus cuerpos. No había músculo que no estuviera en extrema tensión y las gotas de sudor parecían afluentes que se unían en sus pechos desnudos, velludos y enérgicos. Sus cuellos eran macizos troncos que salían de la tierra y sus manos golpeaban el cuero nerviosamente. Nunca en mi vida había visto hombres tan hermosos cuyos sólidos tambores sostenidos entre sus piernas se enjuagaban con el sudor que caía sobre el suelo para mojarlo.

Unas jóvenes danzaban como posesionadas por el demonio. Me llamó la atención que los movimientos de baile, que había aprendido con Mónica, tenían mucho de este baile con respecto a la cintura y a los hombros. Lo único que aquí no tenía la influencia del danzón criollo. Sus cuerpos seguían los toques con una fuerza armónica en que cada músculo tenía algo que decir. Entre las que bailaban había una que la rodeaban y la cortejaban. Con sus desnudos pies levantaba el polvo y su cadera seguía el tiempo de los tambores, unas veces suavemente y otras fuertemente. Era como si los tamboreros tocaran para ella. Algunas veces se detenía y los golpes cesaban. Entonces quebraba lentamente la cintura, movía los hombros, y lanzaba el tiempo del tambor. Esto provocó un estremecimiento en mi cuerpo y me quitó el equilibrio de los sentidos. Salí de allí para evitar el arribo del deseo.

Inicié la labor misionera a partir del día siguiente. Predicaba la Biblia de bohío en bohío y trataba de convencer a la comunidad de construir una iglesia. Pero de algo me di cuenta. Me escuchaban con atención y respeto pero no daban ningún indicio de que una iglesia fuese necesario para ellos. <<Con los tambores, dijo el señor Carrizo, hablamos con los dioses de África>>. No rechazaban a Jesucristo y tampoco lo asumían. Más bien estaba integrado en su cosmogonía religiosa que era una mezcla de mitos y tradiciones negras e indígenas. Por supuesto, me interesé en comprender cómo funcionaba esa mezcla y descubrí algo importantísimo. Lo que para los occidentales son creencias y tradiciones religiosas, formas comunitarias de la identidad cultural de un pueblo, casi piezas de museo que deben ser resguardadas en los catálogos de las culturas del mundo, son para ellos

permanentes juegos de cambios, transformaciones de adaptaciones e integraciones.

Me invitaban a comer en sus bohíos. Además trabajaba con los hombres en las labores del campo pero no iba a sus fiestas. Lo que hacía era pasear por los alrededores y algunas veces me perdía en la selva. En una de esas pérdidas supe qué era lo que tanto me irritaba de esa naturaleza. Sencillamente no estaba acostumbrado a enfrentarme todos los días con la fertilidad. Por todas partes, veía la fuerza del deseo, manifestándose en su multiplicidad: inmensos árboles con raíces que parecen rabos de dragones, hojas tan grandes con las cuales podía arroparme, vegetación intensa, laberíntica y anárquica. Todo lo que esa vegetación pare es doble, exagerado, y no se cansa de vivir en el deseo. Demasiado jugo en los troncos, en las hojas y en los animales. Las aguas de los ríos y los aguaceros son torrentes inagotables de esperma y pensé que si había un Dios era este deseo que todo lo crea con su inmensa generosidad. Sin duda alguna, me sentí en medio de la creación, que no dejaba de irritarme, porque huía del deseo y entendí las palabras del sacerdote sobre esa naturaleza orgiástica que no tiene nada que ver con las tierras mesuradas, tranquilas y domesticadas.

Algunas tardes me bañaba en el río sin quitarme la sotana. Las jóvenes reían al verme. No me acercaba sino que guardaba la distancia por una sencilla razón. Una de ellas era la hija menor del señor Carrizo, la que había visto en el baile, y sonreía cada vez que nos topábamos en el camino. Sus ojos eran lunas negras. Y, sin darme cuenta, no podía seguir viviendo sin ver la esplendidez de esas lunas. Luchaba contra mí para evitarla en el camino. ¡Pero fue imposible! La cosa es que dejé de usar la sotana y me vestí como cualquier otro. Un día, después de predicar, caminaba como de costumbre por los alrededores. Crucé el río y seguí un camino. No sé cuánto tiempo ya había caminado cuando escuché un canto dulce y juvenil que se confundía con el rumor sordo de una cascada.

El canto era unas veces más lejano y otras veces más cerca. Al llegar a la cascada separé unos matorrales con cuidado. ¡Era ella! Como lágrimas de cristal, que se derriten para dibujar sus líneas, el agua caía sobre su cuerpo. Su cabello largo, acariciándole la cintura, no le cubría del todo sus espaldas y seguí la trayectoria de su columna vertebral que terminaba finamente en sus pequeñas y redondas colinas. Deseé ser el agua, recorrer sus líneas, montarme con las gotas sobre las puntas de sus senos. Salió de la cascada y

se sentó en la orilla de la afluente. Estrujó sus largos cabellos sin dejar de sacar sus pies del agua y levantó de repente su cabeza sobre su hombro derecho para seguir las piruetas de una hoja en el aire que cayó justamente delante de mí. ¡De esta manera tan ingenua quedé al descubierto!

Ya era demasiado tarde para correr. El rumor de la cascada embriagó el deseo del agua.

Las estrellas ya estaban en el cielo cuando se despidió de mis brazos. Me senté en la orilla de la afluente y creí que todo había sido un sueño, que no era yo quien había vivido ese momento eterno, y que otro metido en mi cuerpo se había aprovechado de la debilidad. Detesté mi cuerpo pero no fue suficiente; porque ahora era muy diferente y peor. En mi cuerpo no solamente había caído el deseo sino que sus lunas negras me conquistaron el alma: el amor:

Esa misma noche utilicé una liana como un látigo. Gritaba improperios y maldecía por cada azote en la espalda. Quería castigarme, oler la sangre de mi piel, despellejarme y colgarme de una rama de un árbol para que los gallinazos devoraran mi carne putrefacta. Me azoté hasta la madrugada, quinientos latigazos, y no solamente olí mi sangre sino que también la lamí como un perro. Deambulé días enteros entre esa naturaleza que odiaba. Los árboles me atrapaban y me tiraban entre sus ramas y querían ahorcarme con sus lianas. Los troncos de los árboles eran cuerpos andróginos, fornicándose a sí mismos y con los otros. No podía escaparme de esa fornicadera intensa, vulgar y pecadora. Hasta las hormigas participaban de esa fornicación y los troncos, extasiados en el deseo, liberaban torrentes de esperma. Las flores abrían sus pétalos, las plantas extendían sus hojas y los animales sacaban la lengua para recibir ese esperma que cubría la tierra con una alfombra espesa, movediza y pegajosa. Yo no era más que un juguete de los caprichos de las ramas de los árboles que, además de agarrarme y tirarme en el esperma, me masturbaban intensamente.

Al abrir los ojos estaba en una hamaca. Macabea sonrió y me acarició el alma con sus lunas negras. Recibí un beso que apenas rozó mis labios. Su aroma de coco entró en mis poros para terminar de recuperarme y al salir de la hamaca trabajaba con las mujeres en todos los deberes de casa. Lavaba la ropa en el río, fregaba platos y cocinaba. Pero como quería verla a solas, no volví a la casa al cabo de unos días para evitar sospechas. Su hermana, muy joven también, y no menos hermosa, era la intermediaria de los mensajes. Frecuentemente nos encontrábamos en la cascada, jugábamos bajo la luz de

la luna, nos untábamos con aceite de coco y disfrutábamos amarnos con nuestros resbaladizos cuerpos. Como era el mes que más llovía, octubre, nos amábamos debajo de las copas de los árboles más frondosos y no caía sobre nosotros una sola gota de agua. Ella partía antes de la medianoche.

A veces tenía un sentimiento de culpabilidad por estar completamente entregado al deseo. Cubría mi cuerpo con la sotana y evitaba de encontrarla. Pero no había nada que pudiera amarrar la fuerza del deseo de estar a su lado y recibir sus besos. No había sotana que lo impidiera. Disfrutaba ver su cuerpo desnudo en medio de esa naturaleza, ser parte del deseo universal, vivir de acuerdo al sueño de nuestro amor: libres.

Una noche trajo consigo una caja llena de crucifijos de madera. Le pregunté cuál era el motivo de hacer todos esos crucifijos y dijo que así guardaba todas las noches de nuestros encuentros. Me dio un crucifijo con su cabello y dijo que era para recordar esa noche, la más bella, porque ahora sabía que estaba encinta. El deseo iba a dar sus frutos. Un deseo incontenible que se materializó con la fertilidad de su cuerpo. Entonces el sueño del deseo, mi amor hacia ella, era más fuerte. Los poros de mi piel no eran suficientes para contar la felicidad que me embargaba.

Al escampar ya salía el alba. Había llovido casi toda la noche. Salimos del árbol y caminamos en dirección al río. Ella siempre lo cruzaba por la parte más estrecha cuyo nivel del agua era muy bajo. Y, cuando llegamos a la orilla, cientos de pájaros salían de las copas de los árboles, animales corrían y la selva rugía. Era un rugido cada vez más fuerte, devorante, y el agua del río alcanzó repentinamente mi cintura. Alcancé una rama para apoyarme sin dejar de soltarla. Creció la corriente del agua y ya la tenía hasta el pecho. Mientras más trataba de asirme de la rama, para que la corriente no nos arrastrara, era más difícil retenerla, porque nuestras manos estaban embadurnadas con aceite de coco. La corriente me la quitó y se perdió entre esas aguas arremolinadas.

Con llanto y rabia grité desesperadamente su nombre. Maldecí a esa imprevisible naturaleza que me había sorprendido por ser un ignorante. ¡No conocía sus secretos! La busqué toda la mañana y la encontré río abajo en la orilla. Muerta. La apreté contra mi cuerpo y no sé cuánto tiempo estuve a su lado, insultándome y quejándome de la mala suerte. En mi alma solamente sentía odio. La dejé donde la había encontrado y no quise regresar al pueblo. Decidí partir para siempre, alejarme de esa tierra, pues me había arrebatado mi sueño de las manos, frente de mis propios ojos, sin haber

tenido alguna posibilidad de salvarla. Si hubiese podido vengarme lo habría hecho. Tampoco fui al pueblo donde estaba el sacerdote. Sencillamente quise desaparecer y el crucifijo fue lo único que traje de ella, el día más bello, que es para no olvidarlo jamás porque la muerte no se hizo esperar.

Deambulé por muchos otros pueblos como demonio en pena. No quise quedarme en ninguno. Arrastraba mi tristeza, quería pagar mi fracaso, flagelarme con la miseria, descomponer mi cuerpo. Quise ser un leproso para que huyeran de mí, mantenerme lejos de la ciudad y de la selva, expulsado. Como un mendigo pedía limosnas en las casas, en los mercados y en las fiestas. En menos de tres meses perdí veinte kilos de peso. Era solamente hueso sobre dos piernas. Desaparecieron los pómulos de mi cara y la sotana era un trapo desgarrado y hediondo. En mis manos llevaba el crucifijo y me azotaba con la liana que llevaba enrollada en el cuello.

Pensé muchas veces en matarme. Liberarme del dolor del alma. Pero no lo hice. Quise prolongar mi miseria, sufrir lo más que podía, desterrarme en el fuego. Y prometí con toda la fuerza de mi voluntad que me humillaría hasta lo más profundo para vengarme del deseo. Extirparlo de mi cuerpo. En la ciudad tomaba del agua estancada de los charcos de las calles. Entre más sucia y pestilente, mucho mejor. Es más, cosa que ni hacen los mismos perros callejeros, tomaba agua del río que desagua la mierda de la ciudad. Con la boca cogía pedazos flotantes de mierda y al estar saciado metía el dedo en la garganta para vomitar y volvía a comer la inmundicia. Tenía sarna en la piel, perdí casi todo el cabello, y en mi cabeza había llagas hediondas de pus.

Había semanas que no comía absolutamente nada. Vencí la necesidad de comer y comencé ir al crematorio para encontrar a los gallinazos. Estos animales me fascinaban por su manera de devorar. Yo parecía un gallinazo descolorido con mi sotana y con mis dientes desprendía pedazos de carroña de los cadáveres. Al igual que los gallinazos prefería las partes más blandas como los traseros y el vientre. Metía toda la cabeza en el vientre del cadáver y cuando tenía suerte sacaba los intestinos. Otras veces sacaba de los culos pedazos de mierda humedecida. Lo que más devoraba eran perros, caballos del hipódromo y cerdos. Para variar de menú atrapaba grasosas y peludas ratas de agua y me las comía de un tirón. Los gallinazos estaban acostumbrados a mi presencia y creo que me admiraban por mi manera de devorar. Cuando rodeábamos a los cadáveres hacían plaza para mí y no intentaban de quitarme los pedazos de carroña de la boca.

Un día llegó un carro al crematorio. Dos hombres se bajaron del mismo y sacaron una bolsa grande del maletero. Los gallinazos comenzaron a saltar sobre sus dos patas y despedían histéricos alaridos. No comprendía cuál era el motivo del tumulto. Corrí detrás de los gallinazos y me di cuenta por qué estaban alterados: carne humana. Perforaron la bolsa. Llegué a la conclusión de que era su manjar preferido por la manera agitada y arrazante con que se lanzaron sobre el cadáver. Quería decir que no era la primera vez que comían cadáveres humanos. Lo codiciaban. Me abrí paso entre los gallinazos y, para mi sorpresa y desgracia, reconocí que era Mónica.

Me lancé furioso contra los gallinazos. Recibí picotazos en los brazos y en las piernas. La levanté sobre mis hombros y logré sacarla de allí. Ella tenía doce picotazos en el estómago y dos en las mejillas. En el dedo gordo del pie colgaba un número de la morgue. Me pregunté por qué no le había dado cristiana sepultura sino que la dejaron en el crematorio. Esa misma tarde la enterré bajo la sombra de un árbol de almendras. Después de estar sentado dos días al lado de la tumba, pensé que el único que podía explicarme lo ocurrido era el chino Li.

Crucé el crematorio y entré en la ciudad. La gente se apartaba de mi camino. Me miraban con asco y desprecio. Es allí que me di cuenta que me había acostumbrado a mi situación. En el crematorio no era un extraño. La gente que allí encontraba me aceptaba y vivía a mis anchas entre los gallinazos. Pero ahora los niños me molestaban con insultos y me tiraban piedras. Repentinamente me sentí muy enfermo. Pero estaba satisfecho por dos razones: había logrado humillarme y me detestaba. No necesitaba que los demás me rechazaran. Yo mismo me repelaba en mi asquerosa piel. Los kilos que tenía se debían a la carroña y era una inmundicia caminando.

En Salsipuedes tenía para mí solo las aceras. Nadie quería rozarse conmigo. Evitaban de mirarme por mucho tiempo. Llegué al restaurante del chino Li y cogió una escoba para quitarme a palos de la entrada y, antes de dar el primer golpe, me reconoció con sus ojos abiertos. Bajó la escoba lentamente. Pronunció mi nombre y la gente salió del restaurante cubriéndose la nariz con pañuelos. El grupo de música dejó de tocar y le dije que vivía en el crematorio entre los gallinazos. Y que allí había encontrado el cadáver de Mónica. Me explicó que su familia, al saber que la encontraron muerta en Salsipuedes, negó reconocerla para evitar la vergüenza de tener una hija que se había casado con un mafioso y que era puta. No la enterraron en el cementerio por miedo de la prensa. Es así que

lo más sencillo fue dejarla allá, en las afueras de la ciudad, en el crematorio y así se olvidaba lo ocurrido. Caí desmayado sobre la mesa.

Al abrir los ojos estaba en el hospital. Monjas me atendían. Todo el cuerpo estaba cubierto de paños y las llagas de la cabeza no estaban curadas a pesar que no expulsaban pus. Olía a alcohol y a nitrato. Una monja me dio el crucifijo que había encontrado en el bolsillo de la sotana y lloré al tenerlo entre mis manos. Mirando a través de la ventana, veía a Macabea todas las noches frente de mí: su tierna y suave piel. Su muerte me quitó definitivamente la felicidad. Estaba excluido. Ya caminaba mejor en el parque del hospital y sentado bajo las copas de los árboles respiraba la fragancia de ella.

Un superior eclesiástico me sorprendió con su presencia y dije todo lo que me había pasado. Mis dudas, mis sueños y mis fracasos. De él fue la idea que me dedicara al oficio de hermano en la escuela. Allí no realizaría obligaciones religiosas y tendría más libertad para mí. Y desde hace treinta y cinco años no he hecho otra cosa que cuidar, vigilar y enseñar religión a los estudiantes. ¿Qué más podía aspirar en mi vida? Estaba muerto. Sin sueños. Solo el recuerdo de Macabea, su infinito amor, ha llenado y llena mi corazón. Pero, sin embargo, no he dejado de castigarme. Con cada año que ha pasado he subido cinco kilos de peso. Mi obsesión ha sido eliminar mi cuerpo en la grasa, esconderme, no reconocer mi deseo: detestarme. Y si Dios me quitó el amor, entonces, toda mi vida debería convertirse en un calvario. Sí, un calvario debería ser mi propio cuerpo, alcanzar a Dios por el camino de la destrucción del deseo, descifrando cada poro de mi piel, descubriendo cada secreto de la naturaleza que me quitó a mi amada por la ignorancia. Y ahora tengo a Dios en mis manos, puedo mover el cielo y la tierra, controlar y determinar el deseo, construir o destruir el mundo, pero con todo este infinito poder me he dado cuenta de algo terrible: mi vida ha perdido definitivamente su sentido. ¿Qué puede justificar tener todo el poder de la tierra si la crueldad seguirá rigiendo nuestros impulsos? No puedo crear la felicidad. No puedo crear el amor como cuando un jardín se llena de rosas.

7

Al terminar agarró mis manos y dijo que se sentía más tranquilo. Dije que vendría el día siguiente para leer unos poemas. En el camino hacia la casa tenía sus frases en mi cabeza, las imágenes, las lágrimas sobre sus mejillas, los movimientos de sus manos y las pausas de sus palabras. Ahora lo veía con claridad. Pero justamente por esto no era el mismo en mis ojos. Era otro. Me había revelado su vida. Y comprendí el camino que recorría. Su conclusión me llenó de temor, su aspiración absoluta, que solamente aumentaba su frustración. Hubiese preferido que no aspirara a cambiar el mundo, para que siguiera vivo, que no hubiese aspirado a tener todo ese poder que le mostró las fronteras de lo que podía realizar, que no hubiese aspirado a que el mundo se llenara de amor, aunque es lo más hermoso que se puede soñar, y que mejor se hubiese retirado como un tigre salvaje en las montañas.

Y como si cayera un rayo del cielo me acordé de lo que había contado mi abuela sobre su hermana muerta y muchas cosas coincidían con lo que había escuchado del Chivo Eléctrico: la región, los crucifijos, el río y los nombres. Mi abuela tiene el apellido Carrizo y su hermana se llamaba Macabea. No podía ser otra que ella. Estaba tan ensimismado en la pregunta de si era conveniente decirle a mi abuela que el Chivo Eléctrico vivía, que no me di cuenta que la policía ya recorría las calles con sus sirenas. Era la batida. Tardíamente comencé a correr. Ya tenía detrás dos policías. Corrí por varios callejones y no estaba muy lejos de One Way. Solamente tenía que llegar allí y con seguridad no me atraparían porque los callejones son laberintos que conocía muy bien. Los policías estaban más cerca de mí y uno logró agarrarme por el zapato justo cuando iba a saltar sobre un muro. Logré zafarme y caí en el patio. Solamente necesitaba saltar sobre otro muro y estaría en One Way pero un policía gritó que dispararía si no me detenía. Entraron en el patio y recibí con la pata del revólver un golpe en la cabeza que me tumbó en el piso. Revisaron la maleta y como sólo encontraron libros y papeles se enfurecieron más y comenzaron a darme patadones. El que me dio el golpe con el revólver dijo que era suficiente y me levantó del piso por los cabellos.

Recibía patadas en el culo mientras caminaba hacia el camión. Se reían y me insultaban. Con un pescozón entré en el camión y ya había atrapado a siete. No conocía a ninguno porque éramos de diferentes barrios. Teníamos

casi la misma edad y el más pequeño no era mayor que Salao. El miedo estaba en nuestros ojos. El camión se detuvo y un policía gritó que ahora sí iban a atraparlo. Por la resistencia, que este oponía, le cayeron más de cinco para controlarlo. Lo patearon en el piso, le dieron golpes con las patas de los revólveres, lo levantaron inconsciente del piso, y lo tiraron en el camión. Era Cabeza de Plomo.

Nos llevaron a la prisión de menores. Nos bajamos del camión sin dejar de recibir pescozones y patadones. Entramos a un cuarto ancho, con tres sillas, y formamos una hilera. Gritaban que iban aplicarnos el ferrocarril para hacernos hombres. Ninguno de ellos cargaba uniforme sino que estaban vestidos de civil. El jefe era un hombre musculoso cuyos brazos estaban llenos de tatuajes. Llevaba un revólver en la cintura, lentes de sol, y metía la mano derecha entre las piernas para apretarnos los huevos. No había uno que no gritara por el dolor. Cuando llegó a mí levantó su brazo para mirar el reloj y dijo cómo era posible que estuviera con uniforme escolar a esas horas de la noche. Que si en mi familia no me lo había dicho, aquí me lo enseñarían a golpes. Apretó mis huevos y sentí una corriente eléctrica de dolor que me sacó las lágrimas.

En una pared colgaba un cuadro del General de turno. Lucía medallas en su chaqueta y hacía el saludo militar. Era el mismo cuadro que aparecía en los cuadernos escolares, en pancartas y en los edificios públicos. Había recién venido de una conferencia de la Organización de Estados Americanos, donde había logrado el apoyo de los presidentes, para un tratado del canal que debería negociarse con los Estados Unidos. Los medios de comunicación lo alababan como el hombre que realizaría las aspiraciones y los sueños de todos los panameños. Al fin, la nacionalidad panameña tenía su mejor portavoz en el mundo, luchando contra una gran potencia, imponiendo respeto para nuestro pequeño país, porque éramos dignos de ser tratados como una nación independiente y soberana. Debajo de la foto estaba escrito en rojo: <<Todo por la Patria.>>

Debimos desnudarnos. Después de ser fotografiados nos metieron en una celda húmeda, hedionda a excremento y orine. No tenía ventanas. Un bombillo amarillento colgaba del techo. Pendulaba. No podía articular una sola palabra, porque sabía por boca de otros lo que era la prisión de menores.

Escuchábamos gritos de dolor y carcajadas cada vez que se abría y cerraba una puerta. Saltábamos con cada portazo. Estábamos en la primera

planta y los ruidos venían de abajo. Alguien dijo que solamente quería a los recién llegados. El jefe pasó por la celda y arrastraba a un joven que tenía las piernas ensangrentadas. Lo tiró en la celda de al lado, gritaba que éramos maricones, y que si quería se culeaba a todo el país. Entró a la celda donde yo estaba y preguntó si había algún voluntario para el ferrocarril. Esperó un rato y dio un suspiro de fastidio. Dijo que si no había ningún voluntario entonces tenía la penosa obligación de escoger a uno. Levantó su brazo y cayó su dedo índice sobre mí.

—Los estudiantes son la reserva moral de la patria. Es tu turno, maricón.

Salté de donde estaba y corrí para salir de la celda. Metió una zancadilla que me tumbó en el piso. Agarró mis cabellos y quiso sacarme con toda su fuerza. Hasta con mis uñas traté de asirme del piso pero me dio un golpe en el estómago que venció mi resistencia. Solamente reía y dijo que yo le gustaba más porque estudiaba en una escuela privada para niños que tienen plata. Cabeza de Plomo se levantó y le dio un golpe con su cabeza. Lo tumbó. Rápidamente sacó el arma y le puso el cañón en la punta de la nariz. Dos tipos entraron y golpearon a Cabeza de Plomo hasta dejarlo inconsciente.

Nos llevaron en el cuarto donde salían los gritos. No tenía ventanas. El jefe agarró a Cabeza de Plomo y lo golpeó en la frente con la pata del revólver. Le bajaron los pantalones y lo acostaron boca abajo sobre una mesa. Le abrieron las piernas y con toda la fuerza el jefe le metió el cañón el culo. <<Es para inaugurarlo>>, dijo él. Uno por uno lo violó y, entre los violadores, estaba el padre de Metralleta.

—Mira quién está aquí, hijo de puta —dijo agarrándome por los cabellos. El ferrocarril es también para ti.

Levantaron a Cabeza de Plomo de la mesa y lo tiraron en el piso. No volvía en sí. El jefe metió el cañón en la boca y comenzó a gritarle que abriera los ojos. Le dio dos patadas en el vientre y no salía nada de Cabeza de Plomo. Dio dos pasos hacia atrás y gritó que se dejara de ahuevasones. Que se levantara del piso. Perdió el control y volvió sobre el cuerpo inmóvil para patearlo indiscriminadamente. Después caminó hacia mí y recibí un golpe en el estómago. Caí de rodillas en el piso.

—No has visto nada —dijo poniéndome el cañón sobre la nuca. Oyes lo que digo, maricón.

Volvió sobre Cabeza de Plomo y dijo que lo llevaran al auto.

— ¿Y que vamos hacer con el hijo de la periodista? ¿No vamos a aplicarle el ferrocarril?

El jefe se detuvo. Lentamente giró sobre sus pies, y dijo:

— ¿Qué has dicho?

—Hay que aplicarle el ferrocarril.

—Sí, claro. Pero ¿qué has dicho? Escuché el hijo de la periodista, maricón.

— ¿Qué pasa? Es un hijo de puta de la oposición. La revolución se lo va a culear. ¡Viva el General!

—Maricón de mierda. ¿Por qué no abriste la boca antes?

— ¿Qué pasa contigo? ¿Desde cuándo te preocupas por eso?

—Pero ahora es diferente, maricón.

— ¿Cuál es el problema?

El jefe le rompió la nariz con la pata del revólver. Lo agarró por el cuello de la camisa y lo tiró contra la pared. Le dio dos trompadas que lo tumbaron en el piso y después lo pateó sin dejar de repetir que era un maricón.

— ¿Cuál es el problema? Te vas a dar cuenta, maricón.

Dio la vuelta. Vino hacia mí y me agarró por los cabellos. Levantó al padre de Metralleta por la camisa y dijo que preparara un auto. Me esposaron y vendaron mis ojos. Al cadáver, lo metieron en el maletero del auto. El jefe estaba al lado del padre de Metralleta, que llevaba el volante. Al lado mío, había un tipo que tenía la voz muy nerviosa. Preguntaba qué iban hacer conmigo. Comencé a gritar cuando el jefe dijo que me liquidarían. Que no estaba en el auto para ir al cine. El tipo quiso bajarse del auto.

—Tú no vas a ningún lado. Aquí te quedas, maricón.

Dos, tres, cuatro, siete detonaciones. Lo acribilló. La cabeza del tipo cayó sobre mis piernas y grité más fuerte. Del choque saltaba en el asiento y con un esparadrapo me vendaron la boca. El carro se detuvo y me bajaron del mismo. Sabía que estaba en el crematorio por el olor a basura y a carroña. Dejaron los cadáveres allí y escuché los alaridos de los gallinazos. Caminamos un tiempo y sentí la punta del revólver sobre mi frente. El padre de Metralleta me agarraba por la espalda. La respiración del jefe estaba agitada. La punta del revólver se movía nerviosamente sobre mi frente y aquél gritaba que apretara el gatillo. El jefe levantó el revólver y gritó que era él quien tomaba las decisiones. Volvió a colocar el revólver en

mi frente. Apretó el gatillo siete veces pero el arma estaba descargada. Buscó inútilmente más balas en sus bolsillos y fuera de control tiró el revólver y le preguntó al padre de Metralleta si cargaba su arma.

—Es imposible. ¿Cómo vas a olvidar el revólver? Eres realmente un imbécil, maricón.

El padre de Metralleta dijo que me podían matar a golpes y el jefe dijo que no. Entramos nuevamente en el auto y me quitaron las vendas de los ojos y las esposas. Y mientras el jefe pensaba qué hacer conmigo me di cuenta que había un revólver debajo de mis pies. Había sido el arma del acribillado.

El jefe dio la vuelta en el asiento para mirarme, y dijo:

—Te voy a dejar en la calle. Si dices algo mato a tu madre y a ti. Me entiendes, maricón.

—También tiene un hermano.

— ¿Un hermano? A él también lo mato, maricón.

Le dijo al padre de Metralleta que se detuviera. Y disparé tres veces antes de que este pusiera el pie sobre el freno. Las detonaciones me lanzaron contra el respaldar de la silla y el jefe rompió el parabrisas con la frente. El nervioso padre de Metralleta se volvió sobre el asiento, y dijo:

— ¡No dispares! Sabes que soy tu vecino. El padre de tu mejor amigo.

— ¡Déjame en One Way!

—Todo es un malentendido. Es una broma. Perdimos sencillamente el control por el alcohol. Solamente te queríamos dar un susto.

— ¡Déjame en One Way!

Extendí el revólver y pisó sobre el acelerador. Reía nerviosamente. Dije que frenara y bajé en una calle paralela a One Way. Boté el arma en la basura y lo que hice fue coger un bus para ir a la casa de mi abuela paterna. En el camino realicé todo lo que había sucedido. Era imposible que algo semejante pudiera ocurrirme y que hubiese matado a alguien. Pensé que estaba en medio de una pesadilla. Miré mis manos y las metí en el bolsillo. Quería esconderlas. Me sentí un criminal como cualquier otro y me pregunté por qué no le disparé al padre de Metralleta. ¿Por qué lo dejé vivo?

Tratando de encontrar una respuesta ya el sol aparecía en el horizonte. Amplios campos verdes se descubrían frente de mis ojos y me acordé del Chivo Eléctrico. Del rocío de la madrugada y de la exuberancia de la naturaleza. El chofer manejaba por los caminos estrechos y evitaba los

huecos de la calle de asfalto. Era un viaje en zigzag. Algunas veces caíamos en huecos y saltábamos sobre los asientos como si estuviésemos en un trampolín. Después que salió de un hueco se paró el motor del bus. Según el chófer, todos teníamos que bajarnos del bus para que el motor tuviera menos peso. El motor no se prendió con tres intentos. Esperamos quince minutos para que el motor descansara. Con el cuarto intento se prendió el motor. Riéndose el chofer dijo que lo perdonaran, que los huecos son como las mujeres celosas, porque nos atrapan siempre con la mano en la masa. Y uno de los pasajeros dijo que arreglarían la carretera con la represa. Que desde hacía años todos los partidos prometían arreglarla. Que además prometían agua potable y electricidad. Y que apenas llegaban al gobierno se olvidaban de todo lo que había prometido. <<Ahora está la revolución, dijo cambiando de puesto, y este país se va a arreglar>>. El chófer pisó el freno y lo miró por el retrovisor. Abrió la puerta del bus y dijo que se bajara. Que en su bus no viajaba. El pasajero se negó pero no tuvo más remedio que bajarse por la insistencia del chofer. El malhumorado chofer cerró la puerta y pisó el acelerador.

—Carajo, este país está lleno de huecos —dijo el chofer llegando al pueblo.

Fueron dos horas de camino. Al llegar al pueblo caminé hacia la casa de mi abuela y toqué tres veces la puerta. No estaba. Subí al balcón y me senté en la mecedora. Desde allí tenía una vista general del pueblo. No había muchos árboles y ya no existían muchas casas de madera. En su lugar había casas de cemento. Camiones levantaban el polvo a su paso y los caballos ya no trotaban entre las calles. Escuché unas voces que se acercaban y me levanté de la mecedora. Un grupo de mujeres bajaban de una loma con taburetes de ropa sobre sus cabezas. Reconocí a mi abuela entre ellas. En el camino se separaban y entraban a sus casas. Bajé del balcón, para encontrarla en el patio y, sorprendida por mi estado físico, dejó el taburete de ropa en el suelo. Dijo que tomara un baño con la bomba de agua y que me daría ropa. Al terminar, preguntó qué me había pasado. Que parecía como si un auto me hubiese atropellado.

—El bus se dañó en el camino y ayudé al chofer a repararlo.

Esa respuesta me pareció la más estúpida que podía decirle. Pero no se me había ocurrido otra inmediatamente.

— ¿Cuál bus? Conozco todos los buses que llegan a este pueblo. ¿Cómo se llama?

—El Chepano.

— ¡Ah! El bus del viejo Jacinto. Sabes que ese fue el primer bus que llegó aquí. El pueblo lo celebró con una fiesta que duró una semana. Hasta sacaron a San Cristóbal de la iglesia para zarandearlo de tal manera que casi termina ahogado en el río. El viejo Jacinto es uno de mis mejores amigos pero con ese bus comenzó a joderse este pueblo. La gente ya no quería montarse en los caballos. Hasta querían ir en bus para comprar pan a la vuelta de la esquina.

Hablaba mientras sacaba ropa de una gaveta. Puso pantalones y camisas sobre la cama. Cerró la gaveta y se sentó sobre la cama.

—Pero este pueblo no es el mismo sin ese bus —dijo levantando un pantalón con sus dos manos. El alcalde quiere que lo saque de circulación porque dice que hay mejores modelos que sirven para promover el turismo. ¿Te das cuenta? No sé qué turistas van a venir a este pueblo. Al menos que crean que la represa es un lago natural. Ahora los ríos son tan chiquiticos. No hay ni caimanes. Han acabado con todo. Prueba este pantalón y la camisa.

Ella salió del cuarto y bajó a la cocina para preparar café. Al subir me miró de arriba a abajo, y dijo:

— ¿Qué edad tienes muchacho? Esa ropa te queda pequeña.

—Diecisiete años.

— ¿Diecisiete años? Esa ropa la usó tu papá cuando tenía veinticinco años.

Me quité la ropa y volvió a poner la ropa en la gaveta. Abrió otra gaveta y sacó un pantalón y una camisa. La ropa me quedaba perfectamente. Se puso los lentes para verme mejor.

— ¡Date la vuelta! Ajá, está muy bien.

Abrió el armario y sacó un saco de lino blanco. Me puse el saco. Esta vez se sorprendió y no dijo una sola palabra. Le pregunté qué le pasaba, y dijo:

—Eres tan alto como una jirafa. Lo mismo que tu abuelo. Él se veía muy guapo con ese traje. Quédate con esa ropa. Seguro de que estaría de acuerdo.

—Estos zapatos también le pertenecían. ¡Pruébatelos para ver!

Probé los zapatos y pasaban como si hubiesen sido hechos para mí.

— ¡No puedo creerlo! —dijo mi abuela saliendo del cuarto. ¡No puedo creerlo!

En el patio le dio de comer a las gallinas, a los gatos y a los perros. Me acerqué al espejo y me di cuenta que realmente era una jirafa. Y realicé que no era un adolescente y que había aprendido muchísimo en poco tiempo. Y al preguntarme qué significa ser un adulto no pude dar ninguna respuesta. ¿Acaso ser adulto es matar? Lo que había pasado me mostró, en palabras del Chivo Eléctrico, la crueldad. Una crueldad en la que participé al dispararle al tipo. Pude haber salido huyendo del auto, pues, al fin y al cabo, yo era el único que tenía un arma. Pero no lo hice. Lo que hice fue aplicar la ley del más fuerte, la ley de la venganza, la ley del castigo, o, como diría el Chivo Eléctrico, la ley del absurdo. Matándolo le di la razón, lo justifiqué en su manera de ser, y quedé manchado con su sangre.

En el desayuno le dije a mi abuela el motivo de mi llegada. Escuchó atentamente y dejó lentamente la taza de café sobre el plato. Movió su cabeza negativamente y preguntó por qué le había contado eso. Que, si bien tenía a su hermana viva en el recuerdo, ahora todo estaba desenterrado. Se apoyó sobre el respaldar del asiento, y dijo:

—No puedo creer que esté vivo. ¿Cómo no lo he sabido todos estos años?

Dije que me dejara ver el cuarto donde estaban los crucifijos porque quería estar seguro. Se levantó de la silla, descolgó las llaves de la pared, abrió el candado, y prendió el bombillo. Entramos en el cuarto. Miré cada crucifijo con atención.

—Es el mismo crucifijo que tiene el hermano Gonzalo.

— ¿Cuál?

—El que tiene cabello.

Descolgó el crucifijo de la pared. Sus manos le temblaban y cayó sobre una silla.

— ¿Dónde está él?

—En el hospital.

—Vamos a verlo hoy mismo —dijo levantándose de la silla. Pero también hay que llamar a tu papá.

Subió rápidamente a su cuarto y se vistió como si fuese domingo para ir a la iglesia. En la oficina de correos llamamos a Ernesto y mi abuela dijo que quería verlo a las cinco de la tarde en el hospital. Llamé a Berta y recibí una insultada al escuchar mi voz. Me había buscado toda la noche y había estado en la prisión de menores. Le dijeron que nadie que tuviera mi nombre había estado allí. Se tranquilizó al hablar con mi abuela y dijo que

también vendría al hospital. Rápidamente fuimos al mercado y alcanzamos el bus del viejo Jacinto que partía hacia la ciudad y al sentarse, dijo:

—Evita los huecos, Jacinto. Que hoy es el día que Dios se va a emputar conmigo.

No la comprendía. ¿Qué tenía que hacer Ernesto con el Chivo Eléctrico? Sin embargo, no me atreví a preguntarle. Apretó la cartera fuertemente sobre sus piernas. De repente, volvió su acostumbrada ligereza y sonrisa sobre su rostro.

—No es para que me preocupe tanto —dijo agarrando mi mano. Si Dios decide castigarme que lo haga. Seguro de que cuando esté muerta no me voy a dar cuenta del castigo.

Me pregunté si esa manera críptica de hablar era típica de los viejos. Mientras sonreía con cualquier cosa, que se le presentaba en el camino, el viejo Jacinto se preocupaba por no caer en los huecos. Esta vez tenía a un joven que decía dónde estaba cada hueco. Que girara hacia la izquierda o hacia la derecha, que bajara la aceleración o que frenara. Quedé sorprendido cuando mi abuela dijo que Jacinto era ciego.

— ¿Verdad? Con él vine al pueblo y no parece ciego. Que caiga en algunos huecos es algo normal. ¿Y la gente sabe que está ciego?

— ¡Todo el pueblo! Desde cuarenta años hace el mismo recorrido. Cuatro veces por día. En los huecos que cae es porque ayer no estaban.

— ¿Y nunca ha tenido un accidente?

—Jacinto —dijo mi abuela con voz alta. Mi nieto pregunta si alguna vez has tenido un accidente en el camino.

— ¿Accidentes? ¿Accidentes en el camino? Jamás. Los únicos accidentes que he tenido son con las mujeres. Me han tratado mal.

— ¡Por bandido! Siempre te portabas mal, Jacinto. Con todos esos viajes que hacías a la ciudad. ¿Qué mujer iba a creer que el bus se dañaba en el camino?

El joven le dijo que girara hacia la derecha para no caer en un hueco.

—Pero ya estoy tranquilo, vieja. Que sepa solamente vas a la ciudad los viernes pa’ bailá ¿Y qué vas hacer?

—Arreglar cuentas con el destino.

Giró hacia la izquierda para evitar otro hueco, y dijo:

—Cuando joven tú abuela era la mujer más bella. Tremendo pastelón. Perdóname vieja que hable así. Pero sabes que es verdad, ¿no es cierto? Y la hermana. Ella botaba la pelota del estadio por lo bonita que era.

— ¿Te acuerdas de ella?

—Niiiiiiñaaaa, ¿cóooomo no me voy acordarrrrr? Me acuerdo cuando bailábamos en la montaña. No había negro que no estuviera enamorado de esa princesa.

Entramos en la ciudad. Puse más atención ahora que sabía que Jacinto era ciego. Tenía más de dos orejas. No había pito que no escuchara y sabía en cuántos semáforos tenía que parar. Contaba los minutos y pisaba el acelerador para seguir lentamente su camino. Al llegar a la piquera, tomamos un taxi que nos llevó al hospital. Mi abuela perdió otra vez su ligereza y apretó la cartera en sus manos.

Pregunté por el médico en la recepción. Al venir, dijo que había empeorado el estado del hermano Gonzalo como había mejorado, repentinamente. No sabía cómo explicarlo. Subimos al piso y entré en el cuarto. Mi abuela permaneció afuera porque le dije que quería hablar primero con él. Efectivamente, el cansancio estaba en sus ojos. Tomé la silla y me senté a su lado. Agarró mi mano y liberó una sonrisa. Dijo que quería despedirse de mí, que ya era tiempo de partir, y que podía leer uno o dos poemas. Dije que los había olvidado. No importa, dijo él, me voy con el recuerdo de todos tus poemas. Me miró detenidamente y dijo que el traje me quedaba muy bien.

—Era de mi abuelo. Según mi abuela tengo un parecido con él. Dice que soy una jirafa.

— ¡Levántate! Quiero ver si es verdad lo que ella dice.

Me levanté. Giró su cabeza. Me miró de arriba a abajo y cerró el ceño repentinamente, y dijo.

— ¿Dónde conseguiste ese traje? ¿Quién te lo dio?

—Mi abuela.

— ¿Tu abuela?

No comprendí por qué estaba tan agitado tanto por el traje.

—Sí, ella. Hoy he venido con ella. Quiero darte una sorpresa.

— ¿Qué? ¿Una sorpresa? ¿Cuál es el apellido de tu abuela?

—Carrizo.

Su rostro se enrojeció. Sus manos le saltaban por los nervios. Salí del cuarto y mis padres ya había llegado. Salao estaba también allí. Mi abuela entró en el cuarto y cerró la puerta. Me senté en el medio de mis padres y Berta preguntó de quién era ese traje que me quedaba muy bien. Y Ernesto dijo que ese traje nunca lo había usado mi abuelo.

—Tampoco usaba esos zapatos —dijo levantándose del asiento.

Berta y Ernesto no intercambiaban una sola palabra. Él estaba al lado de una ventana y no quería acercarse. Evitaba la proximidad de Berta. Ella preguntó la razón por qué mi abuela nos había citado a todos allí. Abrió la boca de sorpresa cuando dije que podíamos considerar al Chivo Eléctrico como un pariente lejano. Que había sido el novio de su hermana muerta. Preguntó si el Chivo Eléctrico sabía que yo era el nieto de la hermana y dije que para él mismo es una sorpresa.

—Cosas como estas no hay solamente en telenovelas —dijo con una sonrisa.

El médico estaba sentado al lado de nosotros. Había escuchado con mucha atención toda la historia y preguntó por qué Ernesto estaba allí.

—Sencillamente quiere que lo conozca —dijo Berta. Seguramente tu abuela no quiere dejarlo morir sin que se sepa que tiene una familia.

—No creo —dijo Salao con su manera pícara de sembrar la duda. Aquí hay gato encerrao.

Ernesto se acercó y se sentó al lado del médico. Se saludaron. Ellos eran de la misma generación. Ernesto se quejaba de que había dejado unos clientes para atender en su oficina. Que no podía quedarse más tiempo.

— ¿Qué tengo que hacer yo con el Chivo Eléctrico? —dijo levantándose de la silla.

Justo en el momento que Ernesto se disponía a partir, mi abuela salió del cuarto y dijo que entráramos todos al cuarto. El Chivo Eléctrico levantó la mirada, no le quitaba a Ernesto los ojos de encima, y mi abuela, dijo:

—Quiero decirte algo Ernesto. Te acuerdas del día que conté sobre mi hermana. Que se murió ahogada en el río.

—Sí —dijo Ernesto con voz presionada. ¿Qué tengo que ver con eso?

—Mucho. Ella no se murió en el río. Sobrevivió. Pero murió cuando tú naciste.

— ¿Qué? ¿Qué quieres decir? —dijo Ernesto apoyándose contra la pared.

— ¡Yo no te parí!

Todos quedamos con la boca abierta. Pelotones de saliva se enroscaron en mi garganta y quedé paralizado. A Ernesto se le consternaron los ojos y tartamudeando, dijo:

—Entonces, ¿quién me parió?

—Mi hermana, Macabea. Mi marido y yo te tomamos cuando tenías apenas un mes. Lo hice porque eras el hijo de mi querida hermana. Para ti fui una madre como seguramente lo hubiese sido ella. Te he tratado como si hubieses sido un hijo de mi propio vientre. No más ni menos que mis otros hijos. Y mi marido también te trató de la misma manera. Con todo su amor. Quise decírtelo muchas veces pero he creído que no tiene sentido. Madre no es la que pare sino la que cría. Pero ahora eres un hombre que se ha casado y tiene dos hijos. Tienes la madurez para saber la verdad. Quiero que me perdones si te lo he dicho muy tarde.

— ¿Por qué me lo dices ahora?

Todos seguimos la mirada de mi abuela que cayó sobre el Chivo Eléctrico.

—Porque aquí está tu padre.

Abrimos más los ojos. Ernesto casi se cae en el piso a dar un mal paso. Se apoyó con una silla.

Ella giró sobre su silla y me miró.

—Este hombre es tu abuelo —dijo agarrándome de la mano. Esto nunca se habría aclarado sin ti. Ahora comprendes cuando dije que eras tan grande como tu abuelo. Una jirafa. Todos estos años he guardado ese traje como un recuerdo de ese hermoso amor con mi hermana.

Puso sus ojos sobre el Chivo Eléctrico.

—No hay nada que perdonar —dijo agarrándole la mano. No tienes por qué preocuparte.

Ernesto estaba agitado. El Chivo Eléctrico lo miró y dijo que quería abrazarlo.

—No, nunca —dijo Ernesto gritando. No eres mi padre asqueroso puerco. Nadie es mi padre ni mi madre. Siempre has sido una mierda y no dejarás de serlo.

Mi abuela no perdió los nervios. Se levantó de la silla y le dio una bofetada. Él salió del cuarto sin dejar de tirar la puerta. Regresó hacia el Chivo Eléctrico y dijo que ahora se sentía bien con su hermana.

—Ahora quiero dejarte con tu nieto. Sé que son buenos amigos.

—Gracias por todo. Gracias.

Todos salieron. Tomé una silla y me senté a su lado. No sé cuánto tiempo nos miramos sin decir una palabra. De nuestros ojos salía solamente amor.

—Yo era así hace treinta y cinco años atrás —dijo tocándome el cabello con la mano derecha. Alto y delgado. Cargaba ese traje con mucho gusto. Todo es muy extraño. Eras tan pequeño la primera vez que llegaste a mi cuarto. Casi un niño. Y has crecido tan rápido sin darme cuenta. No sé si todo esto es una pregunta del destino. Lo único que sé es que me has sorprendido. Esta es una gran pirueta de la vida. Justamente a mí quien ha creído que no hay nada que pueda sorprenderlo. Me siento feliz. Feliz de tener un amigo y un nieto como tú. Tu padre es muy diferente a ti. O, mejor dicho, eres completamente diferente a tu padre. Lo cierto es que puedo comprenderlo. No me conoce. ¡Qué cosa tan extraña! Mi propio hijo ha sido mi estudiante sin que me diera cuenta. Tres años lo tuve frente de mí sin sospechar siquiera que llevaba mi propia sangre. ¿Cómo habría reaccionado si lo hubiese sabido en aquel entonces? No lo sé. Lo único que sé es que tu padre no mostraba ningún interés por la poesía. Ningún interés por los misterios de esta vida. Con sus amigos se burlaba de mí y hasta me gritaba sandeces como lo ha hecho ahora. Pero me siento orgulloso de que seas mi amigo. Mi nieto. Tú eres mi hijo, el resultado de ese amor que siempre he soñado, eres la llave que ha desenlazado este nudo. El amor ha dado sus frutos y me has liberado de esta pena. Y ahora siento que mi alma va a volar como una mariposa, libre en los cielos, dispuesto a unirme con mi amada, Macabea.

Me agarró de la mano. Nos volvimos a mirar, y dijo:

—Quizás hay un poema en el saco. Es un poema que escribí cuando conocí a Macabea. Está en el bolsillo interior.

No me había dado cuenta que allí había un poema. Lo saqué y se lo entregué. Lo abrió lentamente y le dio un beso. Dijo que ese poema se lo sabía de memoria, que lo recitaba todas las noches, y que quería escucharlo en mi voz. Apretó mi brazo con su mano y comencé a leerlo. Lentamente. Mientras leía escuchaba su respiración pausada. No había terminado de leerlo, cuando dejé de sentir la presión en mi brazo. Levanté la vista y el Chivo Eléctrico ya estaba durmiendo. Su rostro no manifestaba dolor. Tenía un aire de paz, una ligera sonrisa, una frente abierta. No sé cuánto tiempo me quedé al lado de mi amigo, contemplándolo, hasta sentir una mano sobre mi espalda.

—Al fin se va a unir con su amor —dijo el hermano Lucio.

El día del entierro había un bonito día de verano. Las golondrinas cruzaban el despejado cielo y llegaba una fresca brisa de la bahía. El Chivo

Eléctrico había dejado una nota que decía que nadie estuviera presente en el entierro aparte del hermano Lucio, Segismundo y yo. Pero Berta y mi abuela estaban allí. Al darnos la vuelta fue una sorpresa ver que Ernesto estaba en una esquina. Llegó sin decir nada y partió sin despedirse de nadie. Antes de salir del cementerio regresé a la tumba para decirle otra vez adiós a mi amigo y había una flor de pétalos lila que no había visto anteriormente. Mi sorprendida abuela preguntó de dónde tenía esa flor, que solamente podía encontrarse en la región donde había nacido, y que ya se daban por desaparecidas. La cogió entre sus manos y la acercó a su nariz. Berta también la olió.

—Estaba sobre la tumba. ¡Allí la encontré!

Mi abuela miró extrañada a Berta. El hermano Lucio alzó los hombros y el hermano Segismundo se detuvo sobre sus pasos, y dijo:

—Hace poco me ocurrió algo extraño. ¿No escucharon una caída de cascada?

—Aquí no hay cascadas —dijo el hermano Lucio fastidiado.

— ¡Yo sé! Por eso digo que escuché algo extraño.

Con la flor en la mano mi abuela le preguntó al cuidador del cementerio, que vendía rosas para los parientes de los muertos, si conocía esa flor. Él dijo que no.

—Esto parece un milagro del cielo —dijo dándome la flor.

Al salir del cementerio el hermano Lucio le dijo a Berta que teníamos una cita con el notario público. Ese mismo día a las cinco de la tarde. Ella le preguntó para qué y dijo inmediatamente que no cuando escuchó de qué se trataba. Mi abuela la convenció con la razón que lo que recibiría no era un regalo del Chivo Eléctrico sino que era el resultado de nuestra amistad y, más aún, que yo había sido para él como su hijo. La herencia que recibí fue más allá de todo lo que nos podíamos imaginar. Dos millones de dólares y una biblioteca que contenía casi cinco mil libros. El día que fui a ver la biblioteca, que estaba en el último piso de la escuela, el hermano Lucio me mostró ejemplares muy antiguos de libros, mapas que había pertenecido a viajeros de la época colonial y cartas de antiguos sacerdotes jesuitas del siglo XVIII. Dijo que había otros tesoros que yo mismo tenía que descubrir. Ahora quiero enseñarte algo muy personal, dijo sacando una llave de su bolsillo.

Sacó una maleta de una gaveta y la puso sobre la mesa. La abrió y del interior tomó un portafolio de cuero que estaba cerrado con broche dorado.

Al abrirla reconocí un dibujo de la hermana de mi abuela. Allí estaban los poemas del Chivo Eléctrico. Toda la maleta estaba llena de portafolios. Me senté en la mesa y acaricié un portafolio con la palma de mi mano. Lo abrí lentamente. La fecha de los poemas era de mil novecientos quince. Cuando era adolescente. Escribía en decasílabos, sonetos y tenía muchos alejandrinos. En unos reconocí el peso de los poetas latinos como Petrarca y en otros la influencia de románticos y simbolistas y después de los altruistas. Los temas eran variadísimos. Sin embargo, predominaban muchos interiores que a veces rayaban en el sentimentalismo. Tenía algunos sobre paisajes y estaba presente siempre esa naturaleza seca, desértica y pedregosa. Muchos poemas pendulaban entre la presencia de un Góngora y de un Garcilaso de la Vega, no solamente por la forma, sino también por la manera de trabajar con el lenguaje. Los primeros eran cerrados y los segundos abiertos. Era claro que experimentaba, buscaba, estudiaba el dominio de la técnica poética como un joven pintor que tiene que saber dibujar antes de ser realmente un artista. No imitaba a los poetas sino que quería alcanzar los mismos resultados. Desmenuzar su mundo interior, levantar la piel para ver cómo funciona el cuerpo, entrar en el misterio de la poesía.

Abrí otro portafolio, cuando ya estaba en los veintes, y reconocí al joven talento que va más allá de la experimentación con diferentes estilos y técnicas y que quiere construir su estilo propio. Escribía ligeramente. Sus versos estaban liberados de cualquiera camisa de fuerza y se permitía incluso no poner comas. Jugaba con las tradiciones de la poesía, mezclaba las técnicas y sus palabras eran una combinación de una tortuga, encerrada sobre sí misma, y una mariposa, abierta y volante en el aire. No respetaba estilos, técnicas y formas. Si tenía una estética consistía en desconocer las fronteras. En algunas ocasiones, reconocí a la prosa que late silenciosamente dentro del verso. Pero nunca le dio aire a la prosa, no más de lo que se merecía, porque su verdadero arte era la poesía.

El hermano Lucio ya había partido cuando levanté la vista del portafolio. Dejó la llave de la maleta sobre la mesa. Miré el reloj antes de comenzar otro portafolio y eran las cinco y media de la tarde. Me acordé que Metralleta tocaría otra vez en la radio. Metí los portafolios en la maleta y la coloqué en la gaveta. Cerré la puerta con llave y salí corriendo hacia One Way. Crucé calles y salté sobre muros. Al llegar a One Way había gente aglomerada en el edificio de Metralleta. Lo primero que pensé fue

que pasaba algo grave. Y efectivamente lo que pasaba era grave. La policía estaba allí. Metralleta estaba encerrado con su padre y la hermana en el apartamento. Ya se había escuchado algunos disparos. El padre de Orejón y Berta había tratado de convencer a Metralleta de que dejara el arma. Pero todo había sido en vano. Mismo Marimacha le gritaba desde el patio y Metralleta respondía que mataría al desgraciado.

Subí de dos en dos las escaleras. El padre de Orejón y mi madre me siguieron. Escuchaba los gritos de Metralleta que insultaba a su padre. La hermana lloraba y decía que dejara el arma. En la puerta lo llamé por su nombre. Gritó que me fuera y que lo dejara tranquilo. Mientras le decía que soltara el arma, el padre de Orejón intentaba de abrir la puerta con un gancho de pelo. La abrió y le dije a Metralleta que entraría. Disparó contra la puerta. La hermana salió y Berta la agarró entre sus brazos. Bajaron a la calle.

—Entras y te disparo. ¡Quédate afuera! Este problema no es tuyo.

—Tú eres mi amigo, Metralleta —dije sin entrar en la casa. Eres my brother. ¿Por qué haces eso?¿Qué vas a ganar si le disparas? Pero sí vas a perder mucho. Metralleta, Metralleta, no debes olvidar que tenemos un mismo sueño. Nos conocemos desde que somos niños. Hemos crecido en One Way. Sabes que lo que deseamos para ti es lo más sincero. No debes olvidarte de Enrique. No debes olvidar cuando dijo que tengas mucha suerte. ¿Crees que Enrique hubiese dejado que hagas eso? No lo creo, Metralleta. No pierdas la cabeza. Ahora Enrique está muerto y seguro de que no estaría alegre por esto.

Nada venía de él. Di un paso y entré en la casa. Lo primero que vi fue la trompeta destruida en el piso. El padre de Metralleta estaba en una esquina con una pierna ensangrentada. Se revolcaba de dolor. Metralleta lo apuntaba con el arma.

— ¿Ves lo que ha hecho ese desgraciado? —dijo llorando. ¿Por qué? ¿Qué me ha dado él? Y quiere quitarme lo único que tengo.

—Baja el arma, Metralleta. Comprendo lo que quieres decir. Pero él no se merece que le des un balazo con tus propias manos.

Lentamente bajó el arma y corrió al balcón para tirarla en el aire. Giró sobre sus pies, y dijo:

— ¡Es cierto! Tenemos un sueño y no hay que dejarlo morir por un error, Mentiroso.

Días después le dije a Berta todo lo que había pasado en la prisión de menores. Ella dijo que las consecuencias no le interesaban pero eso tenía que saberlo el país. El asunto se convirtió en un escándalo público. Mismo los periódicos, que apoyaban al gobierno, reaccionaron escandalizados. Sindicatos, la iglesia y organizaciones civiles presionaron al gobierno para que arrestaran a los que trabajaban en la prisión. El gobierno, en contra de lo que habíamos creído, no cerró el Periódico y cayó una orden de arresto sobre todo el personal de la prisión de menores. En el juzgado aclaré lo que había sucedido con Cabeza de Plomo. Reconocí a todos los que lo había violado y dije las circunstancias en que había matado al tipo. Sobre mí no cayó ninguna culpa porque el fiscal alegó defensa propia y al padre de Metralleta le cayó una pena de quince años por complicidad criminal.

EPÍLOGO

Hace ya doce años de la muerte del Chivo Eléctrico. Como él lo soñó, su sueño es mi sueño. He viajado y viajo por muchos países y la poesía es la guía de mi alma. No creo que es necesario viajar para conocer el mundo, pero sí creo que es necesario conocerse. En el mundo me descubro. Ahora estoy sentado frente a la ventana de un pequeño cuarto en un hotel y tengo a mi lado la flor que no se ha marchitado y que todavía despide su rico aroma. En el patio hay ratas que merodean en la basura, gatos recorren las calles y el aire está humedecido por la lluvia monzónica que me recuerda los aguaceros de mi país. La gente ha desalojado la pequeña calle. Desde aquí trato de reconstruir imágenes, vivencias y palabras. Saber algo más de mí, en este mundo, donde no me considero un extraño pero donde cada frontera me inventa como extranjero. Como dijo el Chivo Eléctrico: para el viajero el mundo es su casa. Sin embargo, algo he descubierto en medio de todos estos viajes. One Way está siempre presente en mí, es la maleta que cargo hacia todos lados, y entre más viajo veo con más claridad lo que tengo en la maleta.

Al terminar la escuela, salí del país para hacer estudios de filosofía y literatura. Pero no sirvo para hacer estudios continuados que exigen considerar la literatura desde una mirada científica. Soy un aventurero de la vida. Otros dirán un artista de la vida. Y al contrario de un poeta bien conocido, no he necesitado de un paraguas y de un paracaídas, de traveller checks y de un seguro médico para realizar mis viajes. He disfrutado de muchos atardeceres y experiencias y de la fortuna no he tocado ni un sólo centavo. No porque alguien me lo prohíba sino porque sencillamente no la he necesitado. Hasta ahora he tenido la suerte de ganar mi propio dinero con los diferentes trabajos que he realizado en los países que me ha tocado vivir.

Tengo además una inmensa satisfacción cuando pienso en mis amigos de One Way. Siguen siendo mis amigos y, si bien son adquiridos, he elegido el hecho de que sean mis amigos porque pertenecen a mi mundo. Marimacha es hoy una excelente periodista. Estudió con una beca en la universidad del país y realizó un doctorado en Ciencias Políticas en París. Junto con Berta sigue trabajando en el Periódico y también es profesora en la universidad. Ya no escriben reportajes contra la dictadura sino contra los

vicios y los escondidos privilegios de la democracia. La corrupción sigue siendo el gran problema del país.

Berta se divorció de Ernesto hace diez años atrás a pesar que este le había prometido que nunca más se emborracharía. Realmente él ha cambiado muchísimo. Ya no es el mismo de antes o, mejor dicho, ha comprendido que el mundo tiene muchas más facetas y colores de que lo que podía imaginarse. Se ha reconciliado con Berta y ahora son muy buenos amigos. Frecuentemente, va al Periódico para tomar un café con ella y se cuentan con toda confianza las aventuras de sus nuevos amores. Es más, visita todos los meses la tumba del Chivo Eléctrico para dejar rosas.

El Ñato es un abogado que ya ha hecho mucho nombre defendiendo los derechos de los pueblos indígenas. El Musculito es un próspero negociante y está casado con una hermosa mujer y tiene dos hijos. Lo último que sé de su vida es que tiene tres gatos en su casa. El Orejón, contra lo anunciado por todos los pronósticos, no es beisbolista. Es arquitecto. Tiene una exitosa firma y para mi gran satisfacción ganó un proyecto arquitectónico para el levantamiento de la Casa Miller de acuerdo a los planes originales con un financiamiento del Chase Manhattan Bank. Como siempre, su padre sigue soñando en ser pitcher de las ligas mayores. La hermana de Metralleta tiene su hijo y, además, trabaja con Berta y Marimacha en el Periódico. Ya he leído algunos reportajes de ella que me sorprenden por su puntillismo crítico. Con respecto a Esther sigue trabajando en la escuela. Su hijo se llama Enrique. Tiene doce años y parece ser que está por el camino de convertirse en un pianista. Se casó nuevamente y por Berta sé que está muy feliz y que disfruta como siempre de las playas. Y con respecto a Salao, mi hermano, no devino un abogado, sino pintor y escultor. Sí, pintor. Hasta ahora trato de explicarme de dónde le nació este arte. No he hallado ninguna respuesta. Ahora está en una academia de arte en Berlín a punto de terminar sus estudios.

Pero esto estaría incompleto sin la presencia de Metralleta. La última vez que lo vi fue para despedirlo en el aeropuerto. Logró conectarse con un buen grupo de jazz en New York. Aquel día lo despedimos con una mezcla de alegría y tristeza. Con su nueva trompeta se montó en el avión y se perdió entre las nubes. Por un tiempo, no supimos nada de su vida y, repentinamente, como si cayera un meteorito del cielo, él tenía éxito como trompetista. Ya ha grabado varios discos y ha tocado en muchos conciertos. Y la próxima vez que lo volví a ver fue de una manera un cierto extraña,

como diría el Chivo Eléctrico, otra pirueta más de la vida. Ya había pasado ocho años. No sé por qué pero siempre regreso a una de mis ciudades preferidas: Londres. Llegué en bus un bonito día de agosto a Victoria Couch Station a las ocho y media de la mañana, después de estar en Berlín unos cuantos meses incomodando a Salao con mis quejas y desilusiones sobre Europa con respecto al problema de los extranjeros y el racismo. Lo primero que hice fue comprar Time Out para saber qué conciertos, exposiciones y lecturas literarias ofrecía la ciudad en ese verano. Abrí la revista en la página de conciertos y para mi sorpresa reconocí a Metralleta sosteniendo la trompeta en sus manos. Lo presentaban como uno de los mejores exponentes del latin jazz. Tocaba ese mismo día a las siete y media de la noche.

Como todavía tenía tiempo fui a visitar a unos amigos míos en Brixton y en el bus tuve un sentimiento muy particular. Una señora pidió la parada, bus stop, bus stop, y era el mismo acento antillano de mi país. Giré sobre mi asiento y miré a la gente que me rodeaba. Gente de todos los colores y, por supuesto, me sentí como en mi casa. Después de visitar a mis amigos, fui al club donde tocaría Metralleta. Esperaba el concierto impacientemente con un vaso de cerveza y un cigarrillo. Mi corazón quería salirse por la boca. Primero salieron los músicos, un pianista, un baterista, un bajista y un timbalero. El público aplaudía. Metralleta salió a la tarima y nuestras miradas se encontraron al poner sus labios sobre la trompeta, y las notas se confundían con las lágrimas que caían en nuestras mejillas.

Luis Pulido Ritter es de la ciudad de Panamá. Doctor en Filosofía y Sociología por la Universidad Libre de Berlín. Su tesis de doctorado *Los Dioses del Caribe abandonan el Museo* (1999) fue un estudio comparativo y transdisciplinario de la literatura haitiana y cubana entre los años 20 y 30 del siglo XX. Ha publicado tres novelas, *Recuerdo Panamá* (Madrid: 1998; Panamá 2007), *Sueño Americano* (Barcelona: 2000) *y ¿De qué mundo vienes?* (Colombia: 2008). También ha publicado poesía con *Matamoscas* (Berlín: 1999) y *El Mar* (París: 2011). Como periodista cultural ha publicado *Un Mundo de Entrevistas* (Dinamarca, e-book: 2014).

Fue galardonado con el Premio Nacional de Literatura Ricardo Miró con el ensayo *Filosofía de la Nación Romántica* (Panamá: 2007). Múltiples ensayos académicos, narraciones y artículos periodísticos han sido publicados tanto en Panamá como en el extranjero y algunos de ellos han sido traducidos al alemán, inglés y francés. Fue Agregado Académico de la Embajada de Panamá en Alemania.

Es profesor de sociología y ciencias culturales, de historias intelectuales latinoamericanas tanto en universidades alemanas como panameñas y ha dictado conferencias en varios países de América y de Europa. Es investigador asociado del Centro de Estudios Latinoamericanos Justo Arosemena (CELA), Panamá, y de la Universidad Santa María la Antigua. Es editor de la revista académica Convivencia (América Latina, el Caribe y el Mundo) y es miembro del comité editorial de la revista Intercambio del Centro de Investigación en Identidad y Cultura Latinoamericanas de la Universidad de Costa Rica. Como crítico y periodista cultural escribe regularmente para la Estrella de Panamá y ha escrito colaboraciones para la Jornada Semanal de México y el País de España (Babelia). Es Miembro Correspondiente de la Academia Panameña de la Lengua y actualmente es profesor visitante en la Universidad de Panamá.